

Juanma Martín Rivas



El Viejo Teatro de la noche

# ACTO DE SOMBRAS

En  
EDICIONES HADES

*El Viejo Teatro  
de la noche*

*“Acto de sombras”*

Juanma Martín Rivas

***EDICIONES HADES***

“Novela”

© Juan Manuel Martín Rivas  
© Ediciones Hades  
12163 Culla (Castelló)  
[info@edicioneshades.com](mailto:info@edicioneshades.com)  
[www.edicioneshades.com](http://www.edicioneshades.com)

ISBN – 978-84-949932-7-5  
Depósito Legal – CS 464-2019

Diseño Portada – Juanma Martín Rivas

*El Viejo Teatro  
de la noche*

*“Acto de sombras”*

*Para mi madre y hermanas,  
por encargarse siempre de la realidad  
para que yo pudiera hacerlo de la fantasía.*

# Vanessa

## I

Primero regresó el sonido, un rumor creciendo en busca de sus formas. Luego, a través de la oscuridad, la realidad reapareció como lavada por agua. La carne del mundo creció sobre lo que habían sido sus huesos y el entorno fue sumando rasgos hasta que cada uno de sus sentidos tuvo algo que apresar. Entonces, la voz que lo había hecho latir todo de nuevo volvió a llamarla por su nombre.

—¿Vanessa?

Era extraño.

En un instante, todo el peso de la oscuridad se había resuelto como un sencillo episodio de modorra que se disipaba. A su alrededor todo volvía a ser de nuevo: escuchaba el traqueteo de los tranvías, el murmullo en los labios de la gente y, al tiempo que sentía la llovizna rumorear en sus hombros, la veía dibujar telarañas sobre la luz de las farolas. El adoquinado palpitaba con pasos apresurados, y sus propias mejillas reaccionaban al frío del aire.

La mano que le había retenido se apartó de su brazo, marcando una línea de niebla sobre la que volverse. Los rostros también habían regresado. Personajes que llenaban lo amplio que era ahora el espacio ignorándola, rozándola, soslayándola, incluso eligiéndola... como ese hombre, oscuro en su uniforme y pálido en sus rasgos, que estaba ahora frente a ella.

—Vanessa... —medio jadeó, llevándose una mano a la espalda y moderando una mueca de molestia—. Me pareció que eras tú, pero no estaba seguro...

A través de su pecho esforzado, el hombre intentó recuperar el aliento y se descubrió quitándose el ros<sup>[1]</sup> de la cabeza, retirando así la sombra que le cubría los ojos. Cuando lo hizo, la insinuación de una duda desorientó a la joven, tanto o más de lo que lo había hecho presenciar la inesperada reaparición del mundo.

Alrededor de ambos la lluvia y la noche imponían un protocolo de huida, que obligaba a la gente a moverse con prisa. Los pasos chapoteaban sobre los charcos, el adoquinado parecía más ruidoso bajo los ruedas y los cascos de caballo y el agua lo agujoneaba todo, carne y asfalto, entorpeciendo el pensamiento de aquel hombre hasta hacerle ceder en la necesidad que había postergado. Pasó el brazo sobre los hombros de la muchacha, y la apartó de la lluvia. Ella se dejó llevar. Su cuerpo no parecía tener más consistencia que el

humo y fue sencillo conducirla bajo el refugio de los soportales.

Quedaron a una distancia muy corta. La mirada grisácea de ella estaba llena de un matiz neblinoso que hacía difícil tolerarla. Él retrocedió un par de pasos hasta conseguir una imagen más clara de la joven. Se diría que el contexto no acabara de aceptarla, como si fuera similar al dibujo de un niño sobre un muro, algo que estaba allí sin ocupar un mismo lugar con todo lo demás. Era una sensación imprecisa, pero insistente como un zumbido. En un intento por concretarla, recorrió su aspecto mientras arrastraba el zumbido sobre el tul bordado y las puntillas del vestido. Buscó lo que consideraba real, como los pliegues de la ropa o las pequeñas manos bajo el encaje de los puños. La reconocía y la perdía al tiempo, hasta que el zumbido se volvió cortante al ver sus pies sobre el suelo encharcado.

—¿Cómo vas descalza? —preguntó con aprensión.

Con un nuevo impulso, se inclinó ante ella hasta clavar la rodilla en el suelo. Pudo ver de cerca los pies descalzos de la muchacha, embarrados y cubiertos de escarcha mugrienta, y el color de la piel transpirando a través de las medias húmedas. Dudó un momento, pero terminó tomando el izquierdo entre sus manos enguantadas y lo acomodó en su rodilla.

—Me sorprende que aún puedas sentirlo —murmuró al tiempo que frotaba el pie—. Este frío no perdona.

Al hablar, el vaho se deshilachó en sus labios. Sobre él, la joven pareció reaccionar por vez primera al reconocer aquella sutil manifestación de vida. Observó a aquel hombre y los pequeños rasgos que lo componían: las temblorosas gotas de agua en sus mechones, en la barba y en las dragonas del uniforme; la presión de sus dedos. Y comenzó a creer que su voz y su rostro habían sido el ojo de aguja a través del cual se había hilado de nuevo la realidad.

Era extraño.

Como si notara un cosquilleo, aquel hombre levantó la vista hacia ella, inseguro. La mirada gris caía sobre él tan clara y directa..., el modo que tendría de mirar un gato o un búho. Pero la sensación abarcó tan solo un instante y se quebró cuando un brusco ruido rompió el aire en pedazos.

Atajando a través de sus instintos, se incorporó de inmediato para localizar la procedencia del estruendo. Había sonado a cristales rompiéndose, de tal forma que no dudó al presentir su naturaleza violenta. Como correspondía a una ciudad habituada a las explosiones, la gente se había detenido de inmediato, cortando su existencia en seco. Un silencio, que se

creería imposible en un espacio tan grande, llenaba ahora la calle. Al poco, se escucharon gritos y la voz de una mujer pidiendo auxilio. Mientras, a su alrededor, comenzaron a aventurarse murmullos y especulaciones. Este terminó de ponerse en pie y situó el origen de la confusión al otro lado de la calle.

—¡Vaness...!

Al volverse, su voz se diluyó en el vacío. Vio el espacio marcado por una ausencia y regresó bajo los soportales con pasos urgentes. Se volvió a uno y otro lado pero siguió sin verla por ninguna parte.

—¿Vanessa?! —en esa ocasión su voz se alzó demasiado y se vio solo frente a miradas extrañadas—. ¿Vanessa?!

Debilitó su insistencia, tragando una maldición para sus adentros hasta blanquearse los labios. Intentó abarcar cuanto pudo con la vista pero no logró verla, hasta que, presionado por el enrarecimiento de quienes le rodeaban, y especialmente por la voz que pedía ayuda, echó a correr en la dirección de la que venían los gritos.

## II

Se apagaba de nuevo, como al final lo hace una vela. Las personas, los vehículos, las formas de todo humeaban a medida que regresaba la oscuridad. Era un fenómeno suave pero irremediable, y Vanessa se dispuso a asistir a él sentada en el borde de la azotea, esperando que también las sensaciones de la lluvia y del viento se disiparan. Bajo ella, el escenario que la había rodeado hacía un instante era ahora algo pequeño y alejado. Parecía reducirse a un capricho de su imaginación sobre un lienzo viejo, que ahora se fundía como cera abierto en heridas negras que lo consumirían todo.

Solo aquel hombre uniformado sobrevivía aún a la oscuridad. También se había vuelto pequeño, como todo lo que está lejos o debe guardarse en secreto. Le vio correr a través de la calle, inconsciente de que a su alrededor todo estaba desapareciendo y de que él se mantenía apenas como una luciérnaga. Mirándolo, Vanessa lo sentía como una esquirola de cristal bajo la uña. No sabía por qué él subsistía cuando todo a su alrededor desaparecía, pero no duraría mucho más. El mundo se detenía de nuevo en carcasas vacías, y el entorno dejaba de amodorrarse sobre su piel a medida que perdía la capacidad de sentirlo. En cambio, esta reaccionó a algo similar a una caricia



de uña sobre la espalda y, antes de volverse, ya supo que Patricia estaba tras ella.

—¡Ah, el amor, el amor! —la voz de Patricia suspiraba en vaharadas satisfechas cuando se colocó a su lado, abrazándose a sí misma—. El amor, solo por un instante, pero...

Vanessa apenas la miró, volviendo el rostro sobre el hombro. En sus ojos retenía la aspereza ausente de sus últimos pensamientos y apenas acertó a verla. A su manera, tampoco Patricia podía verla. Su ánimo exultante la alejaba de cuanto le rodeaba y, cerrando los ojos, jugó a paladearlo con una nana en los labios, al tiempo que se ahuecaba la falda para entregar sus pliegues al viento. Luego giró impulsivamente sus talones y recostó la cintura contra la cornisa, de manera que ambas quedaron prácticamente espalda contra espalda.

—El amor...

Al final, la palabra humeó fuera de los labios de Patricia con cierta banalidad, cerró los ojos y se echó hacia atrás hasta que algunos de sus mechones negros pendieron sobre el vacío y su rostro quedó contra el cielo. Vanessa la miró sin saber si compartían el mismo silencio. Distinguió el color en sus mejillas y supuso que su piel no debía saber a frío en ese instante. Después, volvió de nuevo la vista hacia abajo. Aquel hombre había desaparecido junto a lo demás, y la oscuridad volvía a ser tan densa que apenas habría podido distinguir la palma de sus manos en ella.

### III

El despacho que el inspector Darío Espinosa ocupaba en la delegación era un espacio anguloso y desequilibrado, como si tuviera que hacerse hueco a la fuerza en el resto del edificio. Se estrechaba en forma de prisma, de modo que todo parecía abocar angustiosamente contra una ventana ni grande ni estrecha, tan solo indiferente, como correspondía a un hombre que se veía obligado a contemplar, a través de ella, una realidad que no podía cambiar. Bajo un hábito de lejía, el aroma de aquella estancia se ensotanaba, gracias a un mobiliario avejentado y a la acumulación de papeleo que aquí y allá se estratificaba en diversos tonos amarillentos. El conjunto transmitía una sensación de usado y olvidado, dotando al lugar del espíritu de una reja de alcantarilla donde iba a parar todo aquello que nadie quiere saber cómo

acaba.

Esa impresión desembocaba de lleno en el hombre que anidaba allí, contagiaba la desencantada lentitud de sus gestos y el aspecto apagado de la mirada tras sus anteojos ovalados.

—Por favor, dígame su nombre para que pueda hacerlo constar en el registro —el tono del inspector Espinosa era neutro mientras abría un cuaderno de cuero. Más parecía estar hablando en voz alta que dirigiéndose al hombre que se hallaba sentado al otro lado de la mesa.

—Ya les di esa información a sus hombres. Hace más de una hora.

La réplica se movió sobre un acorde tenso. A pesar de ello, los gestos del inspector no variaron su ritmo. Forzó una mueca de pez para poder mirar sobre sus lentes y, tomando el tintero de la escribanía, lo inclinó para aprovechar la tinta al mojar la plumilla. Todo ello sin sentir necesidad de aventurar la mirada al hombre que, ante él, acababa de hacer crujir la silla al reacomodarse.

—Lo sé, pero es usted oficial del ejército y, como inspector, me corresponde a mí anotarlo en el registro. Como todos los protocolos y ordenanzas, puede parecer caprichoso, pero yo ni los propongo ni los cambio —como si no esperara ninguna opinión a ese respecto, el inspector siguió con la vista en el cuaderno al hablar—. ¿Su nombre...?

—Gabriel Escudero.

El inspector pareció ignorar la nota de paciencia que el oficial había empleado al responderle. Antes había notado que la escasa tinta del plumín se había secado y, con un tenue gesto de resignación, volvió a mojarla en el tintero, esta vez inclinando más el frasco.

—Gabriel... Escudero... —el inspector Espinosa arrastró las sílabas en los labios a medida que anotaba el nombre en el cuaderno—...teniente.

Buscando confirmación de ese último dato, casi por vez primera, Espinosa levantó la mirada a través de sus anteojos hasta situar las dos estrellas en la bocamanga del oficial. Este, casi con hastío, facilitó el examen levantando una mano del reposabrazos. En aquel despacho el tiempo se movía con densidad y pereza, y había llegado a desligarse de los acontecimientos que le habían llevado allí. Pero, al redescubrir las manchas de sangre coagulada en sus manos, sintió un escalofrío en la nuca, disgustó el gesto y se incorporó en la silla, entrelazando con fuerza los dedos de cada mano, como hubiera algo en ellas que debiera desaparecer.

—Al verle entrar he notado que cojeaba usted, teniente —el inspector

devolvió el plumín a la escribanía y, mientras pasaba el secante sobre el cuaderno, observó por fin al oficial de forma abierta—. ¿Ha tenido un accidente?

Gabriel se reconoció sorprendido. No le había parecido que aquel hombre se hubiese tomado un momento para reparar en él desde que lo habían conducido a ese despacho. Todo se había resuelto hasta entonces con un descreído sentido de urbanidad, traducido en saludos y formalidades ejecutadas de forma casi inconsciente y en silencio. No le había parecido que el inspector tuviese más interés en él que el necesario para gastar unas cuantas cuartillas de papel, y tampoco sabía situar en qué momento aquel hombre se había dado cuenta de ese detalle.

—Una torcedura de tobillo. Nada importante —terminó respondiendo Gabriel—. Bajé del tranvía cuando estaba en marcha.

—¿Eso ocurrió al dirigirse al lugar de autos? —preguntó el inspector Espinosa, acomodando la espalda en el respaldo de la silla para ganar distancia desde el tráfico de papeles que colmaba la mesa.

—No. No fue así... —el tono del teniente perdió gravedad e, inconscientemente, se pasó dos dedos por el mentón—. Me pareció reconocer a alguien por la calle.

Recordando la sangre, Gabriel se apartó los dedos del rostro y retiró de su mente el ensimismamiento que había comenzado a acometerle. Sintió la necesidad de terminar pronto con todo aquello y miró al inspector para indicarle que esperaba la siguiente pregunta.

—Tenga más cuidado en el futuro. Si acaba debajo de un tranvía, nadie podrá reconocerle a usted —comentó el inspector con escaso interés—. Pero cuénteme lo sucedido... ¿Dónde se encontraba cuando tuvo lugar... el suceso?

—Me encontraba en el paseo de Isabel II, cerca del *Siete puertas*<sup>[2]</sup>, cuando escuché los gritos.

El rostro del inspector ganó aún más arrugas cuando la respuesta le hizo fruncir el ceño y, masticando todavía su siguiente pregunta, observó un momento a Gabriel sin saber qué pensar de él.

—Vaya... No estaba usted tan cerca como para ver lo ocurrido —observó el inspector—. ¿Cómo tomó entonces la decisión de dirigirse al lugar de los hechos?

Gabriel guardó silencio, sosteniéndole la mirada. No estaba seguro de qué propósito se entretejía con aquella pregunta: si había un deseo de juzgarle a él como persona o solo estaba siendo susceptible. De cualquier manera, el

inspector era un hombre pulido y desgastado por la edad. Su expresividad cansada no era mayor que la de una piedra de río y nada parecía despuntar lo suficiente en él como para descubrirle alguna intención.

—Creí que tal vez podría ayudar —alegó Gabriel con sencillez.

—Ya veo... ¿Y respondió usted a su sentido del deber o a un rasgo de carácter?

—¿Cómo?

Espinosa borró su pregunta con un suave aspaviento.

—Olvídelo. Ha sido más bien un capricho —el inspector apoyó un codo sobre la mesa y se masajeó la frente con el dedo anular, acomodando las ideas que se movían tras ella—. Entonces, cuando llegó a la calle de las Capuchas, ¿la joven aún vivía?

Aunque intentó contestar verbalmente, Gabriel se limitó a asentir.

—¿Con qué se encontró?

Gabriel suspiró, dando muestras de incomodidad, y sus ojos vagaron huraños por la habitación antes de tragar saliva y responder.

—Había un corro de curiosos. Supuse que había alguien herido, me abrí paso entre ellos y me la encontré tendida en el suelo.

—¿Entonces usted no la vio caer a través de la ventana?

—No —el teniente respondió con aspereza al tener que subrayar una obviedad—. Claro que no. Yo llegué por haber oído los gritos de la gente. Ella ya estaba en el suelo.

—No se moleste —apuntó el inspector, poniendo poco empeño en la disculpa—, solo pretendo ordenar mis ideas. ¿Con qué se encontró? Debió de ser estremecedor...

Gabriel no quiso opinar al respecto. Algo en la forma de hablar del inspector ya le estaba dando a entender que era una de esas personas en las que no se podía distinguir cuándo conversaba con normalidad de cuándo se perdía en divagaciones personales.

—Una muchacha... vestida con su traje de novia, tendida en la calle, desangrándose... —el modo de hablar del inspector confirmó la anterior impresión del teniente, hasta que se volvió a él con una mirada repentinamente incisiva—. La caída no fue lo peor, ¿cierto? Dígame su opinión profesional.

No era necesario ser un profesional en nada para responder aquella pregunta pero, tras todo lo vivido en las últimas horas, Gabriel consideró prudente no confiar sus reacciones al humor y respondió con paciencia.

—No. Fue la herida del cuello: murió desangrada —la respuesta de

Gabriel se inició con desapego, pero concluyó con un erizamiento en la piel al notar la sencillez con que podían pronunciarse las últimas palabras.

—Vaya... —Espinosa volvió a acomodarse en la silla y, cruzando las manos entre sí, comenzó a tamborilear los pulgares uno contra otro.

A través de la ventana podía escucharse el trajín de aquello que nunca se detiene: murmullo de voces, pasos ignorándose entre sí... Y, por un momento, Gabriel pensó que tal vez el inspector era tan solo otro personaje que había recorrido uno de los caminos más frecuentes a través de la decepción, acabando en la indiferencia. Detuvo su mente en ese punto para no plantearse si ese final era mejor o peor que el que había visto hacía unas horas en los ojos de aquella desgraciada.

—Intenté auxiliarla —una vez en los labios, Gabriel sintió aquellas palabras como un pensamiento que llegaba por error.

El inspector Espinosa levantó la mirada y se acomodó la horquilla de sus lentes sobre la nariz, reparando en el aspecto del teniente.

—No hay más que verle.

Gabriel recordó la sangre que le cubría las manos y el uniforme. No pudo evitar recorrerse a sí mismo con la vista y comprobar que las manchas estaban adquiriendo un color a óxido, lo que le hizo sentir que, de nuevo, el cielo iba a pasar aquello por alto.

—Tal vez si sus hombres hubieran llegado antes...

Aunque ligeramente, Gabriel comprimió el tono entre dientes, llevado por la inercia de un momento de frustración. No obstante, solo obtuvo del inspector un encogimiento de hombros.

—Bueno, si quiere verlo así... Al final, mi función es darle a la gente alguien a quien echar la culpa —comentó el inspector—. Pero, según sus divisas, pertenece usted a la sanidad militar, ¿cierto? Así que usted era la máxima ayuda que el mundo podía ofrecer a esa desventurada y, aun así, no bastó. ¿Para qué darle más vueltas?

Gabriel observó al inspector rascarse la barba blanquecina, como si aquello fuera lo máximo que consentiría que le afectara el asunto. No estaba seguro de que pudiera culparle. Su propia tolerancia acababa donde empezaba su vulnerabilidad, y él mismo se veía urgido cada vez más por la necesidad de lavarse y de enviar la guerrera a la lavandería.

—A buen seguro deseará usted retirarse —dijo el inspector, provocando en el teniente la impresión de que acababa de intuir sus pensamientos—. Le agradecería que me facilitara sus señas por si volviera a necesitarle. Pero

pierda cuidado. No creo que se dé el caso. Usted solo tuvo la mala pata de pasar por allí.

Aún mientras el inspector hablaba, Gabriel ya se había puesto en pie y recogía el ros de la mesa. Descubrió que le disgustaba que aquella cuestión pudiera hallar continuidad en el futuro.

—Mi domicilio se halla en Mayor de Gracia, en el doscientos veinticinco, pero no suelo encontrarme allí —indicó.

El inspector tomó nota en un retal de papel, tras restar importancia a la matización del teniente con un descuidado aspaviento.

—¿En el principal? —preguntó.

—No... en el segundo segunda.

—Muy bien, aunque habría dicho que era usted del principal —de nuevo, los pensamientos del inspector goteaban en palabras audibles aunque terrosas—. De acuerdo, gracias por su ayuda.

La edad se notó en los movimientos del inspector cuando se puso en pie, acumulando fuerza al principio y concediéndose un quejido resignado después, antes de terminar ofreciendo la mano al teniente.

—Teniente...

Cuando Gabriel correspondió a aquel gesto extendiendo su mano, Espinosa retiró la suya alzándola a la altura del pecho para atenuar una posible mala impresión.

—No se ofenda...

Gabriel le sostuvo la mirada un instante, el que duró un leve enrarecimiento, hasta que bajó los ojos a la mano y, tras tensarla en una temblorosa actitud de garra, la retiró al verse enfrentado de nuevo a aquella sangre.

—Descuide —Gabriel se cubrió la cabeza con el ros. Cuando volvió a bajar la mano, se vio frotándose los dedos contra la palma, intentando descubrir si su propio tacto se había vuelto extraño—. Era muy joven, ¿no?

—¿La novia? Sí, no somos inútiles del todo. Apenas veinte años... —aclaró el inspector regresando a su silla—. De hecho, aún no era una novia. Había ido a casa de la modista a probarse el vestido. Al final, los pequeños visos de fábula de esta historia tienen una explicación perfectamente creíble.

El uniforme había enseñado a Gabriel que siempre hay un punto inevitable a partir del cual cualquiera puede perder la capacidad de elegir su propio destino, pero verlo expresarse de según qué manera... En la mirada de esa joven, que había intentado regurgitarle algunas palabras ensangrentadas, se le

hacía difícil trivializarlo con el mismo derrotismo del inspector. Descuidando más formalismos, se dio media vuelta, dispuesto a irse.

—Pero será puro alpiste para los gacetilleros —el teniente se detuvo al escuchar al inspector tras de sí—. Una novia ensangrentada en plena calle, es casi... mesiánico. Seguro que esta vez les parecerá una historia apetecible.

Quizá Gabriel hubiera deseado preguntarle a qué se estaba refiriendo con «esta vez». Sobre el tono monocorde de aquel hombre, esas dos palabras le llamaron la atención, pero llevaba rato queriendo salir de allí, y se dio cuenta de que el inspector elucubraba en voz alta, como si ya se encontrara solo. Cuando le vio volver la vista a aquella ventana, sobre la que convergía todo el espacio, decidió abandonar el lugar, suavizando el sonido de sus botas.

#### IV

Como naciendo del centro de una telaraña, el pequeño crujido mecánico se extendió en el silencio con la sensación de estar en todas partes al mismo tiempo.

Los ojos de buey de la buhardilla filtraban una luz con textura de talco. Bajo ella, las pálidas manos de Mara adquirieron un aspecto difuminado mientras daban cuerda al reloj de bolsillo. Al accionar el cierre, la tapa se abrió con un chasquido y comenzó la música. Esta se extendió lentamente en un dibujo similar al humo de una varilla de incienso, pero se quedó sola. Aquel lugar llevaba tiempo sin sentidos y no supo conmoverse por la pequeña melodía. Tampoco Mara pareció hacerlo, pero estudió el objeto sin parpadear. Separó la mano del cuerpo y la abrió con cuidado, haciendo que el reloj colgara de su cadena. Lo alzó a la altura de la vista y los destellos oscilantes golpearon sus ojos rítmicamente.

Contra la oscuridad, el vestido y el cabello negro la convertían en retazos de piel blanca, con aquel objeto metálico como único narcótico con que ignorar su estado mutilado. Sostuvo la mirada sobre el reloj hasta que dejó de oscilar, entonces tomó una vieja jaula para pájaros que aguardaba en el suelo y lo deslizó cuidadosamente a través de la portezuela, lo colgó en el interior y encerró la música entre aquellos barrotes comidos por la herrumbre. Mara contempló su obra, luego colgó la jaula de un gancho en una de las vigas de madera y se apartó, buscando perspectiva al tiempo que cruzaba las manos sobre el regazo. Como había supuesto, la música no parecía consciente de su

encierro, por lo que aceptó que ya solo quedaba conformarse con escucharla hasta su agotamiento.

—Hago cosas como esta... y espero a ver qué siento.

Vanessa se detuvo al escuchar a Mara y la situó con el rabillo de los ojos. Aquella mujer de aspecto sutil y embozado tenía una presencia fantasmal. Usando el viejo mobiliario improvisaba una suerte de altar para multitud de objetos, en su mayoría relojes y cajas de música, en cuyo orden se afanaba ceremoniosa, hasta dibujar un punto en la nada. Vanessa bajó el rostro y, siguiendo un capricho desgano, recogió del suelo un pedazo de vidrio roto.

—¿Patricia? —preguntó Mara.

Vanessa buscó su reflejo en la superficie del vidrio pero descubrió que aquello perdía pronto el interés.

—Fuera —respondió, dejando caer el cristal.

—Shhhh... —sin volverse, Mara la reprobó con suavidad— La música. Es su momento.

Vanessa regresó a un silencio del que no había salido del todo, se sentó en un arcón, recogió una pierna contra el cuerpo, y descansó el mentón sobre la rodilla. Reconoció realidades en sí misma. Primero por fuera, como el vestido y el cabello humedecidos por la lluvia, la sangre en uno de sus dedos tras coger el vidrio; luego, por dentro, y, sin darse cuenta, comenzó a acariciarse el pie, forzando suaves arrugas sobre el tejido de la media.

—Alguien me ha visto —al verse diciendo aquello, Vanessa sintió que su propia voz le era extraña. La rebajó en un murmullo antes de proseguir—. Alguien me ha reconocido.

La música dentro de la jaula comenzó a decrecer. En el exterior, la lluvia recuperó su protagonismo golpeando la cubierta del edificio con un agujoneo metálico. Los haces de luz a través de los ojos de buey temblaron, cubriendo el rostro de Mara bajo un gusaneo de sombras inconsistentes. Quizá fue tan solo el juego de estas sobre su piel, o tal vez su ceño se había fruncido verdaderamente al escuchar a Vanessa.

—¿Alguien te ha visto? —aunque la disposición de las cajas de música no tenía ningún defecto notable, Mara buscó algo que corregir. Se movió hasta quedar de espaldas a Vanessa y habló de nuevo, como si hubiera podido ver el gesto con que esta asintió—. Es extraño...

La actitud y el tono de Mara permitieron que aquellas palabras terminasen sin gran trascendencia. Salvo por la lluvia y por los mecanizados acordes del reloj, vino un silencio que no pretendía llegar a nada más. Vanessa la observó



hasta confirmar tal impresión, bajó la mirada y continuó acariciando su pie con actitud abstraída, hasta que el gesto se volvió totalmente desmotivado y se detuvo.

Mostrando piedad por la melodía que aún languidecía en el ambiente, Mara comenzó a dar cuerda a una de las cajas a la par que ahogaba el sonido de la llave con su puño. No necesitaba volverse para comprobar que Vanessa había desaparecido, pero lo hizo para ver cómo, en el interior de la jaula, el reloj goteaba sus últimas notas.

# Lo que de mí fue Vanessa

## I

Una gota de sangre cayó al agua y su momento se perdió pronto entre todas las demás cosas.

Sobre la piel humedecida, la mancha escarlata se aguó, extendiéndose por su cuello sin que Gabriel hiciera ningún gesto para detenerla. Sentía un escalofrío en la nuca y sus ojos se habían llenado de ausencia. Desde el espejo le observaba el rostro de alguien con quien no había esperado reencontrarse. Tuvo que reunir más voluntad de la necesaria para enjuagar la navaja en la jofaina antes de hacer una mueca resignada y continuar con el afeitado.

Sin la barba, su propio rostro se le hacía incómodo. Podría conformarse con creer que el afeitado había respondido a un capricho, aunque, si se atrevía a sincerarse, debía admitir que obedecía a la necesidad de ver cuánto del pasado podía recuperarse si se arriesgaba. Pero, mientras se refrescaba las mejillas, solo podía ver cuánto había cambiado. No era una cuestión física. Tenía un levísimo trazo de canas sobre las sienes y su piel mostraba algo de cansancio, pero no se veía demasiado envejecido. El contraste entre ayer y hoy era algo interno y, aunque el rostro en el espejo parecía el mismo que el de hacía unos años, no sabía si lo que era ahora le daba derecho a reclamarlo.

Quieto ante el espejo, se vio tan reducido a deseos y necesidades que no pudo enfrentar la vergüenza directamente. Así pues, procuró que pequeñas acciones (como secarse la cara y volver a enjuagar la navaja) ocuparan su mente. Hizo esto notándose molesto por algo que no habría podido definir de haberlo intentado.

Sus gestos se aquietaron y en el agua lechosa vio cómo la gota de sangre terminaba de borrarse. Retiró la navaja y un suave goteo marcó el momento en que la realidad comenzó a medir el tiempo de nuevo. Volvió a mirarse en el espejo. Su rostro le parecía ahora demasiado humilde para merecer la turbación que le había rasgado la mente hacía un instante.

Le pareció que podía pasar un día más sin resolverse a sí mismo y terminó de vestirse. Llegó al recibidor abotonándose el cuello de la guerrera y, mientras se calaba el ros, llevó una mano al pomo de la puerta. El crujido de los cierres rompió el silencio con que había caminado por la casa. Su intención de salir se vio contenida por una parte de él, que le llevó la contraria, y volvió la mirada sobre el hombro, hacia el espacio vacío.

Se vio buscando algo nuevo en aquel escenario, algo distinto que justificara el extraño modo que tenía ahora de sentirlo. La casa era la misma, la luz de aquella hora la iluminaba de la misma manera, pero ya no parecía un espacio real. Había una marca de vacío constante. Allí todo callaba, sin decir nunca qué era lo que se había ido.

Sin embargo, era una sensación sutil, cercana a lo imaginario, y la enfrentó con gestos cotidianos con los que salió al rellano, dejando un portazo tras de sí. Bajando las escaleras escuchó el bullicio de la calle creciendo en sus oídos y se dispuso a asumir de nuevo su propia existencia. Apuró los últimos escalones y, bajo la visera, distinguió la figura de la portera acercándosele en cuanto puso los pies en el descansillo.

—¡Niño, niño! —le llamó, apresurando sus pasos hasta él.

Gabriel se detuvo y esperó hasta que la portera estuvo a su lado. Algo adusto debía arrastrar en el semblante cuando, al cruzar miradas, la mujer desvió la suya al legajo de cartas que llevaba en las manos, obligándose a ordenarlas antes de volver a mirarlo con una sonrisa insegura.

—Discúlpeme... quería decir «señorito»...

A los ojos de Gabriel, aquella mujer se le antojó inesperadamente pequeña. Súbitamente avergonzado, se descubrió la cabeza suavizando su expresión, e intentó sonreír para atenuar el encogimiento de hombros con que la portera había terminado.

—No se preocupe. Me hago cargo —la tranquilizó.

—Son ya tantos años...

No era un buen día para escuchar esa expresión en labios de otro. Durante su infancia, dentro de una interpretación grandilocuente propia de niños, aquella mujer había sido el enemigo: alguien cuyas regañinas debían dejarse atrás con temerarias carreras. Ahora, esa antigua forma de ver el mundo se le volvía ridícula al reconocer a la portera como algo más similar a él mismo de lo que nunca se había parado a pensar. Veía su rostro, lo que el tiempo pretendía hacer con él y, seguramente demasiado tarde, se daba cuenta de que tenía los ojos azules.

—Tengo aquí algo de correspondencia acumulada —dijo la portera, volviendo a definir entre sus manos los perfiles del fajo de cartas—. Para usted tan poco por aquí...

—Sí. Es cierto —Gabriel tomó las cartas para evitar dejar a la mujer sosteniendo el gesto con que se las ofrecía, pero las estudió muy por encima. Más para corresponder la molestia que por verdadero interés—. Se lo

agradezco mucho, pero ahora no puedo llevarlas conmigo. ¿Tal vez me haría usted el favor de pasarlas debajo de mi puerta? Las leeré esta noche a mi regreso.

—¿Cómo no? Yo se las dejo, descuide —la portera recuperó las cartas y las reordenó—. ¿Entonces regresará a la noche?

Hubo algo triste y al tiempo entrañable en el modo en que la portera le hizo esa pregunta. También algo patético, ya que ella no había pretendido lo uno ni lo otro. Era el humor con que había despertado lo que hacía a Gabriel ver las cosas de esa manera. Había sido como reconocer un sabor o un olor asociados al pasado: se hacía agradable, pero triste, al situarlos en un momento que no les correspondía.

—Así es. Guárdemelas hasta entonces si es tan amable.

—Pierda cuidado —dijo ella regresando a la portería—. Me encargaré. Buenos días.

Gabriel se despidió y, finalmente, salió a la calle. El cielo estaba cerrado. Quizá llovería. Era lo que podía esperarse de aquella época del año. Le pareció que a su alrededor el mundo estaba más tranquilo consigo mismo que él. Las mujeres cotilleaban arrastrando el frufú de sus faldas; en los puestos ambulantes, los dependientes cantaban las excelencias de sus mercancías; se escuchaba perderse el timbre de un trolebús y, a lo lejos, el martilleo de una herrería, atestiguando cómo la realidad soportaba cualquier mutilación sin perder su ritmo.

Suponía que todo lo que había tenido que ver la noche anterior le convertía en presa fácil para algunos jirones de nostalgia. Se había levantado con esa necesidad de refugio, propia de mañanas en que no podía escoger sus emociones y estas le recordaban sus carencias. No podía concretar cuánto duraría esa sensación, pero se atenuaría hasta una resignación más llevadera. Sin embargo, si tomaba aire y lo retenía en su pecho, se veía imaginando aquello que le libraría para siempre de repetir ese ciclo.

## II

El inspector Espinosa llevaba tiempo mirando fijamente aquel mapa en la pared y estaba perdiendo la capacidad de verlo. Al no encontrar una lógica que dirigiera sus pensamientos, dejó que los gobernara la marea y pronto se dispersaron en formas extrañas. Durante unos segundos llegó a creer

firmemente que su sistema circulatorio tenía exactamente la misma forma que el callejero del distrito de Ciudad vieja ante él. Se quitó las gafas y, de inmediato, sus ojos se libraron de una sensación de tenaza y se entregaron a la neblina. En ese momento de opio, el mundo podría adoptar cualquier forma y él no se daría cuenta. Distinguía los círculos que había trazado en rojo sobre el mapa y le pareció que se diluían hasta parecer manchas de sangre.

Los golpes en la puerta reverberaron en su cabeza y se dio cuenta de que se había alejado demasiado. Limpió sus anteojos frotándolos contra las solapas de la levita y, al recolocárselos, distinguió la silueta tras el cristal esmerilado de la puerta. Carraspeó y concedió permiso para que entrara al despacho.

—Con su permiso, inspector —un agente barbado abrió la puerta lo suficiente para dejarse ver—. Le traigo a la modista.

—Sí, cierto —el inspector terminó de ajustarse las gafas sobre el habitual dolor en las marcas de la nariz y se dirigió a su mesa—. Hágala pasar.

El agente empleó un gesto altivo para hacer pasar a una mujer que no sabía dónde poner sus ojos para no molestar. Poniéndole una mano sobre el hombro, el agente dirigió su más que amedrentado ánimo y la llevó a la mesa del inspector. Este se acercó la silla y, mientras tomaba asiento, le indicó a su subalterno que se marchara, con un gesto muy similar al que el otro había empleado para hacer entrar a la modista.

—Siéntese, hágame el favor —le indicó Espinosa cuando el sonido de la puerta cerrándose les dejó solos—. Recuérdeme su nombre.

La modista había tomado asiento sin apenas separar los miembros del cuerpo. Su mirada aún dio rodeos antes de encontrarse con la del inspector. Cuando lo hizo, el modo en que este sostenía la suya le hizo empujar su voz para responder.

—Consuelo. Mi nombre es Consuelo Aldosa.

El inspector notó cómo la modista moqueaba al terminar de hablar, y estiró el cuello para asegurarse de tenerla situada en el espacio de sus anteojos. Había notado el temblor en su voz, y esa forma de sorberse la nariz era un residuo de las largas horas sollozando. No pudo menos que suspirar, entre la conmiseración y la paciencia, al reparar en el resto de rasgos que desmadejaban el aspecto de la mujer. Era bastante más joven que él, pero fuera de cuentas para seguir soñando. Vestía moderadamente bien: una blusa de raso y encaje, acompañada de una falda parduzca cuyo corte guardaba el equilibrio entre sobriedad y estilo. Dispensas de su oficio, probablemente, y

del aspecto que debía guardar ante una clientela con más posibles que los suyos, pero su mejor resumen estaba en las manos. Manos con más de un callo, adaptadas al dedal y la aguja. No obstante, en aquel momento era su rostro lo que desordenaba en especial su apariencia. Sus mejillas estaban demudadas y cubiertas de un trazo de lágrimas que habían tenido ocasión de secarse y, bajo los mechones que escapaban de su melena recogida, podía verse en sus ojos que aún esperaba lo peor.

No supo bien por qué, si por empatía o desagrado, pero el inspector terminó suspirando.

—Lo primero, tranquilícese —le aconsejó Espinosa—. En cuanto salga de este despacho, quedará libre.

Aquella última palabra fue lo primero que circuló desahogadamente por la cabeza de la modista desde que había entrado en la estancia. Como si fuese un riesgo, alzó una mano temblorosa y se retiró el pelo que le entorpecía el rostro.

—¿Pudieron hablar con la señora Vilamajor? —preguntó con el mismo cuidado que si recogiera cristales rotos.

—Sí, y con las otras clientas que estaban en su establecimiento cuando tuvo lugar el suceso —afirmó Espinosa.

—Pero... me han hecho pasar la noche en el calabozo.

—Enseguida podrá irse.

—Me han hecho pasar la noche en el calabozo y, como les dije, yo no había hecho nada —las palabras de la modista intentaban protestar, pero su voz no las acompañaba. La sensación de atropello le debilitaba tanto como el frío de los muros entre los que había pasado la noche—. Ya les dije ayer que preguntasen a cualquiera de los presentes.

—Sí, es cierto. Sus empleadas hablaron en su favor pero, claro, ¿cómo no iban a hacerlo? —el inspector Espinosa asintió, hablando con el mismo apasionamiento que hubiera puesto al leer un prospecto médico—. Pero hágase cargo: la señora Vilamajor acababa de perder a su hija, el resto de las clientas presentes en el momento de los hechos son personas principales... Suficientes disgustos habían sufrido para seguir molestándolas más en plena noche.

La modista se incorporó en la silla, enraizándose tensa sobre su espalda, segura de no querer tener más contacto del preciso con nada de lo que le rodeaba. Se sujetó las rodillas con las manos, apretando los dedos con fuerza y procurando que su indignación hallase el modo más inofensivo de

expresarse.

—¿Y era mejor que yo pasase la noche encerrada? —protestó pese a que su voz aún debía arrastrarse—. ¿Sabe usted de qué manera puede afectar a mi trabajo que me hayan sacado de mi casa esposada?

La silla en que se encontraba Espinosa crujió al recibir de nuevo todo su peso. Golpeando los pulgares uno contra otro, asintió con la condescendencia de alguien que había aprendido a resignarse ante lo inevitable.

—De la misma manera que a mí, si hubiese molestado a destiempo a alguien de la posición de sus clientes. Con esa gente nunca se sabe cuándo uno se va a encontrar con un amigo de un amigo... —para ser más elocuente, el inspector se encogió de hombros.

—Bueno, pues si eso es todo lo que le importa...

Totalmente impávido, Espinosa siguió con los ojos el movimiento de la mujer al levantarse, hasta que se volvió borrosa fuera del campo de sus lentes.

—¿Adónde va? No hemos acabado.

—Yo sí —repuso la modista reuniendo algo de dignidad—. Si estamos de acuerdo en que no he hecho nada, no veo por qué debo quedarme aquí.

Espinosa volvió a alterar su postura, como lo haría un gato somnoliento. Se incorporó hasta apoyar los brazos sobre la mesa y, una vez allí, jugueteó suavemente con los dedos sobre unas carpetas, como pretendiendo invitar a la calma con ese sonido.

—Venga, no sea usted así... Siéntese —dijo con tono de maestrillo—. Aún me veré en la obligación de aplicarle la quincena<sup>[3]</sup>.

Amputada de todas sus intenciones, la modista se quedó completamente quieta, su mirada recobró el temor con el que entró al despacho, y con los labios rígidos, la mujer regresó a la silla.

—Bien, bien, bien... —el inspector encadenó aquella palabra musitándola con el aliento, haciendo ver a la modista que no había perdido nada importante al inclinar la cabeza—. Además, no querrá usted irse sin esto.

El inspector sacó de uno de los cajones un pequeño colgante dorado, que dejó sobre la mesa al alcance de la modista. Ella tan solo lo tanteó con los ojos, endureciendo la mirada con suspicacia; primero, sobre el objeto, y luego, sobre el inspector.

—Ahora, si me ayudara contándome lo que ocurrió... —le pidió Espinosa, destilando un suspiro rutinario.

—Mis clientas habrán podido decirle, sin duda, que yo no estaba en la sala cuando pasó —respondió la modista como si se pusiera a resguardo—. Había

ido por puntillas.

Espinosa masticó un sabor acostumbrado en la comisura de los labios.

—Por favor...

La mirada del inspector era totalmente mate. Contemplarla era como intentar adivinar qué había al otro lado de un vidrio empañado. La modista decidió controlar las palpitaciones de su orgullo.

—Al tratarse de un traje de novia, trabajaba con la muchacha en una sala aparte. Por la intimidad... —el tono de la modista comenzó a suavizarse con tristeza—. El trabajo estaba muy avanzado ya. Fui al almacén a por puntillas y, de regreso, la señora Vilamajor se interesó en verlas. Fue entonces cuando escuchamos los gritos y los cristales.

El inspector había escuchado a la modista, asintiendo de cuando en cuando con las entrañas de un autómata pero, llegado a cierto punto, se obligó a despertar frunciendo el ceño. Su mirada se abstraigo con malicia.

—¿Los gritos y los cristales? —preguntó—. ¿En ese orden?

—¿Cómo?

—La chica, ¿gritó antes de romperse la ventana? —aclaró Espinosa, volviendo a mirar a la modista—. ¿La oyó usted gritar y luego los cristales? ¿No sucedió todo al mismo tiempo?

—¿Por quién me ha tomado usted? ¿Me ve cargada de joyas que me hagan ir más despacio? —la modista hizo un leve aspaviento despreciativo—. Fui la única que se movió en cuanto oí gritar a la joven y, al ir a abrir la puerta, escuché la ventana rompiéndose.

En este punto, la modista hizo un alto. La mezcla de frustración y enojo habían apresurado su pensamiento hasta el recuerdo de una imagen incómoda y guardó silencio.

—Cuando entré, la chica ya no estaba.

—¿No vio usted a nadie?

—No, nadie —aseguró la modista—. Estaba solamente yo. Y supongo que esa es la razón por la que me trajeron aquí.

—Seguramente fue por eso —concedió el inspector—. Pero ahora ya puede irse.

Con un gesto de la mano, Espinosa indicó a la modista la tan anhelada dirección hacia la puerta. Esta, considerando que las cortesías no solo estaban de más sino que eran absurdas, se puso en pie de inmediato con intención de marcharse. Contemplando su disposición, el inspector carraspeó para retenerla.



—Se deja usted el colgante.

La modista se quedó rígida y solo se decidió a volverse al cabo de un instante. La suspicacia anterior se volvió incredulidad al constatar que, verdaderamente, el inspector le estaba señalando el colgante sobre la mesa.

—¿Está usted hablando en serio? —la modista acertó a enhebrar un punto asqueado en la voz—. Creí que quería ponerme a prueba.

—¿Qué quiere decir?

—No es mío. No puedo permitirme oro y nácar —aclaró la modista antes de que un tacto entristecido le ensombreciera el semblante—. Pertenecía a la chica, la señorita Vilamajor. Yo lo recogí del suelo.

Con un murmullo, el inspector se dio por enterado y la modista dejó finalmente el despacho. Sin oír apenas el sonido de la puerta cerrándose, Espinosa retuvo un ronroneo pensativo entre dientes. Tomó el colgante y se lo acercó a los ojos, estudiándolo con toda la curiosidad de su ceño fruncido, pero no consiguió que aquel pequeño objeto se expresara para él de ningún modo especial y lo reservó en uno de los bolsillos de su chaleco.

### III

Ya había estado allí antes.

La misma sensación, rígida en el pecho y ácida en el estómago; los mismos tragos de saliva. Un puño de emociones, a la espera de que sus nudillos golpearan aquella puerta.

Viendo su mano quieta a un centímetro de la madera, Gabriel notó el temblor en su pulso. La bajó y, sujetándose la muñeca con la otra mano, abrió y cerró los dedos varias veces. La sacudió con el gesto asqueado y terminó llamando a la puerta.

La escalera estaba recorrida por voces sin rostro y por esporádicos sonidos de cuberterías, pasos, puertas abriéndose o cerrándose, y todo tipo de cotidianidad esperable en un edificio a media tarde. Escuchó sonido también tras la puerta a la que acababa de llamar. Incluso creyó ver la luz de la mirilla parpadeando en alguna ocasión, pero un sonido de pasos le hizo volverse y no pudo confirmarlo.

De inmediato, aquella mujer le juzgó como a una criatura extraña. Se detuvo unos escalones sobre él y, descansando en la cadera el peso de un cesto lleno de colada, le barrió el uniforme con una mirada.

—¿A quién busca? —preguntó, huraña.

—Buenas tardes —le saludó Gabriel, ignorando su tono arisco—. Busco a Clara Miravent, ¿aún vive aquí su familia?

La mujer retuvo un momento la respuesta, estudiándole, hasta que, al parecer, las mejillas pálidas de Gabriel pudieron más que el azul oscuro de su uniforme y asintió.

—Por decir algo —apostilló la mujer—. Sí, sí, aún... Clara está arriba, tendiendo.

Gabriel se arrinconó para dejar pasar a la mujer y conforme a sus indicaciones se dirigió a la azotea. Al llegar, cobró conciencia de la penumbra de las escaleras cuando sus retinas acusaron la luz del cielo con desagrado. Durante unos segundos, el mundo se le hizo todo sombras chinescas. De un par de muchachas que pasaron a su lado en el umbral, apenas pudo distinguir unas risas traviesas cuando, intentando disimular su desorientación, les preguntó por ella. Con un gesto, le indicaron una silueta tras unas sábanas. Luego se alejaron con alguna risita nerviosa más, a la que él hizo caso omiso.

Igual que las imágenes del pasado al evocarlas, aquella mujer aparecía y desaparecía entre la ropa tendida. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, aquel rostro se dibujó en la realidad limando las imprecisiones de la memoria. Aprovechando que aún no había notado su presencia, pudo ver cómo aquella mujer (delgada, de cabello castaño, y con el perfil definido por esa pequeña nariz de filo elegante que él recordaba mejor en otro rostro) había crecido en cansancio, a juzgar por el aspecto ausente de su mirada.

Cuando estuvo a su lado, Gabriel se descubrió y la saludó con una leve inclinación, por cortesía y cierto remanente de timidez infantil.

—¡Mira quién ha venido! —Clara lo reconoció, dándole un perezoso deje musical a la voz—. ¡El hijo del farmacéutico!

Clara aportó un matiz teatral a su labor alargando un quejido al recoger más ropa del cesto, como si quisiera hacerle sentir el óxido con que le cargaba el tiempo.

—¡Buenas tardes! Siento presentarme sin haberla avisado.

—Bueno, es inesperado... —admitió Clara suspirando—. ¿Qué tal sigue todo en el viejo barrio? ¿Qué tal tu padre?

Gabriel demoró la respuesta con un suave quejumbro desconcertado.

—Mi padre murió. Hace unos años.

Casi por primera vez, Clara miró a Gabriel a los ojos. Sus dedos se

aflojaron sobre la cuerda de tender. Su expresión se extrañó un instante hasta resignarla comprimiendo los labios.

—Es cierto..., fue antes de que te repatriaran, ¿no? —la voz de Clara se movió sedosa como presentando excusas. Luego, se señaló la frente con un gesto, sugiriendo un reloj que se atrasaba—. Lo siento, ya me lo dijiste.

Gabriel esbozó una sonrisa conformista.

—Descuide.

—Aunque supongo que sé a qué has venido, ¿no?

De nuevo Gabriel se vio retenido por la sensación de angustia que le había impedido llamar a la puerta en la escalera. Había notado que Clara mezclaba paciencia y lástima en sus palabras antes de volver a darle la espalda y seguir colgando la ropa. Ya que le estaban viendo desnudo, no intentó buscar con qué taparse.

—Vanessa. ¿Ha sabido usted algo de ella?

La reacción de Clara a la pregunta se perdió cuando se inclinó a recoger el cesto y caminó a lo largo del tendedero. Aun así, Gabriel le notó algo de esperada incomodidad en el gesto y dejó que ganara espacio antes de seguirla.

—¿Cuánto... tiempo ha pasado ya? —Clara rebuscó en su memoria, disgustada por su propia pregunta. Para ella suponía introducir la mano en algo que la mancharía inevitablemente—. Siete u ocho años... No hemos sabido nada, ni desde entonces ni desde la última vez que viniste.

Cuando se trataba de esperar, las cosas se volvían peores cuanto más inmutables estaban. O así lo había sentido Gabriel al escuchar a Clara hacer hincapié en el paso del tiempo. Ya sabía que el pasado no es un desván al que regresar a buscar algo, pero le costaba tolerar cómo eso reducía al presente a tan solo un lugar en el que ciertas cosas ya no existían.

—Siento molestarla... ¿pero no tiene usted idea de qué pudo pasar?

Clara resopló, extendiendo el aliento entre demasiadas opciones para abarcarlas. Aquella pregunta señalaba un camino sobradamente recorrido

—A lo mejor a ti se te ocurre algo. Yo ya pasé mucho tiempo pensando —respondió Clara, dejando que Gabriel interpretara su encogimiento de hombros como le pareciera—. Quizá ni siquiera tuvo por qué pasar algo.

—¿A qué se refiere?

—Vanessa..., Vanessa salió a su madre. Mi hermana Ona siempre creyó que no tenía que rendirle cuentas a nadie de la forma en que decidió vivir su vida. A veces parecía orgullosa de estar en guerra con todo y, claro, Vanessa lo aprendió de ella. Pero lo que su madre no pudo enseñarle es cómo mantener

esa postura cuando te quedas sola... y todo lo demás se va al infierno —Clara masculló para sí aquella última maldición—. Tú estuviste para verlo, ¿recuerdas?

Gabriel asintió, rememorando acontecimientos que marcaban su mente con la definición perfecta de una cicatriz. Caminó pensativo hasta el antepecho de la azotea, donde se recostó cuando Clara volvió a hablar.

—Al morir mi hermana, mi sobrina decidió, en cierto modo... quedarse sola. Exceptuándote a ti —Clara señaló a Gabriel con la mirada—. Pero, bueno, mi marido fue incapaz de mantener la imprenta de mi padre y tuvimos que malvenderla. Encontró trabajo en La maquinista<sup>[4]</sup> y nos mudamos aquí. Vanessa no lo llevó bien...

—Quería ser comadrona, como su madre —indicó Gabriel—. ¿En qué quedó eso?

Sin que Gabriel pudiera imaginar qué estaba viendo Clara, esta señaló el espacio a su alrededor con breves aspavientos.

—Como todo lo demás, supongo —contestó—. Ella también tuvo que buscar trabajo en la fábrica y eso le hizo terminar de asquearse con todo. Tú tendrás tus propias ideas, aún no te habías ido. De vez en cuando viniste a verla.

Afectando a todas las vidas, el reloj de la iglesia dio los cuartos. Gabriel miró por encima del hombro, proyectando su imaginación en momentos que no habían sido vividos por él. Vio la cúpula de la ermita de San Andrés espantando algunas palomas con sus campanas, los terrados de otras casas, el canal, las calles configurando un dibujo poco familiar... rasgos de un escenario que no llegó a compartir con Vanessa.

—Sí, parecía más distante.

—¿Estás bien?

Gabriel consiguió atemperar el sobresalto hasta dejarlo en una impresión ácida en el pecho. La pregunta le había sorprendido en un momento de ensimismamiento y la acusó con un sentimiento de desnudez.

—¿Qué?

Clara notó cómo la reacción de Gabriel se entorpeció al mezclar sorpresa con disimulo en un espacio de tiempo muy breve, pero solo hizo una leve mueca indiferente.

—Lo digo porque estás sudando, y hace frío —observó Clara—. ¿Tanto calor da el uniforme?

Gabriel se pasó los dedos por la frente y los vio marcados por el sudor.

Con expresión molesta, se limpió usando el puño de la guerrera y volvió a cubrirse con el ros.

—A veces...

—¿Cuándo viste a Vanessa por última vez? —preguntó Clara recogiendo el cesto vacío del suelo—. ¿Fue al entrar en el ejército?

—Debió de ser por entonces, sí —respondió Gabriel—. Intenté despedirme de ella antes de embarcar hacia Cuba... Cuando regresé, ya no estaba.

—Ya... —Clara comenzó a andar hacia la escalera—. Ven conmigo. Si después de todos estos años aún te interesas tanto, tengo algo para ti.

Gabriel dejó que se adelantara unos pasos y fue tras ella. Mientras bajaban las escaleras, la escuchó quejarse para sí, entre el hastío y el hábito. No era de extrañar: aquellos escalones eran estrechos, parecían más tallados a escoplo que otra cosa y dibujaban un camino angosto que obligaba al cuerpo a reconocer que el tiempo quita más de lo que da. Gabriel cambió sus ojos por los de otra persona, preguntándose qué quejas habría murmurado Vanessa al recorrerlos cada día.

Al llegar a la puerta, Clara la golpeó secamente con los nudillos y se quedó allí, mascando suspiros durante un rato y volvió a llamar, esta vez extendiendo un claro matiz autoritario. Finalmente, la puerta se abrió con un crujido y entró rebuscando algo a la altura de su cintura.

—¿Por qué tardáis tanto?

Desde su posición, Gabriel no podía ver a quién hablaba Clara. Ella le hizo un gesto para que pasara mientras terminaba de abrir la puerta, venciendo la resistencia de un objeto que rasgó el suelo al otro lado.

—¿Qué hace esto aquí? —protestó.

—Es qué había un policía...

Aquella voz pequeña se amordazó entre unas manos igual de pequeñas y se convirtió en unos ojos asombrados al ver entrar a Gabriel detrás de Clara. Un niño de unos cinco años se hizo atrás sobre los talones hasta tropezar con otro de edad similar, que se quejó del atropello mientras retiraba una silla de la puerta.

—Se ve que les has asustado... —comentó Clara—. En este barrio no gustan los uniformes.

Gabriel intentó suavizar la severidad de su presencia descubriéndose y mostrando una sonrisa. Tuvo algún efecto pero Clara tardó poco en aventar a ambos mozalbetes, cual moscas, y estos corrieron a algún escondrijo.

—¿Son hijos suyos? —preguntó.

—¿Míos? —con una extraña mezcla de simpatía y asco, Clara se señaló a sí misma y le dirigió a Gabriel una caída de ojos—. No... Mis hijos están en la fábrica, con su padre. Estos aún pueden tontear un par de años. Vivimos dos familias aquí: son del otro matrimonio.

Clara dejó el cesto en el suelo, terminó de colocar la silla que los niños habían movido y se volvió a él. Le miró un momento las manos y luego a la cara con un matiz de astucia tensado en sus patas de gallo.

—Tú estás solo. No te has casado.

—No.

—Ya... —aquella palabra se alargó en la lengua de Clara, como si sirviera para subrayar suposiciones—. Puedes sentarte. Te traeré algo.

Cuando Clara dejó la estancia, Gabriel miró a su alrededor antes de sentarse. Aquel espacio era la expresión de lo inevitable después de que aquella familia hubiera dado el máximo de sus posibilidades. «Derrota» podría ser una forma menos pulcra de expresarlo. La sala parecía servir al tiempo de salón y de cocina. Se articulaba en torno a la mesa en la que se hallaba sentado, a los fogones, y a una estufa que viciaba pronto el aire en un espacio demasiado reducido como para que las necesidades de dos familias pudieran aparentar algo de dignidad.

No le costaba escuchar tanto el ruido de Clara rebuscando algo y el de los niños jugando, como la tos de lo que supuso debía de ser una persona anciana. Había estado allí antes, pero su corazón no se tomó el tiempo de acusarlo como lo hacía ahora. Un lugar así representaba la razón por la que había simpatizado con las teorías higienistas en la universidad, pero hasta eso le parecía una concesión extravagante de alguien que no había tenido que sufrir según qué cosas y podía perder el tiempo siendo compasivo. Sin duda, la familia de Vanessa había perdido mucho desde Gracia hasta allí. Y él tampoco podía enorgullecerse de haber ganado nada, puesto que ni sus estudios, ni su uniforme, le habían servido para impedir que cayera lo que tenía más cerca.

Al regresar Clara, Gabriel se recompuso esperando que esos pensamientos no hubieran cuajado en su expresión. Ella apenas lo miró. Su atención estaba centrada en lo que traía entre sus manos: un cuaderno de cuero y un pequeño fajo de cartas. Deteniéndose ante él, Clara lo observó, acercándose al pecho de forma inconsciente y, durante unos instantes, pareció como si no estuviera convencida de lo que iba a hacer. Terminó entregándose todo a Gabriel.

—Nos dimos cuenta, ya hace mucho, de que no tiene sentido seguir

esperando a mi sobrina. Ha pasado demasiado y aquí la vida no es fácil, por lo que vendimos lo poco que tenía: sus vestidos y cosas así —mientras Clara hablaba, Gabriel notó que evitaba mirarle a los ojos—. Quedaba esto.

—¿Qué es? ¿Un diario?

—No lo sé. Si tanta necesidad tienes de saber qué pasó, tal vez te ayude —contestó Clara—. Lo otro son tus cartas, ¿no?

Gabriel asintió con un murmullo, echando un vistazo al fajo de sobres anudados.

—Al final Vanessa se perdió. Se perdió antes de desaparecer. Creo que todo queda en eso —Clara retiró una silla de la mesa y tomó asiento cerca de él—. No quería estar aquí, ni la vida que tenía. Dejó de importarle lo que pensarán de ella. Se le conocieron relaciones con algunos hombres y se le inventaron otras. En casa de mi padre ya pasamos por algo así con Ona, y aquí no queríamos que nos colgasen el san Benito...

Dos conceptos tan distantes entre sí, como la compasión y la burla, se combinaron en la mirada de Clara cuando detuvo su discurso y observó a Gabriel.

—¿Te disgusta oír esto?

—No —aseguró Gabriel tras tragar saliva—. Para eso he venido.

—De acuerdo —Clara apartó la mirada para que él pudiera relajar los hombros—. Vanessa comenzó a ir y venir a horas extrañas, faltaba de casa noches enteras y perdió su puesto en la fábrica hasta que, una noche, ya no volvió.

Gabriel prestaba atención a las palabras de Clara y, al tiempo, intentaba ordenar sus pensamientos. En sus manos, agitadas por un ligero temblor, sujetaba el cuaderno y las cartas como si temiera soltarlos.

—¿Vendieron sus pertenencias? —preguntó Gabriel mientras su mente terminaba de dibujar una idea—. ¿No se llevó nada consigo?

—Tan solo su vestido de domingo —contestó Clara con algo de aspereza, como si reaccionara a una acusación insinuada—. ¿Por qué?

Gabriel negó con la cabeza. La ofuscación que le arrugaba la frente resultó en ese momento demasiado obvia y Clara decidió moderar sus suspicacias

—Crees que, si ella hubiera decidido irse, se habría llevado algo más consigo, ¿no? —le adivinó—. Yo también lo pensé. Pensé muchas cosas, pero ya no quiero seguir haciéndolo. Una chica como Vanessa, dispuesta a oír

ofertas que le llevasen a cualquier otro lugar, pudo encontrarse con cualquier cosa.

Por el modo de hablar, Clara le instó a tomar aquellas palabras como el final del camino. Gabriel retuvo sus sentimientos y acarició con los pulgares la superficie del cuaderno que tenía entre las manos, dispuesto a tomarlo como un cambio de dirección.

—Muchas gracias por su ayuda —Gabriel se puso en pie con una inclinación cortés—. Espero no volver a molestarla.

La expresión de Clara se dulcificó y le disculpó negando con la cabeza. Dejó que Gabriel alcanzara la puerta y, entonces, su mirada alcanzó una profundidad melancólica.

—¡Gabriel!

El crujido de la puerta se detuvo y, casi a punto de salir a la escalera, él se volvió hacia Clara.

—Todas las cosas tienen su tiempo y, después, se acaban. Supongo que fue duro para ti volver con vida y haberte quedado sin nadie —Clara hizo un mohín entristecido—. Vanessa ya no está.

#### IV

De regreso, las sombras se alargaban y el sol golpeaba como un agujón, apareciendo y desapareciendo tras las siluetas de los edificios. Con ánimo distante, Gabriel observaba por igual a los que huían de la noche y a los que salían a su encuentro.

Veía a jornaleros arrastrando sus pasos; a crápulas y a bohemios desperezándose ante lo que pudiera venir; a fulanas exhibiendo encantos y ocultando miserias... y se veía incapaz de distinguir a los héroes de los canallas. Todo manchado por el reflejo de su rostro en las ventanillas del tranvía. Los mismos personajes, vistos desde su prisma, contaban una historia diferente de la que le había contado Clara. Se veía temiendo no saber qué lado de la verdad era el correcto; si alguna vez vio a Vanessa o solo la imaginó.

Aquel pensamiento le disgustó. El traqueteo sobre los raíles entremezclaba sus ideas y, por un momento, se había visto aceptando la visión de Clara y pensando en Vanessa como alguien que desaparecía para siempre. Pero la había visto. Durante unos minutos confusos de los que no podía dudar, aunque fuesen solo la punta de un alfiler entre todos los años en que nadie había



sabido de ella. Acudió a casa de Clara creyendo que aquella aparición inesperada supondría su regreso al mundo en general. Siendo sincero, sabía que había esperado encontrarla allí pero, al no ser así, se había reservado la noticia de su encuentro por cautela. Vanessa siempre estuvo estigmatizada por la marca de bastarda, con residuos de rencor por el modo en que algunos la miraban, inventándose la historia de su madre de la peor manera. Esa continua sensación de extranjería le hacía despreciar los rasgos más cercanos del mundo y pensar en los más lejanos como el único escenario posible en el que reconciliarse con todo. Gabriel conservaba imágenes de ella sentada a la puerta de la farmacia, observando el cielo sobre el contorno de las azoteas, creando otros lugares mientras eludía miradas. La veía también de la mano de su madre, haciendo pederretas a los que dejasen alguna murmuración a su paso, o corriendo siempre por delante de él con el desafío de que la alcanzara. A menudo, Vanessa esperaba más mal que bien de quienes la rodeaban: dividía a la gente entre los que estaban de su parte y los que no. Era un derecho de rabia que le confería la sensación de haber nacido traicionada y, desde la primera vez que cruzaron miradas, él siempre había estado entre los pocos escogidos. Por eso no le había dicho nada a Clara sobre su encuentro con Vanessa, siguiendo una tradición de lealtad heredada de la infancia según la cual ambos debían cubrirse las espaldas y dejar que el resto del mundo fuese siempre el segundo en enterarse de todo.

Desde San Andrés al centro de la ciudad, el 43 había ido quedándose vacío. Gabriel comparaba el interior del tranvía con su idea del presente: lo poco que sobrevivía de cuanto se había ido. A la altura del parque de La ciudadela, un pasajero se caló su canotier y se apeó, dejando en su asiento un diario algo desmadejado. Cuando el tranvía reanudó la marcha, Gabriel se estiró hasta alcanzarlo. Un pequeño quejido se volvió audible en sus labios cuando lo tomó con la mano y recobró su postura, sin dejar de frotarse la espalda a la altura de la cadera.

Se trataba de un ejemplar del *Boletín informativo*. Chasqueó la lengua al verlo abierto en una página de intereses taurinos y lo reordenó, huyendo de la urticaria. Fue en la tercera página donde encontró lo que, inconscientemente, estaba buscando. Bajo un titular grandilocuente, el dibujante había dramatizado la escena en aras del sensacionalismo. La muchacha, vestida con el traje de novia y tirada en el suelo en medio de un corro de gente espantada, mostraba una expresión de éxtasis casi místico, muy alejada de la que Gabriel tuvo que ver. La visión del artista habría sido más fácil de soportar que la de

los ojos en los que él tuvo que reflejarse.

Se vio sin corazón para leer la noticia y se limitó a rebuscar entre el texto hasta confirmar que el inspector Espinosa no había andado muy errado: se trataba de una mujer joven, de veintiún años. Gabriel cerró el periódico y lo plegó con cuidado, lo dejó a un lado y sus dedos hicieron crujir suavemente el cuero del diario en su regazo. Se llamaba Lucia Vilamajor.

En Urquinaona, el tranvía acabó el trayecto. Gabriel se apeó y decidió recetarse algo de roce humano por lo que, en lugar de transbordar, optó por caminar de regreso a Gracia. Lo hizo buscando rasgos familiares en los rostros desconocidos, componiendo algo parecido a la imagen de quienes habían circulado por su vida.

Pensaba en Ona, la madre de Vanessa, y la veía como el símbolo preciso de otro tiempo, lo que contenía la esencia de días ya perdidos. Por alguna razón, su proximidad producía una sensación de cobijo que Gabriel no había vuelto a reconocer en nadie. Ona tuvo a Vanessa sin haberse casado, fruto de una relación amorosa que acabó peor que las demás e igual que muchas otras. Pero siempre mostró una voluntad optimista por ser mayor de lo que el mundo pudiera pensar de ella y eso hacía que el tiempo a su lado se experimentara con gratitud. Cuando ella murió Vanessa perdió la fuerza para creer que le quedaba algo bueno que esperar de su futuro.

Ahora Gabriel llegaba caminando al escenario que aquellos personajes dejaron vacío. La calle de su infancia se mostraba irremisiblemente mutilada y en la gente que se movía a su alrededor solo podía reconocer distancia. Se vio saludando a la portera con descuido cuando esta le abrió la puerta. Su mente estaba ocupada en preguntarse si sus pasos en aquella escalera iban a seguir escuchándose siempre igual y, mientras sumaba escalones, se obligaba a reconocer que sus actos a lo largo de aquel día habían respondido a la intención de recuperar el pasado. Había esperado, sencillamente, encontrar a Vanessa. Pero, ahora, la llave crujía de nuevo en la cerradura sin que el tiempo hubiese cedido ni uno solo de sus imposibles.

En el recibidor, sus botas arrastraron por el suelo unos cuantos sobres. Se inclinó para recogerlos, evitando maldecir a la portera al recordar que solo había hecho lo que él había pedido, y echó un vistazo a aquella correspondencia. Quizá había carta de algún antiguo compañero del ejército, curiosidades como un aguinaldo con más de un mes de retraso, pero la mayoría carecía de importancia y, al llegar al salón, lo dejó todo sobre la mesa con un gesto descuidado. Todo lo contrario fue lo que hizo con el diario

de cuero y el fajo de cartas que lo acompañaba. Los acomodó con mimo nostálgico sobre la mesa, antes de sentarse y dejar que aquel día se cobrara su precio en suspiros.

Estuvo quieto un rato, con el cuello echado hacia atrás y el rostro refugiado en la oscuridad de sus manos. Tardó en retirarlas, luego frotó sus mejillas hasta demudarlas, enderezó la espalda sobre la silla, reservó el diario a un lado y tomó las cartas. Las reconoció como suyas. Quiso confirmarlo por la extraña sensación que le produjo reencontrarse con ellas pasados casi diez años.

El manajo tendría dos dedos de grosor. No estaban allí todas las que había enviado, pero era de esperar que muchas se hubiesen extraviado de Cuba a España. Vanessa nunca respondió. Fue al regresar cuando supo de su desaparición, un año después de que él partiese. Verse con ellas en la mano le parecía el cierre de un círculo que comenzó en el momento en que las envió. Le parecía que, de algún modo, se volvía inútil todo el tiempo transcurrido desde entonces. Pero era el fin del día y el fracaso de la jornada le invitaba a lacerarse, así que se esforzó en desechar esa forma de pensar.

Su voluntad de calmarse le hizo darse cuenta de algo: las cartas estaban atadas con una cinta de raso color lavanda, el color favorito de Vanessa. Gabriel la acarició con cuidado y notó cómo el silencio se aterciopelaba a su alrededor, provocándole un escalofrío en los hombros. Por capricho, había estado tentado de abrir aquel pliego, pero lo apartó a un lado y lo dejó así. Prefirió respetar la mano que había hecho aquel nudo.

Abrió el diario con una mezcla de excitación y culpa, todo ello atemperado por el frío sentido del deber, que se inyectaba a través del uniforme cuando debía actuar a contra corazón. Las hojas crujieron entre el cuero de tanto como llevaban dormidas y se desperezaron creyendo que encontrarían el mundo tal y como lo dejaron. Reconoció la letra de Vanessa: estilizada, de trazos largos y algo resentidos, inclinada siempre a la derecha, apresurada por llegar a un lugar indeterminado. Gabriel notó un encogimiento en el estómago y comenzó a pasar las páginas con el mismo cuidado con que le desabrocharía los botines a una mujer.

Se encontró con alguien a quien ya conocía, alguien inquieto, frustrado y a la vez anhelante, tan necesitado de otro lugar que no podía tomarse el tiempo necesario para escoger una dirección. Lo hizo sin necesidad de leer nada, solo viendo cómo los textos iban de la forma ordinaria a la apaisada como si no supiesen encontrarse a sí mismos. A veces, una sola palabra dominaba una

página entera; luego, muchas se abigarraban entre sí como si no les bastara el papel; después se abrían grandes espacios de hojas y hojas vacías.

Aquella tarde, Clara había hablado de Vanessa como si estuviera muerta y, viendo las palabras que esta había escrito, la idea hacía que la respiración de Gabriel adquiriese un roce seco, mientras se estrujaba la mente para recordar que había visto a Vanessa y que, por frío que fuese, su tacto no era el de un fantasma.

Eso podía calmarle, a pesar del lastimoso aspecto con que la vio. Tras ese momento de inquietud, la atención de Gabriel reparó en algo escrito en una de las páginas. Con una letra mucho más cuidada, en el encabezado pudo leer: *Mi querido Gabriel*. Nada más en esa hoja pero, al pasar a la siguiente, con la misma pulcritud y en la misma soledad, estaba escrito: *Mi muy querido Gabriel*. Y al lado de estas palabras, una pequeña constelación de manchas de tinta, como si hubieran clavado el plumín por su propio peso en el papel y dejado que la tinta se fuese inyectando lentamente en formas estrelladas.

Las siguientes dos páginas del diario estaban arrancadas.

Vanessa no respondió a ninguna de las cartas que le había enviado desde Cuba, pero parecía que lo había intentado. Gabriel se vio pasando las páginas con rapidez, buscando un intento más cercano al éxito, hasta que un pedazo de papel se desprendió entre sus dedos. Se detuvo en seco y su mano se quedó rígida, temiendo haber rasgado alguna página. Pero, en lugar de un jirón de papel, encontró un sobre del tamaño de la mano de un niño. Se relajó al comprobar que tan solo había tropezado con una especie de punto de lectura improvisado. Volvió la atención al diario pero, por alguna razón, aquel sobre seguía cosquilleándole en el rabillo del ojo. Finalmente, cedió a sus insistencias y lo estudió.

Al principio, por la calidad del papel y las guarniciones en color púrpura de la lengüeta, Gabriel creyó que podría tratarse de algún recuerdo de la antigua imprenta de la familia. Pero, por más que la paladeara, aquella conclusión seguía sin saberle a nada. Le dio la vuelta. Las únicas indicaciones se reducían a unas palabras escritas al dorso: *Finalment t'hem trobat*. Se quedó mirando el sobre sin saber si merecía que le prestara tanta atención. Y, poco a poco, entre parpadeos, fue reparando en que la imagen que dibujaba resonaba recientemente en su memoria.

Con gestos urgentes, Gabriel rebuscó entre su propia correspondencia hasta que sus dedos encontraron un pequeño sobre. Durante unos instantes lo sujetó como si fuera una cerilla a punto de consumirse. El mismo tamaño, el

mismo tipo de papel, las guarniciones púrpura con motivos florales en la lengüeta, y al darle la vuelta... *Finalmente te hemos encontrado.*

Gabriel dejó los sobres sobre la mesa y confirmó que eran idénticos. Aquello era demasiado extraño. Solo había una diferencia entre ambos sobres: el que había encontrado en el diario estaba abierto y vacío, y el otro aún estaba cerrado y esperándolo. Cuando finalmente lo abrió, halló una tarjeta en el interior. Se echó atrás sobre la silla y alzó la tarjeta a la altura de los ojos. A pesar de ser una enésima impresión, estaba decorada con un gusto agradable, ideada sin duda para resultar atractiva. Había alegorías femeninas, a imitación de las de *Alphonse Mucha*, rodeando el texto con los estilizados trazos de sus cabellos.

En el reverso, Gabriel pudo leer:

*Se le invita a disfrutar de nuestras afamadas veladas, donde buscará lo que desea y encontrará lo que no espera.*

Siendo incapaz de concluir nada, Gabriel le dio la vuelta a la tarjeta y leyó lo que había escrito en el anverso.

*El Viejo Teatro de la noche.*

# El Viejo Teatro de la noche

## I

Ocurría después de haber perdido largo tiempo callejeando. En algún momento se dejaba de estar solo, aumentaba el murmullo de otras voces, el adoquinado reverberaba bajo los cascos de los caballos y los radios de las carrozas crujían revitalizando el vacío. Dandis y caballeros murmuraban sus picardías y las señoritas correspondían riendo tras una mano enguantada. La luz de gas tornasolaba los vestidos y dibujaba rostros sobre la noche. Todo: hombres y mujeres, e incluso la carne de los edificios, cobraba un pulso diferente al que mostraba durante el día, y los pasos terminaban deteniendo su extravío bajo aquel cartel. Un plafón ovalado sostenido por un viejo trabajo de forja a imitación de una sinuosa hiedra. En él, escrito con elegancia, aparecía por fin el nombre: *El Viejo Teatro de la noche*.

El cartel coronaba un porche sostenido por delgadas columnas de mármol que, prácticamente, marcaba el eje de simetría de las escaleras siamesas que ascendían desde la calle. Al final, el movimiento acababa contagiándose y se terminaba siguiendo a alguna de las comitivas que se dirigían a ellas.

Al final de estas, las puertas del vestíbulo oscilaban al paso de los asistentes, haciendo que, a través de las cristaleras, el interior latiera en la mirada. Al cruzarlas, la luz se multiplicaba en forma de brillos sobre las pantallas de las lámparas, sobre el barniz de la madera o el embaldosado de las paredes. Invitaba a presentir que aquel lugar no era solo un hueco entre ladrillos donde vivir y hacer, sino donde se animaba a esperar algo más. La procedencia de la música era imprecisa. El espacio causaba cierto vértigo. Y era así: mirando hacia otro lado, como lo imprevisto y lo deseado, aparecían donde menos se habría intuido.

—¡Bienvenido! Le estábamos esperando.

Aquella voz escogió a Gabriel de entre el resto y, al volverse, se encontró con el rostro de una mujer joven, que recibió su sorpresa conteniendo una sonrisa y retrocediendo un paso para que el espacio entre ambos fuera más cortés. Se hallaba junto a un caballete en el que un cartel anunciaba las actividades de la noche y la tomó por una empleada del teatro.

—Buenas noches. He recibido esto... —Gabriel no pudo evitar un tono de disculpa y se apresuró a mostrar la tarjeta que había recibido.

La mujer asió la tarjeta entre sus dedos sin sustraerla de los de Gabriel, la miró un momento (como si algo en la situación le divirtiera), y dejó que continuara en su mano.

—Por supuesto —dijo amablemente—. Pase a nuestra sala «Solsticio». Bienvenido. Nuestras polillas pronto harán su aparición. Seguro que tendrá suerte.

Cuando ella le despidió con una gentil inclinación del rostro, se dio cuenta de que habría sido más fácil seguir el curso del resto de asistentes, quienes, desde el principio, se dirigían en la dirección que le acababan de indicar.

Cruzó una puerta acristalada. La música creció en sus oídos y sus pasos siguieron callados sobre un suelo alfombrado, hasta un amplio salón que entendió como el café del teatro por cómo el tintineo de copas salpicaba el ambiente sobre la música de *Pachelbel*.

La pamea de una señora le cosquilleó con sus plumajes, provocándole la sensación de que su quietud le hacía destacar demasiado, así que se decidió a aventurarse a través de aquel espacio.

Su escasa experiencia en lugares así le dificultó determinar la clase de aquella sala. Más que adaptarse a un nivel para atraer a una clientela determinada, el lugar dedicaba sus esfuerzos a adquirir un carácter propio. El edificio parecía de planta antigua, con el estilo adaptado a ecos más actuales, como las trazas modernistas con que se había llegado al final del siglo.

Así, la forma curva se movía a través de todo. Las paredes se volvían piel, capaz de respirar a través de los relieves, y el intrincado dibujo en las vidrieras desfiguraba lo suficiente el mundo exterior para que los ocupantes de aquella sala se sintieran a salvo de él. En aquel ambiente se notaba abrumado y desorientado. Le parecía que todo a su alrededor tuviera una densidad subacuática y que moverse fuese extraño. Se recordó a sí mismo que no estaba allí buscando entretenimiento e intentó situarse mejor.

La «Sala Solsticio», tenía dos niveles: el principal y más amplio, donde se situaban la orquesta y la barra; y un segundo, de apariencia más íntima, al que se llegaba por unas escaleras situadas al fondo. Moviéndose entre los asistentes, Gabriel se encaminó hacia allí. Siguió la curva del balaustre con la mano mientras los peldaños le iban elevando sobre el espacio, y uso la altura para buscar entre la gente e ir desechando rostros.

Aquel altillo parecía estar ideado como un reservado: el entorno se volvía

más tranquilo y abrigado. Una falsa cúpula de cristal dominaba sobre las mesas y las butacas, lo suficientemente baja para que un hombre como él, con poco esfuerzo, pudiera estirar la mano y acariciar el plomo de las junturas. Pero él buscaba una gota muy concreta de humanidad y no permitió que el entorno le desviara de ese propósito. Se quitó el ros y tomó asiento en una mesa situada al lado de la barandilla, desde donde podía otear cómodamente todo el espacio.

Forzando la mirada, buscó entre los rostros femeninos, pero todos eran rasgos ajenos viviendo una vida muy distante de la suya. Se percató por el rabillo del ojo de cómo se acercaba uno de los camareros y, dándose cuenta de que su actitud era muy tensa, relajó la espalda sobre la silla cuando se acercó a su mesa.

—Su ginebra.

Gabriel se extrañó cuando el camarero dejó una copa sobre la mesa pero, cuando se acomodó en la silla y vio la mirada de aquella mujer, fija sobre la suya, le pareció que el pecho se le volvía cristal resquebrajado.

—¡Tenga cuidado!

Aquella mujer tensó el tono. Sus manos adoptaron una actitud de araña al recoger una cuartilla de papel de la mesa, tirando de las esquinas con pretendida insolencia para que Gabriel retirase el puño de ella. Desconcertado, este descubrió más hojas a la vez que revistas y un libro de notas; incluso un tintero y un pequeño cajetín con plumillas. Apartó las manos y miró a aquella mujer, sentada frente a él y obsequiándole miradas de disgusto mientras soplaba sobre la hoja de papel que había rescatado de su torpeza.

—¿Con un chorrito de angostura? —preguntó aquella mujer, volviendo un momento la mirada al camarero.

—Como siempre —aseguró aquel antes de volverse a Gabriel—. ¿Y a usted, caballero, qué le apetece tomar?

—¿Qué...? —la pregunta interrumpió a Gabriel mientras mostraba intención de volver a ponerse en pie—. Nada de momento, gracias.

—Volveré más tarde entonces.

El camarero se fue a atender otras mesas y Gabriel se quedó sin excusas para no enfrentar la mirada de aquella mujer, aunque no se la encontró al volverse. Su atención estaba dirigida sobre un borrón de tinta en el papel del que, al parecer, él era culpable.

—Le ruego que me disculpe —se excusó Gabriel—. Habría asegurado que



esta mesa estaba desocupada.

—¿En serio? —replicó ella con mordacidad—. No quiero pensar cómo me deja eso.

Confirmando que la mancha de tinta no tenía remedio, la mujer suspiró mientras se echaba hacia atrás en la silla. Por fin, miró de nuevo a Gabriel, chasqueó la lengua resignada y se dispuso a tomar a aquel soldado como un mal menor.

—Está bien, puede sentarse. Ya no quedan sillas libres, como sin duda puede ver.

—Lo siento mucho —dada la situación, Gabriel no pudo rechazar aquella muestra de cortesía entre dientes y volvió a la silla—. Le aseguro que...

—Que no me había visto —recordó la mujer haciendo una mueca—. Ya lo ha dicho, ¿va a seguir cubriéndome de halagos o piensa presentarse?

—Claro, disculpe. Mi nombre es Gabriel Escudero.

La mujer le confirió una atención secundaria mientras volvía a escribir. Apuró la tinta sobre el papel hasta que tuvo que volver a mojar el plumín en el tintero y, entonces, ofreció su mano a Gabriel, a la par que seguía centrada en el texto.

—Camille.

Aquella mujer tenía manchas de tinta en los dedos, y en la plumilla que sostenían crecía una peligrosa gota negra que terminó cayendo por su propio peso. Aunque el gesto le pareció ridículo en el momento de ejecutarlo, Gabriel colocó su propia mano para impedir que el papel sobre el que ella trabajaba se manchara de nuevo.

—¡Oh! —reaccionando a su propia torpeza, Camille vio la tinta dibujando en negro las líneas de la mano del soldado—. Supongo que eso nos deja en paz.

—Sí, supongo —aceptó Gabriel—. ¿Camille...?

Ella no lo miró. Dejó que aquellos puntos suspensivos se alargasen hasta perder sentido y siguió escribiendo.

—Solo Camille —dijo finalmente.

Gabriel asintió, mostrando conformidad, e intentó dejar que aquella mujer siguiera con sus quehaceres mientras volvía, de nuevo, la atención al piso de abajo. Pero no pasó mucho antes de que la presión de tenerla al lado le hiciera girarse a mirarla.

Parecía tener aproximadamente su misma edad. Sin embargo, aunque era difícil de determinar, de ella emanaba una clara voluntad que, según diera la

luz sobre aquella mirada verdinosa, le hacía parecer mucho más joven o mucho más vieja. Tenía un pelo pajizo, recogido de forma hábil pero sencilla. Su fisonomía era agradable, aunque algo seca, algo que bastaba a la experiencia de Gabriel para notar que no cuidaba, o no podía cuidar, su alimentación lo suficiente. Llevaba un vestido color aguamarina, falto de algún botón y que no parecía destinado a hacerla destacar sobre ningún escenario. No obstante, verla rodeada de papeles, acompañada de algún ejemplar de *L'Avenç* o de *Pell y ploma*<sup>[5]</sup> e improvisando un pequeño despacho en aquel lugar, hacía que ese ánimo de discreción fracasara totalmente. Como fuese, lo que pudieran pensar de ella quienes iban y venían, palidecía al lado de la voluntad que le emblanquecía los nudillos al sujetar el mango de la plumilla.

—¿Es usted escritora? —preguntó Gabriel.

Como anticipando la respuesta, Camille esperó hasta haber puesto un punto para alzar la mirada hacia Gabriel.

—Sí.

La respuesta fue seca, y la mirada, fría, abrió un espacio de silencio hueco desafiándole a pensar de lo que quisiera. Gabriel supo verlo. Había visto una actitud similar a veces en Vanessa: esa herida disposición a dividir al mundo en bandos, a hacer valer su propia voluntad frente a los prejuicios de otros.

—Siento haber estropeado su trabajo.

El recelo se moderó en la mirada de Camille y consultó su cuaderno de notas pasando páginas.

—Está bien. La verdad es que no es nada —Camille pasó el dedo sobre unas cuantas palabras emborronadas en el texto que estaba escribiendo—. Pero prefiero ser pulcra con mis encargos.

—¿Encargos? —Gabriel volvió a apartar la vista de la gente que se hallaba en el piso de abajo—. ¿Escribe usted entonces para alguna revista?

Camille arrastró en la garganta un quejumbro contrariado, como si tropezara con una piedra familiar.

—No, la verdad es que no —se lamentó con algo de nostalgia asqueada antes de señalar el ejemplar de *Pell y ploma* que tenía en la mesa—. Pero alguna vez lo he hecho.

—¿Entonces, sus encargos?

Conteniendo satisfacción y alivio, Camille dejó de escribir y se irguió sobre la espalda con gracia. Miró el texto y terminó dejando la plumilla cerca del tintero.

—Escribo cuentos personalizados para quien me los pide —respondió sin

mirar a Gabriel, buscando bajo los papeles hasta encontrar un sobre—. Puedo convertir a cualquiera en personaje de su propia vida.

Gabriel no supo si entendía lo que Camille quería decir, pero le pareció que se mostraba críptica y con un punto de lamentación. Convino que el silencio era la mejor forma de respetar aquello y, aunque no le gustaba ser grosero, su propia mente no dejaba de tirar de él en otras direcciones. Volvió a escudriñar entre los rostros sintiendo cómo la impotencia comenzaba a robarle espacio entre sus pulmones.

—Usted, por ejemplo.

En un momento, le pareció haberse ido muy lejos y, al oír la voz de Camille, Gabriel se volvió repentinamente.

—¿Disculpe?

—A eso me refería —la mirada de Camille se afiló con astucia, logrando casi incomodarle—. Por eso, aunque no me gustan los uniformes, no he dicho nada al verle sentarse en mi mesa. Usted no ha venido aquí para estar y sentir. Usted tiene el mirar entrecerrado de los que buscan. Me pareció que sería interesante.

—Siento haberla decepcionado —dijo Gabriel.

Levantando las cejas mientras doblaba las hojas del texto pasado a limpio, Camille le dirigió un soslayo enigmático cuyo sentido quedó solo para ella. Luego bajó los ojos, metió las cuartillas en el sobre y lo cerró.

—No he dicho que lo haya hecho, aún —aclaró.

La música cesó entonces. Con una sensación de escalofrío, Gabriel notó un silencio anormal. Miró a su alrededor para confirmar que toda actividad había cedido su espacio a una excitación contenida. Los camareros se habían arrinconado hasta casi desaparecer, el movimiento en la barra se había detenido, los músicos de la orquesta contenían sus instrumentos con una actitud casi marcial.

Y, poco a poco, la expectación de los asistentes se concentró en una misma dirección. Aquella quietud contenía algo litúrgico y, notándose el más profano de los presentes, se volvió a Camille para comprobar que también ella callaba y observaba. La intención de dirigirse a ella titubeó en los labios de Gabriel pero, antes de que pudiera decir nada, sus ojos temblaron hacia un conjunto de puntos negros que hicieron su aparición en el piso inferior, avanzando en procesión hasta situarse en el centro de la sala.

—¿Qué sucede? —terminó por preguntar.

—Las polillas.

Camille señaló a un conjunto de niños y niñas vestidos de negro que acababan de formar en el piso de abajo. Debían de ser más de una docena e, invitados por aquel silencio, habían entrado con trazas de ritual sobre pasos ensayados. También ellos se habían detenido, mostrando en sus rostros maquillados la asumida satisfacción de ser el objeto de tantas miradas.

—¿Es un espectáculo? —preguntó Gabriel.

—Más o menos —en el tono de Camille había un deje paciente pero reprobatorio—. Espere y verá.

La música comenzó de nuevo, actuando sobre los niños como el aire sobre un diente de león, y se desperdigaron por la sala, pasando ante las mesas, ante los rostros que se torcían sobre el cuello para seguirlos, y mirando a los asistentes como si los estudiaran.

Gabriel contempló aquello con curiosidad pero comenzando a cuestionarse su presencia allí. El movimiento a su alrededor le provocaba una sensación de urgencia, de pérdida de tiempo. Pero, aunque se esforzara en preguntarse qué debía hacer, se notaba demasiado fuera de lugar para barajar con acierto las posibles respuestas.

—Tómesele con calma —le aconsejó Camille, notando su inquietud—, es un juego.

Con la mirada, Camille dirigió de nuevo la atención de Gabriel al piso de abajo, haciéndole notar cómo los niños iban escogiendo a algunos de los asistentes y les conducían fuera de la sala. Algunas de estas llamadas «polillas» comenzaban a subir también las escaleras hacia donde ellos se encontraban. Nuevamente, Camille se lo indicó con un gesto cuando dos de ellas comenzaron a acercarse, rondando entre las mesas.

—¿Cree que tendrá suerte? —preguntó la escritora desafiándolo.

Gabriel no entendió a qué podía referirse, pero se vio enfrentado a un suave matiz de malicia en los ojos de una niña de bucles castaños.

—Parece que sí —señaló Camille.

Aquella niña esbozó una sonrisa traviesa y se acercó hasta la mesa en la que se encontraban sin apartar la mirada de Gabriel, quien no pudo contener un titubeo extrañado cuando se detuvo ante él, ofreciéndole la mano.

—Usted me hará el favor de acompañarme, ¿verdad? —la niña parecía divertida ante su desconcierto—. Tenemos un lugar para usted en la «representación borrosa».

Por no resultar descortés, Gabriel le tomó la mano pero, mientras se ponía en pie, se volvió a Camille.

—¿Representación borrosa?

La niña tiró de él suavemente pero con insistencia, sin darle apenas unos segundos para recuperar el ros.

—Ya verá cómo lo disfruta —le aseguró la pequeña.

—Es todo un espectáculo, soldado —comentó Camille antes de dirigirse a la niña—. ¿Y qué hay de mí? ¿Me dejareis bebiendo ginebra toda la noche?

Aunque la niña mostraba prisa por llevarse a Gabriel consigo, se detuvo y, volviéndose a Camille con la naturalidad que brinda la confianza, le sonrió.

—Usted es como de la casa —respondió—. Si no encuentra quien le lleve al «retrato de ausentes» sírvase ir usted misma, sin reparos.

—Tendré que conformarme.

Fingiendo resignarse, Camille despidió a la niña y dejó que arrastrase a Gabriel tras ella. Cuando perdió interés en ver cómo se alejaban, comenzó a recoger todas sus cosas, poniendo especial cuidado en no olvidar el sobre en el que se encontraba su texto. Finalmente, apuró la ginebra del vaso antes de ponerse en pie.

## II

Gabriel ascendió por las escaleras observando la forma de «M» que la tinta había hecho enraizar en su mano. Al hacerlo, notó el extraño comportamiento de la luz sobre ella. Motivado por una sensación a la que no pudo hacer caso omiso, se detuvo y levantó la mirada hacia el techo. La niña le había conducido de regreso al vestíbulo. Estaba ya mucho menos transitado y dominado por una sensación de penumbra, lo que permitía que la cúpula de cristal bajo la que se hallaba derramara sus reflejos con una impresión casi líquida.

Con algo de vértigo, no pudo evitar escudriñar entre los motivos de aquella bóveda, asegurándose al pasamanos. Distinguió dos formas blanquecinas: la de un hombre joven, en pie y sosteniendo una lira y, en el extremo opuesto, una mujer, abatida en el suelo, sobre el que se derramaba el cabello rojizo que le ocultaba el rostro. Tardó en reconocer a una tercera figura debido a la tremenda oscuridad que la envolvía. La mujer se encontraba dominada por una forma enorme. Una criatura andrógina, compuesta por telas liliáceas y azuladas, se acurrucaba sobre sí misma, haciendo de su

propio cuerpo un trono, hasta copar la mitad de la bóveda. Las gotas blancuzcas de sus ojos miraban al hombre con severidad.

—Orfeo...

La graciosa voz de la niña quebró sus pensamientos y le condujo a la realidad. Lo esperaba al final de las escaleras, un espacio que salvó fácilmente al ofrecerle la mano de nuevo.

—...Y Eurídice —puntualizó—. Sígame, por favor. Es aquí.

Una gran puerta de doble hoja aguardaba abierta. La estancia del otro lado quedaba resguardada por espesos cortinajes de terciopelo encarnado, que la niña retiró para poder pasar.

El olor de lo viejo resultaba demasiado característico para confundirlo con ninguna otra cosa y, aunque no se hacía desagradable, llegaba a amedrentar, pues notaba una presencia que llevara allí demasiado tiempo haciendo que la gente sintiera su memoria en el pecho a través de un aroma de textura áspera. La niña estaba hecha a aquel olor. Lo tenía por familia, y le guió a través de aquella sala de teatro como su salvoconducto. Lo condujo hasta las filas delanteras del patio de butacas y, cuando Gabriel comenzaba a sentirse presionado por el telón que dominaba el escenario, se detuvo y le indicó que tomara asiento.

—Pronto vendrán a hacerse cargo de usted —le dijo—. Disfrute la velada.

Con una reverencia que debía de haber hecho suya tras horas de ensayo, la niña se despidió de él con un matiz de sorna en la mirada.

Fuese lo que fuese la «representación borrosa», él no iba a ser el único espectador. Pero notó que la intención no era, ni de lejos, completar el aforo. No era una sala especialmente grande. Gabriel calculó que, a lo máximo, podría dar cabida a unas trescientas personas. Sin embargo, mientras otras «polillas» iban trayendo más asistentes, vio que ponían cuidado en distribuirlos de forma dispersa, usando el vacío para alejar a los espectadores entre sí, favoreciendo cierta intimidad. Para cuando se cerraron las puertas, no debía de haber más de unos cuarenta invitados en las butacas.

Se adormilaron las lámparas hasta que la atmósfera se viró a un cálido tono ocre y, aunque el telón seguía echado, la orquesta inició una suave melodía de acompañamiento.

La vejez de la sala dejó de sentirse como algo silencioso y Gabriel se vio intimidado por ella de nuevo, por no saber de qué manera debía sobrellevarse la proximidad de algo con la capacidad de envejecer mucho más allá de la medida humana. No sabía por qué no podía evitar atribuirle ese carácter a la

madera, a los rostros enmascarados de sus relieves, o a las ronchas sobre el terciopelo. La ciudad estaba llena de lugares tanto o más viejos pero aquél, tal vez por estar al servicio de la imaginación, había recogido un poso de humanidad distinto y tenía su propia órbita.

La sensación de que aquella sala vivía dejó de ser una idea en su mente. Lo notó primero en la platea por encima de él. La música parecía la señal de entrada para unas mujeres que atendían entre las butacas a cada invitado, uno por uno, proporcionándoles algún tipo de refrigerio.

Cuando escuchó un chirrido de ruedecillas acercándose, Gabriel supuso que también a él le llegaba su turno y se descubrió, dejando la leopoldina en la butaca contigua. Al poco, una mujer joven llegó a su lado empujando lo que creyó que se trataba de un carro de bebidas, pero su contenido no parecía el esperado.

—Bienvenido. Parece que al final tuvo suerte. ¿Está disfrutando la velada?

Gabriel reconoció a la mujer que le atendió en el vestíbulo. Al principio, por el elegante vestido de colores tierra y mangas de encaje color vainilla; luego, por la voz. Ella aún parecía arrastrar la misma sonrisa contenida de su primer encuentro.

—Buenas noches... No sabría decirle.

—Es su primera noche aquí —le tranquilizó ella—. Es la reacción normal, incluso la esperada.

Diciendo aquello, la joven se acercó el carrito con una mirada cómplice. Lo que arrastraba aquella noche en la cabeza impedía a Gabriel reaccionar apropiadamente a las gentilezas y, para no resultar rudo, solo acertó a desviar la suya.

—¿Qué es la «representación borrosa»? —preguntó.

Haciendo un suave mohín, la joven emitió un murmullo que parecía evocar multitud de posibilidades. Luego se volvió a él y su mirada escudriñó su uniforme.

—¿Usted sueña, teniente?

—Sí, claro, a veces...

—Y habrá ido usted alguna vez al teatro.

—Sí, hace tiempo, pero sí.

La muchacha se acercó a él, uniendo los dedos de ambas manos a su espalda. Gabriel notó cómo sus faldas le acariciaron la rodilla.

—Pues es solo eso —la joven subrayó la sencillez de la respuesta con un ligero encogimiento de hombros—. Yo le daré lo necesario para que

componga, a modo de sueño, la obra que su corazón quiera (o necesite) ver representada.

Gabriel observó lo que transportaba el carrito. Destacaba la gran cantidad de pequeños frascos de cristal etiquetados. La mayoría contenían líquidos, polvos o tabletas. En conjunto, le pareció algo muy similar a los botiquines homeopáticos que había tenido ocasión de ver.

—¿Quiere decir drogas? —preguntó.

—Quiero decir «lo que usted necesite» —la muchacha vocalizó especialmente las últimas palabras, mostrándolas más tentadoras—. ¿Le supone un problema?

—En realidad, no —Gabriel deshizo en su aliento una leve risa derrotada—. Es solo que quizá esta no sea la noche adecuada.

Por el modo de asentir, la chica pareció interpretar aquello como un desafío y, acercándose más, se inclinó sobre él.

—Déjeme al menos ver lo que usted necesita.

Las manos de la joven se habían acercado a su rostro, quietas a la espera de su consentimiento, en un punto en que Gabriel casi anticipaba su tacto. Cuando asintió, ella le tomó de las mejillas y su mirada se concentró en sus ojos con una intensidad más allá de parpadeos. Él intentó moderar su respiración, pero no podía evitar tragar pálpitos de un aroma diferente al de la antigüedad que gobernaba aquel lugar. Un aroma nuevo, que refrescaba en su boca y calentaba sobre la piel: era suave, como el vino blanco sobre la lengua, pero capaz de embriagar cuando lo notaba dentro.

El entrecejo de la muchacha cedió a un leve fruncimiento, como si le costara más de lo esperado leer el húmedo reflejo en los ojos del soldado. Alargó su examen unos momentos y, cuando se irguió de nuevo, arrastró un matiz intranquilo en la mirada. Se acercó al carrito y sirvió un licor de tintes rosados en una pequeña copa.

—Está usted buscando algo, algo que seguramente perdió —aún con ciertas trazas de inseguridad, la muchacha afirmó su diagnóstico—. Eso suele ser problemático.

Con teatralidad destinada a tranquilizarle, la muchacha adoptó el aire resignado de verse ante un trabajo complicado. Escogió un par de frascos de su botica y, con la habilidad imposible que solo se da en las manos de un artista, preparó un bebedizo en el licor de la copa, a base de medir y mezclar polvos, y se la ofreció.

—¿Qué es esto? —preguntó Gabriel.



Manteniendo la copa a su alcance, la muchacha sonrió ante su recelo.

—¿Sabe usted ese momento, cuando está a punto de dormirse, en el que cree que tiene la respuesta a una pregunta? —alzando ligeramente la copa ante sus ojos, la muchacha potenció el cariz enigmático de sus palabras—. Y luego...

Con la mano que tenía libre, la joven hizo un gesto a la altura de su cabeza, agitando los dedos como si algo se volatilizase. Luego volvió a ofrecerle la copa y sus ojos brillaron, tan prometedores como aquel cristal.

—Le ofrezco que ese momento dure algo más de tiempo.

Gabriel tomó la copa y alternó miradas entre el contenido de esta y la expresión de la muchacha, quien, con su silencio, parecía animarlo a cruzar el último paso hacia el riesgo. Se mojó los labios con un primer sorbo y, sin quererlo, un impulso se abrió paso entre una voluntad cansada de valorar consecuencias y apuró el contenido de un trago. Era dulce, pero con un agujoneo amargo que dibujó un corte cálido a través de su pecho.

—Bravo —la muchacha recuperó la copa y la devolvió al carrito—. Tiene usted los labios irritados.

Casi de forma involuntaria, Gabriel reaccionó a aquella observación llevándose una mano a la boca a modo de disculpa. En ese momento la luz decreció de nuevo y, ante sus ojos, la muchacha se convirtió en una silueta igual de sorprendida que él frente a la oscuridad.

—¡Vaya! Me ha entretenido usted —su voz se volvió un susurro, casi el soporte de una confidencia—. Debo irme ya.

La luz terminó de retirarse hasta que el espacio se redujo a las candilejas contra el telón. Entonces la presencia de la muchacha se convirtió en un inesperado tacto de aliento en la mejilla.

—¡Que la velada sea de su agrado!

### III

—¡Damas y caballeros, buenas noches!

La disposición de la sala en forma de anfiteatro permitió que la voz del señor Domedel se extendiera imponente y con facilidad, y bastara para asentar definitivamente el silencio. Esto hizo que Camille prescindiera de seguir buscando y se acomodara en el primer sitio libre. Se había retrasado, por lo que se resignó a situarse en la cuarta fila. Aun alejada del espectáculo, le

permitiría dominar toda el área (y a los presentes) y ver si algo podía valer una línea sobre el papel. Ignoró algunas miradas curiosas, otras que juzgaron inconveniente su trasnochada llegada y sacó de su bolsa el cuaderno de notas y un lápiz.

—Sepan primero que somos conscientes de que habrán llegado aquí faltos de esperanza, con la mirada apagada y el corazón cansado —prosiguió el Guardián de eventos—, heridos más de una vez, sin duda, por todo aquello que entorpece el espíritu del hombre. Pero sepan ahora que la línea está trazada, se ha arrojado el guante y el enemigo no quedará sin respuesta, pues somos gente de talento y con intención de utilizarlo en la lucha contra todo lo triste y desesperanzado. Considérense por fin a salvo, hónrennos con su confianza y dispónganse a presenciar el principio de la noche.

Como correspondía a un maestro de ceremonias, el señor Domedel supo modular el pulso de la sala con sus palabras, provocando un aplauso entusiasmado. La confianza permitió que Camille no se sumara a él y lo observara en un momento en que relajaba su actuación.

Sabía que era bastante mayor que ella; sin embargo, con él ocurría como con la madera: llegaba un momento en que dejaba de envejecer y su aspecto no parecía cambiar. Solo en su interior los anillos crecían marcando los años, más allá de lo visible. Para alguien como ella, que se exigía el deber de desentrañar lo máximo posible de los rasgos de quienes le rodeaban, no poder concretar la edad de aquel hombre se le hacía tan frustrante como estimulante.

Distraídamente, Camille comenzó a trazar un bosquejo en el cuaderno: un hombre alto y enjuto, vestido con un frac elegante y sin pretensiones; de cabello negro, tez pálida y marcada por las muescas de una pasada enfermedad; el gesto de las mejillas absorbido sobre el hueso y el de los labios dominado por una sonrisa flemática y, al final, aquellos ojos oscuros y profundos, marcando siempre el punto a partir del cual nada más podía adivinarse de él.

No lo pretendía, pero la mano de Camille comenzó a dibujar también la puerta que se encontraba tras el Guardián de eventos. Al hacerlo, una precaución siniestra le hizo detener el lápiz y miró a su alrededor. Como todo en aquel lugar, la decoración de aquella sala estaba cuidada al mínimo detalle, pero fracasaba al intentar desviar la atención de aquella puerta. Era de una madera oscura. Ofrecía el espacio justo para un hombre y su factura se inclinaba hacia la sencillez, como si su creador no hubiese querido estar demasiado tiempo ante ella. *La puerta de Otranza*, como la llamaban en

aquel lugar donde todo derivaba hacia lo imaginativo. Ella nunca la había visto abierta pero, cuando el señor Domedel volvió a hablar, se dio cuenta de que llevaba tiempo sin poder apartar los ojos de ella.

—El retrato de ausentes es uno de nuestros juegos más habituales. Pero si alguno de ustedes está hoy aquí por vez primera, explicaré en qué consiste — el Guardián de eventos se acercó a una mesa auxiliar cerca de él, sobre la que aguardaban varios ejemplares de periódicos. Los indicó con una mano y volvió a dirigirse al público—. El retrato de ausentes nos permite celebrar a aquellos que no tuvimos oportunidad de conocer, imaginar qué fueron, qué podrían haber sido, qué podrían haber supuesto para nosotros y, ¿por qué no?, plantearnos esas preguntas sobre nosotros mismos. Pero, en estos temas, el talento de nuestra médium supera al mío. Madame Ginetzza, si es tan amable.

Aunque sin alardes, la iluminación de la sala estaba dispuesta para dejar algunos puntos estratégicos en sombra y, cuando el señor Domedel pronunció aquel nombre, de uno de los rincones apareció una mujer de pelo cano y elegantemente vestida, que agradeció el aplauso con el que la recibieron antes de dirigirse a la sala.

—Gentiles damas, amables señores —comenzó—. Los habituales de nuestro retrato de ausentes sepan que esta noche contamos con la participación de alguien especial. La fama de nuestro transformista será conocida por muchos. Seguro que sus habilidades nos serán de utilidad en nuestros propósitos. Por favor, reciban con otro aplauso a Unhombre.

El aplauso comenzó con cortesía pero, cuando aquella criatura surgió de la sombra, se hizo eco de la impresión que producía su Presencia. El sonido adquirió un aspecto parcheado, como cuando la lluvia comienza a decrecer, y se dispersó hasta volverse informe, como el ser que se había plantado ante el público.

Unhombre era eso: un hombre, ya que carecía de algo capaz de definirle más allá de esta generalidad. Tenía la complexión de un hombre, brazos y piernas como los más afortunados de entre estos; el cabello de un hombre y vestía como un hombre, pero su rostro carecía de rasgos que permitieran la progresión de este término. Sin nariz, ojos ni boca. Era una simplificación tosca de la fisonomía humana, compuesta por una masa arcillosa de color gris, de la que no podía extraerse nada por más miradas que se concentraron en ella.

La reacción era la habitual, pero Camille no pudo evitar el gesto de disgusto en su expresión al presenciarla de nuevo, y garabateó palabras

rencorosas en su cuaderno. Las subrayó y, al volver a levantar la mirada, vio cómo los ayudantes traían una silla y una mesa de servicio. Mientras madame Ginetzza comprobaba lo que había en la mesa, Unhombre tomó asiento.

—*La tribuna* —anunció madame Ginetzza, mostrando ante el público el diario que le alcanzó uno de los asistentes—. En la sección de esquelas.

Madame Ginetzza serenó el rostro adormilando la mirada, dejando que un inusual magnetismo guiase la mano que acariciaba las páginas.

—Joan Arnal Teixido —cuando su mano se detuvo, leyó aquel nombre con la voz acariciadora—. Falleció el diecisiete de febrero de 1904 en Barcelona a la edad de sesenta y tres años, habiendo recibido los santos sacramentos y la bendición apostólica. Su esposa e hijos ruegan una oración por su alma.

Madame Ginetzza cerró el diario con cuidado y lo dejó en la mesa de servicio. Cogió una pequeña botella de cristal y caminó con ella ante el público, eligiendo entre los rostros hasta detenerse frente a una mujer sobre la que su mirada se había entretenido más tiempo para crear expectación.

—Dígame usted, señora, ¿qué le dice este nombre? ¿Qué clase de hombre pudo ser?

Al verse objeto de múltiples miradas, la mujer se vio cohibida unos instantes hasta que, venciendo su timidez, apresuró sus ideas sobre un murmullo pensativo.

—Con ese nombre... creo que debió de ser alto —el nerviosismo obligó un tono agudo en la voz de la mujer—, y creo que... con la barbilla un poco echada para adelante, como Felipe II.

La mujer matizó la descripción con algunos gestos. Sonriendo cortésmente, Madame Ginetzza la escuchó con atención, hasta emitir un murmullo entre los labios y oscilar teatralmente sus caderas mientras agitaba la mano con un gesto de negativa.

—Probablemente fuese alto —concedió, apartándose de aquella primera mujer—. Pero no creo que tuviese esa barbilla. Usted, el caballero en la segunda fila, ¿qué cree?

Aquel hombre recibió el desafío con un carraspeo forzado y orgulloso y se acomodó en su silla de modo que se hizo más visible a cuantos le rodeaban.

—Quizá fue un mujeriego —elucubró jocosamente—, con un bigote a la souvarov y una sonrisa irresistible, como la mía.

—Se ha descrito usted a sí mismo, señor. ¡No sea travieso!

La audiencia recibió aquel reproche con algunas risas murmuradas mientras madame Ginetzza seguía buscando hasta que, desafiante, amplió su

invitación alzando una mano.

—¡Vamos! —les animó—. ¿Alguien?

Apoyada sobre los codos, Camille sujetaba el lápiz con las manos acariciándose los labios con él. Pronto mordisqueó en ellos una sonrisa.

—¡Tendría una barba de ancla! —su voz se aventuró decidida sobre el asombro de los presentes—. Y una frente amplia, con las arrugas que provoca fruncir el ceño, decidido a seguir de pie cuando terminan los golpes.

A través del espacio, el intercambio de miradas del público dibujó una clara línea entre las dos mujeres, como un guante arrojado. Madame Ginetzza sostuvo un segundo la mirada de Camille con una sonrisa y regresó a la mesa, donde, totalmente quieto, esperaba Unhombre.

—Eso me gusta —afirmó satisfecha—, con eso podemos empezar a trabajar.

Hubo un leve murmullo de expectación cuando Madame Ginetzza destapó el frasco que había llevado todo el tiempo y derramó en una escudilla de porcelana su contenido: un aceitoso líquido transparente, en el que empapó un pedazo de arpillera blanca de la mesa. Acto seguido y manteniéndolo en alto para que escurriera, se volvió a Unhombre. Este asintió y se dejó colocar la tela sobre el rostro.

—Una frente amplia... muy bien —dijo mientras comenzaba a moldear aquellos rasgos en la cara de Unhombre—. Sigán pensando, damas y caballeros. Tengan presente que, si conseguimos un rostro que el difunto pueda reconocer, su voz podría sentirse inevitablemente atraída por él.

#### IV

El telón se abrió a la francesa, y del foso de la orquesta comenzaron a humear los acordes de *La danza del hada de azúcar*, de Tchaikovski.

Gabriel notaba su mente como algo ajeno y falto de voluntad. Un escalofrío le mecía y apenas se daba cuenta de que había ido abandonando todos sus pensamientos. Su interior se había vuelto dócil y anhelante. Su carne se ablandaba sobre el asiento, su cuello le hacía cabecear y su mirada se había vuelto brumosa. No era que el mundo fuese más sencillo, era que ya no le importaba. Todo era igual que aquella música, algo sencillamente destinado a sentirse.

No se sentía obligado a entender lo que aparecía en el escenario.

Parecía un telón de fondo, un decorado destinado a embriagar los sentidos mientras la sangre se volvía extraña. Podía percibirse como un tapiz recorrido por un dibujo abstracto e intrincado similar a los arabescos, capaz de adquirir cualquier forma a fuerza de contemplarlo. De hecho, tardaba poco en producir la impresión de que se movía, por lo que quizá se trataba de una linterna mágica, un juego de proyecciones y de sombras. Fuese lo que fuese, cumplía su misión de conseguir que el espíritu se moviese conforme a la inclinación que se le antojase más natural.

No le resultó extraño seguir viéndolo aunque ya hiciese rato que había cerrado los ojos.

Tras sus párpados, aquel dibujo enmarañado fue adquiriendo una forma más definida: la de una escena que no recordaba pero que reconocía, y se vio ante la oportunidad de revivir un momento olvidado. Primero, una imagen repetida multitud de veces: la puerta de la farmacia de su padre abriéndose, sus pasos a través de ese escenario habitual cuando aún no había encogido; luego, lo que hizo que esa ocasión fuese única: una niña jugando con sus juguetes como si le pertenecieran. Su cabello era castaño; sus labios, silenciosos y en sus ojos grises albergaba un resentimiento frío que, durante largo tiempo, le impidió acercarse a ella.

No recordaba que hubiese música cuando aquello ocurrió, pero daba igual. Después, el dibujo cambiaba. La mano que hacía cabalgar a sus lanceros se cerraba en torno a la de una mujer, los ojos de la niña se mostraban menos adustos al mirarlo, y los de la mujer que la acompañaba lo hacían con ternura, dedicándole una artera sonrisa. Pero esa mujer no se quedaba mucho.

La veía como un vaho de blanco sobre negro, en un ataúd, sin que su expresión dijera ya nada. La niña se había vuelto más alta, se abrazaba a él y lloraba sobre su pecho sin emitir sonido alguno. En ese momento todo se volvía confuso. Al separarse, era difícil saber quién era quién o quién era qué pero, fuera de sus ojos, se veía a sí mismo alejándose y, a partir de ese punto, contemplaba como un polizón qué forma tenía el tiempo al otro lado.

Veía una casa distinta, formada por unas paredes que se volvían ásperas sobre la piel, y su vida se llenaba de rostros desconocidos. Aparecía el ruido de los telares de la fábrica, cacofónico, constante, solapándose con el de su propio corazón. Y su impresión del futuro se volvía tan predecible como la tela que veía hilarse día tras día. Una parte de lo que amaba se había deshecho y la otra se alejaba: veía el puerto, a los soldados embarcándose. Se veía a

punto de llorar de rabia viendo cómo todas las cosas hallan su camino a la desaparición, caminando entre una multitud de gente que le entorpecía. Más tarde, la misma mano que no había podido sujetar su antiguo mundo sostenía una pluma sobre un cuaderno, pero las palabras no se movían en ninguna dirección, formando una mancha sobre el papel que crecía como el vacío en su interior.

Nada más que permitiera diferenciar un día de otro, hasta aquel en que llegó la carta.

La abrió notando cómo su indiferencia se resquebrajaba, poniendo cuidado en no rasgar el hermoso reborde púrpura, y, al leer la tarjeta en silencio, se atrevió otra vez a imaginar un mundo distinto:

Aparecía después bajo el mismo cartel y con un mayor sentido de lo maravilloso, sintiendo, tal vez por primera vez en su vida, que ya no necesitaba seguir mirando a lo lejos ni caminar hasta ningún sitio para encontrarse con su propio reflejo. El teatro era distinto a todo. Estaba allí para contrastar con todo. No era gris, como el resto de las cosas. Ni sabía a tiza, como su vida. Aquellos personajes intentaban darle un sentido a su tiempo. Allí había música, baile, gratitud por ser lo que se era y por el tiempo presente. La adolescente de acento extranjero que le había dado la bienvenida le llevó de la mano a todo cuanto podía ser la noche, y sintió cuál podría ser la diferencia entre esperar algo y encontrarlo.

Así tomó la decisión de que valía la pena pagar el precio.

La sensación derivó entonces hacia el miedo, un miedo en forma de mandíbula que le presionaba a la vez desde dos direcciones. El miedo a que le descubrieran cuando, tras la clausura de puertas, se escondió para no perder el sabor de lo que había sentido, miedo a regresar a lo que hasta entonces había sido su vida.

Y el miedo fue lo que trajo la oscuridad.

Quedarse a escondidas supuso desear que no lo encontrasen, y desear que no lo encontrasen fue desear morir.

Hasta entonces, cuando había creído saber lo que era la soledad, lo que significaba la pérdida de la esperanza y de cualquier tipo de ilusión, lo único que había hecho era anticipar lo que la oscuridad podría llegar a ser. La oscuridad que sonaba a «ya no hay nada», la que olía a «se ha acabado todo». Algo tan grande que solo pudo acurrucarse y dejar que hiciese lo que quisiese con su espíritu. Y así se quedó, olvidándose del tiempo, la carne, de lo que era verdad y lo que creyó importante, hasta que la oscuridad se enredó en lo que

había sido. Si volvió a moverse al ver el rostro de aquellas mujeres en la sombra fue porque ella había tirado de sus hilos.

Terminó con el sonido de una flauta de plata que no tenía nada que ver con ella.

Gabriel abrió los ojos de nuevo, destilando entre los labios un aliento cálido, con posos de modorra y confundido. El teatro seguía pareciéndole un lugar extraño y, en aquella situación en que no terminaba de reordenar sus pensamientos, supuso que lo más natural era abandonarlo. Al ponerse en pie, intentó despejarse presionando sus sentidos para percibir el entorno.

La sala de representaciones seguía en penumbra, la orquesta se había detenido y la música que cruzaba el ambiente como un hilo de telaraña provenía de un flautista que vagaba entre las butacas, custodiando la catatonia del público. Al verlo ponerse en pie, lo miró extraño, como si la reacción de Gabriel fuese inesperada. Fue algo casi palpable cuando cruzaron sus miradas, pero volvió a concentrarse en su música y dejó que llegara a la puerta.

Al salir, cerró la puerta a su espalda con cuidado, procurando amordazar el sonido en lo posible. Una vez fuera, comprobó que no había más ojos que los suyos ni más sombra que la que él proyectaba, y se permitió suspirar. No se dio cuenta de cuándo cerró los ojos, pero lo aceptó dejando que el frío y el silencio del mármol fuesen su único asidero a la realidad.

—Gabriel...

Aquella voz era tan suave y susurrada que creyó imaginarla. De hecho, no la percibió con los oídos, si no como un hilo de seda en su cabello. Al levantar la mirada, distinguió una figura blancuzca.

La escalera que subía del vestíbulo se bifurcaba en otros dos tramos que ascendían en paralelo hacia los pisos superiores. A la derecha, como clavada sobre los peldaños, y bajo la extraña luz de la cúpula, ella lo estaba mirando.

—¡Vanessa!

Gabriel musitó el nombre con perplejidad, como si después de pasar la noche hurgando entre rostros le resultara inesperado hallarse frente a ella. Estaba también el modo en que lo miraba, reuniendo pedazos de memoria para reconocerlo. Esto dio un ritmo inseguro a los pasos de Gabriel cuando se acercó y, al salvar los peldaños que aún los separaban, los ojos de Vanessa se entrecerraron y sus labios balbucearon algo, sin decir nada. Parecía alguien tarareando una vieja melodía.

—Vanessa... —Gabriel se detuvo a un peldaño de ella—. ¿Entonces, es



aquí donde estás?

Con una mirada, Gabriel indicó el espacio que los rodeaba, pero ella ni siquiera parecía haberle escuchado. Seguía mirándolo de esa extraña manera, como si sumara uno por uno todos sus rasgos y aun así no diera con un resultado claro. El rostro de Vanessa acabó inclinándose suavemente a un lado y su voz surgió rasgada por la nostalgia.

—Gabriel... —dijo con la actitud de alguien que despierta—. Tus labios... son rojos.

Todas las posibles palabras se entorpecieron en la garganta de Gabriel y ya no supo cómo darles forma. Llevó una mano a sus labios y miró a Vanessa. Tenía el pelo suelto y desgredado, como si quisiera ocultar su rostro, y su piel presentaba un aspecto lívido, similar a la de los enfermos que trataba diariamente.

—Vanessa, no he venido a entrometerme en nada —aseguró Gabriel—. Pero, ¿ocurre algo... malo?

Ella no contestó. Siguió mirándolo fijamente. Gabriel cedió a la necesidad de apartar la vista y, al hacerlo, reparó en pequeños rasgos que hacían que la presencia de Vanessa se volviera incómoda, como la de la araña en el rincón. Estaba seguro de que llevaba el mismo vestido con que la había visto la última vez y el tejido tenía el aspecto de haber dormitado durante mucho tiempo en el suelo de un desván. Podía distinguir el tono ocre en el encaje en la golilla del cuello y en los puños que le cubrían los nudillos. Vio que seguía descalza y el algodón de sus medias estaba sucio y cubierto de ronchas. Cuando tragó saliva y volvió a mirarla a la cara, algo en los ojos de Vanessa le debilitó de nuevo. Tenía en ellos una tensión imprecisa, mayor que todos los síntomas de su desamparo, brillaba innaturalmente sobre su expresión apagada.

—Tus labios... son rojos.

Un quejumbro restó fuerza a la voz de Gabriel.

—Sí, lo sé. No pareció que me reconocieras, así que me afeité la barba —comentó Gabriel, esbozando una sonrisa mal sostenida—. Pero el frío me los corta, ya lo sabes, desde pequeño. Es por la sangre.

Como si quisiera apartar la empeñada mirada de Vanessa de su boca, Gabriel no pudo evitar morderse los labios, pero los ojos de la joven siguieron amodorrados sobre ellos aún después.

—Vanessa, ¿hay alguien que te esté obligando a hacer algo? —preguntó, tomándole una mano—. Si ocurre algo, yo...

Gabriel calló en seco. Tuvo que contener todo su aliento para que no se le congelara el pecho. Su expresión se volvió extraña y bajó la mirada hasta la mano de ella cuando esta, por su propio peso, escapó de unos dedos que ya no podían sujetarla. Notando que le faltaba el resuello, levantó la suya y vio que le pendía inerte de la muñeca, oscilando sin más.

—Vanessa —la voz de Gabriel se volvió terrosa—. Estás helada...

## V

El retrato de ausentes acostumbraba a terminar con una sensación agri dulce. Nunca había aplausos pero, de forma tácita, estaba establecido que así debía ser. La gente se marchaba, cada cual arrastrando su propio silencio y paladeando la inquietud a su manera. Llegaban allí como una masa informe de público y se marchaban como un conjunto de individuos que intentaban recordar cuál era su compromiso con el resto de la humanidad. Por supuesto, era una sensación que terminaba pasando y todos derivaban de nuevo a formas más cómodas de sentirse consigo mismos. Pero, durante un breve periodo, el bosque se hacía consciente de todos sus árboles.

Aunque no era la primera vez que Camille tomaba parte en una de esas sesiones, necesitaba tener un vaso de ginebra en la mano antes de plantearse si lo que acababa de oír era o no la voz de un muerto. Recogió con calma sus cosas mientras el resto del público se iba retirando con un murmullo de pasos sobre los escalones de madera. No le gustaba verse atrapada entre la multitud, así que esperó a que esta perdiese fuerza y se puso en pie a tiempo de unirse al final de la procesión.

En ese momento, algo en ella reaccionó como lo habría hecho si se hubiera recostado desnuda sobre una placa de mármol: de forma imperceptible, le tensó todo el cuerpo.

El resto de los asistentes fue abandonando la estancia hasta que se quedó sola. El silencio adquirió entonces una textura de esparto y pudo escuchar el roce de la ropa sobre su pecho cuando su respiración varió el ritmo. Hizo ademán de volverse pero se contuvo, y, en su lugar, suspiró. Hizo un mohín similar a una sonrisa insegura y la voz le surgió temblorosa.

—¿Sabes? Tengo que contarte algo, y creo que solo puedo contártelo a ti.

Camille alzó el maletín a la altura del pecho. Al notar que las correas se le enredaban en los dedos, lo abrió y sacó el sobre en el que había guardado su

texto.

—Es la segunda vez que me veo hablando con alguien que no está ahí — comentó, dejando prácticamente a tuestas el sobre en el respaldo de un banco próximo—, y me pregunto, ¿cómo es posible?

Camille casi pudo asegurar que el silencio a su alrededor se volvió burlón y que aquel sonido metálico a su costado goteó con intención sarcástica. Esperó unos segundos y, cuando se decidió a mirar, reparó en que en el lugar del sobre había unas cuantas monedas. Lentamente, siguió el movimiento de su cuello hasta darse media vuelta.

No había nadie.

Sus hombros se relajaron. Volvió a observar las monedas, y al cerciorarse de que verdaderamente estaban ahí, su pecho hizo lo mismo. Las recogió y apresuró el paso hacia la salida. El taconeo de sus botines se volvió nervioso sobre los escalones mientras descendía guardando el dinero, evitando la tentación de desviar alguna mirada a su alrededor.

—Me preguntaba qué era lo que le entretenía.

Camille logró contenerse para que el sobresalto no llegara a su garganta, pero se hizo más que notable en su expresión y en cómo se desequilibró, a punto de darse de bruces con la sombría figura ante ella.

—Señor Domedel —al suspirar, Camille se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento—. Tenía que recoger mis cosas.

Domedel parecía una criatura comparable a un ave de presa. Solía mantenerse envarado, no hacía movimientos innecesarios y sus ojos parecían capaz de deslizarse a través de cualquier recoveco. Así había aprendido a verlo Camille, y se le hacía incómodo que la mirase con la intensidad con que lo estaba haciendo.

—No pretendía asustarla —Domedel apartó la mirada como si hubiera oído sus pensamientos. Sus ojos describieron un arco sobre la sala antes de regresar a ella—. Me pareció oírla hablar... ¿sola?

Acompañada por la mirada del Guardián de eventos, Camille se arriesgó a volver los ojos a la sala.

—Sí, bueno, ya sabe usted —comentó Camille, sintiendo que la voz se le hacía torpe—. Mis cosas...

Resultaba difícil concretar qué era lo que cambiaba en el señor Domedel para que su expresión pudiese volverse caballerosa tras haber rozado lo intimidatorio, pero algo pasó y la tensión de Camille ante aquel hombre se relajó al verle asentir.

—Comprendo —dijo Domedel—. Escritores...

—Sí, algo así —por fin, ante aquella concesión cómplice, Camille fue capaz de sonreír.

—Por un momento temí que esa puerta la estuviera tentando.

Camille siguió la mirada de Domedel hasta la oscura puerta que presidía la sala, en el lugar donde hubiera estado un púlpito. Al percatarse de lo mucho que se había acercado a ella, retrocedió un par de pasos.

—¿La puerta de Otranza? —Camille habló marcando distancia—. No. Aunque me pese, yo necesito el resto del mundo para dar sentido a mi trabajo.

—¿En serio? —Domedel se adelantó un paso hacia la puerta, ocupando el lugar en el que Camille había estado hacía un instante—. ¿No ha llegado a preguntarse la forma que tendrían sus palabras en un lugar que nadie ha visto antes?

Camille recogió el guante sonriendo y estrechando la mirada con malicia.

—En serio —afirmó—. ¿O acaso un comediante no cree que la razón del arte es hacer sentir a muchos lo que uno ha visto?

El señor Domedel sonrió, pero de un modo casi imperceptible. De hecho, el gesto de sus labios podría haberse tenido por cualquier otra cosa: un conformismo nostálgico, quizá incluso cinismo. Pero se reservó sus impresiones.

—Quizá, ¿pero por cuánto tiempo está dispuesta a intentarlo?

Domedel no planteó la pregunta esperando una respuesta, sino aludiendo a algún tipo de incomodidad habitual que, quizá, Camille había compartido en alguna ocasión. Pero ella se encogió de hombros y, cada uno por su propio camino, llegaron a un habitual lugar sin respuestas. Al final, Domedel asintió y se inclinó ligeramente.

—La noche aún no ha acabado —con un gesto amable, le cedió el paso hasta la puerta—. Por favor.

Camille agradeció la cortesía y se dirigió a la salida. Desde ella comprobó que Domedel no la seguía. Se había quedado ante aquella puerta y la contemplaba fijamente, con las manos cruzadas a la espalda. Lo observó un momento, hasta tener la impresión de que la quietud del Guardián de eventos sería indefinida y decidió que ese vaso de ginebra y ella llevaban esperándose demasiado tiempo.

Sabía que a esa hora muchos de los asistentes se habían dispersado en los juegos del teatro y la sala Solsticio era un lugar relajado, por lo que se dirigió hacia ella aceptando como agradable la idea de encontrarse con otros a su

alrededor. Pero, de nuevo, al llegar al vestíbulo, sus pasos se quedaron solos. Y, por segunda vez esa noche, experimentó una quietud fría y una tensión de telaraña ante algo que no podía definirse completamente como vacío.

Este sentimiento detuvo sus pasos hasta que, al final de las escaleras que llevaban al salón de actos, le pareció oír voces. Estaba en ella ser observadora, pero no entrometida. Sin embargo, algo le hizo aproximarse. Las voces eran demasiado susurradas para reconocerlas como palabras pero, cuando colocó su mano en el balaustre, distinguió claramente el sonido de un cuerpo cayendo al suelo.

## VI

—¿Teniente?

—Dijo llamarse Gabriel.

—¿Gabriel..., Gabriel?

El rechazo a la impresión ácida que llenó el aire lo empujó de regreso. Antes de que su mente pudiera reconocer nada en las vaporosas imágenes que lo rodeaban, su cuerpo se aferró a algún instinto e hizo gesto de ponerse en pie. Pero se encontraba débil, y una mano sobre su pecho bastó para retenerle.

—¿Vanessa?

Aunque obedeció a los restos de su voluntad, Gabriel casi no pudo reconocer aquella voz como la suya. Sucedió lo mismo con todo lo que le rodeaba, con los rostros y el espacio. No parecía que fuesen nada de su mundo, si pudiera recordar cuál era. Curiosamente, ese sentimiento fue el primer rasgo familiar con que reconocerse y aceptó la suave imposición de la mano sobre su pecho. Su espalda regresó al suelo, donde creyó que se deshacía como la arena.

—No —le respondieron—. Está usted en el teatro.

Al oírla por segunda vez, Gabriel buscó aquella voz y unos ojos color avellana le dieron algo más con qué recomponer la realidad. Reconoció a la muchacha que le había atendido en la sala de representaciones. Lo contemplaba con gesto preocupado mientras cerraba el frasco de sales y se lo entregaba a una niña vestida de negro que le observaba con curiosidad: la polilla que le había escogido en el café. Sus ojos terminaron de acomodarse y vio el obligado puñado de curiosos, de entre los que su memoria destacó a Camille, la escritora tan maniática como descuidada con la tinta.

Le pareció que aquello era suficiente como para recuperarse y se irguió hasta quedar sentado. Intentó ponerse en pie totalmente, pero, viendo el temblor en sus hombros, la responsable de su recuperación lo contuvo de nuevo. Se le acercó y, alzándole el mentón con un roce de los dedos, le hizo verse reflejado en sus ojos. Gabriel se dio cuenta de que no eran del todo castaños. Más bien tenían una curiosa tendencia al ámbar, y verse reparando en aquello le convenció de que su mente aún necesitaba un tiempo.

—Dígame, Gabriel, ¿toma usted algo habitualmente?

Notó que los interrogantes eran simple tacto para atenuar una afirmación. Aun así, una incomodidad en la boca del estomago retrasó la respuesta de Gabriel, hasta que la desnudez que se atribuyó a sí mismo en aquellos ojos le hizo asentir.

—Morfina.

—Está bien.

—Es para la espalda... Me hirieron en la espalda...

Gabriel apartó la mirada de la de aquella mujer, pero la dirigiera donde la dirigiera, siempre encontraba alguna otra, por lo que regresó al punto inicial. Ella había adoptado un gesto afable, invitándole al sosiego.

—Está bien —repitió—. Mire, Gabriel, temo que esto haya sido culpa mía. Probablemente lo que le di reaccionó mal con la morfina, provocando esto.

Gabriel asintió aún desorientado, terminó de decidir que estando en el suelo no gobernaba bien sus ideas y se incorporó a pesar de la pesadez de su cuerpo.

—Aguarde. Debería descansar. Haré que le traigan un coñac.

Poniéndose en pie, la mujer le hizo una indicación a la niña. Esta asintió y se disponía a marcharse cuando Gabriel retuvo su diligencia con un ademán despreocupado.

—No es necesario. Me encuentro mejor —intentó asegurar—. ¿He perdido el sentido?

—Del todo.

Al oírla hablar, Gabriel volvió a reparar en Camille. Notó que había algo impreciso y punzante en su modo de mirarlo.

—Bastará con un poco de aire fresco —Gabriel se notó más cómodo al apartar la mirada—. Tengo que marcharme ya.

—Déjeme al menos que le acompañe.

A pesar de que parecía bastante rehecho, aquella muchacha lo tomó del

brazo y se mantuvo a su lado mientras bajaban las escaleras. Incluso se adelantó a abrir las puertas saliendo al porche de la entrada. Una vez allí, Gabriel mostró su intención de despedirse, pero ella le hizo gesto de que aguardara, después de cerrar las puertas a su espalda, al resguardo de las miradas que los habían seguido.

—Debo disculparme con usted —los hombros de la muchacha se aflojaron como si llevara tiempo conteniendo esas palabras—. Siento que haya sucedido esto. Debería haberme dado cuenta.

La veladura de culpa que Gabriel llevaba notando en ella se hizo entonces demasiado perceptible entre ambos, como la presión en el pecho cuando se contiene el aliento. Antes de que desembocara en un silencio incómodo, Gabriel logró una sonrisa comprometida con que aliviar el momento.

—¿Y cómo esperaba ser capaz? —apuntó, descargándola de responsabilidades.

—Oh, yo soy capaz. Es parte de mi trabajo —aseguró ella, aún lamentándose—. Pero...

Como si hubiera temido la dirección de sus palabras, la joven retuvo el aliento, sus manos se detuvieron un momento en el aire y luego se debilitaron.

—Pero creo que estaba prestando atención a otras cosas —concluyó ella, admitiendo algo para sus adentros.

—Bueno, si quiere nos repartimos la culpa y lo dejamos así —la tranquilizó Gabriel con un descuidado gesto al emblema en el cuello de su uniforme—. Soy doctor y decidí correr el riesgo.

Asintiendo con una sonrisa, la muchacha rubricó el acuerdo.

—Es doctor y se llama Gabriel —dijo, poniendo cierto énfasis y ofreciéndole la mano—. Yo soy Vekania.

El nombre era singular y también ella lo parecía. Mezclaba timidez y desenfado de un modo discreto y natural, capaz de relajar la consabida urbanidad que a veces lo encostraba todo, y a Gabriel se le hizo fácil inclinarse y tomar su mano.

—Siento que su primera noche en nuestro teatro haya sido así, Gabriel.

—Descuide. Yo..., al fin y al cabo, no vine aquí a disfrutar —el ceño de Gabriel se frunció ensombreciendo su mirada—, quería encontrar a alguien.

De pronto, Gabriel sintió en sus mejillas lo húmeda que era la noche. Volvió el rostro a un lado, y tensó la espalda, reacomodando un incipiente escalofrío tan similar a una anticipación del tacto que, por un momento, sintió el impulso de apartarse para dejar pasar a alguien.

—Y no lo ha hecho...

La precisión con que Vekania resumió su silencio hizo que Gabriel se diera cuenta de por qué había postergado esa conclusión, y descubrió que estaba considerando esa afirmación.

—No, no lo sé... —tuvo que admitir.



## Vanessa en susurros

### I

Ya no había nada que esperar. El reloj seguiría callado.

Quizá preguntándose en qué modo se expresaba el tiempo en aquel mechón de cabello, Mara se quedó observándolo mucho después de que cayera del interior del reloj y se deslizara sobre sus faldas hasta el suelo. Ni siquiera ella era capaz de adivinar qué había podido representar para merecer un altar dentro de aquel reloj de bolsillo que se aquietaba en su mano. Pero, ahora, en ese preciso instante de aquella noche que pronto se perdería entre tantas otras, estaba ahí, a sus pies.

Mara había dejado de parpadear. Permitía que el tacto de aquel momento se arrastrara sobre su piel como la lija. Lo hizo llevada por el inexplicable morbo con que alguien jugaría con la costra de una herida, hasta que la sensación se volvió incómoda. Entonces, la vulnerabilidad del pequeño mechón llegó a cortarla, se inclinó y lo recogió del suelo.

Decidió que era alivio lo que sintió al tenerlo entre sus dedos, y se quedó contemplando aquel resto de vida. Pero, claro, en el presente siempre le quedaba algo por abarcar, y el sonido de pasos acercándose desvió su mirada.

Hizo un puño alrededor del mechón para resguardarlo y contempló la pequeña silueta que se acercaba. Adquiría entidad propia a medida que se iba aproximando. Su sombra lo diferenciaba sobre el conjunto impresionista de luces que la rambla formaba a sus espaldas. Sus pasos dejaron de mezclarse con otros sonidos a medida que se acercaba y, al final, los ojos del niño se deslizaron sobre los suyos, dibujándose sobre la noche.

—Guillem... No vayas por ahí.

El niño se detuvo en seco y el pesado cajón de limpiabotas que cargaba al hombro le desequilibró, haciéndole retroceder unos pasos y alejándolo de la bocacalle a la que había estado a punto de entrar. Le había resultado extraño, aquella voz parecía haberse enraizado en su cabeza más que oírse, y no pudo evitar volverse a aquella mujer embozada con un desconcierto huraño en el rostro.

—¿Cómo sabes mi nombre?

Lentamente, Mara recogió la cadena del reloj en torno a su muñeca. Su

cuerpo delgado parecía formar una rígida línea, como la de un corte o un trazo de tinta. Miró al niño un momento y se encogió de hombros.

Guillem observó a aquella mujer y tardó poco en confirmar que no la conocía. Se acomodó la correa del cajón en el hombro y la incomodidad del peso le hizo decidir que aquella situación no merecía más tiempo. Volvió el rostro y retomó su camino.

—No vayas por ahí...

La voz de aquella mujer resultaba clara y fría, como las últimas gotas de lluvia que se desprenden de las cornisas, y esta vez la escuchó abiertamente, sin hormigueo en el cráneo. De nuevo, Guillem se detuvo.

—¿Por qué? ¿Qué hay? —el niño alternó su recelo entre la entrada del callejón y la mujer tras él—. Siempre acorto por aquí.

Mara se acercó unos pasos hasta Guillem, deteniéndose allí donde la desconfianza del niño tensaba un perímetro. Casi a su lado, sus ojos oscuros se tomaron un tiempo para observarlo, sin que apenas un atisbo de expresión afectara sus rasgos, hasta que volvió la mirada al interior de la calleja, sabiendo que el niño haría lo mismo.

—Alguien ha muerto —explicó con su modo de hablar ausente—. ¿No puedes verlo?

—¿De verdad? —Guillem arrugó la nariz mientras forzaba la vista—. Yo no veo nada.

—Sígueme.

Aquel callejón era un pasaje para caballerizas que conectaba el interior de la manzana de edificios con la calle. Quedaba cubierto por un techo abovedado y cerrado por rejas al otro lado. Ya durante el día la luz entraba allí con dificultad y, a esa hora, era prácticamente inexistente, por lo que el niño tuvo que seguir de cerca a aquella mujer. De hecho, durante unos instantes, se vio caminando tan solo tras un sonido de pasos. La piel de su acompañante era tan pálida que, al volverse a él, reflejó la luz azulada que entraba a través de las rejas, como lo haría una superficie de nácar.

—¿Lo ves ahora? —preguntó.

Guillem probó diversas formas de entornar la mirada hasta percibir volúmenes en la oscuridad. Distinguió una forma desmadejada, pero la postura incómoda de los miembros esparcidos ante él le dificultó reconocerlos hasta que un rostro ceniciento apareció como un reflejo en el agua. Aquello le permitió sumar todos los elementos y ver el cadáver de un hombre, un hombre joven, quizá. Pero la barba y su grotesca expresión de nazareno crucificado

impedían confirmarlo.

—¿Seguro que está muerto? —adelantándose, Guillem se inclinó ligeramente sobre el cuerpo, pero un sentimiento de aversión precavida le hizo echarse atrás de nuevo—. ¿No será un borracho?

Mara se había apartado unos pasos para acercarse el mechón rubio a la nariz e intentar provocarse alguna emoción con su aroma. Olía a mujer, olía a alguien, olía a un aroma que se daba solo una vez en toda la eternidad. Devolvió el mechón al interior del reloj y cerró la tapa con cuidado.

—No. Está muerto.

La voz de Mara se había expresado sin alternativas. Aun así, Guillem quiso comprobarlo y empujó la mano del hombre con un pie.

—¡Vaya! —susurró el niño entre la fascinación y el asco—. Es como... con los gatos y las palomas.

Por un momento, aquella conclusión le sirvió para endurecer el estómago. Quizá era como con los gatos o las palomas, pero reconocer esa impresión en tanta carne como la de aquel hombre se le hizo excesiva y el niño notó como le desbordaba en forma de náusea, y, fingiendo indiferencia, se apartó hacia la reja.

—Tiene sangre en el cuello —comentó—. A lo mejor ha sido eso.

Notando cómo respetaba cierta distancia, Mara observó al niño deslizarse a su lado y tirar de la verja hasta abrirla.

—¿Vuelves a casa, Guillem? —le preguntó, logrando retener aquellos pequeños pasos por tercera vez.

Compensando el peso del cajón con el de su propio cuerpo, el niño se volvió a aquella mujer, extrañado de haberla vuelto a oír su nombre en los labios.

—¿Cómo lo sabes?

—No es la primera vez que te veo.

En la penumbra, Guillem no supo si aquella mujer dulcificaba su expresión. Mirándola, sentía que bien podría ser su deseo de lo que fuesen las mujeres algún día, como una pesadilla que se debe encerrar en un sótano. Estaba allí pero era extraña, como mirar un reflejo en el cristal o una sombra. Vestía como una dama, estaba en la calle como una mujerzuela. Tenía el rostro de una virgen esculpida en alabastro y la sentía como algo para lo que no tenía nombre.

—Te acompañaré —dijo ella.

Y su voz seguía siendo indescifrable: no había manera de saber si aquello

era una propuesta, una resolución o una amenaza.

## II

Algún día, Gabriel debería preguntarse a sí mismo por qué había decidido quedarse con los «expulsados», por qué velaba el lecho de los enfermos en lugar de buscar su sitio en el de los amantes.

Mientras tanto, otro día con olor a formol en aquel limbo particular, entre aquellas paredes que se pudrían tanto como los cuerpos que contenían.

En aquellos pasillos de piel fría, los médicos y las enfermeras, moviéndose entre enfermos, rozaban lo fantasmal tras el blanco de sus uniformes. Gabriel masticaba estas impresiones a menudo pero, cuando se unió a las batas que rodeaban al soldado, al ver el aspecto abatido de aquel muchacho sentado en una cama cuyos muelles recogían todos sus temblores, habría afirmado que la metáfora se confirmaba demasiado.

Al notar su presencia, una enfermera que aguardaba instrucciones se retiró unos pasos para que el doctor Alvarado, un hombre de fisonomía rígida pero marcado por una mirada indolente, reparase en su llegada.

—Escudero. Buenos días —le saludó con cierta displicencia.

—Capitán —correspondió Gabriel, resumiendo protocolos con una inclinación del rostro—. ¿Me ha hecho usted llamar?

—En efecto, dígame qué cree usted que tenemos aquí... —Alvarado le indicó al soldado con una mirada—. ¿Un caso clínico o un error humano?

Los ojos de Gabriel se encontraron con los del soldado. Este apenas pudo aguantarle la mirada un momento, pero notó en él la presión de los que se sienten juzgados.

—El soldado Piñeiro estaba de guardia la noche pasada, pero fue hallado esta mañana en el suelo, descuidando su puesto. Desmayado, dice —explicó Alvarado—. Veamos qué le conviene más: si cama o arresto.

Para notar la palidez en el rostro de aquel soldado, así como la línea de sudor que definía su cuero cabelludo y el destacable hecho de que se aferraba a los bordes de la cama para no caerse, Gabriel no habría necesitado leer ninguno de todos los libros que había tenido que tragarse. Carraspeó para tragarse las ganas de hacérselo ver al capitán de un modo tan explícito.

—Bueno, mi capitán, si me permite... Este hombre tiene mal aspecto. Y, además... —Gabriel se acercó al soldado, tanteó su temperatura con el dorso

de la mano y le hizo alzar el rostro—. Abra la boca, soldado.

Aún con cierto temblor de cobaya, el soldado abrió levemente la boca. Lo suficiente para que Gabriel distinguiera un corte en la mitad de su lengua, cruzándola de lado a lado.

—¿Ha visto algo? —preguntó Alvarado, notando cómo la expresión de Gabriel se enrarecía.

—Bueno, no tiene fiebre. Pero se ha mordido la lengua. Convulsiones seguramente —contestó Gabriel.

Alvarado asintió con un murmullo conformista, como si se resignara a hacerle una concesión al soldado.

—De acuerdo. Dígame, Piñeiro, ¿recuerda usted algo? ¿Recuerda sentirse mal antes de desmayarse?

El soldado retuvo aire y su mirada se perdió. Parecía que esa pregunta llegaba antes de poder contestársela a sí mismo y, por el modo en que filtró el aliento entre dientes, se notó que había llegado a angustiarse.

—No es como si me hubiera desmayado. Es como si hubiera dormido, y alguien... alguien, sabía mi nombre.

—¿Cómo dice? —Alvarado frunció el ceño.

—Su voz, en mi cabeza, dentro... —el gesto con que el soldado se señaló las sienes, como arañándose frustradamente, ilustró lo difícil que le resultaba explicarse—. Como cuando alguien te susurra de cerca y notas su aliento, pero... dentro de la cabeza.

A pesar de la inevitable torpeza de aquellas palabras, por alguna razón, a Gabriel le resultó inesperadamente sencillo recrear esa sensación, acercándole al escalofrío. Tanto, que la enfermera le notó un respingo al ponerle la mano en el hombro.

—Disculpe —sonrió ella al notar su sobresalto y le indicó que mirara a su espalda—. Me parece que le buscan.

Un soldado con la gorra entre las manos le hacía señales de lejos, como si no quisiera entrar en el espacio de las camas. Con algo de desconcierto, Gabriel se disculpó con el capitán y se acercó a ver qué ocurría.

—Doctor... Teniente —sobre la lengua del soldado, ambas palabras parecieron lanzarse estocadas entre sí—. Preguntan por usted.

—¿Por mí? ¿Seguro?

—Sí —confirmó el soldado, haciendo el gesto de que lo siguiera—. Abajo, en la entrada.

Gabriel siguió al soldado fuera de la sala y se separaron en la escalera.

Mientras descendía los escalones, notó cómo el anterior escalofrío se convirtió en un puño de raíces en su estómago, hasta que, llegando a la entrada, la pequeña figura, tan contrastada entre los uniformes, le sorprendió hasta el punto de hacerle olvidar la sensación.

El desconcierto ralentizó sus pasos en los últimos escalones. Pero, al verlo, la niña se acercó al pie de la escalera con pasos rápidos y rió por lo bajo, con esa clase de soltura de la que solo se hace gala en la infancia.

—Lleva un uniforme encima del uniforme... —señaló viéndole las botas sobre la severa bata blanca.

Gabriel no pudo evitar pasear la mirada sobre sí mismo. Mientras, como imitando los usos del lugar, la niña pareció cuadrarse ante él sujetándose las manos a la espalda.

—Tú eres... la niña del teatro —dijo Gabriel, terminando de confirmar aquella presencia—. La polilla.

—Esa soy yo. Mi nombre es Noviembre, para servirle. Y a eso me envían —terminando una reverencia, como si lo hubiera reservado hasta estar satisfecha con su presentación, la niña le mostró un sobre que había mantenido a la espalda—. Cara Metzina me envía a darle esto.

Tomando el sobre que le ofrecía la niña, Gabriel reconoció las guarniciones púrpura de la lengüeta.

—¿Cara Metzina?

—Vekania —aclaró la niña, alargando el acento con un aliento de paciencia, como si hablara a un profano.

—Vekania. Y tú eres Noviembre —mientras Gabriel aún revolvía el sobre entre sus dedos, la niña asintió con un resquemor de orgullo—. ¿Cómo me has encontrado?

—Eso es lo que hace una polilla, y yo soy buena —contestó Noviembre—. Además, la calle Tallers no queda lejos y el hospital militar era el mejor lugar para buscar a un médico-soldado.

—Sí, supongo que no tengo demasiado misterio para gente como vosotros... gente de teatro —aún temiéndose torpe, Gabriel buscó algo de complicidad con una sonrisa y alzó el sobre como si no fuera para él—. Pero... ¿y esto?

—Es para usted. Yo no lo he abierto.

Alzando las manos, Noviembre teatralizó el gesto con el que daba por finalizada su implicación en el asunto. Al hacerlo, un enfermero pasó tras ella, sin verla, y la niña tuvo que reconducir su impulso para evitar topar con él.

Fue entonces cuando Gabriel notó que algo en el cuerpo de ella se volvía torpe, y habría llegado a caer al suelo si no la hubiera sujetado del hombro.

—¿Te pasa algo? —preguntó Gabriel, ayudando a la niña a reequilibrarse—. Ayer me pareció que te costaba subir las escaleras.

La niña retiró la mano de Gabriel de su hombro, demostrando que podía reafirmarse sobre sus piernas. Lo hizo con un gesto suave y ambiguo, no con desprecio, pero en un punto tal que habría llegado a serlo si cargara un poco más las tintas en una dirección u otra. El silencio duró poco, pero llegó a ser tenso.

—¿Quiere verlo? —preguntó con una sonrisa maliciosa.

—Soy médico —notando que la niña se lo planteaba como un juego, de nuevo Gabriel se arriesgó a afianzarse con una sonrisa—, quizá te beneficiarías de mis servicios.

Noviembre se acercó a las escaleras. Como si fuera una labor delicada, subió un pie a los escalones y, afianzándose en el pasamano, se recogió las faldas hasta la rodilla. Al tirar de la media hacia abajo, contuvo la respiración con esfuerzo, observándole durante el proceso y sonriendo como si anticipara algo. Al parecer, el asombro que arrancó de los ojos de Gabriel fue justo lo que había previsto.

—Apuesto a que no ha visto esto ni en la guerra —comentó la niña, recibiendo su palidez como un triunfo.

Gabriel se inclinó hasta clavar la rodilla en el suelo. Al ver su reflejo sobre aquella superficie cobriza, confirmó con aprensión que la pierna de la niña era metálica hasta la mitad del muslo. No se parecía a ninguna prótesis que hubiera visto antes. Aquellas eran un tosco sustituto; esta parecía algún tipo de ingenio o automatismo de cuyo interior escapaba un rítmico tic-tac de relojería. Intentaba imitar al máximo a su antecesora humana; sin embargo, el metal había sido labrado con mimo y pretensiones estéticas, emulando tallos de hierba en torno al perfil de las musas. Causaba una morbosa impresión de delicadez ver el pequeño botín de la niña deshumanizado sobre aquel implante, y Gabriel se descubrió tragando saliva a través de un gáznate de lija.

Noviembre rió para sí recogiendo la media. El médico-soldado había mantenido la compostura más que muchos y consideró que había sido suficiente. Al tiempo que este se ponía en pie, ella se irguió, confiada sobre su pierna impostada.

—No has podido hacer demasiado, ¿verdad? —le pinchó.

—Lo siento —se disculpó Gabriel—. No podía saberlo.

Dejando atrás su interpretación maliciosa, Noviembre le restó importancia con un gesto.

—Fue hace años: yo tenía cinco —explicó antes de buscar una teatralidad más amable y cómplice para sus siguientes palabras—. Pero mi padre, que es el jefe de tramoyistas, conocía al señor Domedel, quien conoce a gente de talento. Y encontró a la persona con el necesario para fabricarme esta pierna porque, como dice mi padre, «lo que es injusto, sencillamente no se acepta. Y que esto lo escriba un fraile».

Para no incomodar ni a la niña ni a sí mismo, Gabriel aceptó su humor y, con un gesto de afirmación, contribuyó a subrayar sus últimas palabras.

—Gente de talento, sin duda —asintió.

Como si aquel comentario se quedara corto, Noviembre reclamó su atención esgrimiendo un dedo para que no apartara la vista de ella. Se hizo unos pasos hacia atrás, buscando un foro más amplio y, reconstruyéndose a sí misma tras unos instantes con los ojos cerrados, ejecutó una graciosa reverencia.

—¡Damas y caballeros, buenas noches! —proclamó buscando solemnidad en la voz—. Sepan primero que somos conscientes de que habrán llegado aquí faltos de esperanza, con la mirada apagada, y el corazón cansado. Heridos más de una vez, sin duda, por todo aquello que entorpece el espíritu del hombre. Pero sepan ahora que la línea está trazada, se ha arrojado el guante y el enemigo no quedará sin respuesta, pues somos gente de talento y con intención de utilizarlo en la lucha contra todo lo triste y desesperanzado. Considérense por fin a salvo, hónrennos con su confianza y dispónganse a presenciar el principio de la noche.

Noviembre finalizó con una nueva reverencia, prolongada dramáticamente tras sus rizos castaños que cayeron en cascada. La perplejidad hizo a Gabriel cruzarse de brazos y contener la respiración hasta que una sonrisa le ganó derecho en sus labios, pero los soldados que hacían guardia a la entrada le aplaudieron y silbaron como a una cabaretera, y la niña les correspondió con una nueva reverencia.

—Te quedabas sin aire al final —le embromó Gabriel al ver el rubor en sus mejillas.

—Es la primera vez que lo hago con público —suspiró Noviembre—. No me sale como al señor Domedel, pero ya verás. Algún día...

Con una reverencia mucho más modesta, Gabriel aceptó su palabra. Entonces ella volvió la vista a la calle y se mostró preocupada por el modo en



que parecía cambiar la luz.

—Me marchó ya. La lluvia no me sienta bien, y esos nubarrones... — anunció—. No se olvide del sobre.

Dejándole con palabras en la boca, esta se fue, y Gabriel se quedó confirmando la impresión de que aquella situación se había presentado demasiado de improviso como para reunir expectativas sobre ella. Pero, aunque había sido agradable que alterasen por un momento su existencia de aquel modo, notaba cierta desilusión. Cuando aquel soldado le había anunciado la visita, la parte más díscola de sus emociones le había hecho creer que la búsqueda de sus últimos días llegaría a su fin.

Se conformó y abrió el sobre. De su interior extrajo una nota escrita con una letra ágil de trazos redondeados.

*Apreciado amigo*

*Debe darme usted la ocasión de compensarle. Por favor, regrese esta noche al teatro. Intentaré ayudarle en su búsqueda.*

*Vekania.*

Suspiró. Un cambio de dirección siempre era mejor que detenerse.

### III

Aquella sombra estaba allí, y solo se necesitaba a sí misma.

Ahora, la curiosidad de Noviembre se acercaba a la inquietud. Tras las bambalinas, entre los huesos y pellejos que sostenían el escenario, el inicio del espectáculo había reducido el tránsito humano hasta desaparecer y la densidad de la luz se había aquietado en matices ocre, de modo que no tenía motivo para seguir dudando. Aquella sombra estaba allí. Y aunque no necesitaba volver a hacerlo, Noviembre miró a su alrededor y confirmó que, aparte de ella misma, no había nadie más.

La sombra manchaba un antiguo ciclorama y se escalonaba sobre restos escenográficos de viejas representaciones, pero su perfil de mujer continuaba perfectamente definido. Hacía gala de ese don de los insectos: su proximidad podía pasar inadvertida una eternidad pero, una vez descubierta, no se podía apartar los ojos de ella.

—Yo puedo estar aquí —dijo Noviembre endureciendo el pecho—. Pero,

¿y tú?

La sombra se deformó como lo habría hecho si su rostro se volviera a la niña. Al poco recuperó su perfil dirigiendo su mirada negra hacia el escenario.

—Mi padre es el jefe de tramoyistas —como ofendida, Noviembre se arriesgó a acercarse y se plantó sobre sus botines—. ¿Quién eres tú?

Los pasos llegaron después de que la sombra hubiera comenzado a moverse e hicieron que Noviembre volviera la mirada a un lado, hacia las bambalinas, donde descubrió una silueta mucho más palpable. Cuando la caprichosa oscilación de las candilejas dio una piel pálida y un cabello negro a aquella forma, Noviembre se arriesgó a acercarse.

Era una mujer, bastante joven; una muchacha podría decirse, en esa edad entre la madurez y la infancia. Cuando Noviembre se colocó a su lado, correspondió a su intensa mirada con un soslayo indiferente.

—Soy Patricia.

La figura que se movía en el escenario despertaba alguna excitación en aquella muchacha. Noviembre notó crecer un brillo afilado en sus ojos al tiempo que sus dedos retorcieron ligeramente el ajado terciopelo de la bambalina tras la que se resguardaba.

—¿Es verdad que puede convertirse en quien quiera? —preguntó Patricia sin dejar de mirar al escenario—. ¿Cómo lo hace?

—Bueno..., ese es su secreto —respondió Noviembre—. Pero creo que solo él puede. No puede aprenderse.

—¿Y quién es ahora? —la voz de Patricia descendió hasta un susurro admirado.

Su aparición furtiva y su comportamiento, como el de un amante del opio que sueña sin importarle lo real, daban de por sí razones para el recelo pero, educada para ser una polilla, Noviembre podría haber reunido más razones que atañían al instinto. Al lado de aquella muchacha, se sentía como sumergiendo la mano en un charco helado. Pero tenía también algo atractivo que tentaba su curiosidad infantil.

—Lerroux, el emperador del paralelo —Noviembre contestó sin volver la vista al escenario. La palidez de la joven le hacía experimentar un imaginario roce en la nuca—. Siempre gusta al público.

Los aplausos ayudaron al argumento, aunque con Unhombre siempre alcanzaban su cenit de un modo irregular: el incómodo asombro de su actuación dejaba a veces al público con deseos de regresar a una existencia familiar y el aplauso se planteaba más como una despedida que como una

recompensa. Pero, para Patricia, aquella joven, no parecía igual. Aplaudió con una actitud tan apasionada como el modo en que la vio buscar sombras en que resguardarse cuando, tras despedirse de los asistentes con una reverencia, Unhombre abandonó el escenario en su dirección.

Al pasar junto a Noviembre, Unhombre le acarició los rizos con un roce amistoso, pero esta le dejó alejarse sin reaccionar. Tras la desaparición de la chica, se había quedado presa de un recogimiento falto de aire. Los cortinajes aún oscilaban por el modo en que se había movido. Parecía que hubiera logrado desvertebrarse a sí misma para arrastrarse a la oscuridad tan rápida como para burlarle la vista. Por el rabillo del ojo creyó ver la sombra del principio, deslizándose por las paredes hasta desaparecer, pero no quiso volverse a comprobarlo.

No era así con Unhombre. La familiaridad del espacio le permitía moverse con soltura a pesar de que cubría su rostro con una gasa, que masajeaba con sus manos mientras borraba los rasgos ajenos con que se había cubierto. Caminó de este modo a través de las entrañas del teatro, hasta que el aroma y el sonido le hicieron detenerse para dejar pasar a las bailarinas del can-can que, pinchándose entre ellas, se apresuraron sobre escalones metálicos al ser llamadas. No volvió a caminar hasta recuperar su cara. Entonces, plegó la gasa con cuidado y apuró los últimos pasos hasta un camerino cercano.

El gesto de su mano quedó quieto al asir el pomo de la puerta.

Su fisonomía anulada se volvió sobre el hombro y observó largamente el corredor por el que había llegado. Los últimos retazos de la algarabía de las bailarinas se atenuaron entre distancia y paredes. El silencio se cebó entonces de una estridencia, a pesar de que el corredor solo fuera un gznate hueco.

Unhombre llamó a la puerta sintiendo que algo allí correspondía a su mirada.

## IV

La anterior había sido una noche extraña en un lugar insólito y, atravesando de nuevo la entrada del teatro, Gabriel se daba cuenta de la inusual forma que estaban cobrando sus días. Veía también que, en el breve tránsito de horas que separaba su anterior visita, había tendido a magnificar aquel lugar inconscientemente. De nuevo allí, esa impresión embriagaba en lugar de desaparecer. Crecía con la música, los aromas desconocidos y tantos rostros.

—¡Bien! Celebro que haya decidido venir.

Aunque aquella voz no destacó en aquel vestíbulo, sí lo hizo un momento en el pecho de Gabriel al notar que le iba dirigida. Se volvió para mirar a la joven de la pasada noche, Vekania, que bajaba las escaleras hacia él. Su mente aún no tenía un lugar preciso para sus rasgos. Contemplarla con aquella blusa beige de encaje, la larga falda, tableteada para que el raso borgoña brillara caprichoso sobre sus pasos (o cualquier otro rasgo escogido al azar) la convertían en un personaje distinto al esperado, con más valor que una simple imagen en la memoria.

—Bienvenido —dijo al reunírsele en el rellano—. Le esperaba. Creo que esto es suyo.

Lo había pasado por alto, pero Vekania llevaba su ros en las manos y se lo ofreció con una sonrisa divertida por su expresión desconcertada.

—Aunque soy de la opinión que está mejor sin él —apuntó la joven—. ¿Cómo se encuentra? Mejor, espero.

Tomándolo como un consejo, Gabriel se colocó el ros bajo el brazo.

—Como puede ver —contestó—, no fue nada.

—Aun así, me hará usted el favor de agradarme y ser mi invitado —abriendo camino, Vekania le indicó que la siguiera—. No le he hecho venir solo para devolverle la gorra. Esta noche tengo tiempo para usted.

Resultaba sencillo, apetecible de hecho, dejarse llevar por una compañía así, pero el sentido de obligación y culpa que Gabriel llevaba en el uniforme le habría impedido ceder a esa inclinación. No mientras no supiese si, de verdad, aquella noche le permitiría sacar algo más en claro que la anterior. Así que, caminando detrás de su anfitriona, temió acabar resultando hosco por no saber corresponder a su gentileza. Era una habitual claustrofobia de sí mismo, pero algún don de carácter en aquella muchacha logró aliviarla con una sencilla mirada, cuando se detuvo y se volvió a él.

—Hoy podrá conocer el teatro por dentro —dijo Vekania, simulando un tono confabulador—. Sígame.

Gabriel se dio cuenta de que le había conducido a una zona reservada. La música, las conversaciones, el tintineo de copas, todo se había alejado y palidecía frente al brillo cómplice en la mirada que le dirigió Vekania. Incluso la incomodidad que llevaba consigo se dejó admitir más como emoción.

—La niña que envió usted a buscarme... —comentó Gabriel.

—Noviembre —adelantó Vekania, como si quisiera ayudarle a relajarse—. Sé que ha estado jugando un poco con usted. Tendrá que disculparla. A

veces cree que se ha ganado el derecho a hacerlo.

El espacio se había ido estrechando, los corredores ahora atendían más a la funcionalidad que al buen gusto. Solo su guía era consciente de su condición de extranjero. Los empleados y artistas con quienes se cruzaban se movían conforme a los ritmos de su profesión e, inconscientemente, avasallaban a Gabriel con su ir y venir, quien, para evitarlo, se acercó a Vekania más de lo pretendido.

—¿Por la pierna? —preguntó, retrasándose un paso para ganar espacio.

—Así es.

—¿Qué le ocurrió?

—Una bomba —la voz de Vekania se implicó poco en aquellas palabras, como si no fuera la primera vez que se lamentaba con ellas—. En la portería de su casa, después del desayuno. Aún me pregunto a quién pudo resultarle útil algo así.

El corredor por el que caminaban se cruzó con otro y ambos se detuvieron para dejar pasar a algunos músicos de la orquesta. Aquello dio ocasión a Vekania para notar el fruncimiento en la frente de Gabriel.

—Pero siendo usted doctor del ejército, ya habrá visto cosas así...

—No en niños.

Gabriel tragó saliva y se dio cuenta del modo en que ella le miraba, como haciendo preguntas o imaginando respuestas sobre la piel de sus mejillas, y se sintió cohibido.

—Nunca es plato de gusto —dijo, esperando que sirviera como chiste.

Ella sonrió. Su mirada se estrechó, bajó las pestañas y aún alargó un instante el silencio.

—Pero bueno, habrá notado que tiene talento —comentó—. Más que yo a su edad.

—¿A qué se refiere?

Gabriel retomó el andar tras ella, pero al poco se arrinconaron contra el hueco de una puerta para dejar pasar a un par de tramoyistas.

—Yo empecé como Polilla al llegar aquí. Nuestra educación consiste en llegar a intuir a las personas, oler qué les compone, adivinar qué pueden necesitar —explicó Vekania—. Le encontró pronto esta mañana, ¿verdad? Y por eso está usted aquí. Debí leer mejor en sus ojos y tengo que compensarle.

Como si no quisiera darle ocasión de excusarla, Vekania retomó el paso repentinamente.

—Ya le dije...

—¡Cuidado, no tropiece! Estas escaleras hay que conocerlas.

Con simpatía, Gabriel descendió tras ella por una escalera de caracol mientras toda la estructura metálica rezongaba de vieja.

En el piso inferior, enredándose de puerta a puerta, las bailarinas del can-can tenían tomado el espacio, provocando más revuelo en torno a ellos del que Gabriel podía tolerar sin desequilibrarse. Alguna intercambió cierta picardía con Vekania al ver su compañía y, cuando ella puso a salvo al teniente tomándole del brazo y redirigiendo sus pasos, disimuló su sonrisa al notarle el rubor de las mejillas.

—Es aquí.

Se detuvieron a la puerta de un camerino que quedaba resguardada de tanta actividad y Vekania llamó con los nudillos. Como si la estuvieran esperando, el permiso del interior no tardó en llegar.

—¿Se puede? —preguntó, asomando medio cuerpo por la puerta entreabierta.

—¡Cara Metzina! —una voz de mujer, serena y elegante, celebró su llegada—. ¿Cómo no? Pasa.

Vekania pasó al interior del camerino e indicó a Gabriel que hiciera lo mismo.

El aroma cambió, se volvió especiado hasta adquirir tacto dentro del pecho. La estancia resultaba más amplia de lo esperado, y parecía decorada por alguien que había tenido tiempo para pensarse a sí mismo. Había un camino de tiempo marcado en antiguos carteles de publicidad teatral, objetos callados que parecían señalar lugares concretos de la memoria, retratos de los que se fueron y los que se quedaron, y un mobiliario que sumaba las necesidades de un camerino con las de una sala de estar. Todo reunido bajo una iluminación tenue y parcheada, capaz de obnubilar la figura que se puso en pie para recibirles.

—Gabriel... —Vekania, como si presentara a una celebridad, se adelantó unos pasos y con un gracioso gesto de las manos expuso a aquella mujer ante él—. Le presento a Madame Ginetzza, persona de gran talento, pitonisa y médium. Por favor, no desconfíe de mí si le digo que puede ayudarle.

Todo lo que Gabriel pudo hacer por complacer esa petición fue disimular. Esperó que no se le hubiera notado demasiado la mirada perpleja y se acercó a saludarla.

—Usted puede llamarme Luisa —dijo Madame Ginetzza, invitándole a aproximarse—. Entenderá que mi profesión exige un nombre artístico.

—Por supuesto —asintió Gabriel—. Gabriel Escudero, a sus pies.

En el leve retraso que marcó su inclinación, Gabriel temió que la vacilación que contenía se volviera demasiado patente, y al erguirse, el modo en que Madame Ginetzza (o Luisa) sonreía al mirarlo le hizo pensar que así había sido.

—Tanto no será necesario, pero siéntese conmigo.

A un lado de la habitación había una pequeña mesa cubierta con un tapete y, después de tomar asiento, Madame Ginetzza le ofreció un sitio. Mientras Gabriel ocupaba su lugar, ella le observó, uniendo astucia y amabilidad, en un vistazo capaz de rozarle la piel.

—Es usted tan apuesto como me habían contado —comentó Madame Ginetzza.

Los sonidos del pasillo se amordazaron cuando Vekania cerró la puerta. La joven se giró por encima del hombro y su mirada y la del teniente se entorpecieron mutuamente.

—Y veo que está dispuesto a tolerarme, aunque no crea en mí —dijo Madame Ginetzza haciéndole volverse—. Le agradezco el detalle.

La expresión de Madame Ginetzza, disculpándole de antemano por una obviedad, ahogó cualquier forma de excusa. Resultaba una mujer desconcertante, como si pudiera moverse dentro de su cabeza y, al tiempo, ser impermeable a cualquier presunción sobre ella. Por un momento, al entrar, Gabriel la había tomado por una anciana, pero ahora se le hacía difícil precisar su edad. Tenía el cabello veteado en plata y eso desorientaba, pero, aunque su rostro estaba marcado por el tiempo, al verla de cerca no se le antojaba mucho mayor que él. Era como contemplar el rostro de una mujer joven cubierto por papel de fumar humedecido.

—Sé que está usted buscando algo. Vekania me ha puesto al tanto —dijo Madame Ginetzza—. Y, aunque es verdad que no pueda decirle dónde encontrarlo, tal vez pueda ayudarle a entender por qué necesita hacerlo. ¿Confiará usted en mí?

Dándole la última palabra, Madame Ginetzza extendió la mano sobre la mesa y se la ofreció. Cuando Gabriel terminó por ofrecer la suya, sonrió satisfecha.

Madame Ginetzza le limpió la mano de algo invisible, al tomarla entre las suyas. El escalofrío se hizo inevitable y el ronroneo con el que ella forzó la vista, escudriñándole la red de líneas, lo hizo más meloso sobre su nuca. Vekania, que contemplaba la escena sentada en un diván apartado, observó con

interés cuando el murmullo de su compañera se acercó a las palabras.

—Usted se fue y no regresó del todo. Usted se fue y, al volver, el mundo del que se marchó ya no estaba —comenzó a decir Luisa, como si verdaderamente leyera algo en la palma de su mano—. Lágrimas y sangre... Fue herido y nadie vino a recogerle, ¿estoy en lo cierto?

—No lo sé —una sensación de frío había cuajado en el interior de Gabriel—. ¿Se refiere a la guerra?

Luisa apartó un momento los ojos de la palma de su mano y lo miró. Gabriel se dio cuenta de que hacía tiempo que nadie lo hacía. Algunos ojos se topaban con los suyos, sí. En el hospital reconocían su rostro y le llamaban por su nombre, pero hacía mucho que nadie lo miraba con la intención de ver quién era.

—Empieza en un momento concreto. Podría ser la guerra... —Luisa asintió volviendo a mirar su mano—, pero se extiende en el tiempo y llega hasta ahora. Usted es un hombre cansado pero, dígame, Gabriel, ¿qué es lo que le asusta? ¿A qué tiene usted miedo?

Aquella pregunta se le hizo demasiado directa y la voz le falló. La vacilación le hizo volver la mirada a un lado, hacia Vekania. También ella lo miraba. Hasta le pareció que sus ojos mostraban un atisbo de preocupación sobre el respetuoso silencio con que se mantenía al margen.

—No sé qué decirle —respondió Gabriel.

—Entonces, déjeme que sea yo quien lo intente —continuó Luisa—. A usted le asusta el tiempo. Ha aprendido quizá demasiado pronto, o tal vez muy bruscamente, que nada es para siempre, y teme no tener tiempo para encontrar algo que dé sentido, a ese tiempo, a su existencia.

Gabriel debía de llevar tiempo necesitando una excusa para darse un respiro y, cuando al otro lado de la puerta creció un apresurado rumor de pasos y las alegres voces de las chicas del can-can rompieron la tensión del ambiente, reaccionó a punto de sobresaltarse. Intentó recuperar la compostura a pesar de que, entre las manos de Luisa, sus dedos comenzaban a temblar de manera obvia.

—No esté usted nervioso, Gabriel —le tranquilizó—. La vergüenza debería ser solo para los que tienen alguna culpa, y en usted no veo mácula.

Llamaron a la puerta. En esa ocasión, Gabriel no reaccionó de modo alguno. Vekania se encargó de abrir y, susurrando una bienvenida, invitó a alguien a entrar. Fue el tiempo que había pasado como médico de regimiento lo único que permitió al teniente controlar sus emociones cuando aquella



criatura entró en el camerino.

Parecía un hombre, andaba como un hombre y vestía como un hombre, pero... Aunque buscó el cobijo de las sombras al notar la presencia de un desconocido, no bastó para disimular que no tenía cara, sino una superficie gris carente de rasgos. A Gabriel se le encogió el estómago, como la primera vez que vio a la víctima de un machetazo. Pese a que supo disimularlo, aquel ser pareció notárselo.

—No me gusta creer que lo que es justo ha de rendirse a lo inevitable. Me asusta terminar creyendo que no se puede recuperar lo perdido.

No había mentido, pero no sabía por qué había liberado esas palabras cuando se sentía más inclinado a contenerlas. Quizá solo había aprovechado la ocasión de tener a quien decírselas, o no había querido ofender a esa criatura prolongando un tenso silencio.

Luisa parecía una mujer de talante sosegado. Lo transmitía en sus gestos; en su forma de mirar, como adormilada y al tiempo intensa, le gustaba callar y dejar que otros encontraran sus palabras. Pareció complacida cuando Gabriel pronunció las suyas. Le frotó suavemente la palma de la mano e hizo como si leyera una nueva página.

—Su tiempo en el presente no se suma a su tiempo en el pasado. No dibujan una misma línea —dijo Luisa—. Intentar reunir los fragmentos del pasado podría resultar en un rostro diferente al que usted busca... ¿Cuál es su nombre?

Hasta ese momento, Madame Ginetzza había hablado con esa clase de indulgencia con la que se dirigiría a un niño, pero ahora fruncía la frente y su tono se había vuelto preocupado.

—¿Su nombre? —se extrañó Gabriel.

Luisa levantó el rostro y lo miró. Su expresión había cambiado en verdad.

—¡El nombre de ella!

—Vanessa.

Fuese lo que fuese lo que Luisa podía ver en la palma de su mano, de repente pareció enfrentada a una confusa telaraña. Se vio obligada a luchar un rato, hasta que se volvió como si la hubieran llamado por su nombre. Siguiendo su mirada, Gabriel pudo ver cómo aquel hombre sin rostro se ponía en pie. Hasta ese momento había permanecido sentado en el diván junto a Vekania. Y, ahora, tanto esta como Luisa lo miraban con una inquietud que no supo interpretar.

—¿Seguro? —preguntó Luisa.

Gabriel había intentado creer que el hombre llevaba algún tipo de máscara cubriéndole el rostro pero, cuando estuvo casi al lado de la mesa, descubrió que aquella materia arcillosa era su carne. El cabello negro, elegantemente peinado, enraizaba en ella y, aunque carecía de rasgos, Luisa se había dirigido a él como si le hubiera oído decir algo.

—Él es Unhombre. Cree poder ayudarle —le hizo saber Luisa, mirando un momento a aquella figura sin rostro en busca de confirmación—. ¿Está usted dispuesto?

No tenía ojos para verlo, ni boca para hablarle, pero Unhombre volvió el rostro a Gabriel a la espera de su aprobación. Este no encontró voz con la que negarse.

Luisa intercambió su lugar con Unhombre e inició una serie de preparativos: colocó sobre la mesa gasas y una jofaina (que llenó con algún tipo de aceite de olor dulce) y, con gestos lentos, de ritual, mojó las gasas en él. Durante el proceso, Gabriel miró a Vekania haciéndole objeto de un inevitable interrogante. Ella se mordía los labios conteniendo una lamentación, o esa impresión daba.

Unhombre echó la cabeza atrás, dejando que Luisa le cubriera el rostro con la gasa humedecida.

—Dígame, Gabriel, Vanessa, ¿cómo era? —el tono de Luisa se había vuelto cauteloso—. ¿Podría describirmela?

Vekania se acercó a él con extremo cuidado. Comenzaba a temer que aquello fuese otra pérdida de tiempo, por no ceder a la idea de que fuese una burla, pero no tenía nada más que su intuición para aconsejarse. Y Vekania no causaba la impresión de ser del tipo que pudiera disfrutar con algo así, por lo que decidió apurar aquella situación condujera a donde condujera.

—Vanessa..., Vanessa... tiene el rostro alargado y de formas suaves.

Al tiempo que él empezaba a hablar, Luisa comenzó a trabajar sobre el rostro de Unhombre, como si moldeara algo a través de la gasa. Aquello consumió la voz de Gabriel hasta que ella le miró para que prosiguiera.

—Los pómulos, algo marcados, pero apenas nada. La barbilla, igual, suave, pero algo prominente, especialmente cuando se enfadaba —Gabriel se recolocó en la silla, su espalda se tensó y también lo hizo su mirada sobre los dedos de Luisa y la gasa—. La boca, normal supongo. Bueno, los labios finos pero el inferior algo más adelantado... como más carnoso. Y claro, la nariz. Su nariz es característica: le da un perfil elegante, es afilada, como dibujada de un solo trazo. Los ojos son de color gris y almendrados; el pelo, castaño

claro, largo, ondulado en torno al rostro y rizado en los extremos.

—Está bien, está bien —Luisa volvió a erguirse y dejó escapar un suspiro contenido—. Con eso bastará.

Bajo la gasa que cubría el rostro de Unhombre ahora parecía haber una forma más perfilada. Incluso se intuía el titubeo de unos labios.

—No se asuste, Gabriel.

Cuando Vekania se inclinó para hablarle a media voz, Gabriel solo apartó la mirada de la gasa un instante antes de que la retiraran. Entonces se dio cuenta de que la joven se había colocado a su lado precisamente para moderar la convulsión que le recorrió el cuerpo.

Era su rostro o no lo era, era hermoso o era horrible. Ver la cara de Vanessa en aquel cuerpo de hombre, compuesta por aquella carne grisácea, erizó la piel del teniente. Pero se volvió sobrecogedor cuando abrió los ojos que él recordaba, mostrando unas órbitas blancas y vacías, extraviadas hasta que se detuvieron sobre él.

—¿Gabriel?

Vekania colocó la mano sobre su hombro. Si no lo hubiera hecho, Gabriel quizá no habría aguantado en la silla. De ninguna manera podría haberles explicado cómo era la voz de Vanessa pero, con una sola palabra, multitud de días en su pasado se erizaron al unísono.

—Pero... ¿qué es esto?

Fue como si reconociera su voz. La expresión de aquella criatura se conmovió y su rostro vaciló, luchando contra la aparente ceguera de sus ojos.

—Gabriel, ¿eres tú? Pensé que ya no volverías.

De nuevo, era la voz de Vanessa en aquella recreación perversa de su rostro, y Gabriel notó una sensación en el vientre debilitándole.

—¿Vanessa...?

—Yo te conozco. Eres Gabriel. Eres un niño, eres un hombre. Yo nunca te imaginé. ¿De verdad estuviste? —los labios de Vanessa titubearon cerca de la sonrisa pero, conforme hablaban, se disgustaron con tristeza.

Alrededor de Gabriel, las dos mujeres parecían tan sobrecogidas como él y observaban a aquel ser con su mismo desconcierto. Pero aquello, Vanessa, tan solo le miraba a él.

—Ayer te vi, en las golondrinas. Caminé entre la gente, sobre el muelle, pero me dabas la espalda —la voz fue rompiéndose al hablar, como si de verdad fuera la misma que Gabriel le escuchó a Vanessa en el funeral de su madre—. Tus manos parecían rezar y tus labios tragaban miedo. Estabas

pálido, entre todos aquellos que también lo estaban. Quise llamarte, pero tenías ese uniforme y te llevaban a la guerra. Ayer te vi, y pensé que eras hermoso.

El respaldo de la silla crujió cuando Gabriel desplomó la espalda sobre él. Vekania miró el rostro demudado del teniente.

—Vanessa, ¿dónde estás ahora? —preguntó.

—No lo sé. A veces nadie puede verme; a veces el mundo entero desaparece y está oscuro. Mi piel está fría, mi voz no siempre suena —la expresión de Vanessa se dolió—. Gabriel...

El teniente volvió a incorporarse en la silla. La expresión de Vanessa dejó de titubear y lo contempló fijamente, sin parpadeo sobre los ojos blancos.

—Gabriel... —dijo— ¿por qué no te acercas un poco más?

Vanessa, Unhombre, quien fuese, se retorció bruscamente como intentando espantar algo de sí mismo. Se revolvió sobre la silla hasta dar con el respaldo y se estrujó la materia mórbida de su rostro, haciendo que se deformara como arcilla fracasada.

—¿Qué ha pasado?! —el sobresalto puso a Gabriel en pie—. ¿Qué ha sido todo esto?!

Gabriel notó la mano de Vekania tomándolo del brazo, interponiéndose en cualquier dirección que pudiera seguir su temperamento. Al mirarla, constató en la expresión de la muchacha que tampoco ella había presenciado algo a lo que estuviera acostumbrada. También Luisa le recomendó calma con un gesto mientras se acercaba a comprobar el estado de Unhombre. Este parecía esforzarse en recuperarse, procurando en todo momento esconder el rostro.

Usando su cuerpo como escudo, Luisa ayudó a que el rostro de Unhombre no fuera visto. A tientas, tomó una de las gasas de la mesa y se la entregó para que la tomara entre dedos anhelantes, como si valiera lo mismo que el oxígeno.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Gabriel, observando el estado trémulo de aquel hombre.

Poniéndose en pie, Luisa impidió, con algo de brusquedad, que se acercara cuando le notó intención de hacerlo.

—Sí. Lo estará —afirmó esforzando una sonrisa—. Pero, tal vez, si nos disculpan...

Apresurando las despedidas, Vekania hizo que Gabriel le acompañara fuera del camerino.

—¿Era su voz! —dijo Gabriel ya en el pasillo.

Había querido decirlo en alto pero sin que dejase de ser un pensamiento íntimo, cuando recordó a la joven que le hacía de *cicerone*. Tragó saliva para disimular, aunque había pocos recovecos donde esconderse del modo en que ella le miraba.

—¿Se disgustará usted conmigo? —preguntó ella.

Con la piedad y la culpa enredadas, las manos de Vekania se anudaban los dedos sobre las faldas. Gabriel se quedó mirándola con el ceño fruncido, prolongando un momento de silencio por un leve apetito de crueldad en el que dejó que ella temiera lo peor. Terminó por parecerle algo ridículo y, negando con el rostro, le indicó que se calmara.

—Acompáñeme al salón entonces —dijo ella—. Sin duda le vendrá bien una copa.

Hasta que no se reencontraron con la música y con voces despreocupadas, Gabriel no fue capaz de desahogar las palabras que habían crecido en su pecho mientras asimilaba lo que acababa de ocurrir.

—Esa mujer, Madame Ginetzza, sabía cosas... —terminó por comentar—. No creí que yo pudiera resultar tan obvio.

Gabriel se miraba la palma de la mano buscando algo que leer pero solo encontró piel indiferente.

—Y no lo es, Gabriel —le dijo Vekania—. Ni yo esperaba que usted creyera en estas cosas. Solo puedo decirle que, de verdad, mi intención era ayudarlo.

Llevaría tiempo aquietarse y decidir si Vekania, o Madame Ginetzza, lo habían logrado o no, y quedaba por explicar la voz de Vanessa, que aún sonaba en su cabeza como una música que temiera olvidar.

—¿Entonces entiendo que usted sí cree en estas cosas?

—Vivo en un teatro —Vekania se encogió de hombros y, medio sonriendo, fingió rendirse a lo que tenía alrededor—. Mi obligación es la magia.

—Pero, ¿y ese hombre? —preguntó Gabriel, volviendo el tono más cuidadoso—. Su rostro, ¿es maquillaje o tuvo algún tipo de accidente?

Vekania se frotó la frente y calló, buscando el mejor modo de responder a aquella pregunta.

—Bueno, por lo que me dijo mi padre, Unhombre está hecho con el material primero: el material que Dios usó en la creación, el material que puede convertirse en todas las cosas —Vekania había terminado hablando entre dientes y suspirando—. Alguien así tenía que estar aquí.

Gabriel decidió que podía ser autoindulgente si no lograba entender

aquello. Arqueó la ceja, miró a Vekania de soslayo, y acabó sonriendo por mera necesidad.

—Ya veo... Gente de talento, ¿no?

Vekania rió.

—Eso somos. A su servicio...

Gabriel había llegado al mundo escuchando las mismas mentiras y acumulando las mismas esperanzas que todos. Pero, tras haber visto como la gente moría o era mutilada tras perder el sabor de sus sueños, veía a Vekania y se daba cuenta de que empezaba a pensar que cosas como ella ya no iban a ser posibles. Sonrió para que el destino no le robara esa ocasión de hacerlo.

—¿Y ese nombre...? —preguntó Gabriel—. Cara... ¿Metzina?

—Cara Metzina —repitió Vekania, estilizando la articulación—. Es un título cariñoso con que me bautizaron los de aquí. Viene a ser una mezcla de idiomas, el de mi tierra y el catalán de aquí. Sería aventurado, pero podría traducirse como «querida pócima» o «querida envenenadora». Sé que resulta algo morboso, pero adecuado, ya que soy la encargada de saber qué veneno necesita cada uno.

Vekania arrugó la nariz y ensañó la mirada sobre el teniente, fingiendo dejarse tentar por el rencor.

—Pero reconozco que usted se me resiste.

—Pues le aseguro que no es mi intención —replicó Gabriel amablemente—. Y espero que no crea que rechazo esa copa, pero debería irme.

—¿Se marcha entonces? —Vekania subrayó la decepción en su voz al ver al teniente calándose de nuevo la leopoldina—. En ese caso... ¡ya sé!

Como si fuera una niña, Vekania tomó a Gabriel del antebrazo.

—El lunes de la semana que viene está concertado uno de nuestros eventos: la procesión de secretos —dijo ella—, ¿por qué no regresa usted entonces?

Viendo la sorpresa en ojos del teniente cuando lo cogió, y sintiendo la propia, Vekania le soltó, admitiendo el desliz con una sonrisa, y retrocedió un paso.

—Sin más misterios —aseguró—, solo para que usted lo pase bien y yo pueda compensarle. ¿Vendrá?

Gabriel barruntó algunas dudas por hábito, pero cualquier motivo palidecía en forma de excusa frente al entusiasmo de Vekania y el hecho desnudo de que llevaba demasiado tiempo en un mundo repetido donde ya nadie pretendía ser amable con él.

—De acuerdo, así lo haré —aceptó Gabriel—. Gracias por su invitación. Es muy amable.

—¡Oh no! Gracias a usted —dijo Vekania—. Se me hace mucho más agradable saber que le veré regresar.

Quedando de esta manera, Vekania acompañó a Gabriel a la entrada, donde se despidieron. A través del cristal tintado, ella le observó alejarse mientras aquel hombre por conocer se entregaba a la fría noche. Lo siguió con la mirada hasta que se hubo ido y, entonces, su expresión cambió a una compasión que no había querido admitir hasta entonces.

Acalló un escalofrió y regresó sobre sus pasos hasta el camerino de Madame Ginetzza. Como si la esperasen, la hicieron pasar en cuanto llamó a la puerta.

Dentro, Luisa terminaba de atender a Unhombre quien parecía mucho más rehecho; había recuperado su rostro y, al entrar Vekania, adoptó una actitud más correcta en la silla, a pesar de que su mano aún estrujaba la gasa oleosa.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Vekania—. ¿Mejor?

Unhombre asintió y su rostro sin ojos se volvió a Luisa. Al mirarla, Vekania constató su expresión de disculpa impotente.

—Lo siento por tu amigo —se lamentó—. Pero tú sabes que las únicas voces que Unhombre puede atraer son...

—Lo sé —Vekania tomó asiento en el lugar que había ocupado Gabriel.

—Él no lo sabe —advirtió Luisa.

—No creo ni que quiera imaginarlo.

Apoyándose en la mesa, Vekania comprimió una mano contra los labios. Al poco se dirigió a Unhombre.

—¿Qué es lo que ha pasado?

Luisa se colocó tras Unhombre y puso las manos sobre sus hombros. Ambos se miraron un momento y ella se dirigió a Vekania.

—Una peligrosa forma de deseo —respondió.

## V

Si volvía a mirarse la palma de la mano, solo veía cómo su pulso empeoraba. Si dirigía los ojos alrededor, reconocía un escenario memorizado: la misma noche con sonido a goteras y respiraciones terrosas del hospital. El soldado a la entrada le había saludado sin reconocerle nada extraño y la

penumbra era solo la forma de dormir del edificio. No había ninguna herida, ningún desorden indicando que el mundo hubiera cambiado, tal vez esa sensación de que la realidad no era la de siempre era solamente algo suyo.

Sin embargo, Gabriel caminaba arrastrando la impresión de que llegaba tarde a algún lugar.

—¿Doctor Escudero?

Gabriel se detuvo en las escaleras y se dio media vuelta. Tampoco aquella enfermera le miraba como si hubiera cambiado.

—¿Se retira usted ya?

—Esa es mi intención, si no se me requiere para nada —contestó Gabriel.

—No quiero molestarle, doctor, pero creo que será lo mejor —terminó diciendo la enfermera—. El soldado que enfermó esta mañana ha muerto. Todo será más formal si un médico reconoce el cadáver.

Gabriel descendió las escaleras que le separaban de la enfermera.

—¿El paciente del capitán Alvarado? —preguntó—. ¿Dónde está ese hombre? Creí que tenía guardia esta noche...

—No sé decirle. Solo sé que se fue. Creo que tenía cita en el círculo ecuestre<sup>[6]</sup>.

La enfermera había respondido con un tono aséptico, al margen de opiniones. Gabriel chasqueó la lengua y, tragando sabor a bilis, accedió a que le llevaran junto al cadáver. Estaban retirándolo en una camilla cuando, al verle llegar, el enfermero que lo transportaba se detuvo para que pudiera examinarlo.

Aquel ritual podía antojarse algo ridículo pero, a pesar de su escasa utilidad, Gabriel lo llevó a cabo por respeto. Al retirar la sábana, agradeció el aspecto tranquilo que ofrecía aquel hombre, como si sencillamente durmiera tras haber cedido al cansancio. Era mejor que algún tipo de rictus que hiciera pensar en una transición dolorosa. No había esperado encontrar nada aclaratorio, pero algo tardó poco en llamar su atención.

Habían conseguido retirar el cadáver sin provocar demasiado revuelo entre los pacientes de aquella ala y, a excepción de algún trasnochado curioso, la mayoría dormía. El espacio estaba en penumbra, por lo que Gabriel hizo que llevasen la camilla bajo una de las luces.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Gabriel inclinándose sobre el cuerpo.

—Nos lo encontramos muerto —respondió la enfermera.

En torno a los labios del soldado había un sutil amoratamiento, similar al que tendría de haberse golpeado. Examinándolo con los dedos, Gabriel notó



que tenía los dientes enrojecidos.

—¿Por qué ahora? —la luz era mortecina e hizo que Gabriel forzara la vista al abrir la boca del soldado.

—¿Cómo? —preguntó la enfermera.

—¿Qué ha sucedido para hacerles venir?

Por las palabras de más, el tono de Gabriel se reveló falto de paciencia. La enfermera reaccionó dirigiéndole la atención hacia un hombre que les rondaba a una distancia prudencial.

—Recibimos el aviso —contestó la enfermera señalando a aquel hombre.

El hombre en cuestión parecía ser uno de los insomnes. Gabriel ya sabía, por experiencia, que la estancia allí alteraba los ritmos de vida habituales por los de un ánimo enjaulado. Cuando lo miró, el hombre hizo un desgano gesto de cuadrarse, pero Gabriel se lo impidió por considerar más educado dejar aquella hora al margen de las ordenanzas.

—Es extraño... —dijo Gabriel, observando el cadáver.

—¿Qué es extraño? —la enfermera observó los restos de sangre en la boca del soldado—. ¿No se ha mordido la lengua?

La verdad era que casi estaba seccionada en dos. Aquello hizo que Gabriel fuese cuidadoso al extraerla de la boca del cadáver. Observó la misma brecha de esa mañana, pero mucho más acentuada. Lo suficiente para notar un rasgo que se le había pasado por alto. La herida era curva, como correspondía a la suposición de la enfermera, pero lo era en el sentido contrario a los dientes del soldado.

—¿Notó usted algo? —preguntó Gabriel, dirigiéndose al hombre que le había indicado la enfermera.

—Noté que parecía agitarse en sueños, mi teniente, y hablaba —respondió el soldado antes de que las palabras comenzaran a adquirirle un ritmo inseguro—. Pero luego me pareció que no era él...

—¿A qué se refiere?

—Una voz de mujer, oí una voz de mujer —respondió aquel hombre—. O eso me pareció...

El hombre se encogió de hombros cuando Gabriel lo miró extrañado.

—Nos avisó y lo encontramos muerto —concluyó la enfermera.

Y, dicho eso, todo llegaba tarde. Gabriel cubrió de nuevo el cadáver y dejó que se lo llevaran.

¿Por qué había decidido quedarse en el lecho de los enfermos?

Había un punto en su vida a partir del cual la respuesta se volvía mucho

más precisa. Él regresó de Cuba con metralla en la carne y fiebre en las venas. Al desembarcar no pudo ir al reencuentro de su antigua vida, sino que tuvo que pasar largos meses ocupando una cama en ese mismo lugar. El hospital militar en Tallers era un edificio que no pretendía ningún atractivo. Se alzaba con ladrillo sobre líneas rectas sin aspirar a reuniones de domingo, tan solo con objeto de albergar los dolorosos trámites de la carne humana.

Mirando a través de aquellas ventanas Gabriel, pensaba en que el mundo no es uno, sino pedazos de algo roto que cada uno completa con su propia mentira. Reparó en la distancia entre la gente que caminaba en la calle, a veces riendo o entregándose tarjetas de visita, y los que estaban allí dentro. Aquellos que, por falta de manos o piernas, ya no regresarían a su vida. Como él, que ya no tenía vida a la que regresar. Su padre había muerto y Vanessa ya no estaba.

Gabriel se llevó la mano a la espalda haciendo una mueca dolorida en la que comenzaba a crecer la rabia y decidió retirarse por aquella noche.

El hospital disponía de algunas habitaciones para uso particular de los oficiales. Una de ellas era la prótesis que Gabriel solía usar como hogar. Era un espacio espartano, pero controlable emocionalmente si lo comparaba con su domicilio en Gracia y, aunque fuera bajo los mínimos exigibles, proporcionaba la adecuada sensación de refugio.

Tras encender las lámparas, la luz de gas tardó unos instantes en ofrecer una visión nítida de la habitación, pero bastó para que echara en falta un reflejo habitual que siempre le recibía al entrar. El mobiliario allí era reducido: la cama, un secreter con su silla y el mueble de aseo, del que inmediatamente Gabriel echó en falta el espejo. Tan solo quedaba el marco, como un hueso mondado. Pero aquello era algo sin importancia después de haber certificado la muerte de un hombre. Lo que llamó su atención fue que alguien parecía haberse tomado un mimoso tiempo en recoger todos los fragmentos y depositarlos sobre la escribanía. Lo había hecho con gran escrúpulo y formando pequeños montoncitos, algo que él no supo comprender y sobre lo que dejó de entretenerse al notar que también habían curioseado entre sus cosas. No había un desorden obvio, pero sí una alteración: la cinta de cuero que cerraba el diario de Vanessa estaba abierta, y el fajo de cartas ya no estaba sobre él, sino a un lado, cerca de los restos de espejo.

Su ánimo ya había sido tocado varias veces aquella noche y que alguien, quien fuese, hubiera prolongado su descuido sobre un objeto íntimo terminó de irritarle. Se descubrió, arrojando la leopoldina sobre la cama, y se sentó

pesadamente en la silla sin saber cuál era la dirección correcta para aquel instante de rabia.

Volvía a temblarle el pulso, y notaba la transpiración en sus sienes. La dirección correcta al sentirse mal era saber a quién podía contárselo, y lo que definió este pensamiento en su cabeza fue verse con el diario de Vanessa en las manos. No lo abrió esperando encontrar nada concreto. Lo hizo por reconocer de nuevo la letra e imaginar su voz. Sin embargo, al poco, un texto sobre el que ya había pasado antes cobró sentido entonces con la suficiente fuerza como para encogerle el estómago. Se incorporó en la silla y se acercó el diario al rostro, como si desconfiara de sus ojos.

*Algunos se van, a algunos se los llevan. Se me hizo extraño ver a Gabriel entre todos aquellos, vestido con ese uniforme.*

*Se me hizo extraño que nadie me hubiera pedido permiso para llevárselo a la guerra. Parecía asustado, pero lo llevaba por dentro. Estaba muy pálido, apoyaba las manos sobre el sable y se rozaba los labios con los pulgares como pensando en otra cosa. Perdía la mirada sobre el mar y daba la espalda al puerto. Llegó un punto en el que la gente no me dejó avanzar. Gritaban, vitoreaban, lloraban y no pude unir mi voz a ellos. Pero podía ver a Gabriel y, sin embargo, no pude llamarle. Viéndole expuesto ante los ojos del mundo me pareció que dejaba de ser mío, y guardé silencio hasta ver cómo se lo llevaban.*

*Hoy se han llevado a muchos a morir. La gente ha tardado poco en volver a ser la misma de siempre, pero yo no puedo dejar de pensar que la imagen que tengo hoy de él. Puede, de verdad, ser la última.*

Al cerrar el diario, el temblor se estaba volviendo exasperante pero supo dejarlo en la mesa con el cuidado que le merecía. Fue al desabrocharse la guerrera cuando sus gestos comenzaron a volverse más feroces. Se desprendió de aquella parte del uniforme como si fuera un mal pellejo y dejó que cayera al suelo. Aquella noche había visto el rostro de Vanessa, con la voz de Vanessa, hablando de cosas que solo Vanessa podía conocer. Y ya no podía seguir negando la necesidad de hacer que su mente se moviera más lentamente.

En la escribanía había un pequeño estuche de madera, del tamaño justo para llevarlo en el bolsillo interno de una levita. Apurando una respiración ansiosa, Gabriel lo tomó, colocándoselo en el regazo. Tuvo que tragar un afilado momento de cólera al descubrir que el cierre había sido abierto. Abrió

el estuche y sacó un par de probetas de cristal, que dejó en la mesa mientras extraía también la aguja y la montaba sobre la hipodérmica. No hizo pausas en el proceso y se movió con prisa. Solo intentó serenarse mientras calculaba la dosis pero, en cuanto hubo vaciado de aire la jeringa, se remangó el brazo con ansia asqueada.

La morfina actuó rápido, arrastrando una sensación de vapor cálido por sus venas, la sensación le llevó a despojarse de la camisa. Al ponerse en pie, el dolor de la espalda comenzaba a apagarse y, para acelerar el proceso, frotó con una mano pesada la zona sobre su cadera marcada por la metralla. Pero hacía tiempo de eso, cada vez más, y Gabriel se dejó caer en la cama dispuesto a dejar de medirlo por unas horas.

—La guerra... —murmuró con los labios amordazados por la almohada—  
Con lo grande que parecía, acabó...

El sueño ya le vencía.

—Y ya solo quedamos nosotros... —continuó.

—Tú y yo —terminó de decir Vanessa cuando la voz de Gabriel sucumbió—.  
Los seres pequeños.

Deslizándose la espalda sobre la pared, Vanessa se dejó caer hasta quedar sentada en el suelo. Recogió las piernas y se abrazó a sí misma sujetándose los pies. Al poco, comenzó a escuchar el aliento dormido de Gabriel. Lentamente, recorrió su figura con los ojos y se detuvo en la gota de sangre que se alargaba en su brazo.

# Procesión de secretos

## I

Prepararse para el silencio podría ser la mejor forma de emplear el tiempo, ya que al final es lo único que queda. El silencio al que el inspector Espinosa debía enfrentarse una y otra vez.

—Lo más curioso es el olor.

Recolocándose los anteojos, el inspector observó al forense: un hombre de su edad, contagiado en sus canas y en su piel del blanco que le rodeaba y del blanco que vestía.

—¿Cómo dice? —preguntó Espinosa.

—¿No lo nota? —señaló el forense—. Al principio me disgustó particularmente, porque se me hizo extraño, pero estos cadáveres no huelen mal. Es como el olor de las iglesias: provoca cierta incomodidad pero no es desagradable, sino al contrario. ¿No lo nota usted? Quizá sea cosa mía.

El olor del depósito nunca había desagradado especialmente al inspector Espinosa, tal vez porque tenía la nariz atrofiada por las callejas orinadas, pero aquel espacio nunca había forzado los límites de su tolerancia. A lo mejor, sí siendo más joven, le había parecido deprimente que tantos terminasen allí. Aquel lugar de baldosas blancas, de mesas de cerámica, frascos de vidrio e instrumentos de metal resultaba demasiado frío y desproveía de sentido las vidas de sus huéspedes. Pero había terminado comprendiendo que era mejor así. Aquel lugar era emocionalmente aséptico. Cualquier cosa que pudiera sentirse allí se volvía una nota de diapasón contenida.

Espinosa bajó de nuevo la vista al cadáver. Tal vez sí olía de un modo característico, como a cera fundida, pero para él resultaba algo leve, cercano a una sugestión más que a una sensación.

—¿Es la esposa? —preguntó—. ¿La señora... Nomdedeu?

Al asentir el forense, Espinosa alargó la mirada sobre las mesas adyacentes y las formas de los cuerpos bajo las sábanas.

—¿El resto de la familia? —preguntó mientras las señalaba.

—El marido, la madre de él, y dos hijos. Uno de dieciséis años y otro de trece —confirmó el forense.

—¿Todos están así?

—Si quiere verlo...

Espinosa negó con la cabeza. Se obligó a contemplar el cadáver de la mujer con atención. Su aspecto era extraño. Sabía que la carne se comportaba de maneras insólitas una vez muerta, pero la de aquella mujer parecía haber dejado de ser carne. Era vejez reseca y al tiempo juventud en formol. La piel se transparentaba sobre el mapeado de las venas y la carne se estrechaba con saña sobre los huesos. El cabello, sedoso e intacto en torno a un rostro con la expresión encostrada, como si hubiese sido víctima de un mal sueño antes de irse del todo.

—¿Me puede explicar qué es esto? —la imagen ante él tardaría en despegarse de las retinas, y Espinosa urgió al forense en dar una explicación.

—Este cadáver no se está corrompiendo, y los otros tampoco —respondió el forense—. Estoy por asegurar que es un principio de momificación.

—¿Momificación? —se extrañó Espinosa—. Los cadáveres fueron descubiertos por la doncella de la casa. Volvía de una boda en su pueblo. Según ella, esta mujer estaba en perfecto estado hace una semana.

—No crea que a mí no me resulta desconcertante —comentó el forense—. Estaría dispuesto a aceptar un caso excepcional, ¡pero cinco! Yo me inclino a pensar en la exanguinación como posible causa: la extracción de los fluidos puede tener este efecto. Aquí, ¿ve?

El forense dirigió la atención del inspector sobre unas marcas amoratadas que aparecían en el cuello de la mujer y otras similares bajo el seno izquierdo.

—¿En una semana? —Espinosa se mostró poco conforme.

Suspirando, el forense observó el cadáver de la mujer primero y, luego, los que se encontraban en las mesas cercanas. Terminó negando con la cabeza, reconociéndose derrotado.

—Es lo más lejos que puedo llegar con mi ciencia.

—Ya veo...

—Normalmente siempre es más de lo mismo. Pero, si uno espera en esta habitación lo suficiente, terminan llegando casos extraños —observando el cadáver de la mujer, el forense retrasó unos instantes el gesto de cubrirlo de nuevo con la sábana—. Me viene a la memoria, hace unos años, un pobre infeliz atropellado por un tranvía. Lo había partido en dos... Lo curioso fue que no sangró por las heridas. Su cuerpo llegó aquí seco.

—Ya veo...

Quizá aquel era el modo del forense de elucubrar respecto a ese lado ciego de su ciencia, y pareció conformarse con su fracaso cuando por fin

cubrió el cadáver. Era una actitud con la que, por su parte, Espinosa se había obligado a familiarizarse, y ahora que se veía de nuevo obligado a reconstruir el silencio dejado por otros.

## II

Si respiraba, no tragaba aire; si se tocaba la piel, le costaba sentirse; si se miraba a un espejo, no siempre se encontraba. De momento aún recordaba lo que era soñar, cerrar los ojos y dormir. Aunque ya no pudiera. De vez en cuando moría, pero no era lo mismo: era como amputarle pedazos de consciencia a un malestar que siempre se hacía sentir como una fibra continua.

Su imagen había estado luchando por permanecer reflejada en el espejo, con la mano sobre la luna casi había intentado retenerla, pero al final, su simple fuerza y un momento de angustia la habían quebrado. Con un aspecto dislocado, su reflejo sobrevivió unos instantes, pero tardó poco en desaparecer, y Vanessa notó crecer un acostumbrado sentimiento de impotencia.

Estaba sentada entre dejadez de desván, buscando en los objetos del pasado de otros algo importante que temía perder del propio. El espejo le había parecido hermoso. Antiguo y con la luna descascarillada, pero hermoso. Ahora estaba roto, y el hambre que había pretendido ignorar se hacía más fuerte.

—Ven conmigo.

Patricia había vuelto a cambiarse de vestido. Ahora llevaba un conjunto color púrpura más apropiado para el paseo a media tarde que para la noche en una buhardilla. Vanessa trató de ignorar que su imagen sí había aparecido en el espejo donde no se reflejaba la suya. Apartó la vista y descubrió en el suelo una cuchilla de cristal desprendida después de romperse. Al verla, las fibras de su piel se contrajeron bajo un escalofrío, la recogió de inmediato y, con gestos nerviosos, intentó hacer encajar de nuevo aquel pedazo sin protegerse de los bordes cortantes.

—Déjalo, no tiene remedio —dijo Patricia al observarla—. Ven conmigo. Tienes que ayudarme en algo.

Vanessa se royó los labios, dejando las palabras de Patricia para después, sostuvo la pieza en su lugar, presionándola, y retiró las manos esperando que se sostuviera por sí sola. Se puso en pie, sin apartar la mirada de ella y,

cuando Patricia comenzó a alejarse, se apresuró a seguirla, solo para no seguir ahí si la pieza volvía a desprenderse.

—Tienes que ver algo, pero no se lo he enseñado nunca a nadie —advirtió Patricia, deteniéndose a la entrada de otro cuarto.

En la expresión de Patricia apareció una amenaza enmascarando a la vergüenza. Al momento pasó al interior de la habitación, asegurándose de que Vanessa la seguía de cerca. Era una estancia pequeña, hecha del mismo polvo y penumbra que las demás. En ella había un armario desvencijado y con lepra en la piel de barniz. Los goznes chirriaron débilmente cuando Patricia abrió sus dos puertas, exhibiendo su interior con una intención ostentosa que la oscuridad asfixió.

Vanessa apretó el puño de la mano izquierda y la resguardó a la espalda. Al parecer, al igual que Mara, también Patricia tenía un pequeño santuario, aunque el contenido no aparentaba nada fuera de lo normal. Solo parecía haber ropa y vestidos, encerrados y escondidos más que ordenados. Pero había algo más, resguardado, por lo que Patricia tuvo que revolver unos segundos hasta alcanzar una caja de cartón.

—Acércate —le indicó a Vanessa al tiempo que se sentaba en el suelo.

Al acucillarse, Vanessa comprobó que se trataba de una sencilla caja de zapatos. Estaba muy deteriorada: el cartón estaba deformado por todas las veces que había sido manipulado y el contenido desbordaba, como queriendo escapar. Viéndola, comenzó a entender que había sido invitada a un ritual que debía llevar tiempo representándose.

Patricia extrajo un sobre con unas cuartillas en su interior, que sujetó ante sus ojos frunciendo el ceño.

—Creo que no sé leer —comentó hojeando las cuartillas—. Léemelo tú.

Vanessa tomó las hojas que le ofreció Patricia. Esta, sorbiendo excitación entre los labios, se acercó casi a cuatro patas hasta contemplarlas por encima de su hombro, esperando que desentramara aquellos símbolos que a ella se le resistían.

—Fue un tiempo distinto, distinto al que ahora reflejaban sus ojos y del que vería en el futuro —comenzó a leer Vanessa—. Un tiempo ya ido. Pero, si sus huellas habían de reconocerse en algún lugar, sería en él. Porque antes la mujer fue una niña que aprendió su nombre al reconocerlo en las voces de quienes le rodeaban...

Inesperadamente, Patricia le arrebató las cuartillas, quebrando la voz de Vanessa. Viendo el gesto extrañado de esta cuando se quedó sosteniendo vacío



entre las manos, intentó rehacer su expresión.

—Creo que prefiero reservarlo para más tarde... —se justificó Patricia—. Para mañana, o pasado...

—¿Qué era eso? —preguntó Vanessa.

—Un cuento, un cuento de mí. Era yo.

—Eso no es posible.

—¿No? Me da igual —Patricia se encogió de hombros y arrugó los labios despectivamente—. Hay una escritora que puede imaginar cómo fue algo o cómo podría haber sido. Por unas monedas escribirá uno para ti.

—No lo necesito.

—¿No? —replicó Patricia, suavizando un sarcasmo en su voz—. ¿Me enseñarás lo que tienes en la mano?

Vanessa reafirmó el puño de su mano izquierda, apartándolo a salvo de la mirada de Patricia. La risa de esta ante su reacción fue suave pero destinada a clavarse como una aguja.

—Está bien, mira esto —dijo Patricia mientras se colocaba la caja entre las piernas.

El interior de aquella caja ya había llamado la atención de Vanessa y, cuando Patricia comenzó a revolver en él, aún fingiendo desinterés, giró su cara hacia ella. Había joyas y pequeños objetos, como frascos de perfume o polveras, pero el contenido, en su mayoría, era retratos fotográficos. Patricia escogió uno y, tras contemplarlo con orgullo entre sus manos, se lo entregó.

El rostro en sepia de aquel joven, que miraba al vacío con una marca de distancia en la mirada, no motivó en Vanessa ninguna reacción especial.

—Es mi hermano —aclaró Patricia—. Es apuesto, ¿verdad?

Los ojos de Vanessa se volvieron a Patricia cargados de una expresión extrañada. Sin duda, Patricia lo notó. Pero, como si le divertiera, escogió otros dos retratos y se los entregó a Vanessa.

—Mi padre y mi madre —explicó mientras Vanessa observaba aquellos rostros—. Mi madre es muy guapa... ¿Crees que me parezco a ella?

Una mezcla de compasión y asco impidió a Vanessa contestar. En su lugar, escogió otro retrato de la caja y se lo mostró a Patricia.

—Mi madre —dijo Patricia.

Vanessa volvió a mirar a la mujer del retrato y constató que no se parecía en nada a la del anterior.

—¿Y los demás? —preguntó, devolviendo aquel retrato a la caja.

—Hermanos, hermanas, mi padre, mi madre, amigos... —la mirada de

Patricia se volvió somnolienta, como recordando.

—Eso no tiene sentido.

Vanessa cortó a Patricia con sequedad y volvió la vista a la ventana. Los cristales estaban rayados y la noche era húmeda. La realidad adquiría un aspecto distorsionado, pero al menos en esa ocasión podía verla. A su espalda, escuchó el raso de las faldas de Patricia rumoreando sobre el suelo cuando se le acercó.

—¿Por qué? —preguntó Patricia con sorna—. Yo sentí todo lo que ellos sintieron. Estuve en el lugar de quienes amaban y los amé en su nombre. Y eso me hizo formar parte de ellos. Tiene todo el sentido decir que fui lo más importante en sus vidas.

La cantidad de fotografías en aquella caja de zapatos llamó la atención de Vanessa de nuevo.

—¿Todos? —preguntó horrorizada.

Patricia asintió. Vanessa desvió la mirada antes de confirmar que lo hizo con satisfacción.

—Mara dice que no podemos entrar en casa de alguien que no nos haya invitado. Y es verdad, pero estoy aprendiendo a sortear eso —le dijo bajando la voz—. Ese susurro que podemos meter en sus oídos: podemos usarlo para convencerlos, seducirlos...

Aunque Vanessa fingía indiferencia, Patricia notó que su voz caminaba por la piel de ella con el cosquilleo de las patas de una araña.

—Así podrías llegar hasta él.

Una sensación de vértigo irrumpió en el pecho de Vanessa. Hizo el gesto de volverse, pero quedó casi en un simple guiño. Patricia se le había acercado tanto que su voz le cosquilleó en el oído.

—Un soldado, un niño al que han estirado la carne para que parezca un hombre. Esbelto, el cabello del mismo color que el tuyo, piel pálida pero no muerta, de expresión severa pero gentil al tiempo, una boca hermosa de labios finos y silenciosos (como si hubiera algo que teme decir o que debe callar), residuos de inocencia en la mirada y también furia, como si le hubiesen herido alguna vez... Alguien —Patricia susurró al oído de Vanessa hasta que alargó un silencio con sabor a dentellada—. Tu príncipe.

Hubo un sonido de viento cortante. Sin saber cómo se había movido, Vanessa se vio en pie al otro lado de la habitación, marcándole distancia a Patricia con una mirada indignada. Moderó su actitud al ver que ella se limitaba a sonreír y se llevó una mano a la sien, presionándose con fuerza.

—¡No hagas eso...! —advirtió—. Sabes que no me gusta.

—¿Qué? —se burló Patricia—. No he hecho nada. Pero hace unas noches oí tu voz en una habitación en la que tú no estabas, sobre un cuerpo que no era el tuyo, hablando con la de él. Y lo vi.

Era miedo lo que sentía Vanessa, miedo lo que le impedía parpadear y miedo lo que le hacía apretar la mano que mantenía a la espalda. Seguro que Patricia debía tener una manera que no necesitara sentidos para notarlo, pero se limitó a recoger sus retratos con cuidado y a guardarlos dentro de su caja. La tapó con mimo y le dirigió a Vanessa la mirada por la que le había hecho esperar.

—¿No quieres contarme quién ha venido a buscarte cuando yo te he enseñado mis tesoros? Eso no es justo... —Patricia sonreía con malicia—. ¿No quieres tú saber por qué ha venido a por ti? ¿Qué siente cuando te busca, de qué manera te echa de menos o qué estaría dispuesto a darte si te encontrara?

Vanessa se había convertido en una cuerda descarnada que podía ser tocada fácilmente y Patricia se vio sin motivos para no averiguar qué música sería capaz de producir.

—Esta noche se celebra aquí algo especial, y sé que él está invitado... —le dijo poniéndose en pie.

—Patricia...

—Me pregunto en qué me convertiría si tomara de él —la proposición de este enigma excitó un brillo en sus ojos—. Por unos instantes... ¿Qué sería yo? ¿En qué me convertiría? ¿Sería un amigo perdido, un hermano inventado..., sería tu amante?

—¡Patricia!

La mirada de Vanessa se oscureció al arrugar la expresión del rostro. Avanzó un paso y aquello terminó de provocar a Patricia, quien, advirtiendo el comienzo del juego que ella misma había provocado, desapareció. Vanessa saltó tras ella y cayó en el pasillo a cuatro patas con apariencia de insecto. Pero no había nadie. Solo una puerta temblando en sus bisagras tras la excitada violencia que acababa de atravesarla.

### III

Si llegaba a los labios o a las manos, era un compromiso.

Al menos era así conforme al código de Gabriel. Su presencia en el teatro esa noche era algo acordado, pero no sabía si era algo justificado. No tras dos ocasiones en que aquel lugar provocara más inquietudes de las que despejaba. Debía admitir que no tenía manera de saber si había visto a Vanessa, y en esa incertidumbre solo podía convencerse de que menudear su presencia en el teatro le brindaría la oportunidad.

Sin embargo, en aquel preciso momento, él era el único en la sala que perdía la noche mortificándose acerca de cuál era su deber. Quizá debía hacer caso a los dedos del pianista e intentar relajarse. En otra ocasión no se lo habría planteado, pero la música lo hacía más fácil. No había visto a Vekania pero, nada más ver su uniforme, otro de los empleados le había dirigido a aquella sala y le había pedido que aguardara, así que podía suponer que su presencia seguía siendo algo esperado.

—Es usted afortunado de nuevo.

Aquella voz hizo que Gabriel apresurara en su garganta el trago de brandy que se había llevado a los labios. Se volvió y el rostro de una mujer le supuso un momento de conflicto al no poder familiarizarlo rápidamente.

—¡Ah! Es usted, la... ¿escritora? —dijo terminando de situarla.

—Camille —aclaró esta, alzando su vaso de ginebra a modo de saludo.

—Cierto. Discúlpeme, Camille —asintió Gabriel—. ¿Afortunado? ¿A qué se refiere?

Denotando una obviedad, Camille hizo un gesto indicando la sala en qué se encontraban y la gente que les acompañaba.

—La procesión de secretos —respondió—. Es uno de los escogidos. ¿Me equivoco?

Gabriel contempló la estancia en la que se encontraba y el aspecto de los allí reunidos. Era un espacio mucho más relajado que aquella sala Solsticio a la que le condujeron en la primera ocasión. Aquí, las conversaciones transcurrían a media voz en torno a mesillas de mármol y butacas tapizadas. Las alfombras silenciaban los pasos y nada ni nadie, salvo de vez en cuando el cristal de las copas, rebasaba la autoridad del pianista. Debía de haber unas veinte personas y, una vez Camille se lo hizo notar, compartió la opinión de que todos participaban de una misma espera.

—Creo que no —contestó Gabriel—. ¿Sabe usted de qué se trata?

Bebiendo un trago de su ginebra, Camille negó con la cabeza.

—Me inclinaba a pensar que era usted una asidua de este lugar —señaló Gabriel.

—Lo soy... desde hace un par de años. Desde que me lo recomendó... — reaccionando a la dureza del alcohol, los labios de Camille se contrajeron como doloridos— un amigo. Pero es la primera vez que me escogen para la procesión de secretos.

Camille lo observó. Su mirada tenía un deje de dureza que Gabriel intuía constante y que podía resultar incómodo. Ambos se encontraban a un lado de la sala, cerca de una pared decorada con algunos retratos y óleos. Volviéndose a ellos, Camille parecía buscar algo entre aquellos marcos.

—Acompáñeme —dijo—. Le mostraré algo.

A pesar de la sequedad de la invitación, Gabriel siguió a Camille durante unos cuantos pasos pensativos, en los que ella no dejó de estudiar las fotografías de la pared. Con menos interés, las observó por encima. Supuso que ejercían la función de álbum de recuerdos de aquel teatro y, a juzgar por las fechas o por cómo los grabados a tinta sustituían a los haluros de plata, verdaderamente el lugar se merecía el adjetivo de «viejo».

—Fíjese en esto —dijo Camille deteniéndose—. ¿Qué ve usted?

Camille le indicó una fotografía sin méritos por los que destacar encima de las demás. La fecha sobrescrita la situaba a finales del siglo pasado, y el motivo parecía ser una reunión social en el momento en que algunos invitados felicitaban a los miembros de un cuarteto de cuerda. Gabriel observó la fotografía y la sala en la que se encontraban, sin ver motivos para la atención con que Camille esperaba su respuesta.

—Es esta sala —contestó.

—Sí. Es esta sala —afirmó Camille, acompañando la mirada de Gabriel alrededor de la estancia—. El mismo lugar, el mismo mobiliario..., el mismo espejo. Mírelo, ¿qué ve usted?

Aumentando la sensación de espacio, había un gran espejo dominando una de las paredes. Era una gran pieza, ostentosa, pero algo envejecida, de más de dos metros de alto por unos cuatro de largo. A su lado, Camille lo observaba haciendo casi que sus ojos le cosquillearan sobre la piel hasta que, estudiando la fotografía, vio su rostro enrarecerse.

—¿Lo ha notado? —Camille bajó la voz para disimular que en ella había aparecido algo ansioso—. Es extraño, ¿no cree?

Gabriel enderezó la espalda. Miró un momento a Camille, frunciendo el entrecejo y de nuevo la fotografía. Con desorientación, como si no encontrara palabras con que completar una idea.

—Esa mujer reflejada en el espejo, ¿dónde está? —indicó con el dedo un

punto en la fotografía. Camille se acercó más—. Juzgando por su posición en el espejo, debería estar en algún punto entre este y la cámara, dándonos la espalda. Destacaría enseguida, pero no está. Da igual cuánto mire usted esta fotografía.

Gabriel volvió a estudiar la fotografía. Más concretamente el espejo y a aquella oscura mujer reflejada, esperando encontrar palabras. Salvando la torpe textura fotográfica, podía suponerse que el reflejo correspondía a una mujer joven, de rostro despejado, cabello negro y expresión distante. Parecía ajena al objetivo de la cámara y este la había cogido con la guardia baja, con el rostro vuelto a un lado y la expresión perdida. Su piel parecía una gota blanca ausente entre tanto negro que la envolvía.

—Puede ser un efecto óptico o un trucoje —dijo Gabriel, frotándose un escalofrío en la nuca.

—Cierto. También podría ser algo extraño, ¿no cree? —Camille entregó su vaso vacío a un camarero que se aproximó a ellos y esperó que se alejara para volver a hablar—. Extraño como, de repente, verte hablando con alguien que no está ahí y a quien no puedes ver.

—¿Pretende algo con esta conversación? —le interrumpió Gabriel, algo áspero—. Porque no atino qué puede ser.

Camille confirmó la dureza de la que era capaz su rostro sin que se supiera en qué había variado su expresión. Terminó por sonreír, aunque a modo de concesión, suponiendo, por la arisca reacción del teniente, que ya se había visto a sí mismo luchando con las ideas que le planteaba.

—Fui yo quien le descubrió desmayado la semana pasada. Pero antes le oí hablar con alguien, alguien que no estaba allí cuando le vi en el suelo —dijo Camille sin retirarle la mirada—. Yo creo haberme visto a mí misma en una situación similar, escuchando la voz de alguien que no sé si estaba o no. ¿Tiene usted algún tipo de opinión clínica al respecto?

En el pecho de Gabriel el aire se aflojó lentamente. Por un momento se había sentido como acariciado a contrapelo.

—No sé —dijo Gabriel—. Es extraño.

—¿Verdad? —la voz de Camille se alivió a su manera, como si llevara tiempo buscando a quien contar aquello—. Ahora, si me da algo más de su tiempo... Acompáñeme. ¿Le gusta a usted la pintura?

—A veces.

—Observe este lienzo.

Con unos pocos pasos más, Camille le situó ante un cuadro de tamaño

medio. Desde él, una mujer se mostraba ante ellos entre sugerente y distante. Retratada hasta la altura de la cintura, la mujer descansaba los brazos sobre el respaldo del sillón en el que se encontraba. Sus ropas estaban aflojadas, mostrando el cuello y parte del pecho. Parecía ofrecerse y, al tiempo, desafiar a quien la estuviese mirando a cruzar el último paso que les separaba. Pero había algo aparte de la actitud provocativa de la modelo que la hacía más poderosa que los pinceles que habían intentado retratarla. Algo a partir de lo cual estos habían fracasado dejando el rostro incompleto. Apenas unas pinceladas habían teñido de color piel la superficie hueca, dejando la obra inquietantemente mutilada, y al espectador adjudicando una expresión maliciosa a un terrible vacío.

—Está inacabado —dijo Camille, concluyendo las impresiones del teniente—. El artista sí que era un verdadero asiduo de este teatro, pero murió antes de terminar este lienzo.

—Lo siento —dijo Gabriel—. ¿Era amigo suyo?

Camille miró a Gabriel de soslayo y, aunque no parecía acorde a su carácter, en esta ocasión apartó la mirada cuando se volvió a ella.

—Se llamaba Gerard —respondió lacónica—. Enmarcaron este cuadro y lo colgaron aquí como homenaje. El mismo motivo por el que pusieron esta placa vacía.

Con un gesto pesado, mezcla de lamentación y caricia, Camille deslizó el dedo anular sobre la placa dorada situada en la parte inferior del marco en la que no había grabada palabra alguna.

—Como prueba de que la obra está inacabada —dijo—. El pintor no pudo bautizarla.

—Comprendo.

Con su propio silencio, Gabriel notó que había algunas palabras más que no acababan de llegar. Miró a Camille y, de repente, le pareció inesperadamente abstraída, perdida quizá en algún recuerdo

—¿Este cuadro tiene otro misterio? —preguntó.

El rostro de Camille recuperó su firmeza habitual. Tragó para sus adentros, saliva y algo más, y se encogió de hombros sin desviar los ojos del rostro inacabado del retrato.

—Solo digo que todo esto que no sabemos puede terminar siendo algo peligroso.

En ese momento se detuvo el piano. Un niño, una de las afamadas polillas, hizo su aparición pidiendo la atención de los asistentes y rogándoles que se

dispusieran a seguirlo. Los escogidos comenzaron a ponerse en pie y a agruparse. Antes de unirse a ellos, Gabriel miró a Camille esperando que dijera algo más, pero ella tan solo volvió los ojos a él una vez antes de seguir a la comitiva. Él tardó un momento en hacer lo mismo. Reconocía aquel tipo de mirada, arisca y resignada. La había visto en los soldados antes de que el aire se llenara de plomo y machetes. La había tenido él mismo y no esperaba verla en un lugar así. Siguió al resto de los invitados con el ánimo intranquilo.

El camino que siguieron fue inesperado. Muchos de los reunidos hicieron comentarios emocionados al respecto cuando abandonaron las zonas comunes del teatro y fueron guiados a través de sus «entrañas». Gabriel no acusó la novedad de la misma manera, pero se permitió reconfortar por aquel olor y aquellos corredores medio en penumbra y la familiaridad que le había ofrecido Vekania. Incluso, aunque no llegó al gemido asombrado de algunos, se dejó sorprender por el espacio en que concluyeron el trayecto.

Era como haber cruzado al otro lado del espejo. El mundo era el mismo pero se sentía totalmente distinto. Hasta los pasos allí se dejaban oír de otra manera, con un sonido de madera, cálido y honesto, que buscaba su eco en un silencio imaginativo. Así era como sonaban las tablas del escenario, algo quizá habitual para algunos, pero no para él.

El telón estaba echado y el patio de butacas no podía verse. Aumentando la sensación de deslocalización, sobre las tablas, les esperaba una serie de sillas dispuestas en abanico. La polilla que les había guiado confirmó que podían ir ocupándolas. Contrariando la tendencia general, Gabriel ocupó un lugar en la última fila, a pocos pasos de las bambalinas y distrajo la mirada sobre aquel inesperado espacio.

Entonces, llegó una sensación suave. Olor a talco y canela, alquimia de tocador, caló con calidez sobre sus hombros y se acercó a él con una voz susurrada.

—¿Qué es un secreto? —le dijo al oído—. ¿Aquello que no se puede contar a nadie, o aquello que espera a una persona especial para contárselo?

Aquel aliento en su piel arrancó de Gabriel un escalofrío. Rodeando la silla hasta situarse ante él, Vekania sonrió avergonzada y se inclinó a modo de disculpa.

—Claro que mi padre lo dice mejor que yo —comentó mientras el rubor se consumía en sus mejillas—. Me alegra que haya decidido venir. Le esperaba.

—Bueno, fue lo acordado —mordiéndose el interior de los labios, Gabriel moderó una sonrisa y se frotó en la nuca los rescoldos del escalofrío—. Su



padre, ¿trabaja aquí con usted?

—Oh sí. Mi padre es el Guardián de eventos: se encarga de dirigir ceremonias como esta. Debe de estar a punto de llegar. Lo que me recuerda...

Con un chirrido de ruedas y un trastabillo de frascos, Vekania acercó el carrito en que llevaba los elementos de su particular ciencia. Escogió un pequeño bolso de ante verde oculto entre ellos y, como si debiera ser un secreto para todos los demás, lo resguardó de cualquier mirada.

—Estoy aquí para satisfacer las necesidades metafísicas de los invitados —comentó mientras abría el bolso—. Pero, esperando que viniera, he traído para usted algo especial. ¿Se atreverá a confiar en mí de nuevo, teniente?

—Bueno, tratándose de usted siempre es de temer algún final interesante.

—¡Oh, se burla usted de mí! —dijo ella, fingiéndose herida—. Pero esto no le hará daño.

Vekania extrajo un pequeño frasco de cristal labrado en el que había una espesa sustancia ambarina.

—De donde yo soy crece una rara clase de rododendro —explicó ella abriendo el frasco—. Su polen es terriblemente venenoso, mortal, si alguien decide usarlo así. Solo las abejas pueden procesarlo y convertirlo en esta miel. Entonces se convierte en un poderoso desinhibidor... Abra la boca, Gabriel.

Con esa habilidad femenina (o sencillamente propia) de dejarle sin alternativas, Vekania se inclinó sobre él y Gabriel solo pudo hacer lo que decía. El tapón del frasco disponía de un aplicador y se lo acercó a los labios cuidadosamente.

—Esto le ayudará a decir lo que siente, a señalar lo que quiere... —susurró mientras le untaba los labios—. A tocar lo que desea.

Ganaron distancia de nuevo cuando Vekania se irguió. Gabriel tragó aquella miel, deslizándola sobre la lengua. Tenía un sabor suave.

—Ahora tengo que dedicarme al resto. No se vaya sin despedirse —tirando del carrito, Vekania frunció la mirada, indicándole algo—. Ha perdido usted un botón del uniforme.

Gabriel comprobó que, efectivamente, había perdido el primer botón del cuello de la guerrera, y solo pudo agradecer que fuese alguien como ella quien se lo había hecho notar, en lugar de un superior enamorado de las ordenanzas.

Transcurrieron aún unos minutos en los que Gabriel sintió una sensación de arrullo en la piel, o bajo esta. Una sensación extraña a la que podría haberse entregado indefinidamente y que le obligó a fingir cierta compostura

cuando la aparición de aquel hombre cesó todos los murmullos.

Vestía elegantemente, sin hacer ostentación de nada. Era alto, más delgado que esbelto y toda su complexión dibujaba una silueta firme. Tenía una forma de andar distinguida y resuelta, y con ella se colocó ante el público, entre las dos polillas que parecían definir una entrada ante el telón.

—¡Damas y caballeros, buenas noches! —saludó Domedel—. ¿Qué es un secreto? ¿Aquello que no se puede contar a nadie o aquello que espera a una persona especial para contárselo? Piensen en ello, pero no respondan. Su respuesta definiría la clase de secreto que cada uno de ustedes guarda. Piensen ahora cuánto de nosotros mismos construimos para proteger ese secreto, qué evitamos decir o qué decimos para que no lo descubran, qué comportamiento adoptamos para que no lo adivinen. A menudo, una persona tiene un secreto y toda su vida es una construcción ideada para que nadie pueda llegar hasta él. Imaginen entonces verse libres de ese secreto. Todo ese esfuerzo se estructuraría entonces en torno a un espacio vacío: la oportunidad de convertirnos en alguien diferente, más cercano a lo que desearíamos ser.

Retrocediendo unos pasos, el señor Domedel se acercó al telón y su mano enguantada lo indicó con un gesto solemne y enigmático.

—Este es el principio regente de nuestra procesión de secretos —resumió—. Detrás de este telón les espera un laberinto. Irán entrando en él de uno en uno, según se lo indiquen nuestras polillas.

Como deferencia, el Guardián de eventos señaló a las pequeñas esfinges que custodiaban la entrada. A la izquierda, Gabriel reconoció a Noviembre gracias a ese característico gesto de travesura contenida que definía su expresión.

—Deambularán libremente por su interior y su compromiso será, confesar un secreto a la persona con la que se crucen, quien, a su vez, les corresponderá con un secreto propio. Y esperamos que, al salir de aquí, su espíritu sea un poco menos pesado —concluyó el señor Domedel—. Dicho esto, siéntanse libres al fin para presenciar el principio de la noche.

Hubo un pequeño aplauso, breve y comedido, ya que pronto las polillas fueron indicando a los invitados que se acercaran, haciéndoles cruzar al otro lado del telón. Poco a poco, el escenario fue quedándose vacío.

También Camille había optado por estar algo retirada. Cuando se puso en pie, la mayoría de asientos estaban desocupados y una mirada entre Gabriel y ella pudo trabarse libremente. Y, al poco, le llegó el turno a él.

Le tocó ser el último, y con más pasos hasta el telón que nadie. Vekania le

observó con gesto amable, sin apenas variar su expresión pero trabando cierta proximidad. Sin embargo, el hombre a su lado, Domedel, le clavó una mirada intensa, más de la que se debía a un desconocido.

Las dos polillas abrieron el pesado telón para él. En su papel, Noviembre se mantuvo hierática, pero se royó una sonrisa cómplice cuando pasó a su lado y, esperando que resultase lo suficientemente dramático, cerró la entrada a su espalda, dejándole solo en un universo de susurros y terciopelo.

El señor Domedel mandó llamar a los encargados de recoger el escenario. Las polillas se relajaron conforme a su edad y Vekania apartó la mirada del telón para prestar atención a su carrito. Se aseguró de que todo estuviera en orden e hizo inventario mental de qué debía reponerse, hasta que una sensación no invitada crujió dentro de su mente. Caló con frío e incluso asco antes de convertirse en un arañazo en el interior del cráneo. Todo a partir del momento en que creyó ver agitarse de nuevo los lienzos del telón. Pero, al volverse, vio que los pliegues púrpura del vestido de una mujer le habían confundido.

No la reconocía como uno de los invitados, y difícilmente la habría pasado por alto de ser uno de ellos. Cabello negro, espalda estrecha... Una mujer menuda, quizá una adolescente, le daba la espalda a ella y a todos sobre el escenario mientras clavaba la vista en el telón y las pequeñas manos permanecían a ambos lados del cuerpo en gesto de garra. Con ella había traído un silencio del que Vekania no era la única víctima. También Noviembre se había detenido en seco y la contemplaba con el ceño fruncido, incluso retrocedió alejándose de ella.

—Discúlpeme, ¿se ha perdido? —venciendo una inquietud que consideraba estúpida, Vekania se dirigió a la mujer—. ¿Estaba usted en la lista de invitados?

El escenario crujió, solo unos pasos. Luego, una mano tiró con fuerza de Vekania y la muchacha logró mantenerse en pie al verse sujeta por la alta y delgada figura que acababa de aparecer a su lado.

—¿Padre?! —protestó, intentado mantener el equilibrio.

La mano de Domedel se cerraba con firmeza en su brazo, y las protestas de Vekania callaron al ver la rigidez en su mirada. Clavaba los ojos sobre aquella mujer casi con fiereza, midiendo los pasos con los que terminó de colocarse entre ambas.

Entonces, la mujer del vestido púrpura reaccionó. Algo le hacía sonreír mirando a la nada en el fondo del escenario. Vekania siguió su mirada, pero no

supo comprender lo que vio.

Algunas sillas cayeron como empujadas por una fuerza inesperada, pero no hicieron ningún ruido. Una figura apareció pero no estaba allí. Retazos de piel pálida y tela blancuzca, sin pasos y cruzando el escenario contra aquella mujer.

Luego acabó todo. El vestido púrpura y algo tras él desaparecieron, y el pesado telón se agitó como si tan solo fuera papel.

#### IV

Siluetas que llegaban sobre el sonido de sus pasos y que se alejaban de la misma manera. A eso se había reducido el mundo: una penumbra en que las voces valían más que los rostros. Del hombre que tenía ante sí, Gabriel no habría acertado a distinguir ni uno solo de sus rasgos.

—Me consta haber matado al menos a dos hombres.

Gabriel tragó saliva, forzándose a reconocer que era su voz la dueña de aquellas palabras. Tras escucharlo, el hombre ante él guardó silencio e hizo una inclinación, reanudando luego su camino. Con un claro deje de vergüenza, le había confesado que le era infiel a su esposa con otro hombre, antes de que la réplica de Gabriel le cortara en seco. Sin duda, la oscuridad impedía reconocer su uniforme, que situaba el homicidio dentro de unos márgenes permisibles, y aunque ese era un consuelo hipócrita para alguien que fue doctor antes que soldado, esperaba que aquel hombre sintiera el pecho menos pesado.

Nunca había admitido eso ante nadie y, si podía evitarlo, intentaba no pensar en la guerra. Así que debía reconocer que su cabeza, en aquel momento y lugar, se sentía un tanto extraña.

Paladeando aún algo de aquella miel en su boca comenzó a caminar de nuevo.

Por la leve inclinación del suelo, reconocía encontrarse en la platea del salón de actos, pero había sido transformada. Las butacas se habían retirado y, en su lugar, pesados lienzos de terciopelo encarnado daban forma a los corredores de un auténtico laberinto. Un escenario que cobraba vida de forma inesperada, cuando nuevos caminos se abrían y otros se cerraban, gracias a algún sistema de poleas capaz de reordenar los cortinajes alterando el trazado, dejando a los invitados a merced de un azar inusual en sus vidas.

La oscuridad era lo único constante. La iluminación estaba controlada para que los invitados fuesen siempre anónimos. Se concentraba en las partes altas de los cortinajes y en esporádicos puntos de luz contra el suelo. Todo favoreciendo la intimidad e impidiendo más de dos personas por secreto.

Gabriel caminaba con pasos calmados, abrigado por el terciopelo y la penumbra. En ocasiones escuchaba voces tras los cortinajes, pero nunca más allá de susurros. Luego, pasos ajenos distanciándose entre sí.

Un conjunto de rasgos demasiado bien establecido como para pasar por alto un repentino grito que la oscuridad dejó sin rostro.

## V

Había sido el grito de una mujer.

Demasiado inesperado en medio de aquella trabajada negrura como para poder situarlo en algún punto de la misma, pero fue seguido de algo más pesado y algodónoso, como el de un fardo cayendo a tierra. Un segundo sonido que Camille pudo situar relativamente cerca y a su espalda.

Se dio media vuelta y sus pasos crecieron en cuidado. Ahora, frente a ella, los cortinajes de terciopelo formaban un corredor imposible de medir entre tanta sombra, pero sí pudo ver cómo algo rodaba sobre el suelo y quedaba detenido bajo uno de los círculos de luz.

Se reajustó los anteojos sobre el puente de la nariz, un gesto muletilla al que cedió por nervios. Se aproximó con cuidado hasta confirmar que se trataba del cuerpo de una mujer, y recogiendo las faldas, se inclinó a su lado.

Hasta no asegurarse de que respiraba, no pudo relajar un tanto su propio aliento. Aunque desconfió de la oscuridad antes de intentar hacerse una idea del estado de la caída. Gracias a que había quedado detenida bajo la luz, pudo ver que su rostro estaba totalmente demudado, aunque no mostraba heridas visibles.

—¿Qué es lo que ha ocurrido?

Aquella voz inesperada rechinó en el pecho de Camille como hierro viejo,

el sobresalto le hizo volver una mirada casi ofendida al hombre que acababa de aparecer a su espalda.

—¿Se encuentran bien las dos? —preguntó aquel hombre, aproximándose—. ¿Es esto parte del espectáculo?

—No, no lo es —masculló Camille, apoyándose en una rodilla para incorporarse—. Yo estoy bien pero ella ha sufrido un desmayo.

El invitado se arrodilló cerca de la joven al tiempo que Camille terminaba de ponerse en pie. La escritora miró a su alrededor, desconfiando. Aquel paraje de oscuridad y terciopelo parecía demasiado apartado del mundo.

Se ajustó de nuevo las gafas.

—Se encarga usted, ¿verdad? —dijo Camille.

Aquel invitado solo pudo torcer el cuello, sorprendido de que se alejase.

—Pero... ¿piensa dejarme usted con esto? —protestó.

Camille no se volvió, se acercó a los lienzos que les rodeaban y caminó arrastrando la mano sobre ellos.

—Sé que hay un médico por aquí —contestó—. Intentaré dar con él. Usted no se mueva.

Después de cruzar al otro lado, los tartamudeos de aquel hombre se ahogaron tras los lienzos.

Allí la oscuridad era más huraña y callada. Tuvo que caminar tanteando el contorno de las cortinas con los dedos. Ninguno de esos puntos de luz llegó, aun tras cierto tiempo andando. Lo que sí llegó fue una inesperada y anormal sensación de frío, como si caminara descalza sobre piel muerta.

Sus pasos se debilitaron hasta detenerse.

Sabía dónde estaba, pero su memoria parecía perder la capacidad de ordenarse correctamente, y de repente Camille creyó encontrarse demasiado cerca de su infancia.

Se buscó las manos con los ojos y, al no hallarlas, enredó los dedos entre sí esperando no haberlas perdido. El gesto terminó convertido en una parodia de abrazo con el que intentó sentirse a sí misma. Tras ella deberían estar las huellas con las que había llegado hasta allí, y el mundo al final de ellas, pero la oscuridad se había vuelto casi corrosiva y se sentía a punto de desaparecer en ella.

—Sé qué nombre dio Gerard a su último lienzo.

La voz le había temblado, pero mantuvo la mirada fija en un punto sobre el vacío cuando la oscuridad condensó a su espalda todas las emociones que le provocaba. Algo así como la risa maliciosa de una niña rozó su oreja con un

cosquilleo.

—Yo también.

Aquella voz no tenía aliento. Camille se sacudió asqueada y el instinto hizo el resto. Empujó un cuerpo a su espalda, pero se mostró tan rígido que su propia fuerza le hizo caer al suelo. Allí, la vista le valió de bien poco. Tan solo distinguió dos puntos sobre ella, como ojos de gato, acompañando a aquella risa burlesca. Hasta que algo más vino a cortar aquella oscuridad.

El sonido de dos cuerpos chocando y, luego, todo el montaje de colgaduras tembló. Se escuchó el violento ruido de cables rompiéndose. Solo encogiéndose un instante antes, Camille evitó que le partiera las piernas una polea desprendida que cayó ante ella.

## VI

—¿Y ahora? —asomándose a través del telón, Vekania intentó ver a través de las sombras del laberinto—. ¿Qué ha sido eso?

Aunque la oscuridad era la misma para ambos, situado al pie de las escaleras, Domedel la contemplaba como si supiera qué debía ver. Solo se volvió ante el crujido de los escalones cuando Vekania intentó acercarse.

—No. ¡Quédate donde estás! —dijo, reteniéndola con un gesto—. ¿Traes la luz?

Entorpecida por las hojas del telón, Vekania alzó el candil que llevaba consigo, reguló la luz de la mecha y se lo entregó. Al tomarlo, el Guardián de eventos calibró las intenciones de su hija con una rígida mirada.

—Quédate en el escenario —advirtió—. ¿Están avisados los tramoyistas?

—Noviembre ha ido a avisar a su padre. Pronto habrá luz —respondió Vekania—. Es mejor que la acompañe. Si ha pasado algo, podré ayudar.

—No.

Los pasos del Guardián de eventos le movieron con resolución, como si no necesitara aquel candil para saber a dónde debía dirigirse y comenzó a adentrarse en el laberinto.

—¡Padre! —protestó Vekania a su espalda.

—¡No!

Aquel monosílabo tajante fue todo lo que Domedel dejó tras de sí al perderse entre los cortinajes y comenzar un apresurado camino a través del laberinto, procurando no alarmar a los invitados con quienes se cruzó. Estos

parecían sospechar que algo había roto el programa y la presencia del Guardián de eventos solo lo confirmaba. Con modos corteses pero sin entretenerse, les dio instrucciones de esperar a que se encendieran las luces y continuó caminando hasta dar con lo que buscaba.

Lienzos enteros habían sido desprendidos y cubrían el suelo. Incluso los gruesos cables de los aparejos habían sido cortados de cuajo y se desperdigaban entorpecidiéndole su avance, hasta que no tuvo más remedio que detenerse. Entonces notó que algo se removía entre el amasijo de telas y se detuvo en seco con el candil en alto.

Ante él, como vomitada de un útero color sangre, rasgando terciopelo, emergió una criatura, hirientemente pálida contra la aceitosa luz. Blanca en la piel y en el vestido. Sus ojos, tras los desgredados mechones castaños, llevaban más sombras que aquel lugar en el que se encontraban. El Guardián de eventos habría jurado que una uña mellada le recorría la columna al verse observado por ellos.

—¡Tú! —le increpó Domedel—. ¡Conocéis las normas de mi casa!

Por un momento, la rabia se debilitó en la expresión de aquella mujer. Su actitud se volvió vacilante y sus dedos temblaron como los de una niña a punto de ser reprendida, pero, cuando movió los labios al hablar, su garganta no produjo ningún sonido, provocando en el Guardián de eventos un asco incontrolable.

—¡No podéis estar aquí!

Entre la impotencia y las lágrimas, quizá cercana al odio, la expresión de la mujer se desfiguró antes de hacer un aspaviento frustrado hacia él. Luego se inclinó rampante, usando extraños sentidos para escudriñar algo en la oscuridad y desapareció, arrojándose violentamente en su busca.

—¡No podéis estar aquí!

Pero las maldiciones del Guardián de eventos solo hallaron terciopelo indiferente.

## VII

La oscuridad ya no era suficiente para no darse cuenta de que estaba ocurriendo algo inesperado.

Gabriel había aprendido a distinguir la naturaleza de un grito: desde la simple sorpresa o una maldición hasta el dolor. Y el que había quebrado las



sombras hacía unos momentos no le era habitual; parecía el fruto de una reacción horrorizada. Y lo que sucedido después, el alboroto de algo cayendo, solamente daba más peso al temor de que hubiera ocurrido algún accidente.

Quizá la idea aún era vaga en su mente, pero su costumbre e instintos tuvieron suficiente y la prisa en sus pasos comenzó a crecer. Dejó de vagar e intentó situar el lugar al que debía llegar. Pero no tenía indicios suficientes y la oscuridad tatuada en sus ojos tendía a llenarse de las imágenes más indeseables: uniformes ensangrentados, piel desesperanzada sobre sábanas blancas, una novia en el suelo cada vez más quieta, pies descalzos caminando sobre charcos...

Solo en el último momento contuvo una maldición cuando se vio en un nuevo atolladero de terciopelo.

Se llevó las manos a la frente y controló su respiración.

Aquello no era la guerra, no era el hospital, no era el mundo deshaciéndose entre sus manos. Únicamente era oscuridad caprichosa confundiendo su sentido del tiempo.

De hecho, ahora todo estaba tranquilo y en silencio. Gabriel, recordando las palabras del Guardián de eventos, se preguntó cuál era su secreto, qué confesión podría darle a una oscuridad como aquella.

Un poco más de silencio, por fuera y por dentro, y las siguientes palabras serían totalmente sinceras.

—Te echo de menos.

El sonido de su voz le devolvió a un punto concreto de la realidad. Dejando que frotasen su cara, bajó las manos asumiendo una sensación de vergüenza. Tras la inexplicable urgencia de hacía unos instantes, ahora se notaba capaz de quedarse allí agradeciendo la oscuridad indefinidamente. Y quizá el mundo habría tardado en volver a existir para él de no ser por la repentina e inusual sensación de frío a su espalda.

Lo que fuese caló con una impresión húmeda en sus costados y se deslizó hasta su pecho, donde vio unas manos blanquísimas ciñéndolo con fuerza. Tenía el pulso del corazón en los oídos. Aun así escuchó un roce de tela arrastrada sobre su espalda.

—Estoy muerta.

Gabriel guardó silencio. Los ojos le escocieron por no parpadear.

—¿Vanessa?

Los dedos sobre su pecho reaccionaron haciendo crujir su uniforme. La presión de un cuerpo contra el suyo se hizo más evidente pero, al tratar de

volverse, desapareció repentinamente. Se giró sobre sus botas y aquella sensación de proximidad terminó por desmoronarse como papel quemado.

—¿Vanessa? —preguntó de nuevo.

Deambuló unos pocos pasos, pero el vacío continuó repitiéndose hasta que un nuevo rumor cercano le hizo volverse otra vez. Al hacerlo, el familiar nombre se quebró en su garganta cuando la figura se aproximó.

—Ah... ¡Es usted!

—Sí, creo que lo soy.

Verdaderamente, solo por la voz terminó de reconocer a Camille. Aquel juego de sombras chinescas provocaba una incómoda impresión de desnudez frente a la actitud ajena. Aunque la sensación debía de ser mutua, por el modo de hablar de la escritora, extrañado y espaciando las palabras.

—Me pareció oírle... —dijo Camille antes de otear a su alrededor—, pero está usted solo.

—Así es.

De nuevo esa sensación de ser observado.

—El juego ha acabado —terminó por decir—. Ha habido un accidente. Seguro que podrá usted ayudar.

—¿Algo grave? —preguntó Gabriel.

—No lo parece —ayudándose de las manos, Camille reencontró la abertura entre los cortinajes a través de la que había llegado—. Pero su opinión valdrá más que la mía.

Por un instante, Gabriel se mordió los labios con cierta irritación al comprobar que, salvo por Camille y él, las sombras continuaban vacías. Cedió al impulso y cruzó al otro lado de las colgaduras guiado por la escritora.

—¡Lléveme allí!

Los pasos de ambos se alejaron y pronto dejaron de oírse. Vanessa observó cómo el pesado terciopelo tardaba poco en volver a quedarse quieto.

Sus pies descalzos no hicieron ruido alguno, y con unas pocas pisadas le llevaron a detenerse en el lugar que Gabriel había ocupado hacía unos instantes. Mantuvo la mirada en el suelo, preguntándose si estaba sobre sus mismas huellas.

—Has sabido ser más rápida que yo...

Vanessa mantuvo la cabeza gacha mientras apretaba los dientes, retrasando el momento de enfrentarse a la dueña de aquella risa sardónica. Cuando lo hizo, a pesar de la furia retenida en sus ojos grises, solo consiguió que Patricia riera abiertamente.

Parecía una especie de muñeca demente, riendo al tiempo que se sujetaba de las cortinas. La excitación le ennegrecía los ojos. Estiraba el cuello y mecía la cabeza como inventando una marea que acompasara las emociones que hacía un momento habían existido en ese corredor de tela. Parodiándolas, se envolvió a sí misma entre las colgaduras, imitando el abrazo de Vanessa sobre Gabriel.

—¿Ahora que le has tocado, cómo evitarás volver a él una y otra vez? —preguntó Patricia sin dejar de reír.

Progresivamente, la luz fue regresando, deshaciendo las sombras e iluminando un corredor vacío.

## VIII

Hubo algunos murmullos asombrados cuando los invitados vieron regresar al Guardián de eventos junto a un hombre uniformado que cargaba en brazos el cuerpo de una mujer. Domedel invitó a la calma con un gesto mientras sujetaba el telón, permitiendo que Camille accediese al escenario. Su soltura para manejar aquellas situaciones quedó demostrada con las pocas palabras que precisó para explicar lo ocurrido.

—Al parecer unos zascandiles, ajenos a esta casa, se las han arreglado para colarse y causar algunos destrozos —explicó el Guardián de eventos—. Pero no se inquieten, nuestro amigo es médico.

Pidió algo de espacio para que Gabriel depositara a la mujer en el suelo y cortó en el aire el gesto con el que pretendió llamar a su hija. Vekania ya estaba ayudando al soldado a acomodar a la desafortunada invitada.

—No es nada, tan solo un desmayo —la tranquilizó Gabriel—. ¿Tiene usted sus sales a mano?

La envenenadora le entregó el pequeño frasco que llevaba consigo. Al hacerlo, notó el temblor en los dedos del teniente, Gabriel intentó disimularlo con una media sonrisa, y se concentró en la mujer tendida ante él.

Las sales cumplieron su efecto, pero la mujer reaccionó de un modo inesperado: intentó erguirse bruscamente antes de situarse. Miró con notable espanto los rostros de Gabriel y Vekania cuando ambos la sujetaron y lanzó miradas inquietas a su alrededor.

—Tranquilícese. Está a salvo —la sosegó Gabriel—. Solo ha sido un desvanecimiento.

La mujer se serenó, aceptando que Vekania la sostuviera.

—Había un rostro... tan pálido —masculló, rozándose las mejillas con los dedos—. Sus ojos... aparecieron de la nada...

La mujer miró a su alrededor, desconfiada.

—Está bien —el señor Domedel se adelantó unos pasos, y se dirigió a la mujer—. El doctor no le encuentra nada. Habrá sido una mala pasada de la oscuridad. Sentimos lo ocurrido. Si está de humor, el teatro le invitará a una copa.

La mujer no dijo nada, pero se dejó guiar por un par de encargadas cuando Domedel les indicó que se ocuparan de ella.

—¡Una invitación extensible a todos los presentes! —anunció el Guardián de eventos, terminando así de relajar a la audiencia.

Algunas miradas aún pesaron un rato cuando los invitados comenzaron a abandonar el escenario. Como la de Camille, que chocó con la de Gabriel, cargada de un matiz inconforme. Desde que habían abandonado el laberinto, la escritora había mantenido cierta distancia, observando tras sus anteojos y sus brazos cruzados

—Terminaré otra noche con disculpas al parecer —comentó la envenenadora a Gabriel, acompañándose de un suspiro—. ¿Y usted, se encuentra bien? También parece algo pálido.

—Por mí no debe hacerse reproches —dijo correspondiendo a aquella preocupación con una sonrisa—. Yo estoy bien. Solo vagaba por esa oscuridad cuando escuché el alboroto.

Aunque permisiva, la mirada de Vekania se mostró poco convencida.

—Está bien —se conformó—. Pero esta vez aceptará usted esa copa. No me hará el desprecio...

Gabriel se ofreció a seguirla. La normalidad no había tardado en regresar al teatro y, cuando llegaron a la sala Solsticio, se respiraba un ambiente apacible mecido por las cuerdas de un contrabajo.

La oscuridad es como el frío y el miedo. Tras padecerlos, se agradece cualquier otra cosa. El tono ocre de la luz, el color cálido de la madera, los brillos sobre el mármol y los cristales... todo abrigaba tras haber vivido con los ojos ciegos.

Supo contener la necesidad de mirar por encima del hombro, siguió los pasos de la envenenadora, quien le condujo a un rincón de la barra al tiempo que ella pasaba al otro lado.

Indicándole al camarero que ella se hacía cargo, Vekania acarició las

botellas de licor hasta que, con familiaridad, tintineó las uñas en una de ellas.

—Le daré a probar un licor de mi tierra —dijo, sirviéndole una copa—. Un *amaretto*. Verá cómo le gusta.

Gabriel aceptó la copa y, tras dejar que la luz arrancara algunos destellos del licor avellanado, dio un par de sorbos.

—¿Su tierra? ¿Cara... Metzina? —Gabriel arrugó el ceño y se arriesgó a sonreír, excusando su torpeza—. ¿Es usted italiana?

Con un murmullo, Vekania asintió complacida.

—De la Lombardía.

—Es curioso. No le noto acento.

—Cuando llegué a Barcelona, solo era algo mayor que Noviembre... —frunciendo el ceño, Vekania hizo memoria para no equivocarse—. Sí, más o menos. Llevo aquí bastante tiempo. Mi madre era una persona de talento, talento que me transmitió a mí.

—¿Se refiere a sus venenos? —apuntó Gabriel con algo de complicidad.

—Así es: ese es mi arte —resumiendo su naturaleza, Vekania hizo una pequeña reverencia—. Mi padre siempre ha buscado gente de talento a lo largo y ancho del mundo. Conocía a mi madre. Cuando ella cayó enferma, me acogió bajo su cuidado.

—¿Bajo su cuidado?

Como si lo hubiera esperado, Vekania reconoció al momento un enrarecimiento en la expresión de Gabriel. Le miró a los ojos y le sonrió arteramente.

—Yo soy adoptada —dijo Vekania—. Puede decirlo. Aquí no es un problema y para mí no lo ha sido nunca. Estoy orgullosa de mi madre y de que mi padre creyera que lo que me enseñó me valdría un lugar en el teatro.

Por un momento, las palabras de Vekania fueron para Gabriel algo así como pasos familiares en su memoria y se vio recorriéndolos en un ensimismamiento.

—¿Qué es lo que he dicho? —preguntó Vekania.

De nuevo en el tiempo, Gabriel levantó la mirada de la copa y parpadeó, borrando de sus ojos un vaho abstraído. Vekania le contemplaba con una suave sonrisa y le obligó a erguir la espalda sobre la silla. No parecía que la envenenadora mintiese al decir que su función allí era desentrañar a la gente.

—Solo estaba recordando algo.

Cruzando los brazos sobre la barra de mármol, Vekania se apoyó sobre el codo y descansó la barbilla sobre una mano.

—La persona que está usted buscando... ¿de quién se trata?

Gabriel se lamentó de ser tan obvio pero, al retirar el cristal de sus labios, estos se movieron casi por sí solos.

—Pues... Era mi hermana de leche. Creo que se usa esa expresión. Mi madre tuvo problemas tras el parto y la madre de Vanessa nos amamantó a ambos... —la voz de Gabriel divagó hasta detenerse bruscamente— Discúlpeme. Se llama Vanessa... la persona por la que me ha preguntado.

—Lo sé, lo recuerdo.

—Claro, cierto —Gabriel asumió que ya debería haberla mencionado ante Vekania en alguna ocasión—. El caso es que, escuchándola a usted hablar de su madre, no he podido evitar recordarlo. Le reitero mis disculpas si le ha parecido que no le estaba escuchando.

Vekania arrugó la sonrisa de sus labios, divertida.

—Descuide —dijo la envenenadora—. No es culpa suya.

Gabriel receló ante la expresión de Vekania, inseguro de cómo interpretarla.

—Un momento... Esa miel suya... ¿me está diciendo que de verdad funciona?

Esta vez Vekania sonrió sin disimulo y, por un momento, sus ojos fueron tan solo un brillo ambarino tras sus pestañas.

—Gente de talento, ¿recuerda? —le advirtió—. Por ejemplo, yo le haré una pregunta. Escúchese a sí mismo mientras me contesta y decida si está o no bajo el efecto de una droga.

Gabriel fingió recelo enarcando una ceja, pero pronto accedió con un murmullo. Vekania se inclinó aún más subrayando el improvisado desafío, con sus rostros lo suficiente cerca como para que sus palabras les perteneciesen solo a ellos.

—¿Por qué es tan importante para usted encontrarla?

Formas corteses a lo sumo, el clásico urbanismo estéril, las palabras justas y necesarias para seguir a solas con las verdades que tan solo él estaba obligado a manejar... Eso es lo que habría cabido en él normalmente. Pero ya estaba hablando.

—Hace ya tiempo que empecé a vivir sin diferenciar un día del otro. No sé si recuerdo los motivos por los que elegí vivir la vida que llevo ni si tendrían sentido ahora. Dejo que todo funcione mecánicamente y, si alguna vez me veo haciendo más preguntas de la cuenta o echando algo de menos... Trabajo en un hospital y dispongo de toda la morfina que quiera —Gabriel

contuvo la respiración un momento para forzar una pausa y miró a los ojos de la envenenadora—. Me hirieron. En la guerra... No sé si se lo dije...

—Algo le oí decir.

La mirada de Vekania le recordaba al terciopelo del laberinto, suave y al tiempo firme, pero mucho más cálida. Comprendió que aún le correspondía seguir hablando y aflojó el pecho.

—Cuando eres pequeño, crees que la vida es el contexto para que algún día pase algo extraordinario —continuó Gabriel—, pero vas creciendo y llega el momento en que te das cuenta de que no es así, de que solo hay... indiferencia.

Su mirada se abstraigo rebuscando en su memoria las imágenes que recreasen aquellas palabras.

—Vekania... —dijo aún con la mirada perdida—. ¿Alguna vez ha visto morir a alguien?

—No —contestó alargando un tanto aquella sílaba.

—Yo sí —afirmó Gabriel con un deje fatigado—. Varias veces.

Gabriel frunció el ceño, alzó una mano e hizo un movimiento pesado como señalándose los ojos.

—Puedes verlo en sus ojos, cuando comprenden que Dios no va a darles más segundas oportunidades. Entonces algo comienza a apagarse, sin tiempo para que nadie les diga qué hubo de bueno o malo en cómo vivieron sus vidas. Hace poco volví a verlo, donde no había esperado, y entonces creí comprender algo.

—¿Qué fue? —preguntó Vekania.

—Pensé que valía la pena no conformarse e intentar recuperar algo del pasado. Algo bueno.

Mostrando conformidad a medias, Vekania asintió al tiempo que volvía a erguirse.

—¿Qué? —preguntó Gabriel, presintiendo algo enigmático en la media sonrisa de la envenenadora.

—¡Oh, nada! —contestó ella fingiendo petulancia—. Esperaba a ver cuánto de usted se podía salvar.

Gabriel carraspeó avergonzado de dejar que le arrancaran una sonrisa.

—¡Vaya! ¿Y cuál es el pronóstico?

Vekania frunció el ceño y asintió como lo haría un catedrático.

—Oh. Hay motivos para la esperanza... —contestó, permitiéndose cierta distensión antes de adoptar una actitud algo más seria—. Le he escuchado

decir cosas que podría comprender pero que no podría permitirme compartir.

—¿No podría permitirse?

Como si hubiese anticipado el extrañamiento del teniente, Vekania hizo un suave ademán pidiéndole algo de tiempo mientras buscaba el modo de explicarse.

—Se trata del credo... el credo del teatro —Vekania hizo otra pequeña pausa—. Verá, yo no podría curar una enfermedad, levantar un edificio, construir una máquina capaz de cambiar el mundo... Ni siquiera podría impedir que la gente se hiciera daño entre sí. Y podría preguntarme para qué sirvo... ¿Para qué sirve la gente como yo?

Una pregunta que, de seguro, la envenenadora se había hecho varias veces, y ahora, haciendo una pausa, pareció recordar cómo fue el camino hasta la respuesta.

—La gente vive, trabaja, sobrevive y vuelta a empezar. Y, como ha dicho usted, pierde la esperanza de que un día algo increíble suceda en sus vidas —prosiguió—. Pero, si somos sinceros, nunca dejamos de esperarlo. Vivimos esperando un comentario gracioso en el trabajo, vino sirviéndose en nuestra copa, oír nuestro nombre en la calle, o reconocer al otro lado de una habitación abarrotada la mirada de alguien que parece dispuesto a amarnos. Vivimos esperando el pequeño instante en que la magia irrumpe en nuestras vidas...

Vekania se acercó a él. Su mirada zozobró entre el desafío y la caricia, pero buscó la suya como nadie lo había hecho en mucho tiempo.

—Usted no lo ve, pero en este lugar la realidad se ha roto —aunque el susurro fue suave, las palabras no admitían dobleces y se mostraron tajantes—. Nosotros somos los encargados de provocar ese momento.

El espacio se había acortado entre ambos. Vekania tenía un aroma característico. Si él perdiera la vista, quedaría una persona en el mundo a la que seguiría reconociendo de inmediato.

—Existimos para construir el instante en el que descubres a alguien capaz de hacer algo increíble, en el que empieza la música y lo notas... —un gesto inconsciente llevó a Vekania a mostrarle la palma de las manos, como si hubiera algo en ellas— Fe. Inyectada en vena, diciéndote que aún puedes aguantar un poco más, que tienes un sentido. Que tú me miras y yo te veo, y que llegar hasta aquí ha valido la pena.

Vekania se rodeó con los brazos, con los ojos cerrados, y comenzó a mecerse al escuchar aquella música de la que hablaba.



—Que, como usted ha dicho, vale la pena —concluyó, abriendo los ojos directamente sobre los de Gabriel, segura de su ubicación.

—Gente de talento... ¿no?

Algo en la expresión del teniente divirtió a Vekania. Tuvo que moderar su risa tras una mano, tragándola entre labios antes de que fuera a más.

—A su servicio —subrayó—. Pero aún debo decirle algo más, algo sobre el código del teatro.

—Me encantará oírlo...

Resignado a sorprenderse, Gabriel se acomodó de brazos sobre la barra. Vekania hizo lo mismo y quedaron frente a frente.

—Gente de talento... —Vekania retuvo las palabras un momento, como si la expresión necesitara de matices—. O gente consciente de su talento, pues parte del credo es creer que, dentro y fuera de estas paredes, no hay gente que no lo tenga; es decir, no hay gente vulgar. Según mi padre, este lugar es un acueducto del destino. Aquí, las cosas que deben ocurrir ocurren, y los personajes que deben representarlas encuentran su camino. La arbitrariedad no tiene lugar aquí. Todo se mueve según un sentido. Cuando llegas al Viejo Teatro de la noche, el gran narrador toma consciencia de ti.

Con un gracioso mohín, Vekania miró a Gabriel terminando de regalarle sus palabras.

—Espero que haya aprendido algo —le advirtió la envenenadora.

—Cuando mi cabeza se asiente —apuntó él—. Aunque creo de firme que yo estoy en el lado de los que deben dejarse sorprender: el público. Siempre esperando que empiece la música.

Vekania lo observó con atención, pero se obligó a apartar los ojos un momento y mirar a lo lejos. A la entrada del salón Noviembre le hacía señas, recordándole algo.

—Y la música tendrá su momento —aseguró Vekania, forzando un tono sufrido—. Hasta entonces, debo despedirme de usted nuevamente. Llevo un rato descuidando mis quehaceres.

Gabriel se puso en pie cuando Vekania pasó al otro lado de la barra.

—Discúlpeme si ha sido por mi culpa.

Vekania se detuvo y sonrió de un modo enigmático.

—Oh. Y por su culpa ha sido... —añadió—. Pero, si me ha escuchado, recordará que no he dicho que no tengamos elección.

La envenenadora sonrió al reconocer en la expresión del teniente que esas palabras habían logrado desorientarlo.

—Me gustaría volver a verle, Gabriel —se despidió—. Espero que, cuando haya pasado todo lo que ahora le preocupa, vuelva al teatro por sí mismo. Solo... para disfrutar de la música.

Ambos se despidieron entonces. Gabriel y los últimos sorbos de su copa permanecieron en la barra y Vekania se dirigió a la entrada del salón, donde se encontró con la prevista malicia sonriente de Noviembre.

—Me han enviado a buscarte —dijo la niña, caminando tras ella cuando la envenenadora fingió ignorarla—. Te esperan en el Claustro de Seda... Aunque ya les dije que estabas atendiendo a una visita.

La insinuación detuvo a Vekania mientras subía las escaleras. Se volvió con un dedo en alto, señalando a la niña los límites que el buen tono no debía cruzar, pero solo consiguió que la polilla riera por lo bajo.

—¡Déjalo ya, polilla! —Vekania enfatizó el cargo—. Aún esperarán un poco. ¿Has visto a mi padre?

La sonrisa de Noviembre se difuminó y pareció de nuevo una niña corriente.

—Le vi dirigirse al aula —contestó.

Recordando que la niña estaba con ella, Vekania intentó no mostrar inquietud.

—Sube y diles que ahora voy —le dijo—. Tengo que hablar un momento con él.

En cuanto la hizo marchar, ella se dirigió al aula y, nada más asomarse ante el quicio de la puerta, la escena que había temido en su imaginación se calcó al detalle en la realidad.

El Guardián de eventos estaba al pie del hemicírculo de pupitres. Su figura, umbría y rígida, clavada ante la puerta de *Otranzza*, guardando cada uno su propio silencio. El de él, tenso y desafiante, mordido, como si se expusiera a un vértigo recalcitrante. El de la puerta, presuntuoso e indiferente, el propio de algo como la madera, capaz de despistar la vida entera de un hombre entre crujido y crujido.

Vekania lamentó la imagen y, sin saber qué le llevó a hacerlo así, se adentró en la sala vacía, procurando que sus pasos no hiciesen ruido.

—¿Alguna vez te la has encontrado abierta? —el cuerpo de Vekania dio un respingo y la envenenadora necesitó un instante para recordar cómo debía respirar.

—Nunca —respondió—. Esa puerta solo puede abrirse desde nuestro lado.

Vekania tomó a su padre del brazo e hizo que se diera la vuelta.

—Vamos. Sabe usted que no me gusta verle aquí —le dijo, logrando que se alejara unos pasos de la puerta—. He venido para hablarle de lo que ha ocurrido esta noche.

Domedel había aceptado que le condujeran fuera del aula, pero él mismo notó la reticencia de sus labios a abrirse.

—¿Quién era esa chica? —preguntó ella.

El Guardián de eventos se detuvo con la mirada perdida, como si sus pensamientos hubieran llegado a una encrucijada. Miró a su alrededor con el ceño fruncido, como si buscara a alguien en aquel corredor.

—No es nada de lo que tengas que preocuparte —contestó, acariciando la mano que su hija retenía en su antebrazo—. Tan solo algo que pretendo solucionar ahora mismo.

Vekania trató de decir algo, pero su réplica se frustró cuando su padre le besó en la frente y comenzó a alejarse de ella. Lo vio marchar con decisión. Se detuvo solamente para tomar una de las rosas blancas de uno de los jarrones a la entrada del corredor. Acto seguido, desapareció,

## IX

De nuevo llegaba aquella hora. La luz se había retirado y el ganado humano a su alrededor se estaba volviendo diferente. Había que regresar a casa.

Guillem comenzó a recoger las latas de betún y los cepillos, hasta que un botín femenino se posó sin ruido sobre el pedal del cajón. Una sombra con una máscara blanca.

—Una última cliente —señaló Mara, abreviando la perplejidad en los ojos del niño.

—¿Por qué nunca haces ruido? —protestó Guillem, volviendo a dejar sus utensilios en el suelo.

—¿Yo hago eso?

Guillem levantó la vista hacia ella, medio ofendiendo el gesto, aunque no encontró en su rostro la expresión de sorna que esperaba. Solo lo miraba, con una leve mancha de sueño en los ojos y sin parpadear. El niño chasqueó los labios, aplicó el betún y comenzó a trabajar.

Mara se acomodó en el respaldo y contempló a aquella criatura ovillada a

sus pies. Algo tan pequeño debía de ser inconsciente de lo grande que era todo lo demás para evitar morir aterrorizado. La idea se volvió incómoda para ella y miró a su alrededor, intentando contrastar las proporciones del niño con las del mundo.

La Rambla con sus luces y grandes edificios, cada uno escondiendo multitud de existencias tras los ojos sin vida de las ventanas. La gente caminando por la calle, y la noche en todas partes.

Mara cerró los párpados un momento y lo fue alargando, intentando que la oscuridad volviera a matar todos sus sentidos, hasta que algo en su interior rechinó con miedo y abrió los ojos, como despertando de un mal sueño.

El niño seguía ahí.

Mara se inclinó y, tocando el pelo del niño con curiosidad, le despejó la frente.

—Me gusta tu pelo.

—¿Qué tiene? —Guillem miró a Mara extrañado—. Es negro, como el tuyo.

—Sí.

Guillem terminó de cepillar los botines hasta lograr arrancar algún brillo de aquel descuidado cuero. En cuanto terminó, la pálida mano de la mujer le acercó un billete. El niño reparó con aprensión cómo traslucían las venas azuladas en aquella piel, parecían trazos de tinta recubiertos por una fina capa de cera.

—¿Es suficiente? —preguntó Mara.

El billete estaba arrugado, como si lo hubieran llevado en un puño. Al desplegarlo, la impresión se hizo eco en el rostro de Guillem.

—¡Veinticinco pesetas! —exclamó—. No tengo tanto cambio.

—¿Cambio? —Mara torció el rostro a un lado.

—Cambio, no tengo cambio —insistió Guillem, sosteniendo el billete como si quemara.

Mara se puso en pie, retiró los bajos de la falda, juntó los pies y contempló los botines, esperando verse distinta. Se quedó así un rato, callada e inmóvil. Mirándola, Guillem notó algo extraño en sus ojos, como si parpadeara una vez por cada cinco que él lo hacía.

—Quédatelo —dijo Mara cuando volvió a moverse.

—¿Sí?

Guillem no recibió ninguna respuesta. Ella volvía a mirarlo de esa manera tan rara: sin ningún titubeo en la mirada, como si leyera en él lo que ni él sabía

de sí mismo. Terminó de recogerlo todo en su cajón y, cuando lo cargó del hombro, ella todavía le miraba del mismo modo.

—¿Por qué no quieres ir a casa, Guillem? —preguntó Mara.

Aun con la diferencia de altura, el niño reunió orgullo para arrugar los labios y forzar un aspecto enfadado.

—¿Y tú por qué sabes siempre tantas cosas? —replicó sarcástico.

No pareció que Mara considerase alguna respuesta. Solo comenzó a caminar y Guillem le siguió al poco. Andar junto a ella se hacía difícil, por algo que no sabía concretar. Mientras él debía enredarse entre la gente, aquella mujer caminaba entre esta sin tocar nunca a nadie, esquivando a las personas como una gota de niebla pero sin alterar el ritmo de sus pasos. Aun así, al parecer, desde hacía algunas noches, Mara había aprendido a adaptar su ritmo al del niño, evitando dejarlo atrás.

Abandonaron la Rambla, torciendo hacia las viejas calles. Al poco, Guillem se extrañó de aventajarla y se detuvo. Estaba detenida a la entrada de una bocacalle, mirándolo como si esperase algo. Quizá incluso extrañada, aunque la cara de aquella mujer era difícil de entender.

—¿Y tu tienda? —preguntó Mara, señalando la calle que el niño había ignorado—. *El ingenio*<sup>[71]</sup>.

El niño se encogió de hombros.

—Es tarde —contestó—. Hoy ya no puedo.

Mara volvió la vista en la dirección que había señalado al niño. Se quedó callada, moviendo tenuemente los labios, meditando algo.

—Para mí las noches nunca acaban —dijo—. ¿Por qué no hacer con la noche lo que quieras?

Volvió a mirar al niño y le sonrió con ese aspecto ausente.

—Y esto es importante para ti. No te gusta regresar a casa. Quieres que haya algo bueno entre todo lo que es malo. Por eso te gusta esa tienda.

Allí, los deseos del niño se quedaron sin excusas y, adelantándose, recuperó sus pasos a través de un camino familiar. La calle era estrecha y serpenteaba de forma irregular. Desde el principio no podía verse dónde acababa, pero Guillem apuró el trayecto hasta plantarse en la entrada de *El ingenio*.

—Está cerrada —anunció Guillem, aferrándose a las rejas.

Que estuviera cerrado o no era lo de menos: lo importante era que pudiera verse el escaparate. Mara lo sabía y se colocó al lado del niño, observándolo con atención.

Los ojos de Guillem seguían un itinerario errático: sobre los juguetes, las máscaras, los extraños rostros de los muñecos... Pero siempre empezaban y acababan en el mismo lugar: la locomotora. Tantas veces reflejada en sus ojos que la callada fe del limpiabotas le llevaba a creer que se reconocían mutuamente.

Mara lo observaba.

Se acercó al niño y se aferró a la verja del mismo modo que lo hacía él.

—Vosotros sois así —murmuró—. Siempre rodeados de muerte, pero tenéis vuestros objetos, vuestras palabras, vuestro amor y vuestra música.

Guillem arrugó la nariz y la observó enrarecido.

—Eres muy rara —sentenció, lijando la voz contra la garganta—. ¿Se te ha muerto alguien?

Mara volvió el rostro hacia Guillem.

—Como has dicho lo de la muerte y siempre vistes de negro... —puntualizó el niño, haciendo una pedorreta con los labios.

Mara se situó en el centro de la calle y se contempló a sí misma.

—¿Te resulta extraño? —preguntó.

—No sé. A lo mejor puedes ir de negro si quieres —respondió Guillem con un encogimiento de hombros—. A mí se me murió mi padre.

—Y no te gusta tu padrastro —añadió Mara.

Cansado de la habilidad de aquella mujer para saber «cosas», Guillem echó a andar.

—Yo no le gusto a él —aclaró—. Pero, como el taller de zapatos es suyo, hay que hacer todo lo que él diga.

Mara caminó a su lado, percibiendo el matiz de rabia y miedo que desequilibró la voz del niño.

—Y mi madre le da la razón en todo. Dice que tenemos suerte —continuó Guillem—. No sé qué vio en él, porque es hartito de feo. Y mi hermana piensa como yo, pero no lo dice, claro. Como a ella le gusta uno de sus hijos...

—Pero te gusta tu trabajo —señaló Mara—. Te gusta poder irte de casa.

—Para que no me manden tanto —aclaró Guillem con un aspaviento—. Pero siempre encuentra algo que he hecho mal: que si las latas están mal cerradas, que si no me ha rendido el día...

Llegaban ya al barrio de la Barceloneta, cerca de donde la familia del niño tenía el taller. Al reconocer la esquina en que él prefería despedirse, Mara se detuvo.

Guillem suspiró forzando el asco y así ocultar el miedo de regresar. Si se

asomaba por la esquina distinguiría la luz del taller. Aún quedaban unos pocos pasos hasta llegar, sin embargo, aquella mujer seguía a su lado, medio tragada por la sombra, observándole con una intensidad en sus ojos que la oscuridad no podía anular.

—No lo sabes, pero no tienes por qué volver —dijo.

La voz de aquella mujer nunca se mezclaba con nada. Podía llenarse la calle de carruajes, automóviles o borrachos, que su voz no perdía nunca su propio espacio. Siempre tan discreta como reconocible. Al oírle decir aquello, Guillem sintió, más que nunca, un hilo helado cosiéndose sobre su esternón.

—Sí. ¿Y qué hago? —Guillem intentó actuar como si hubiera escuchado una tontería, pero la expresión de Mara no daba sostén a esta idea.

—Puedes hacer lo que quieras —contestó Mara—. PUEDES HACER LO QUE QUIERAS, pero vosotros nunca lo veis.

Mirando aquella cara tan pálida, Guillem sintió lo que era quedarse sin palabras. Se descubrió sintiendo vergüenza, temiendo ser más pequeño que sus ideas y verse como un cobarde.

Pasado un rato, el niño sonrió.

—¿Y qué hago? —preguntó resoplando—. ¿Me muero de hambre?

Mara observó a Guillem, con aquella forma de silencio tan particular de ella, hasta que acarició el cabello del niño.

—Es cierto —respondió—. Debes irte ya.

—Sí —dijo Guillem, reuniendo humor para aceptar lo inevitable—. Pero seguro que algún día me fugo.

Guillem se marchó tras su intervención. Resguardada tras la esquina, Mara le observó cargando su cajón, sin entender por qué el niño necesitaba mentiras como aquella para hacer su presente más soportable. La respuesta estaba más allá de su alcance. Como había dicho, la noche nunca terminaba para ella y el tiempo no la presionaba.

Sus pasos se movieron de regreso como los de un caminante aletargado, sin notar cambios en el escenario, pero cuando cruzó el umbral del Viejo Teatro, se dio cuenta de que algo había cambiado. Se detuvo y varió su dirección, olisqueando ese sentimiento.

Lo vio en la sala Solsticio, a través de los cristales de las puertas. El soldado, la fijación de Vanessa, apuraba el último trago de su copa, buscando alguna excusa para seguir allí. Luego se puso en pie, hizo el gesto de cubrirse la cabeza con la gorra pero, como si le pareciese un vicio sin sentido, terminó

por mantenerla descuidadamente en la mano y se dirigió a la salida.

Pasó a su lado, rozándole las faldas. Mara se quedó quieta, oliendo la singular marca de piel y vida que el oficial había dejado en el ambiente, intentando extraer de ella lo mismo que Vanessa. Podía tenerse por atractivo. Si alguna mirada le hallaba en el momento adecuado, al ver en sus ojos algo de vieja inocencia acompañada de un mal admitido desamparo. Tal vez podía disfrutarse la contradicción entre el compromiso con la muerte de su uniforme y las manos de piel pálida que juraron proteger la vida.

Mara se dio media vuelta y se dirigió a las escaleras. Fue dejando atrás los lugares con luz, calor y voces hasta llegar a la familiar penumbra de las buhardillas. Una vez allí, tardó poco en reencontrarse con el conjunto de brillos metálicos con los que se arriesgaba a conmoverse y se dejó rodear por ellos como si ella fuese la Madonna que completara el altar. En su mayoría eran relojes de bolsillo y cajas de música, ordenados escrupulosamente sobre restos de mobiliario. Pero había otros objetos de naturaleza más inconexa, a los que solo ella podía atribuir sentido. Una vez allí, aquella sombra arrastrada se comportó con familiaridad, como si por fin hubiese llegado a algún lugar que le perteneciera.

Abrió una de las cajas de música, dejando que las notas culebrearán por el aire, y se descalzó. Con mucho escrúpulo, colocó los botines sobre el secreter, uno al lado del otro, y se retiró para contemplarlos mejor. Sí que podía notarse aún la mano del niño en ellos: el cuero tenía brillos inusuales y olía distinto.

Para ser perfecto, el ritual debería haber sido algo íntimo, pero podía conformarse. Se dio media vuelta y dejó que la mirada que la había acompañado tuviese su lugar en el tiempo.

—Usted aquí —dijo Mara—. No es algo que esperase...

Domedel se adelantó unos pasos y se detuvo.

—¿Le gusta? —preguntó haciendo un tenue ademán hacia el entorno—. Este es mi lugar.

Con una expresión poco dispuesta a hacer concesiones, Domedel contempló aquella colección de objetos con repulsión.

—Este no es su lugar —replicó Domedel—. Es mío.

—Quiere hablar de lo sucedido esta noche.

—¿Ya está al corriente?

La figura de Mara había estado deambulando con distracción sobre su santuario. Entonces se detuvo, volviendo la cabeza sobre el hombro como lo haría un lagarto. Sus ojos se clavaron sobre los del Guardián de eventos, un



instante solo. Luego, continuó acariciando con mimo las cajas de música.

—Ahora sí —respondió.

El Guardián de eventos, irritado, contuvo el aliento, su mirada terminó de ofuscarse y cruzó las manos ante el regazo mostrando la rosa blanca que hasta ahora había estado oculta a su espalda.

—Estáis aquí bajo unas normas —advirtió—. Esta noche las habéis rebasado.

—Nadie de su casa ha resultado herido —repuso Mara sin parecer demasiado implicada.

—¡Pero os habéis permitido correr el riesgo! —replicó Domedel—. ¡Lo que sea que hagáis, que quede fuera de estos muros!

—Esa elección no es siempre tan sencilla. Debería entender lo ocurrido esta noche como prueba de ello —manteniendo aquella inflexión distante, Mara contempló de nuevo los botines sobre el secreter y decidió rehacer el lazo de los cordones—. Y mis actos no son los de Vanessa o Patricia. Tal vez debería hablar con ellas.

—Estoy hablando con usted —la voz de Domedel se volvió fría y cortante—. Póngale coto a sus compañeras o lo haré yo.

Las manos de Mara se quedaron rígidas y las apartó lentamente de los botines, como si temiera hacerles algún daño. Cuando se volvió, su rostro mostró a Domedel una sonrisa inesperadamente dulce.

—¿Y cómo cree usted que podría hacer eso?

Con aquella pregunta, por primera vez, Mara hizo gesto de acercarse al Guardián de eventos y este reaccionó como si sus músculos llevaran rato temiéndolo. Alzó la rosa, la arrancó del tallo retorciéndola en un puño y dejó caer una triste lluvia de pétalos deshojados entre aquella mujer sombría y él.

Una puntada de rabia unió la mirada de Mara con la de Domedel. Acto seguido, su cuerpo se movió tan líquido como tinta negra. Cuando su forma volvió a ser reconocible, estaba arrodillada en el suelo recogiendo, uno a uno, los pétalos de la rosa destruida.

—Se me ocurrirá algo. Es lo que yo hago —dijo Domedel, mirándola con desprecio y apartándose de ella—. Recoge todos los pétalos. A lo mejor consigues que la rosa sea la rosa de nuevo.

Domedel se dio media vuelta pero, a los pocos pasos, aquella voz, llegó a él con un tacto helado.

—Oh. Pero eso es imposible —dijo Mara—. Aunque si recuerdas como era la rosa... ¿cómo no intentarlo?

Aquella mujer, aquella espina negra, se puso en pie lentamente, mientras acunaba los pétalos de la rosa para mostrarlos al Guardián de eventos.

—Lo ocurrido esta noche no es más que eso —prosiguió Mara—. Si usted existiera viendo cómo todo desaparece, cómo todo lo que llega se marcha, entendería que, en ocasiones, se está dispuesto a darlo todo porque algo no se consuma. Vanessa llegará a aceptar toda esta sombra pero, mientras tanto, solo ha querido que algo suyo estuviera a salvo.

Cuando Mara se dio media vuelta y regresó a su santuario, Domedel dejó escapar lentamente el aire que había retenido en el pecho.

—Lo más repugnante es que a veces se os puede confundir con seres humanos.

A aquello Mara no dijo nada. Mantuvo los pétalos en sus manos, se acercó de nuevo al secreter y los derramó cuidadosamente en el interior de los botines.

# La ronda de presentes

## I

Tras las puertas.

Pensar en ello era algo que le asqueaba. Tras las puertas siempre estaba ocurriendo algo. Todas y cada una en aquella ciudad contenían alguna historia. Tras ellas cada cual podía convertirse en su bestia más oscura. Cada vez que el inspector Espinosa debía abrir una de esas puertas solo podía pensar que la mayor parte de lo humano siempre permanecía escondido, y no por falta de razones.

Pero estar en el interior de aquella casa era todavía peor.

Espinosa conocía todas las clases de perversión posibles pero, al cruzar la puerta de aquel apartamento, había comenzado un mal diferente al que acostumbraba a tratar. De entrada, le había sorprendido el condensado olor dulzón de la casa, con ribetes de violetas, repitiéndose en su olfato una y otra vez sin que pudiera atribuirles ninguna procedencia. Tuvo que ordenar a los agentes que le acompañaban que abriesen todas las ventanas. Ahora, al volver a trabar algún contacto con el exterior, una luz plomiza daba descanso a aquellos muros y a él mismo.

Espinosa se asomó al balcón recién abierto y echó un vistazo. La calle Princesa, de la misma manera en que podía recordarla: gente de aquí para allá, viviendo cada uno algo en particular e ignorando sobre sus cabezas la terraza desde la que les observaba.

Al fin y al cabo, el tiempo era algo curioso: ni se tocaba ni se cortaba, pero servía para marcar distancia. De poder estrujar unos días entre sí, tan solo unos pocos, Espinosa se vería a sí mismo en una habitación oscura, acompañado por los cadáveres resecos de la familia Nomdedeu. Aquello sí era algo incómodo de pensar. Hacía que estar allí le arrancara urticaria bajo la levita.

No era su intención, pero imaginaba las contraventanas echadas, inútiles tajos de luz a través de estas. Los sonidos del exterior, amortiguados. Y allí dentro, sin testigos, un universo oscuro y callado en el que los cuerpos de esa familia se iban pudriendo. Aunque si la muerte era soledad o vacío, ya le llegaría la hora de comprobarlo.

—¿Dónde está la portera? —preguntó al agente que lo acompañaba.

—Dice que ella no pasa de la puerta —le respondió—. Que se ponga usted como quiera.

Espinosa asintió con total indiferencia y se aproximó al policía, forzando la vista tras los anteojos.

—¿No ha dicho nada nuevo...? —murmuró Espinosa.

—Nada, señor —confirmó el agente—. Solo echó de menos a los Nomdedeu tres días, pero que ella «a la gente de posibles les deja con sus cosas» y no se mete. La criada descubrió los cuerpos al regresar.

—Entonces todo ocurrió en esos tres días.

Lo que dejaba un plazo de tiempo aún más imposible para el estado en que habían sido hallados los cadáveres, pero esta consideración pasó de forma secundaria por el ceño del inspector, fruncido aún mientras contemplaba los retratos en aquella pared. Tomó uno de ellos: un pequeño marco ovalado, y lo contempló extrañado.

—¿Ha visto algo? —preguntó el agente ante su expresión arrugada.

Inseguro de poder precisar una respuesta, Espinosa golpeó rítmicamente el cristal con la uña.

—Está vacío —dijo señalando lo obvio y levantando de nuevo los ojos—. ¿Por qué hay tantos vacíos?

El policía se acercó al inspector y comprobó que entre los retratos familiares que cubrían la pared había varios marcos vacíos.

—¿Robados? —sugirió.

—¿Dejando marcos de plata perfectamente colocados en su sitio?

—Son los más pequeños —apuntó el agente, arrugando también él la nariz un instante.

—¿Cómo?

—Los más pequeños —el agente arrastró las sílabas como si lamentara haber hablado—. Los que suelen ser para retratos con poca gente o solo una persona... ¿no?

Espinosa se retiró unos pasos de la pared, se quedó así un momento hasta que, con un encogimiento de hombros, le concedió al agente la razón.

—Si aquí hay algo que entender, sé que ahora mismo no voy a lograrlo —concluyó, chasqueando la lengua.

Haciendo que el agente trastabillara para dejarle paso, Espinosa abandonó el salón hacia el vestíbulo. Fue en la calle cuando reconoció que había un detalle, aparentemente caprichoso, ganando definición en su cabeza. Le

cosquilleó lo suficiente como para detenerlo y llevar la mano al bolsillo de su chaleco.

Sus dedos encontraron algo más tangible que cualquier hipótesis de su mente: el colgante que llevaba allí desde que interrogara a la modista.

—¿Qué diría que es esto? —el agente que le había acompañado en el salón era el más próximo a él y, aunque el inspector no se había vuelto a mirarlo, no pudo más que sentirse aludido y se acercó.

—Un colgante —respondió—. Uno caro.

Espinosa abrió el colgante y lo sostuvo por la cadena.

—¿No diría usted que es uno de esos colgantes que se regalan los enamorados? —propuso Espinosa—. De los que suelen llevar fotografías de ambos...

No parecía que el inspector necesitara verdaderamente su opinión, y el agente se limitó a encogerse de hombros, dejando que el gesto se le ofuscara mirando su contenido.

—Aunque... está vacío.

Eran palabras sencillas, pero Espinosa las pronunció con talante sombrío. Luego levantó la mirada hacia aquel edificio en la calle Princesa, hacia la balconada a la que se había asomado minutos antes.

No parecía diferente de todas las demás.

## II

Como decía en aquella nota escrita con letra menuda y estilizada: «...en la *plaça de l'oli*<sup>[8]</sup>, el primer portal al lado de la casa de fuelles...».

Aunque la misiva siguiera desconcertándole, estaba clara. Y una vez en el lugar, Gabriel no tuvo problemas para reconocer el portal. Lo encontró abierto y prácticamente a oscuras así que, aunque no supiese del todo qué hacía allí, subió los escalones guiándose por el pasamano. Al llegar al segundo piso, llamó con los nudillos a una de las puertas.

En el interior alguien reaccionó con prontitud. Escuchó un taconeo nervioso acercándose y varias vueltas de llave en la cerradura antes de que una luz amarillenta se abriera sobre él.

—Se ha retrasado usted mucho.

Viéndola en un contexto diferente al habitual, y con sus ojos acusando aún la acidez de la luz, Gabriel dudó un momento antes de reconocer a Camille.

—«Venga en cuanto esté usted libre...», así lo escribió usted —replicó Gabriel, moderando su deseo de mostrarse tosco—. Trabajo en un hospital, no siempre elijo mi tiempo...

—Sí. Pero ya ha oscurecido.

Mientras decía aquello, Camille se asomó a la escalera, mirando la oscuridad tras él. Lo que, en un principio, Gabriel juzgó como aspereza, le pareció entonces clara preocupación.

—Está bien. Pase, pase usted solo.

La elección de palabras le enrareció pero se adentró en la casa una vez dentro, esta cerró la puerta con dos vueltas de llave, como si llevara tiempo deseando hacerlo.

—Si ahora resulta inconveniente... —apuntó Gabriel.

—No. No, por favor, yo le he citado —dándose cuenta de que resultaba extraña, Camille apañó una torpe sonrisa—. Es solo que le esperaba mientras hubiese aún luz, pero ha sido fallo mío.

Tragando silencio, la escritora supo moderar lo que hasta ahora le había azorado. Le pidió el gabán y la gorra y le condujo al salón, aunque lo que había al final del corto corredor no ilustraba la idea más convencional de la palabra.

El espacio estaba dominado por el singular olor que desprenden los libros a medida que van envejeciendo, y con estos parecía haberse construido una especie de atrincheramiento. Las paredes estaban cubiertas de anaqueles repletos de ellos, pero se habían visto rebasados hacía tiempo, pues aquí y allá, sobre los muebles o el propio suelo, las columnas de volúmenes y revistas se antojaban matas de un jardín descuidado. Viendo también las carpetas hinchadas, los cuadernos sobre los que había tazas de té despistadas, podía entenderse que alguien pasaba largo tiempo allí en lucha consigo mismo. El espacio más disciplinado era el escritorio, situado cerca de la ventana, pero también este estaba dominado por las cuartillas, usadas y por usar, los plumines y los tinteros.

Tinta sobre papel y luego tinta sobre papel, Gabriel se notó fascinado por el hecho de que alguien viviera y sintiera de tal modo que no pudiera evitar cambiar el espacio a su alrededor de aquella manera, y no pudo evitar que esta impresión transpirase a su rostro.

—Me disculparía por el desorden —dijo Camille—, pero lo he dicho tantas veces que ya no me creo.

Camille retiró unos cuadernos de un par de butacas cercanas al escritorio,

que parecían ser la máxima concesión de aquel estudio para las visitas.

—Siéntese —le indicó tras sacudir una de las butacas—. ¿Qué toma usted: té, café...?

—Lo que tome usted, gracias.

—Ginebra entonces.

Una vez en aquel espacio, muchas reglas de urbanidad parecían perder su lugar. Gabriel habría esperado en pie, pero terminó sentándose mientras ella servía un par de copas. Al poco, la escritora regresó y, tras entregarle un vaso de ginebra seca, se sentó frente a él bebiendo el primer sorbo. Tenía aún un poso ofuscado en la mirada y retuvo el cristal en la boca, acariciándose los labios pensativamente.

—Se supone que no pueden entrar en casa de alguien si no han sido invitados por el dueño...

Al decir esto, Camille pareció resignarse y sus ojos se volvieron a Gabriel, como si recobrarla consciencia de él.

—Tengo que contarle algo —dijo Camille—, y es importante que lo entienda, pero sé que no lo hará si simplemente se lo digo.

Considerando que ya llevaba demasiado tiempo sin saber el propósito de aquella reunión, Gabriel enderezó la espalda y, con un gesto algo cínico, se demostró dispuesto a lo que fuera.

—Usted me ha hecho venir —le recordó—. Soy militar. Estoy acostumbrado a que me digan las cosas de la manera más directa y menos educada.

Casi con lástima, Camille sonrió.

—Esta vez podría no ser tan sencillo —se lamentó—. Pero de acuerdo. Por partes, lo primero: esto.

Camille alargó una mano al escritorio y tomó un pequeño sobre. Ya antes de que se lo entregara, Gabriel reconoció los rebordes púrpura y, cuando lo tuvo en sus manos, vio su nombre escrito al dorso.

—Puede abrirlo más tarde —dijo Camille—, pero yo puedo decirle de qué se trata. Es una invitación. Dentro de dos noches, en el teatro tendrá lugar uno de esos eventos: la ronda de presentes. El Guardián de eventos espera que usted asista.

—¿El Guardián de eventos? —se extrañó Gabriel—. ¿Por qué me lo hace llegar a través de usted?

—Porque quiere que esto discurra al margen de los cauces habituales del teatro —Camille contestó como si ella ya hubiera tenido su ocasión de

extrañarse por el mismo motivo—. Especialmente quiere mantener apartada a su hija: Cara Metzina.

—¿Vekania? ¿Por qué, qué tiene que ver?

Camille negó con el rostro e hizo un gesto con la mano, como dibujando una barrera.

—Podría haberle dejado la invitación en el hospital militar simplemente. Así me pidieron que lo hiciera —prosiguió Camille—, pero no me vi capaz. Tenía que intentar advertirle.

—¿Advertirme? —Gabriel arrugó la mirada como si la palabra rechinara—. ¿Advertirme de qué?

—De que ignore la invitación —contestó Camille—. No vuelva por el teatro. Viva su vida, cure enfermos, pasee los domingos...

Cierta fatiga contenida venció a Gabriel.

—Esto es un despropósito. ¿Qué no vuelva al teatro? —dijo, como reaccionando a algo ridículo—. No había que decirme nada. Me he quedado sin motivos para regresar. En ese lugar nunca se logra entender nada...

Más que dirigirse a ella, Camille creyó que el soldado había bajado la guardia y daba escape a cierta frustración arrastrada. Le dejó terminar y encontrarse con sus ojos fijos en él.

—Aunque... quizá ya sea tarde —advirtió la escritora.

El mismo aspecto intranquilo con que le había recibido volvía a estar presente en el rostro de Camille. Gabriel pudo notarlo y dejó que hablara.

—En estos últimos días... ¿ha notado usted algo extraño?

La voz falló en el pecho de Gabriel, al darse cuenta de que la respuesta no era tan sencilla de concretar como su lengua había creído. Ella pareció entender esa clase de silencio y lo confirmó como una reacción que ya había temido.

—Una voz donde no hay nadie, la sensación de ser observado. Está solo en una habitación y juraría que hay alguien con usted...

Aquellas palabras debían haber sido el silencio de Gabriel, y Camille las pronunció librándole de hacerlo.

—¿Cuándo empezó? —le preguntó.

Gabriel notó un inesperado desasosiego ramificando en sus entrañas, algo que él, que había visto la guerra, la enfermedad y la muerte, no había sentido antes.

—Creo que la primera noche en el teatro... —respondió—. Luego... en el hospital han pasado cosas. Murió un soldado pero fue algo...



—¿En el hospital? —Camille engarfió los dedos sobre el cristal de su copa—. ¿Lo ha notado en el hospital, fuera del teatro?

—Así es.

Los hombros de la escritora se hundieron y su expresión lamentó algo para sus adentros.

—Me temía algo así —masculló—. No pueden entrar sin ser invitados... Un hospital es diferente. Hay mucha gente, pero no pertenece a nadie.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Gabriel, molesto por tener que descifrar murmullos.

—Digo que ya se han fijado en usted.

Camille notó que el teniente intentaba mantener la sangre fría, pero las frases ambiguas no ayudaban.

—De acuerdo. Pero le dije que, para lograr que me entienda, antes debo contarle algo, una historia. Esa historia me ocurrió a mí. ¿Tendrá algo más de paciencia?

Lamentando por un momento haber estado a punto de erizarse contra alguien que ahora le miraba de aquella manera, Gabriel asintió.

—Claro.

Camille recostó la espalda en la butaca, bebió un trago de ginebra y limpió su garganta para nuevas palabras.

—En el Viejo Teatro me consideran una persona de talento... Seguro que ya habrá oído esa expresión...

Gabriel asintió, sonriendo con discreción.

—Ya. Me ocurre que, a menudo, coincido con una persona a tiempo de contar su historia. A través de la pluma de un narrador la vida parece cobrar algún sentido —Camille prosiguió como si ella misma no pusiera demasiada fe en esa teoría—. Lo consideran un talento. Como sea, hace unos cinco años yo no sabía nada del Viejo Teatro de la noche. Frecuentaba cafés y tertulias, *Els quatre gats*<sup>[9]</sup>...

La nostalgia llenó los ojos de Camille, prolongando un modo melancólico de sonreír que Gabriel acababa de descubrirle.

—Allí conocí a un pintor. Aunque estuvimos juntos apenas un año, puedo decir sin dudar que fue la mejor época de mi vida. Yo escribía, él pintaba. Pasábamos las tardes en su estudio... y las noches. Juntos, parecía que el mundo entero era, para nosotros, una página en blanco... o un lienzo —aunque con serenidad, Camille hablaba con un tono abstraído, como viendo aquel tiempo a través de una vitrina—. Se llamaba Gerard. Él me descubrió el Viejo

Teatro de la noche.

—El cuadro que usted me mostró...

Camille hizo una concesión a su perspicacia y asintió. En la mirada le apareció un rencor que el tiempo había vuelto rancio y silencioso.

—Sí. Ese cuadro, y esa mujer aborrecible... —dijo Camille—. Estábamos preparando nuestro traslado a París cuando apareció. Una joven modelo, que decía amar la pintura y por eso no cobraba, cuya única condición era trabajar de noche. Algo pasó entre ellos y Gerard se alejó a partir de entonces. Dejó de ir por el teatro, y ya creí no volver a verlo hasta que recibí una nota citándome en su estudio.

Camille tragó ginebra, esperando que le quemara por dentro. Todo el papel, todas las palabras que la rodeaban no bastaban para hacer la casa menos fría.

—Gerard era una sombra de sí mismo. Me abrió la puerta con el pincel anudado a la mano y los ojos enrojecidos. Nunca he visto a nadie tan asustado. Me habló de lo fría que era la muerte, de voces sin rostro, de sombras sin cuerpo, de fantasmas en una realidad entrecruzada a la nuestra —Camille dejó el vaso vacío en su regazo—. Algo que no se ve, que está sin estar y que era capaz de encontrarle noche tras noche.

Gabriel se acomodó en la butaca, intentando que su cuerpo ganara contacto con algo y cesara aquel erizamiento de su piel contra el uniforme. Eran ya demasiadas palabras describiendo una sensación de la que había intentado hacer caso omiso, y Camille lo observaba como si supiera el efecto que tenían sobre él.

—Créame, Gabriel. Sé mantener la cabeza fría —continuó—. Aquella noche, tras hacerme venir, Gerard me despidió como si de repente temiera por mí. Sé que no había nadie más en el estudio pero, al salir, escuché claramente a otra persona. Una voz de mujer, hablándole.

No quedaba ginebra en el vaso. Camille lo notó al intentar beber aire.

—El Guardián de eventos dice que soy una persona de talento. A menudo me sucede que conozco a una persona poco antes de que muera, a tiempo de escribir una historia que pruebe que estuvo en este mundo —dijo Camille—. Gerard apareció muerto al día siguiente.

Quedó así, sin que una condolencia al uso tuviera sentido. Si una persona como Camille podía delimitar cuál había sido su época más feliz, ¿de qué manera vivía su presente o percibía el futuro? Limitados y condicionados por el tiempo, Gabriel dejó que transcurriera el silencio antes de volver a hablar.

—¿Y usted cree que algo así podría pasarme a mí?

—Hace unas semanas, ¿habría escuchado algo de esto, dándome algún crédito? —Camille arqueó las cejas como si la respuesta pudiera obviarse—. Pero aquí está, dudando. Algo sabía usted ya antes de todo lo que le he contado.

El pequeño sobre del teatro continuaba en la mano de Gabriel. Sus dedos lo manejaban con el mismo cuidado que merecería una cuchilla y sus ojos lo contemplaban con pesadumbre, como la enojosa bisagra del destino en que se había convertido.

—¿Usted habría aceptado no volver a ver a Gerard? —preguntó—. ¿Habría podido vivir sin conocer el final de la historia?

Aunque atribulada, la expresión de Gabriel retenía siempre un algo limpio y honesto. Camille prefirió apartar la mirada lamentando algo, responder sinceramente aquella pregunta haría inútil cuanto le había contado.

—Yo nunca vi a aquella modelo —dijo finalmente—, pero sé qué nombre dio Gerard a su último lienzo...

Sabiendo que encontraría los ojos de Gabriel sobre los suyos, Camille se volvió a él.

—Vampira.

### III

Medio resguardada tras un aparador, Vanessa miraba a Mara mientras se vestía. Observaba sus manos abotonando la blusa a su espalda, aquellos dedos delgados trabajando a lo largo de la columna como patas de insecto, subiendo botón a botón hasta el cuello, hasta que se escuchó el seco crujido de los hombros dislocándose y los brazos pasaron lentamente sobre su cabeza.

Vanessa sintió crepitar el cuerpo de Mara al recolocarse los hombros con un par de espasmos. Luego, esta se volvió a ella con una apacible sonrisa, como si supiera de su presencia hacía rato.

—Me han hecho ver que puedo ser diferente...

Mara acarició el raso de las mangas al decir esto. Llevaba una blusa blanca y una falda gris perla y, correspondiendo a la mirada extrañada de Vanessa, se contempló a sí misma como si fuera una criatura nueva y distinta, palpándose luego el vientre como lo harían los dedos de un ciego.

—Creo que fui madre...

El rostro de Mara perdió toda su expresión.

—Déjame verlo —le dijo.

—¿Qué...?

Vanessa se detuvo y, apretando aún más la mano derecha, se la llevó al pecho. Con un gesto de la mirada, Mara le indicó aquel puño precisamente.

—Vamos, déjame verlo —repitió—. Te aseguré que te lo devolveré.

Todavía recelosa, Vanessa aceptó algo de debilidad en aquella mano y la extendió, mostrando lo que sostenía. Aun así, sus dedos se mantuvieron tensos, lo suficiente para proteger aquel pequeño botón dorado. Mara contuvo el gesto de tomarlo.

—Ya veo —dijo—. ¿Has empezado tu propio santuario?

Fue algo de rabia, pronto convertida en miedo, lo que por un instante cruzó el rostro de Vanessa. Vio a Mara enmarcada por la oscuridad y el brillo de todos los objetos que componían su limbo y por un momento sintió el asco necesario para matar o morir, pero lo moderó convirtiéndolo en resignación. Al hablar, sus labios temblaron con un balbuceo.

—No. No... —respondió— Yo solo quería conservar algo...

Vanessa no se dio cuenta de cómo había pasado, pues ella no se había movido. Nada en aquella buhardilla lo hizo pero, de repente, su mano estaba entre las de Mara y ella le cerró los dedos en torno a aquel botón.

—Claro —dijo Mara antes de apartarse—. Quizá aún podemos evitar que llegué más lejos.

—¿A qué te refieres?

Mara sonrió, pero en ella la sonrisa podía resultar extraña. Ignorando la expectante mirada de Vanessa, tomó uno de los pequeños relojes de bolsillo y lo abrió.

—No sé cómo se usa el tiempo —dijo.

Mara observó la luna del reloj pero las manecillas no se movían. Lo cerró de nuevo y lo depositó exactamente en su marca circular entre el polvo.

—Pero creo que debo irme —dijo, volviendo a mirar su atuendo—. Creo que es la hora.

Vanessa la siguió con la mirada cuando pasó a su lado. Tenía aún su última pregunta en la garganta, como un gusano mal tragado; pero el mismo miedo a pronunciarla la retuvo ahí.

—Damas y caballeros, ¡buenas noches!

Al iniciar su presentación, la intensa mirada del Guardián de eventos se clavó un momento sobre Gabriel, asegurándose de situarlo en la sala, de modo que este se quedó sin dudas de cuanto le había contado Camille sobre las intenciones de ese hombre.

Desde su conversación con la escritora había pasado los días sintiéndose extraño. Solo por arriesgarse a creer un momento que lo que le había dicho era cierto el mundo entero cobraba una veladura insólita; se volvía distante, y en él, desde el objeto más pequeño hasta la idea más grande debían ser replanteados.

Incluso en aquella sala en la que se encontraba, la gente, los muebles, las mortecinas luces... todo tenía un viraje, una sombra, desdoblándolos. La estancia era un salón, al menos al uso, pero no parecía un espacio convencional. Era de techo muy bajo. La madera artesonada y el alfombrado la habrían hecho reconfortante, pero la falta de ventanas y el olor a viejo, comprimían el espacio, impidiéndole adaptarse con naturalidad. A todo había que sumarle una disposición inusual, compuesta de dos ambientes separados por un par de columnas: uno para la distensión, la charla y, quizá, algunas copas; y otro formado por un pequeño grupo de butacas en hileras, en las que en ese momento los invitados (que no llegarían a diez) escuchaban el discurso del Guardián de eventos, cuya voz se alzó en ese instante, sacándolo de sus pensamientos.

—Tiempo. Tiempo, damas y caballeros —dijo, ganando presencia—. El que podría ser tenido como el quinto elemento. El espacio de la oportunidad y la posibilidad del fracaso. Seguro que habrán pensado en ello... Ahora mismo, ustedes tienen deseos que cumplir y sentimientos por experimentar, que forman parte de su agenda privada para lograr que su vida alcance un sentido. Sin embargo, damas y caballeros, el tiempo no se detiene. No lo hace ni siquiera mientras hablo con ustedes...

Gabriel se incomodó en su butaca. Los músculos de sus brazos, cruzados sobre el pecho, se tensaron mientras las palabras del Guardián de eventos recorrían sus costillas como arañas diminutas.

—Pero esta noche, en el Viejo Teatro... —continuó Domedel—, el tiempo ha accedido a dejarse domesticar.

Con elegante teatralidad, Domedel chasqueó los dedos y al momento cruzó la puerta un grupo de niños vestidos de negro, las familiares polillas, entre las

cuales Gabriel distinguió a Noviembre, quien cruzó la mirada con él un instante.

—Piensen en todas las veces que se pierden la oportunidad de ser vistos, escuchados, acariciados... —dijo Domedel cuando las polillas cerraron su formación—. Cuántas veces quedamos como sombras al no ser reconocidos por nadie. Todo eso con la insensible amenaza del tiempo. Pero esta noche no será así, no en la Ronda de presentes.

La escasa audiencia inició entonces un tímido aplauso que, con un gesto cortés, Domedel atajó antes de que aumentara.

—Ahora mismo hay otras tantas personas como ustedes, aguardando cada una en una habitación. Nuestras polillas les conducirán uno a uno, y luego, ya solos, deberán cruzar una de esas puertas, donde compartirán su tiempo con otra persona, comprometiéndose a conversar, conocerse, recordarse —en ese punto, la voz del señor Domedel ganó solemnidad e incluso algo de melancolía—. Y así, cuando lleguen a lo que hay después del tiempo, cuando llegue el silencio, podrán decir a lo que allí se encuentren que ustedes conocieron a alguien y alguien les conoció a ustedes. Que, sin duda, hay un testimonio de su paso por el mundo.

El aplauso sí alcanzó su lugar en ese momento, pero el público, limitado y lleno de incertidumbre, le dio un carácter tímido. Entonces, abreviando dilaciones, Domedel hizo un gesto a las polillas y estas comenzaron a conducir a las personas fuera de la sala.

Esperando su turno, Gabriel observó al Guardián de eventos. Sin embargo, de aquel rostro demacrado y de facciones angulosas no pudo concretarse nada, y solo pudo interpretar su expresión como indiferencia, antes de que una pequeña mano quedara tendida hacia él.

A modo de complicidad, Noviembre arrugó las cejas un momento cuando Gabriel reparó en su presencia. Este tomó la mano de la niña y se puso en pie, dándose cuenta de que era el último invitado de la sala.

—De ustedes depende darle el mejor sentido posible a este tiempo.

La voz del Guardián de eventos no se alteró ni elevó el tono, pero hizo a Gabriel volverse hacia él cuando ya llegaba a la puerta. Aunque aquel hombre no lo estaba mirando. Tan solo contemplaba el vacío con firmeza. Noviembre tiró de su mano y lo sacó de la sala.

—Es una noche extraña —dijo la niña cuando ganaron algo de distancia.

Cuando Gabriel la miró, esta tenía un leve enfurruñamiento en la expresión: el propio de los niños cuando no terminan de creer lo que les

cuentan.

—¡Pues imagínate para mí!

Imitando aquella nariz arrugada, Gabriel consiguió una media sonrisa mientras apuraban su camino por un umbroso corredor hasta un rellano en el que, tras una alambicada verja de hierro, aguardaba un ascensor.

—¿Quieres que le diga a Cara Metzina que estás aquí? —preguntó Noviembre, abriéndole las verjas.

Gabriel no supo qué pensar de la sonrisa de la niña cuando entró en el ascensor, pero Noviembre la mantuvo cuando cerró la verja y miró a través, esperando una respuesta.

—Salúdala de mi parte —terminó por decir Gabriel.

—De tu parte —dijo Noviembre—. Se encenderá una luz en una de las puertas. Esa será la tuya.

Noviembre accionó una palanca y el ascensor comenzó a descender. Fue un trayecto breve, prácticamente a oscuras, que finalizó con el crujido de la maquinaria, una seca sacudida, y Gabriel en medio de una pesada ceguera. Al poco, una mortecina luz de gas se encendió en la oscuridad, dibujando con esfuerzo un vestíbulo circular en cuyo centro se hallaba la jaula del ascensor.

Al salir, se encontró rodeado de puertas, pero aquella luz estaba sobre una en particular. Se dirigió a ella y, al abrirla, se encontró ante un estrecho corredor, similar al que habría en el interior de un barco. Al final de este otro neblinoso punto de luz le aguardaba.

El pasillo no daba alternativas. Era una desembocadura directa sobre aquella luz, y al recorrerlo, Gabriel descubrió que se filtraba a través del ventanuco de cristal de una puerta situada al final. No dudó, pero tomó la manecilla con cautela. Al abrirla, una voz de mujer, clara y calmada, le recibió desde el interior.

—Entre, por favor.

Estaba sentada. No hizo nada cuando él entró y nada ocurrió, pero un vértigo recorrió la habitación en torno a aquel rostro blancuzco. Hasta que no pasó un instante, aquella mujer no fue solo una mujer sentada en una butaca, esperando que él se acercara.

Si tragaba, notaba la saliva; si caminaba, el suelo le sostenía. En su espalda, el agujón de la metralla; y en sus manos, un temblor familiar. Todo era como siempre, y lo más lógico parecía descubrirse, y tenderle la mano.

—Gabriel Escudero, a su servicio —se presentó, haciendo una inclinación.

Aquella mujer observó su mano tendida como lo hace un niño con lo que desconoce. Tardó un momento en reaccionar, sonrió muy levemente y correspondió al gesto ofreciendo la suya.

—Llámeme Mara —dijo—. Tome asiento, Gabriel, por favor.

Gabriel se sentó frotándose entre sí los dedos de la mano, calmando la sensación de frío a causa del tacto de aquella mujer. Sus ojos pasearon cierto desconcierto por la sala. Era una estancia pequeña, no mucho mayor que la cabina de un tren: alfombrada, con dos puertas opuestas entre sí, un par de butacas para acomodar a quienes las cruzaran y, entre estas, una mesita de servicio con licores.

Cuando volvió a mirar a la mujer, notó que ella no había apartado la vista de él.

—¿Le resulto familiar? —preguntó Mara.

Gabriel notó una aguja en el pecho. No comprendía cómo esa mujer había resumido la sensación aún antes de que él mismo pudiera concretarla.

—Es una sensación... —reconoció Gabriel.

Mara asintió, complacida o sorprendida. O tal vez nada, pues su rostro era extraño y sus ojos oscuros se empeñaban en mirarlo como queriendo desgranarle todos los matices.

—Entiendo por qué a ella le gustas tanto.

—¿A quién se refiere?

—Vanessa.

Fue inmediato. El nombre se le metió dentro y Gabriel quedó erguido en la butaca.

—Vanessa. ¿La conoce usted? —preguntó—. ¿Sabe qué le ha pasado?

—Qué le ha pasado..., lo que le ha pasado —Mara habló para sí misma, como buscando provocarse un escalofrío con aquellas palabras—. Estamos aquí para hablar de eso mismo.

—Entonces podrá contestarme —dijo Gabriel, usando un tono cortés pero firme—. ¿Por qué no quiere verme?

Gabriel se dio cuenta de que entonces fue la primera vez en que esa mujer, Mara, volvió a moverse desde que le había tomado la mano. Hasta entonces, había estado con la espalda erguida y las manos cruzadas sobre el regazo. Ahora las separó y, abstrayéndose un momento, se acarició la barbilla.

—¿Por qué no quiere verle? —repitió pensativa—. Preferiría hacerle pensar a usted por qué desea tanto encontrarla.

Gabriel estuvo a poco de dejarse ganar por el desagrado. Contrariado por



tantas medias respuestas esquivas como llenaban sus días últimamente, solo pudo reunir humor para un suspiro desorientado. Mara ladeó ligeramente el rostro, observándolo entre la dulzura y la indiferencia.

—¿Qué es lo que espera encontrar en ella? —preguntó—. ¿Acaso lo que sintió en brazos de aquella mulata en Santiago de Cuba? ¿Lo que busca en sus visitas al *carrer dels tres llits*<sup>[10]</sup>?

Las palabras se pronunciaron con sencillez y la inflexión de voz no varió, pero habría sido imposible ignorar el gélido asombro que cruzó las facciones de Gabriel.

—No, usted no es así. Para usted no es tan sencillo —continuó Mara—. Pasa el tiempo, cambia el siglo... Son tantos los que ya no están, tantas cosas que perdieron su sentido... Y, de repente, tiene prisa por encontrar a alguien a quien amar, alguien que le recuerde cuando era mejor de lo que es ahora. Se da cuenta en un momento, y ya nada es más importante...

Esa mujer.

¿Qué tenía esa mujer para hacerle sentir de un modo tan incómodo? Viéndola, debería poder decirse que era atractiva. Que su cabello era color noche, su rostro estrecho y elegante, su boca suave y sugerente, que sus ojos negros calaban profundo con la primera mirada. Pero la suma de estos rasgos resultaba inquietante, un desasosiego difícil de entender.

—¿Cómo... cómo sabe usted todo eso? —la voz de Gabriel salió sin fuerza a través de una garganta seca—. ¿Cómo puede saberlo? ¿Es esto un truco, un juego del teatro?

Las manos de Gabriel se encrespaban sobre los reposabrazos. La mirada le crepitó con cierta rabia, moviéndose alrededor como buscando más rostros que los presentes. Todo para respirar un momento de aquellos ojos negros, pero, al volverse, ella tan solo le miraba, tan quieta que podría haber sido un dibujo perfecto o una fotografía.

—Está bien, ¿quiere una respuesta clara, sin rodeos ni acertijos? —dijo Gabriel, enfrentando aquella mirada—. Estoy cansado de lo que he visto, de en lo que se ha convertido el mundo... A la gente no se la abandona. No vives media vida sabiendo quién es la persona más importante para ti y después la olvidas. Solo quiero saber si está bien, oírlo de sus labios. Luego, si es lo que ella quiere, me iré.

Mara no dijo nada. Siguió mirándolo, como repitiendo mentalmente cada palabra.

—Pero ella nunca le pedirá que se vaya —dijo tras alargar el silencio—.

No podría hacerlo.

Un resquemor por dentro, breve y afilado, fue lo que sintió Gabriel cuando Mara volvió a moverse. Siguió con la mirada aquellas manos blancuzcas hasta la mesita, de donde tomaron una pequeña caja plateada para llevarla con mimo al regazo.

—Preste atención, por favor —dijo—. Intente entender esto.

Sobre aquella caja, su expresión se volvió parecida a la de alguien que duerme y sueña. Sus dedos hicieron crujir el mecanismo de cuerda hasta el máximo, luego abrieron la tapa y comenzó la música.

Un nocturno de Chopin, en aquella noche, en aquel insólito lugar, en aquella compañía, se abrió paso con los acordes metálicos de la caja de música. Y, por primera vez, los ojos de Mara resultaron menos fríos, siguiendo las notas en el aire como si hubiera una vida que echaba de menos.

—La música es hermosa. Escuchándola, se diría que cualquier cosa vale la pena con tal de llegar a ella, de compartir su momento —Mara acariciaba los contornos de la caja como si estuviera hecha del papel más fino y endeble—. Pero es tan breve... Una vez acaba, lo que hay es todo lo demás, y todo lo demás es la eternidad. Comparada con ella, se diría que la música nunca ha existido.

Mara apartó las manos de la caja.

—¿Puede imaginarse lo que es pasarse la eternidad intentando tararear esa melodía, sabiendo que nunca más volverá a repetirse? —preguntó Mara—. Usted es la música, usted es lo más hermoso.

—¿Qué?

—No lo juzgue estúpido, Gabriel —advirtió Mara—. Usted ha venido para saber qué le ha pasado a Vanessa, en qué se ha convertido.

Los ojos de Mara volvían a ser dos negros agujeros de bala, capaces de matar la misma luz.

—¿De qué manera vivís vosotros vuestro tiempo? Marcados por la pérdida, sabiendo que no tendréis todo lo que deseáis y con la certeza de que cuanto consigáis se os puede arrebatar. Pero creyendo en la oportunidad, en lo que puede abrazarse, en lo que puede protegerse. Creéis incluso en la trascendencia. Habéis imaginado la eternidad como el lugar donde recuperar lo perdido, donde os reunís con quienes habéis amado —Mara hizo una pausa, un momento de silencio cortante—. Para Vanessa ya no es así.

Gabriel escuchó, soportando aquella sala, aquella silla, aquella mujer hecha de una fibra que no comprendía del todo, soportándolo todo de la misma

manera que soportaba las punzadas de dolor en la espalda y las manos temblorosas.

De repente aquello le quemó.

Le cruzó por dentro como un latigazo nervioso: la idea de más tiempo consumido, de más tiempo resignado, y su voz estuvo en sus labios antes de decidir que era allí donde la quería.

—Por favor, ¿no podría responderme de un modo que pueda entenderla? —dijo secamente—. Usted conoce a Vanessa, o no estaría aquí. ¿Por qué tengo que tratar con usted? Hacerlo todo tan complicado no me ayuda a creer que no ocurre nada turbio.

El gesto de Mara se detuvo allí donde sus palabras habían sido cercenadas. Boca inmóvil, manos inmóviles, algo de tiempo muerto y sus ojos se movieron del modo inhumano en que lo hacen los de una muñeca.

—Le ayudo a llegar lo más cerca posible de lo que quiere saber sin resultar herido —respondió.

Mara Regresó a la vida y sonrió con cierta gentileza.

—Para Vanessa ya no es así —repitió—. Imagine que la eternidad dejara de ser el reencuentro con quienes quisiste sino la certeza de no volver a verles mientras tú sumas tiempo y más tiempo. Imagine ver cómo todo muere, cómo todo le deja atrás. Imagine calles vacías, habitaciones vacías, lugares donde nunca hay nada. Objetos sin sentido llenos de las preguntas «¿Quién? o ¿Cuándo?», y un silencio... un silencio que usted no entendería. E imagine que eso es todo, que así es como acaba.

Repugnante.

Esa mujer era repugnante.

Había empezado como una duda al entrar en la habitación, pero escuchándola, oyendo esa voz que era entre acariciante y ausente, la sensación se había vuelto reconocible. Esa mujer, Mara, era repugnante. Podía decirse, claro, que era atractiva, que su cabello era color noche, su rostro estrecho y elegante, su boca suave y sugerente, que sus ojos negros calaban profundo con la primera mirada, pero a su alrededor la realidad vibraba con repulsión magnética. El aire se volvía un hilo tan fino que cortaba al respirarlo. Esa mujer era una mancha de tinta sobre seda blanca, era un clavo en la carne, todo el entorno se beneficiaría de su ausencia.

Gabriel lo notó dentro, peor que la primera vez que entró en combate. El estómago lleno de súplicas por otro momento, por cualquier otro lugar, y los dientes apretados por no vomitarlas. Al final, se vio obligado a hablar por el

niño que fue alguna vez.

—Usted... usted es la mujer de la fotografía. La fotografía del salón, la mujer del espejo, la mujer que no está.

Recuperado de la memoria, el rostro de Mara siguió tan inmóvil como si aún estuviera hecho en papel.

—¿Quiénes sois vosotros?

La pregunta de Gabriel quedó sola en el aire y la melodía cesó tras esa forma con que agoniza en una caja de música. Mara bajó la tapa con cuidado. Ni siquiera hizo ruido al cerrarse.

—Ya le han dado una forma de entenderlo.

Gabriel se sintió existir en dos momentos simultáneamente: uno en el que se ahogaba en aquellos ojos negros, y otro hace dos noches, en el que aún escuchaba a Camille pronunciando aquella palabra.

—Para nosotros, que sencillamente permanecemos, nos resulta horrible presenciar el cambio, ver la capacidad que tienen todas las cosas de desaparecer. Si pudiéramos, las recompondríamos pedazo a pedazo, para no sentir que nos dejan de lado, que se van adonde no podemos seguirlos —Mara explicó aquello con un tono de voz monocorde, con palabras emborronadas por el uso—. Para Vanessa, saber esto cuando el tiempo, su tiempo, en el que formó parte de algo o alguien la quiso, sigue vivo es demasiado fuerte. El deseo de tomar algo entre tus dedos y protegerlo es demasiado grande, y la ilusión de lograrlo, demasiado fácil de creer.

De nuevo, una suave presión en las comisuras de los labios de Mara, un gesto que recordaba a una sonrisa y con el que parecía darle a entender que él ya sabía a lo que se refería.

—Ella nunca le pedirá que se vaya —dijo Mara como respondiendo una pregunta—. Ella querría acercarse a usted, usted que aún la recuerda. Y oírle decir que todavía es la misma, pero teme que no la reconozca. Y, aunque se acerque, mantiene la distancia.

—¿Pero de qué se trata todo esto? —preguntó Gabriel con voz vacilante—. ¿Es una enfermedad? ¿Vanessa está enferma?

De nuevo esa virtud de la carne, calor extendiéndose a través de la figura del hombre, Mara se dio cuenta de que ella nunca sabría cómo poner tanta emoción en una sola palabra, ni aun dedicando a ello todas sus noches.

—Una enfermedad —repitió—. Así usted podría entenderlo, usted que ha aceptado el compromiso de defender la vida. ¿Perdonaría a Vanessa si supiera lo que ha tenido que hacer, lo que debe seguir haciendo para que la oscuridad

no se la trague?

—¿Y qué es? —preguntó Gabriel entre dientes.

—¡Oh, no! No se lo diré. Ella nunca me lo perdonaría —respondió Mara—. Y usted no ha venido aquí a conocer la verdad. Usted ha venido aquí a entender que debe alejarse de ella.

Mara colocó las manos sobre la caja de música, cerró los ojos y dejó que la oscuridad se derramara sobre ella como un bálsamo.

—¿Entonces? —la azuzó Gabriel.

—Entonces nada, nada noche tras noche —Mara continuó con los ojos cerrados y aquella actitud de querer separarse de sí misma—. Viva su vida, Gabriel. Siga siendo hermoso, aun cuando envejezca o sangre. Y alguna vez vuelva a pensar en Vanessa como la niña a la que quiso.

Finalmente Gabriel se puso en pie haciendo rasgar las patas de la butaca.

—¡Pues no sirve!

Mara bajó el rostro y miró a Gabriel con la misma mirada de un gato, entre ausente y enigmática.

—¿Estos son los juegos del teatro? ¿Juegan con la gente? —le increpó de nuevo Gabriel—. ¡Pues no sirve! Algo le pasó a Vanessa hace diez años, y cuando la volví a ver no parecía estar bien. Así que no servirá hasta que no sea ella misma quien me lo diga. Si usted no entiende esto es que está tan enferma como parece.

Nada en el rostro de Mara, quizá algo parecido a lástima. Gabriel sabía que, si seguía en esa habitación, frente a las brechas negras que esa mujer tenía por ojos, terminaría desangrándose por algún lado, y, con largos pasos sobre sus botas, se dirigió a la puerta.

—Usted ya me cree, aunque aún no sepa cómo hacerlo.

Sujetando el pomo de la puerta entre temblores, Gabriel se detuvo en seco y miró por encima del hombro. Mara seguía tan quieta que se diría que no era ella quien había hablado.

—Agradezco haber compartido este tiempo con usted, Gabriel.

Aquello dio un cariz frío a la crispación que sentía. Hacía un instante, Gabriel habría salido dejando tras de sí un portazo, pero allí dentro todo era tan extraño como la anatomía de un insecto y el instinto le impidió alterar nada.

Salió cerrando la puerta lentamente.

## V

Abandonar el teatro de nuevo no era la mejor manera de hacer valer sus últimas palabras. Debería haber cogido a ese hombre enjuto de las solapas (el Guardián de eventos) y sacarle una explicación libre de poesía. Pero, debía admitirlo, su primer impulso había sido el de ganar distancia, poner espacio entre el teatro y él. Hasta esa noche, había olvidado que quedaban formas de miedo ante las que nunca se deja de ser un niño. Solo con algo de oscuridad y calleja, con pulso de pasos solitarios sobre adoquines húmedos podía volver a respirar sin cortarse.

Ahora Gabriel derivaba hacia pensamientos extremos, como hacía cada vez que sus emociones tocaban fondo. Pensaba en pedir la baja y pasar a la reserva, o incluso en un traslado. No sabía qué había llegado a pensar en los últimos días, qué había creído que podía cambiarse. Pero, si todo estaba tan muerto como afirmaba Mara, tal vez lo mejor sería estar en otro lugar donde no tuviera que plantearse creer en cosas como esa mujer.

Aunque no olvidaba que la última vez que pensó así, acabó en una guerra y echando de menos a la misma persona.

Apenas supo saludar al soldado de guardia a la entrada del hospital. A aquella hora, el edificio se parecía demasiado a ese escenario huérfano de personajes que acababan de describirle y caminó a través de él tratando de ignorarlo. Moderó el sonido de sus pasos, y al tiempo maldijo su ritmo. Él también deseaba ser capaz de cerrar los ojos un rato y, hasta que no cerró la puerta de su consultoría tras de sí, no dejó de apretar los dientes.

Su pulso inseguro aún tuvo que luchar con el gas y los fósforos para conseguir luz, pero en cuanto sus ojos tuvieron un mínimo de realidad se despojó de la guerrera como de un mal pellejo y buscó entre los frascos de uno de los expositores. Cuando por fin tuvo la frágil ampolla, se dejó derrotar sobre la silla.

Tras lo que había esperado para preparar esa hipodérmica, Gabriel se abstraigo contemplando los brillos cobrizos de la morfina. Cuando todo se movía demasiado rápido, era mejor dejar de nadar y hacerse a un lado. Era bueno poder morir de vez en cuando.

Un pinchazo, demasiado familiar para resultar doloroso, y su interior comenzó a algodónarse. Con el veneno susurrándole en las venas, pensó que no todo era malo en el Viejo Teatro de la noche. Pero ese lugar hacía sencillo desear cosas, y no era agradable quedarse a mitad de camino de un mundo

nuevo.

—¿Teniente, teniente Escudero? ¿Señor?

La habitación tuvo que nacer de nuevo mientras sus formas terminaban de asentarse con un efecto acuoso, Gabriel tuvo dificultades para saber dónde estaba. Había un uniforme ante él, y sobre este, un rostro que le costó reconocer como el del centinela de la entrada.

—Ha habido un accidente, señor. Ha venido una chica con un corte muy feo en una mano.

Gabriel intentó curtir en su piel el que debía ser el aspecto de alguien normal. Parpadeó, crispando los ojos como si quisiera fijarse las pupilas, y por fin terminó de ver al soldado.

—No estoy de guardia.

El soldado se desconcertó un momento y su mirada vaciló entre el teniente y la puerta.

—No he visto a nadie más.

Con más artificio del que habría querido mostrar, Gabriel se puso en pie, arrastrando la silla. Y, sintiendo aún sus miembros como algo lejano, se acercó al soldado.

—Claro, claro, discúlpeme. Hágala pasar, claro.

El soldado asintió y se volvió a la puerta. Se asomó al corredor y arrugó la frente, mirando a uno y otro lado.

—La traje conmigo... —dijo, volviéndose a Gabriel—. ¡Oh, aquí está!

Gabriel se desequilibró por su propio peso al volverse en la dirección que le indicó el soldado.

Frente a su mesa, de espaldas a él, había una muchacha. No sabía cómo aquel vestido de paseo color vino podía habersele pasado por alto pero, a pesar de su menudez, la joven era ahora una obviedad ante sus retinas. Su actitud parecía distraída y ausente. Sus dedos pasearon sobre el escritorio y tomaron la hipodérmica del estuche, alzándola para contemplarla mejor. Gabriel acertó a verle parte del perfil y una fina sonrisa curiosa, como la de un niño atisbando el interior de una canica.

—Está bien. Tengo todo lo que necesito —dijo Gabriel despidiendo al soldado—. Me hago cargo.

Al cerrarse la puerta, la muchacha volvió el rostro, con un gesto nervioso de pequeño animal. Era poco más que una niña. Aún sonreía de un modo tibio cuando se acercó a ella, pero la sangre goteaba de su mano izquierda de un modo rítmico, haciendo crecer en el suelo una mancha nerviosa. Suponiéndola

aturdida, la ayudó a sentarse acercándole una silla.

—No te preocupes —la tranquilizó Gabriel, retirándole del rostro algunos mechones negros—. Veamos qué ha sucedido.

Al acuclillarse y tomar la mano de la muchacha entre las suyas, la herida le impresionó, con una sensación de cucarachas en el estómago. La palma estaba rajada de parte a parte. Solo el hueso impedía que la mitad de la mano colgara cercenada y Gabriel sostuvo aquella carne herida, temiendo que se le deshiciera entre los dedos.

—Debe de dolerte mucho...

—¿Sí?

Al levantar la mirada, Gabriel encontró muy cerca el rostro de la joven. Contemplaba la herida como lo había hecho con la aguja hipodérmica hacía un momento.

—No pasa nada. Pronto estarás bien —dijo Gabriel, haciendo que sostuviera la mano con la que tenía sana—. Aguanta la mano así.

Gabriel se apartó un momento. Reunió yodo, gasas, una bandeja con utensilios y, acercando una silla, se sentó ante la muchacha esperando que sus manos siguiesen tan estables como parecía.

—Soy Patricia —dijo la joven, buscándole el rostro con la mirada.

—Patricia —Gabriel asintió con gentileza—. Tendrás que confiar en mí, Patricia. Esto te escocerá un momento...

—Tus labios... son rojos.

Gabriel intentó que su sonrisa fuese tranquilizadora mientras empapaba las gasas en yodo.

—Es el frío. Me los corta siempre que llega el invierno.

Tomó la mano herida de la joven y comenzó a limpiarla con ayuda de la gasa. Lo hizo con tacto. Aun así le sorprendió no oír ninguna queja y, mientras limpiaba la sangre, la progresiva aparición de piel sonrosada fue lo que le movió un quejido en los labios.

—¿Qué es esto?

Terminó de limpiar la sangre y Gabriel desconfió de la suya propia, mezclada como estaba, y de los ojos que alimentaba. Tomó ambas manos de la joven, colocándolas una al lado de otra con las palmas abiertas. Las encontró manchadas en rojo, pero la piel estaba tan intacta como recién nacida.

—Pero... ¿qué es esto? —repitió.

—¿Es un problema?

La joven, Patricia, se movió con rapidez. Cogiendo un escalpelo de la



bandeja, se lo clavó en la palma de la mano y cortó con fuerza, partiendo la hoja contra el hueso y azotando las mejillas de Gabriel con agujas de sangre.

—¿Así está bien? —dijo Patricia, mostrándole la mano—. Puedo hacer más si quieres.

Gabriel se puso en pie, haciendo trastabillar la silla. Ella le siguió, extendiéndole la mano herida y con los rasgos del rostro rotos por un gesto de rabia.

—¿No eres un príncipe? —le azuzó—. ¿Por qué no haces que pare? ¿Por qué no dices las palabras que me hagan sentir mejor?

De repente era como estar ante un animal de presa. Gabriel tropezó, empujado por los pasos de Patricia, pero no llegó a caer. Se vio rodeado y sujeto por aquel vestido color vino, abotargado por un olor a sótano en el que sobrevivían notas de suave perfume, y una fuerza que le hizo ponerse de rodillas.

—¡Ella está aquí! ¡Claro que está aquí! —le increpó Patricia—. ¡Siempre te está rondando!

Patricia dominó a Gabriel cuando intentó revolversse. Le sujetó un brazo con la mano herida y, usando las piernas como una gran tijera, le atrapó el cuerpo entre los muslos, contra pecho y espalda. Desde el cuello a la cintura, dejándolo como en las fauces de un animal y al tiempo colgado de un gancho. Toda la fuerza con que intentó liberarse solo hizo que el cuerpo de la muchacha temblara apenas. La vio sonreír y su boca le pareció extraña. Luego, ella lo sujetó del pelo y le apretó la cara contra su vientre, cegándolo. Patricia rió con crueldad infantil.

—¿Por qué no te acercas hasta tocarlo? —preguntó desafiante—. No estarías siempre cerca si no pensaras terminar haciéndolo.

Patricia tomó a Gabriel del mentón, liberándole el rostro y lo sujetó así, ofreciéndolo al vacío de la sala.

—¡No sé de qué hablas...! —protestó Gabriel, sin apenas espacio para articular entre los dedos que le aprisionaban la boca.

Al oír su voz, Patricia le alzó el rostro, aflojó la presa de sus mejillas y la expresión se le volvió melancólica, buscando en los ojos castaños de Gabriel algo sutil y perdido.

—¿Les has mirado alguna vez a los ojos cuando son heridos? —preguntó, aflojando la tenaza de sus dedos hasta una caricia—. Cuando ven que algo tan negro se les echa encima. Parece que intentan decir que ellos no son solo ese momento; son infinitos momentos antes de ese. Es entonces cuando les sientes

verdaderamente cerca, cuando también quedan desamparados. En ese momento están a solas con nosotras...

Patricia volvió de nuevo el rostro de Gabriel hacia el vacío.

—Tú podrías ser algo así para él —dijo, como tentando a la ausencia que cubría la sala—. Serías lo más importante en su vida...

Apretando los labios, Patricia contuvo una risa emocionada.

—...Otra vez —dijo.

Con la horrible sensación de tener todo el cuerpo comprimido, Gabriel buscó con la mirada a aquel interlocutor fantasma, solo encontró paredes y mobiliario de hospital, más estériles e indiferentes que nunca. Intentó liberarse, pero tan grande parecía la fuerza de esa niña como inútiles todos sus intentos. Quiso hacerse oír por el guardia, mas la presión sobre su pecho se hacía tan grande que solo consiguió unas pocas sílabas mal lijadas antes de fallarle el aliento.

En retribución a sus esfuerzos, Patricia le estrechó la muñeca con saña.

—Es tan frágil... —dijo—. Podría arrancarle la mano. ¿Qué harías entonces? ¿Guardarías la mano junto al botón? ¿Tregarías al revés en el tiempo para decirle a tu niño que algún día le habría de pasar algo tan horrible?

La muñeca de Gabriel crujió con un chasquido sordo, pero fue cuando Patricia le presionó la base de la espalda con la pierna el momento en el que su voluntad perdió un grito ahogado, a pesar de la morfina. Uno de esos gritos que no se pueden disimular clavando la lengua al paladar, que aparecen rajando la garganta con la voz de otra persona.

—Patricia, si le haces daño...

El dolor había dejado la mente de Gabriel vacía por un instante y no pudo ubicar aquellas palabras cuando crujieron en la habitación conteniendo rabia. No fueron suyas, ni de Patricia, pero, aunque aparte de ellos la estancia mantenía un obstinado vacío, durante un momento, él mismo esperó ver a Vanessa.

Sobre él, Patricia sonrió triunfal y le retorció la muñeca, decidida a forzar los límites de la carne. Algo pasó entonces. Algo llegó con rapidez y fuerza. Gabriel temió de verdad que la mano se le hubiera desprendido cuando cayó al suelo. Creyó que era él quien gritaba. Sin embargo, era una voz de mujer, con dolor y rabia como para desollar a los ángeles. Y hasta que el reflejo del espacio no se asentó en sus ojos, fue inútil intentar entender nada.

Vio un vestido blanco, una mano de gesto encrespado con los dedos índice

y corazón empapados en sangre. Al levantar la vista, reconoció aquella melena castaña y rizada. Al otro lado de la habitación, Patricia se retorció como un insecto recién mutilado. Se enredaba y caía creando un caos de frascos rotos, y gritaba llevándose las manos al rostro del que la sangre manaba a latigazos.

—¡Mis ojos! —gritó—. ¡Mis ojos!

Reaccionando al movimiento de aquella criatura, el vestido blanco se interpuso siempre entre Gabriel y ella, hasta que Patricia se puso en pie y se echó contra una de las ventanas, gritando.

Gabriel esperó el estallido de cristales y a la joven precipitándose tres pisos sobre el adoquinado. En su lugar, todo lo que no pasó le causó una fuerte sensación de vértigo en la tripa. Patricia dejó de estar, fue como si la viera correr a través de la habitación que se reflejaba en las ventanas, cruzarla en dirección a la puerta y desaparecer, dejando en el aire un grito que lloraba tanto como rabiaba.

Logró ponerse en pie, miró la ventana intacta y, luego, al otro lado, la puerta de la consultoría abierta cuando tendría que estar cerrada. Recostó su dolorido peso contra el escritorio y la miró a ella.

—Vanessa —dijo, arrancándose un jadeo.

Ella aún tardó en volverse. La tensión en su cuerpo se había ablandado en abatimiento. Su silencio lamentaba algo sin remedio y, cuando se giró, mirando tímidamente por encima del hombro, sus ojos mostraron un malestar avergonzado.

Sus miradas se encontraron sin humo y espejos y, como si eso no bastara para quebrar su incredulidad, Gabriel intentó incorporarse. El dolor rechinó en su espalda, impidiendo que sus músculos reunieran fuerza suficiente, y volvió a quedar recostado contra la mesa. Vanessa escuchó el quejido, y tuvo que sujetarse los pulgares entre los puños para dominar cualquier impulso y que aquella última y escasa distancia entre ellos siguiera inviolada.

—Lo siento.

Una voz débil que casi temía ser oída. Vanessa se dio la vuelta y salió de la habitación con pasos descalzos, difíciles de seguir por un cuerpo dolorido como el de Gabriel. Y, cuando al llegar a la puerta, le escuchó llamarla, sus emociones lucharon como agujas de reloj moviéndose en sentidos opuestos. La volvieron a dejar quieta sin atreverse a volverse.

—Vanessa, espera... —le llamó Gabriel—. Entonces, ¿es verdad?

En la oscuridad del corredor, los ojos de Vanessa brillaron como los de los gatos. Aquello dejó a Gabriel bajo los quicios de la puerta, con tan solo

unos pasos más por dar delante de él.

—Lo que dijo esa mujer...

Vanessa se acercó. Algo de luz rehizo sus rasgos, miró a Gabriel como entrándole dentro, y un resquemor de miedo zozobró en su mirada.

—Has hablado con Mara.

—¿Cómo te ha pasado esto?

Un bosquejo de sonrisa dio un aspecto lastimero a la expresión de Vanessa cuando se encogió de hombros. Pareció reconocerse derrotada por una broma que no entendía y de la que había acabado siendo víctima.

—No lo sé... —respondió.

—Dijo algo de la oscuridad, que habías tenido que hacer algo —recordó Gabriel—. ¿A qué se refería?

Los pequeños pies de Vanessa, totalmente mudos en aquellas ajadas medias, retrocedieron unos pasos cuando Gabriel se acercó.

—Cada noche —añadió ella.

Esas dos palabras cargaron una fría advertencia y dibujaron un corte de niebla entre ambos, una línea que no debía cruzarse. Gabriel aceptó esa distancia y se detuvo.

—Tu espalda. A veces duele, ¿verdad? —la voz de Vanessa se suavizó respetando un secreto—. Cada vez que tomas tu droga te dices que dejarás de hacerlo pero, cuando el dolor regresa, es tan difícil resistirse... A veces, hay algo más que te duele, y también debes calmarlo. Creo que se parece un poco.

—¿Qué puedo hacer?

En aquel gesto de Gabriel, manos desnudas y ofrecidas, en aquella combinación de voluntad e impotencia, Vanessa pareció reconocer algo que hubiera echado de menos y sonrió con nostalgia.

—Lo que de mí quede en ti será lo único de mí que llegue al cielo —respondió.

Si la oscuridad era algo más que un efecto de la luz sobre las superficies, si podía ser una materia independiente de todo aquello que apaga, Vanessa pareció transformarse en ello cuando retrocedió, y Gabriel no supo en qué momento dejó de estar.

El claustro de seda debía su nombre a todo lo que allí entelaba la mirada y embriagaba los sentidos. Un deambulatorio guarnecido por vidrieras en el que la bruma de los narguiles y pipas de opio emborronaban el escenario, y donde los medio-durmientes a la caza de sueños se volvían sombras chinescas, sumergidos tras las cortinas de tafetán que delineaban sus cubículos.

La figura de Vekania era quizá la única que allí podía reconocerse en pie. Con la calma y la disciplina que exige un trabajo artesano, preparaba las mixturas, encendía las pipas, estudiaba las miradas y procuraba que cada uno tuviera el veneno que deseaba.

—Cara Metzina.

—Noviembre —Vekania miró a la niña como si no esperase verla allí—. Las polillas no deben venir aquí. El aire está muy cargado.

—Te están buscando —anunció Noviembre.

Acuclillándose junto a uno de los divanes, Vekania preparó una picadura liliácea en una pipa de agua, la prendió, y dejó la boquilla entre los dedos laxos de uno de sus pacientes.

—Todos me buscan, todos me necesitan —Vekania dio una suave musicalidad a las palabras—. Pero todos deben esperar su turno.

Vekania miró a Noviembre enarcando una ceja, pero el gesto cómplice se diluyó cuando notó que la niña mostraba un fruncimiento inseguro mirando hacia un lado, hacia una figura que se encontraba de pie en la bruma.

—No es eso —dijo Noviembre—. Creo que está pasando algo.

Notando cómo le calaba el tono de la niña, Vekania se puso en pie. Reconoció las hechuras y el uniforme en aquella figura, pero la actitud transmitía algo distinto y tuvo que acercarse para confirmarlo.

—Gabriel —le saludó cuando hubo menos bruma entre ellos.

La mirada de Gabriel estaba cargada, cortaba tras los mechones de su cabello desordenado. La envenenadora no tardó en notar las motas de sangre y los cardenales de sus mejillas. La guerrera a medio abrochar, una mano cerrada en puño y la otra cercana al pecho, como si le doliera.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó.

—Discúlpeme por presentarme así —dijo Gabriel con una voz que crujía como el cuero—. Pero necesito hablar urgentemente con su padre.

—Muy bien.

—Esta noche —puntualizó Gabriel, suavizando la mirada para poder mirar a los ojos de la envenenadora.

—Eso no será problema —le tranquilizó Vekania—. Le acompañaré.

Mostrándose solícita a causa del aspecto del teniente, Vekania le indicó que la siguiera y lo condujo al piso superior. Allí cruzaron puertas comunes con menos pretensión de pompa. Debía de ser la zona del edificio habilitada como domicilio de los artistas, pero Gabriel no supo reparar en nada de ello. Caminaba con la vista clavada en las botas y las pupilas rígidas. Solo pareció cobrar noción del entorno cuando ella le hizo detenerse.

—Espere aquí, por favor —le pidió Vekania—. Será solo un momento.

La madera y la escasa luz oscurecían el estrecho corredor por el que se alejó Vekania, pero a uno y otro lado, pequeños brillos de contra definían una serie de volúmenes que guarnecían las paredes. Cuando la envenenadora le indicó que se acercara, aún a pesar de su ánimo, no pudo evitar caminar con inquietud ante todos aquellos rostros: máscaras de yeso en vidrieras, todas distintas, todas durmiendo, hasta que llegó junto a ella y le hizo pasar.

Era una sala amplia, decorada con riqueza. El aroma de vejez que dominaba el teatro estaba también allí, pero en una manifestación más familiar y confortable de la que Gabriel se sintió inmediatamente extranjero.

Viéndole entrar, el Guardián de eventos se puso en pie, dejó unos papeles en el escritorio y no ocultó su desagrado al cruzar miradas.

—Puedes dejarnos, Vekania —le dijo a su hija.

Un leve suspiro de labios entreabiertos fue todo lo que quedó de las intenciones de Vekania de permanecer allí. Asintió y retrocedió para marcharse.

—Gracias —le dijo Gabriel.

Al oírle, Vekania se detuvo y miró a Gabriel, notando la disculpa implícita en su tono. No logró disimular su inquietud al marcharse.

—Esta está siendo una larga noche —el Guardián de eventos levantó la voz, recordando a Gabriel adónde debería dirigir su mirada—. Acérquese y cuénteme.

Gabriel llegó hasta la mesa del señor Domedel y, aunque este le indicó que tomara asiento, permaneció en pie mirándole fijamente. Ante aquellos ojos, el Guardián de eventos sencillamente sonrió sardónico.

—Parece que me ha escogido usted como culpable de algo.

—Vanessa.

Domedel lo observó sin expresar nada concreto, esperando que fuese él quien decidiera cómo debía reaccionar ante aquel nombre. Aquello quemó a Gabriel en todas sus fibras. Golpeó la mesa con los nudillos y quedó sobre esta como un ave rapaz, mirando fijamente a aquel hombre.

—Uno solo más de sus juegos y regresaré a este lugar con una sección entera para arrasarlo —le amenazó Gabriel con palabras afiladas.

—Terminaría usted en el Rif emplastando sífilis y amputando miembros —replicó Domedel, impasible—. Tenemos poderosos padrinos.

—¡Dígame qué le han hecho a Vanessa!

Gabriel moderó lo que podría haber sido un grito pero no la rabia. No se tensó, no apretó los dientes, pero la drenó dándole un tono fúnebre a su voz.

—Nosotros también padecemos a esas criaturas —apuntó con saña—. No se atreva a insinuar que forman parte de esta casa.

—¿Entonces por qué están aquí? —preguntó Gabriel poco conforme—. ¿Qué son?

El Guardián de eventos apartó la mirada y su mente repasó todas las veces que se había quedado a solas con esa pregunta. Todas las conclusiones infructuosas y sesgadas se resumieron en el gesto despreciativo que arrugó sus labios.

—Cucarachas —contestó—. Iguales a ellas. Podrías agotar inútilmente todos tus esfuerzos intentando encontrarlas. Luego enciendes la luz y ves cómo se esconden.

Con aquel modo de mirar, severo y penetrante, los ojos de Domedel otearon la habitación que les envolvía.

—Si golpease una de estas paredes hasta hacer un agujero, saldría toda clase de inmundicia —medio susurró—. La realidad es igual: tiene paredes, y hay cosas que habitan entre esas paredes. Usted las ha visto, ¿no es así?

Su humor no le facilitaba hacer concesiones a aquel hombre, por lo que Gabriel asintió en silencio.

—A veces se diría que son como usted o como yo. Y luego, algo se te mete por dentro, y dirías que hay más humanidad en un insecto —Domedel habló como si aquello llevara tiempo agriándosele en el pecho—. Ni siquiera están en nuestro mundo. A menudo solo llegan aquí como sombras, reflejos en un cristal, una especie de eco... Se mueven entre las bambalinas de la realidad. Podrían incluso estar aquí en este instante... Aparecieron en el teatro como lo hace una mancha de humedad, ya hace diez años.

Algo cuajó en Gabriel con angustia, de un modo demasiado notable como para que Domedel no lo notara en su expresión.

—Vanessa desapareció hace diez años.

Domedel asintió y se puso en pie.

—Ya veo. Temía que su llegada terminaría precipitando algo, pero está

claro que tiene usted algún papel en esta historia y, aunque me disguste, no puedo oponerme a eso. La prueba de ello es que es usted la primera persona con quien hablo de esto —dijo, saliendo de detrás del escritorio—. Por eso mismo le contaré algo que nadie más sabe. Tal vez así entienda cuáles deben ser los límites.

El ambiente continuaba siendo rígido y cualquier gesto o palabra rozaban. Pero, al menos, parecían llegar a la diplomacia de los condenados a entenderse, así que, manteniendo tácitamente las distancias, Gabriel siguió al Guardián de eventos cuando este le indicó que lo acompañara.

Una gota de culpa resonó a lo largo de sus entrañas al encontrarse con la expresión preocupada de Vekania. La envenenadora les había aguardado y se puso en pie al verlos salir, abandonando una espera intranquila en el sofá. Con un gesto, su padre le dio a entender que debía dejarles solos y la máxima cortesía que Gabriel pudo permitirse fue una mirada por encima del hombro.

Compartiendo un silencio que habría podido usarse de hormigón, siguió a Domedel hasta una sala que le recordó a las aulas universitarias en las que estudió anatomía.

—Pase.

Domedel manipuló la llave del gas hasta lograr más luz y la sala entera pareció crecer en torno a aquella puerta. Todas las direcciones se movían hacia ella e incluso el suelo adquiría un vértigo deslizante. Y no era tan solo un efecto de la disposición en anfiteatro, era una sensación. En torno a la puerta, el silencio sostenía cierta tensión, como un pitido en los oídos tras una cacofonía prolongada.

Ambos quedaron frente a ella y Gabriel confirmó que la sensación no procedía tan solo de que la puerta fuese innatural arquitectónicamente. Esa madera callaba no por ser madera, sino porque había decidido no decir nada.

—¿Qué es esta puerta?

—La llamamos la puerta de *Otranza*.

—¿Y qué tiene que ver con nada?

—Este lugar, el teatro, es muy viejo, y se construyó en torno a esta puerta, que estaba aún antes —explicó el Guardián de eventos, cruzando las manos a la espalda—. No es la única de su clase. Sirven para marcar los límites del mundo.

Gabriel no estaba de humor para juegos, y Domedel le notó contener el aliento en el pecho para atemperar sus emociones. El Guardián de eventos lo miró fijamente, retándolo a encontrar un ápice de mentira en sus ojos.



—Lo que hay al otro lado de esta puerta no es el mundo; es otra cosa.

El Guardián de eventos relajó un tanto su actitud y caminó, acompañando sus siguientes palabras.

—Por supuesto, tiene algunos usos. Se supone que, cuando una persona y el mundo concluyen que nunca van a entenderse, dicha persona puede decidir cruzar la puerta con la esperanza de encontrar o crear algo distinto al otro lado —Domedel se detuvo y contempló la puerta con algo de distancia—. Se acompaña de toda una ceremonia. Esa puerta, teniendo, solo puede abrirse desde nuestro lado...

Fija en la puerta, la mirada de Domedel adquirió ese carácter somnoliento de quien debe dominar un escalofrío.

—Sin embargo, una vez la encontré abierta —con un parpadeo, cortó la mirada con la puerta y se volvió a Gabriel—. Una vez, hace diez años. Y algo entró.

—Algo entró. ¿Esa es su explicación? —le desdeñó Gabriel—. ¿Un montón de abracadabra?

Domedel sonrió, carente de buenas intenciones.

—Comprendo que la incredulidad le reconforte. No es sencillo tener que cuestionárselo todo solo porque alguien pronunció la palabra «vampiro». Pero usted los ha visto.

—Bien se aseguró usted de arreglar un encuentro —replicó Gabriel.

—¿Se refiere a esa mujer, Mara? —Domedel pareció alterarse al pronunciar aquel nombre—. ¿Entonces se encontraron usted y ella?

La actitud del Guardián de eventos desorientó a Gabriel. Aun con toda la superchería y candilejas, no le parecía un hombre que necesitara disimularse a sí mismo delante de otros, y encontró inesperado su aparente desconocimiento del encuentro.

—Pues claro: su juego, sus reglas —respondió Gabriel con acritud—. Y la misma convicción de que estaría mejor lejos de aquí.

—No —dijo Domedel tajante—. Yo reúno a los invitados, y la hice venir a ella como a usted. Pero en la Ronda de presentes el encuentro queda totalmente al azar.

—¿Y por qué haría esa tontería si lo que usted quería era reunirme con ella?

—¡Porque así es como se deja expresarse al destino! —Domedel se rasgó esas palabras de dentro.

—¿El destino? —Gabriel retorció la palabra con un sarcasmo—. Me

permiso recordarle que aquí ya no hay público.

—¡Y yo le recuerdo que usted no sabe nada de este lugar! —replicó Domedel con desprecio—. El Teatro de la noche responde a unas reglas, reglas que responden a un espíritu. Aquí todo es un escenario, todo es una obra en representación. Los cortapisas y el sinsentido del mundo exterior quedan fuera. Aquí no hay personajes secundarios. El destino define un papel para cada uno de nosotros, un papel que nos recuerda nuestro derecho a existir y que lo que somos tiene un valor. Cuando aparecen nuevos personajes, se respeta su derecho y se aguarda a ver qué obra representarán. Por eso debo tolerarle a usted, y por eso debo tolerarlas a ellas.

—Pues se contradice usted con sus intenciones de alejarme de aquí.

—Por supuesto, señor, por supuesto. Quiero creer que la historia acaba con usted marchándose de aquí —aseveró Domedel—. Porque hay un límite moral, y sería una canallada mantenerse al margen sabiendo que algo va a acabar mal.

—¡Por eso mismo vine yo aquí! ¡Para evitar que acabara mal para alguien que me importa! —replicó Gabriel—. Y ahora que sé lo que ha pasado no puedo volver la espalda.

Toda la conversación había transcurrido en un tono tenso y áspero pero, oyendo aquello, por vez primera Domedel pareció a punto de perder la compostura.

—¡No entiende lo que son esas criaturas! —prorrumpió, sujetando impulsos entre las manos que apretaba a la espalda—. Son hambre, hambre de todo lo que han perdido, de lo que no pueden sentir, hambre de regresar. Si sienten que algo de alguien puede saciarles, solo hay un modo en que pueden tomarlo.

Domedel dejó aquellas palabras en el aire y, asqueado de ocupar el mismo lugar que ellas, se dirigió a las escaleras. Gabriel supuso que aquella entrevista se había consumido.

—¡¿Y qué demonios significa eso?! —le espetó.

—No tiene caso decírselo. Si tanto le importa esa persona, no querrá entenderlo.

Claro que no bastaba, pero el Guardián de eventos parecía tan convencido que no se detuvo al pronunciar sus últimas palabras, y a Gabriel le pudo demasiado el orgullo como para seguirlo. Se quedó en aquella sala con todos sus sentimientos incompletos y, al poco, el vacío comenzó a zumbar con respiración propia. Se volvió a la llamada puerta de Otranza dudando y, por

un momento, se vio dándole la razón al Guardián de eventos. Tal vez había demasiado que no podía entender. Para él, el mundo no acababa en esa puerta, sino cruzando las del teatro.

El silencio de la puerta tenía la poderosa indiferencia de los ojos de un halcón. Gabriel decidió no arriesgarse y abandonó la sala.

—¡Gabriel!

La voz le llegó en un susurro. Al volverse, Vekania dio un paso hacia él para hacerse distinguir en la penumbra del corredor. Soslayó un par de miradas alrededor para cerciorarse de que estaban solos, y mantuvo el tono al volver a hablar.

—¿Qué tenía que tratar con mi padre? —el tono amable denotó la voluntad de Vekania de no tomar partido, pero también el desasosiego que arrastraba.

—Nada —respondió Gabriel en un torpe intento por restar importancia a la situación—. Creí que era él a quien debía preguntarle algunas cosas.

Vekania guardó silencio y lo miró, de un modo acariciante pero artero. Si sabía mejor que él cómo había mezclado verdad y mentira, decidió conceder y callar.

—Entonces, ¿piensa arrasar mi casa con, cómo lo llamó..., una sección de soldados?

La sonrisa disculpante de la envenenadora ayudaba pero, aun así, Gabriel se mordió la cara interior de los labios esperando hacerse daño.

—No, claro que no. Fueron palabras solo... una estupidez —los hombros de Gabriel se aflojaron y los brazos le cayeron débiles a ambos lado del cuerpo—. Siento cómo me he presentado, discúlpeme. Esta está siendo una noche...

—Extraña —le ayudó Vekania, como disfrutando de la repentina dificultad del teniente con las palabras—. Sí, eso he oído...

Gabriel hizo un mohín parecido a una sonrisa indefinida, reconociendo que esa noche se sentía demasiado pequeño ante demasiadas cosas. Aquello cuajó de alguna manera en Vekania que súbitamente apartó la mirada, como si hubiera encontrado un motivo para la vergüenza. Vaciló, y, finalmente, el gesto inseguro de su mano se convirtió en un ofrecimiento al extenderla hacia él.

—Venga conmigo. Le ayudaré a ponerle un buen final.

Una noche extraña. Quizá esa mano tendida la haría aún más extraña. Quedaban muchas cosas por concluir y debería dejarse mortificar por ellas para sentirse bien consigo mismo. Pero, si hubiese escogido bien su vida, no necesitaría morfina para acabar cada día. Y, de todo entre lo que dudaba,

tomar la mano de la envenenadora parecía lo más sencillo.

Vekania se llevó un dedo a los labios, comprometiéndole a un secreto. La noche había traído palabras duras, verdades difíciles y sangre, pero aquella mano era suave y cálida en contraste con las horas anteriores. Lo llevó escaleras arriba como en huida, compartiendo furtividad al regresar a los domicilios de los artistas. De nuevo el dedo en los labios, más pasos cautelosos, una puerta desconocida, crujiendo como para herir, y por fin la luz, desplegándose lentamente.

Vekania se volvió a él y acompañó su primera mirada a través del cuarto, teatralizando un gesto de indefensión al reconocerse expuesta en aquel espacio que la resumía.

—Pase, por favor.

—¿Es su cuarto? —preguntó Gabriel—. ¿Seguro que es correcto?

—Créame, Gabriel, a estas horas de la noche las normas duermen.

Tirando suavemente de él, Vekania le hizo vencer la duda de sus pasos y cerró la puerta a su espalda. Gabriel se adentró en la estancia, moviéndose con la adormilada libertad de una hoja en un estanque. Si aquello era un dormitorio, sus funciones se veían arrinconadas a ambos lados de la puerta que acababa de cruzar, donde había una pequeña cama y un tocador. Pero el espacio se extendía más allá, hasta presentarse mejor como el estudio de un artista o una sala de estar. Se necesitaban solo unos cuantos pasos más y se comprendía que el espacio aceptaba cómodamente ambas impresiones. Para entonces ya se estaba cerca del corazón del lugar, notando crecer el olor a hierbas sobre el de jabones o cremas, e inevitablemente la vista recorría entonces varias mesas, imaginando las manos que trabajaban con aquellos matraces y morteros, la pequeña balanza o los frascos llenos de sustancias.

—¿Le interesa mi farmacia? —preguntó Vekania al verlo centrado en los estantes—. Apuesto a que no conoce la mitad de ella.

—Ganaría usted —concedió Gabriel, curioseando aún entre los frascos y sintiendo que era agradable dejarse derrotar por ella.

Dejando atrás los extraños libros y los botes de preparados, el lugar cambiaba. Descendían unos escalones hacia una terraza acristalada, cubierta por una bóveda de vidrio tintado. El mobiliario presentaba el espacio como un salón. Al borde de aquellos peldaños, Gabriel se detuvo notando un arrullo de fascinación casi infantil.

¿Cuánto de una persona toca a otra si sus caminos se cruzan?, se preguntó Gabriel siguiendo sus emociones. Podría haberse cruzado con Vekania sin

saber nada de ella, en la calle o en un quiosco de bebidas, y habría ignorado todo lo que la componía, en lo que se convertiría cuando sus ojos dejaran de verla, cómo se ramificaba y crecía a través de cada uno de aquellos objetos. Desde los libros hasta los ungüentos del tocador... Con cualquier elemento podía seguir un camino a través del tiempo y luego recomponer un retrato de esa persona que cupiera en su bolsillo. Poder recrear un universo entero con la sola mención de un nombre. Todo sin palabras.

Una sensación cálida llegó a su mano. No había esperado tenerla tan cerca, pero Vekania se le había aproximado y le descubrió el antebrazo, arremangándole la guerrera. Sobre la piel macilenta aparecieron una serie de cardenales recientes, con la sombra de lo que parecía una pequeña garra.

—¿Qué es esto? —se extrañó Vekania.

Asegurándose de que no resultara un gesto brusco ni descortés, Gabriel volvió a cubrirse el brazo.

—Yo mismo tendría que entenderlo primero para poder explicárselo.

Con un refunfuño, la envenenadora lo miró haciéndole notar que transigía pero no confiaba.

—Usted siempre tiene secretos —le dijo—. Póngase cómodo, por favor. Prepararé algo especial.

Había una *chaise longue* bajo la bóveda. Vekania se la ofreció acariciando el tapizado mientras ella se dispuso a buscar algo en una vitrina cercana. Gabriel aún se movió con la cautela de un extraño pero, finalmente, su cuerpo solo supo ser sincero. Al primer contacto con el acolchado, sus músculos parecieron derramarse. Dolor y cansancio se ensañaron y los admitió con un suspiro.

—No son mis secretos. Si lo fuesen, sería todo más fácil —aclaró Gabriel, sin saber qué le había llevado a hablar—. Yo no tengo secretos. Soy un hombre sencillo.

Vekania regresó con un pequeño cofre de teca. Dejó caer unos cojines en el suelo, cerca de él, y se sentó sobre ellos.

—Pues lo que ha dicho ya me parece complicado —puntualizó—. Usted es un hombre volcado hacia adentro, no sencillo.

No lo planteó como una propuesta, sino como una afirmación. Le dejó sobre las rodillas el cofre que había traído, instándole a sujetarlo mientras ella lo abría y sacaba del interior algo que Gabriel reconoció como una pipa de opio.

—Vino aquí buscando a alguien, alguien que está y no está. Eso ya es un

misterio —ayudándose de unas tenacillas, Vekania comenzó a calentar un grano de opio en la llama del candil—. Me queda el deseo de saber por qué creyó que el Viejo Teatro era el lugar donde buscar.

—Me llegó una de esas invitaciones, las del membrete púrpura.

Vekania sonrió, advirtiendo algo que le era familiar, mientras colocaba la cerosa pasta en la pipa.

—Esas invitaciones se envían al azar. Nuestras polillas escogen las direcciones sobre el callejero y se echan al correo —le explicó—. Una forma de darnos a conocer, con algo de magia...

Gabriel notó que algo por dentro se le quedaba cojo y no supo si sentirse ridículo o presa de una impresión siniestra. Desde el principio relacionó la invitación que le había llegado con la que encontró entre los efectos de Vanessa y creyó que ella estaba detrás. Si todo había sido fruto de una coincidencia, se le antojaba demasiado poderosa.

Un aroma penetrante movido en un humo azulado postergó sus emociones. Vekania prendió la pipa, aspiró de ella y se la entregó. Gabriel contempló aquel objeto atribuyéndole una inventada ingenuidad infantil.

—¿Es por esa filosofía del destino que tienen aquí?

—Exactamente.

Proponiéndole la rendición como algo seductor, Vekania se irguió sobre las rodillas y le empujó suavemente, logrando que su cuerpo quedara totalmente tendido. Con poco más de una caricia, le tomó las manos y acompañó el camino de la pipa hasta sus labios. Recordando lo dulce que era ausentarse de sí mismo, Gabriel aspiró una larga bocanada llenándose los pulmones. Y sus compromisos con el mundo comenzaron a debilitarse.

—Esta noche he visto algo extraño... —las palabras se le fueron, disueltas en el humo que surgió de sus labios—. Aquí todos parecen creer en lo que no se puede explicar, en la magia. ¿Crees en todo eso?

Vekania tomó la pipa de entre sus dedos y postergó la respuesta el tiempo de tomar una nueva calada. Cuando sonrió, el dibujo del humo escapó de su boca igual a una melena sumergida.

—¡Oh! La magia existe —afirmó con una inflexión dulce en la voz—. La magia es una actitud: la facultad de reconocer la belleza propia de cada cosa.

Con el opio embriagando el aire y mirando a Vekania, era tentador creer lo que decía. Pero los ojos oscuros, los rostros pálidos de la consultoría seguían atenazados en su memoria como para difuminarse entre el narcótico.

—Lo que vi no era hermoso.

La pipa regresó a manos de Gabriel. Vekania se dio media vuelta sobre los cojines, apoyando los codos sobre la *chaise longue* y lo observó mientras fumaba.

—Si te pregunto qué es lo que viste, no me lo dirás, ¿verdad? Serás cortes, pronunciarás algunas palabras vagas y no me lo dirás.

Gabriel alargó el silencio sin lograr reunir las palabras adecuadas y Vekania sonrió de nuevo. De esa manera agrisulce que tensa los labios hasta empalidecerlos, atribuyéndose la razón a partir de su silencio.

—Lo que te he dicho es lo que quiero creer. Pero no soy una ingenua. Sé que el mal existe, pero a menudo se halla en cosas que se han roto. Es importante honrarlas, saber ver en ellas lo que deberían haber sido y que esa imagen permanezca de alguna manera en alguna parte. Algunos dirían que estoy definiendo la lástima. Yo sé que no es así.

Aquellas ideas parecían hermosas y Gabriel trató de sujetarlas meciendo una mano entre los mechones de humo que se urdían sobre ellos.

—Creo... que yo... Creo... que vas perdiendo cosas mientras vives y que es como una carrera para ver cuánto de ti llega al final —divagó con voz entelada—. Si al final puedes todavía reconocerte a ti mismo.

La mano de Vekania acompañaba a la suya entre las volutas de humo ahora. Amodorradas y simétricas, jugaban como si los dedos entre sí fueran las teclas de un instrumento que tenía el silencio por melodía. Era ridículo, agradable, y Gabriel rió suavemente sin decidirlo.

—De entre todo lo que podrías haber creído... —le reprochó Vekania con ternura—. No venimos de un dibujo ya hecho. El dibujo se va haciendo mientras vives. «Al final» el reto es comprender el valor de lo que has sido, de lo que has sentido, que hubo algo que te escogió por encima de todas las cosas...

Sus manos seguían unidas. Vekania aspiró nuevamente de la pipa antes de devolvérsela y acomodó la cabeza sobre el vientre de Gabriel, como dispuesta a dejarse doblar por el sueño.

—Como la primera vez que te vi... —murmuró—. Estabas ahí, en las escaleras, con ese uniforme que no casaba nada con todas tus miradas de extravío... Cuando me diste la tarjeta, me recordaste a un niño en su primer día de colegio. Eso me tocó sentirlo a mí. En ningún otro momento, en ningún otro lugar habría sido posible, y ahora forma parte de lo que he sido.

—Supongo que estaba ridículo —Gabriel rió, atascando el humo en la garganta.

—¿Ridículo? —el tono de Vekania se aseguró de desencajar la palabra—. ¿Te cuento un secreto?

—¿Cuál?

Al acariciarle Gabriel las mejillas con el dorso de los dedos, al notar la calidez de su mano sobre la nuca, Vekania cerró los ojos y sus palabras siguieron como en un ronroneo.

—Noviembre no te escogió porque sí. Yo le di tu descripción exacta. Le dije «ese tráemelo a mí»—dijo casi en duermevela—. Yo trato principalmente con dos tipos de personas: los que vienen a mí a descubrir cuánto pueden sentir (estos me desean) y los que vienen a mí porque hay algo que quieren dejar de sentir. Estos me necesitan y eso hace que yo les desee a ellos.

—¿Siempre? —Gabriel presintió que en la media sonrisa de la envenenadora quedaba algo por decir.

—No —respondió Vekania—. Solo una vez.

Antes de que el adormilamiento cerrara los ojos de Vekania, Gabriel se imaginó reflejado en ellos y comprendió lo que le había faltado desde que volvió de Cuba: la mirada de ese «otro» que le reconociera y le permitiese situarse en el mundo. Volver a formar parte de todo.

Sentir y ser sentido. Eso debía ser existir.

## VII

Guillem intentó calmar aquel cosquilleo rascándose perezosamente, pero habría tenido que llegar al interior del cráneo para lograrlo. Su propio nombre parecía un hilo enhebrándose una y otra vez a través de la misma aguja. Terminó por aceptar que estaba despierto del todo y abrió los ojos.

Aún era de noche.

Su hermana seguía dormida a su lado y no había sido su voz. Ella gritaba o usaba algún mote. Todo estaba quieto, como correspondía a la hora. Había un ritmo de ronquidos tras las paredes pero no había sido eso. La única llamada que se escuchaba en ese momento era la que le instaba a regresar al colchón.

—¡Guillem!

Ahora había sido sin telarañas en la cabeza. Todo en la habitación convergió sobre la luz azulada que entraba a través de la ventana y la voz volvió a llamarle.

—Guillem.



Se incorporó con cuidado, procurando no agitar el colchón, y se puso en pie poniendo cuidado para no despertar a su hermana. El mismo tacto puso al abrir las ventanas y asomarse a la calle. Cuando la voz se repitió, ya no fue un roce dentro de su cabeza. Llegó a sus oídos más limpia, a pesar de ser solo un susurro.

Reconoció la piel pálida y el cabello oscuro pero, entre tanta sombra debía haber sido casi invisible; en cambio, sus ropas claras le daban una inesperada luz acuosa al pie de la fachada.

—Eres tú... —la voz de Guillem sonó pastosa mientras se frotaba los ojos—. ¿Qué haces aquí?

—He tenido que hacer esta noche —respondió Mara—. Pero quería verte. ¿Puedo pasar?

Guillem miró al interior de la habitación, como si la velada voz de Mara sonara como un montón de cristales rompiéndose.

—Noooo... —respondió el niño—. Todos están dormidos.

—No haré ruido —aseguró Mara—. Déjame entrar.

—Que no puedo...

Cuando la pequeña voz del niño alargó las sílabas con tono quejoso, Mara guardó silencio y lo miró. Rara y quieta, ignorando el frío de la noche sin vahos de aliento en los labios, pareció por un momento uno de esos perros que escudriñan la basura, y cuyos ojos rencorosos brillan hostiles en el fondo de los callejones.

—Déjame entrar —repitió con rigidez y al tiempo dulzura, con la clase de convicción de los que se saben respaldados por un secreto—. Te he traído algo.

Había mantenido las manos a la espalda hasta entonces y las sacó mostrando lo que llevaba en ellas, ganando una reacción evidente en la expresión del niño. En la cabeza de Guillem había un espacio vacío, un contorno en negativo que se correspondía exactamente con las formas de aquel objeto. Una ley de atracción magnética, escrita día tras día ante el escaparate de *El ingenio*, le hizo reconocer al momento la anhelada locomotora.

El ritmo de su corazón se volvió ácido, a son de crimen y secreto, y su mente intentó dilucidar el mejor modo de actuar sin que su mundo habitual, durmiendo entonces, se cerrara sobre él como un cepo. Dejó la habitación sin que el sueño de su hermana se alterara y, camuflando sus pasos con los ronquidos de su padrastro, bajó las escaleras hasta el taller. Y, allí sí, aceptando un riesgo que solo la proximidad del final hacía aceptable,

descorrió los enojosos cerrojos y abrió la puerta.

La insólita mujer estaba justo al otro lado. Resultaba desconcertante como, siendo siempre la misma, parecía cambiar de formas tan extremas. De la terrible vieja distante que parecía cuando guardaba silencio, a una suerte de niña deforme que, con aquella máquina de tren en las manos, no parecía albergar más culpa que la de haber escogido mal la hora de pasarse a jugar.

—¿Me dejas entrar? —preguntó.

—Sí, sí, pasa. Pero no podemos hacer ruido.

Dando a entender que el gesto no era ninguna broma, Guillem se llevó un dedo a los labios y tiró de las faldas de Mara hacia el interior, como si fuese algo que debía esconder bajo la cama. En cuanto cerró la puerta y se volvió, sostenida por aquellas manos pálidas, la locomotora estuvo al alcance de las suyas.

—¡Vaya! —jadeó admirado—. ¿Es para mí de verdad?

Como mejor respuesta, Mara le dejó la locomotora en las manos y se retiró unos pasos para que el niño y el objeto se reconocieran mutuamente.

—¡Vaya! —repitió Guillem—. ¿Cuánto te ha costado?

—Nada.

—Sí, anda, ¿nada?

—Entré y la cogí —repuso Mara—. Tú la querías, ¿no?

Con esfuerzo, dado que luchaba contra un terrible resquemor de emoción en el estómago, Guillem reprimió una risa. Pero, dado que la sensación no se apagaba, se vio obligado a darle salida, y la redirigió a la mano con que retorció la llave de cuerda de la locomotora. Dejó la máquina en el suelo y, emitiendo un zumbido que le supo a música, vio cómo empezaba a moverse.

Mara se hizo a un lado cuando la locomotora se dirigió hacia ella. Si topaba con sus botines y caía, se desvelaría ante Guillem como una impotente asociación de engranajes. Y, en aquel momento, aquello era tanto como un pecado. Prefería cincelar en su memoria la sensación de sentirse admirada, de ser tenida por una especie de hermana mayor dotada de los méritos necesarios como para que el niño, en su incipiente concepción del mundo, la tuviera por «una de los suyos».

—Estás rara.

—Sí, me gusta —Mara se contempló la blusa blanca sobre los brazos, paladeando intensamente la impresión del cambio—. Dijiste que el negro me hacía extraña.

Guillem recogió la locomotora y, encogiéndose de hombros, se sentó en el

suelo, apoyando la espalda contra una de las mesas del taller. Hizo así un nido con las piernas en el que acurrucó la máquina de hojalata.

—Sigues siendo rara —claudicó—. Los grandes nunca hacen caso de los niños.

Mara se acercó a Guillem y se sentó a su lado, imitando la forma exacta en que el niño lo había hecho.

—Yo hago lo que quiero. Ya te lo dije —le recordó—. Y tú eres especial.

—¿Especial? —Guillem fingió desconfiar, aunque la respuesta se le hiciera tentadora—. ¿Por qué, por limpiar botas en Canaletas?

—Por eso, y porque cuando te veo siento que podría recordar a alguien.

Quizá había entendido lo que Mara había querido decir, pero Guillem no podría asegurarlo y la miró enfurruñando la nariz, redundándose en las impresiones que aquella mujer le causaba.

—¿Te recuerdo a alguien?

—Quizá, no lo sé.

—¿No lo sabes? —Guillem volvió a enrarecerse, poniendo el mismo gesto que si hubiera tragado jarabe—. ¿A quién?

Guillem notó cómo Mara presionaba las mandíbulas y sus ojos se llenaban de esa ausencia propia de una muñeca. Pasó a estar lejos, muy lejos, y su voz tardó en recorrer el camino de regreso.

—No lo sé.

Las palabras se deshicieron con un algo brumoso, arrastrando una resignación acostumbrada pero aún desagradable. Guillem se quedó contemplando el perfil de Mara aprovechando su ensimismamiento. No parecía muy distinta al juguete que le había regalado. Ella misma parecía algo a lo que debiera darse cuerda para que aparentara estar viva. Pero la única clavija que el niño tenía a su alcance era la de la locomotora. La hizo crujir de nuevo y, sosteniendo la máquina en su mano, observó las ruedas moverse buscando algún camino bajo ellas.

—Sigues creyendo que algún día te escaparás.

Guillem no se sorprendió. Sabía que Mara tenía algún modo de saber las cosas que no se decían. Ya no se le hacía incómodo, nunca le juzgaba por ellas, y escuchar sus secretos en la voz de ella les daba más firmeza, como si empezaran a abrirse paso en la realidad.

—Eso creo —contestó Guillem, ahogando las palabras en un bostezo—. Creo que no solo mi padre no es mi padre. Creo que me recogieron de la exclusiva y que debería estar en otro lugar.

El niño se frotó un lagrimeo cansado de los ojos, pero se esforzó en mantenerlos abiertos y seguir las oscilaciones de las ruedas.

—Se enfadaron mucho cuando traje las veinticinco pesetas —añadió—. Que si de dónde las has sacado, que si cómo te las van a dar... ¡Pero bien que se las quedaron!

Mara escuchó al niño con atención, devorando absolutamente todo de él; el timbre exacto de su voz, los gestos de su cara, los inconscientes aspavientos de sus pequeñas manos, el brillo húmedo en torno a los párpados. Haciéndole sentir algo que justificó el impulso con que se llevó la mano a uno de los bolsillos de la falda.

—Ten.

Forzando sus párpados a seguir abiertos, Guillem miró la tarjeta que le entregó Mara y la tomó de entre sus dedos cortantes.

—*El vell teatre de la nit...* —leyó con torpeza, amasando cada palabra como arcilla reseca—. ¿Qué es esto?

—Si al final te escapases, ven a verme.

Guillem supuso que pertenecer a un teatro hacía más aceptable todo lo raro de aquella mujer. Leer la tarjeta y guardarla en la cabina del tren fue lo último que recordaría de esa noche. En algún momento se quedó dormido, y Mara se vio recogiendo su tenue peso en el regazo.

Amparada entonces en ese modo absoluto de dormir que tienen los niños, recorrió y reconoció todo lo que le componía. Contrastó aquellas manos de color cálido y apastelado sobre las suyas, asombrándose de que su propia piel fuera tan similar al color del mármol. Se arrancó un mechón de pelo y lo dejó en la cabeza del niño, comprobando que era igual de negro e indistinguible. Y, sobre todo, contempló su perfil dormido, preguntándose cuándo en su vida hubo un rostro similar a aquel, y qué fue ella en aquel entonces.

## VIII

Le terminó despertando un sonido disperso que llegaba de fondo, como agujas cayendo caprichosamente, y se tomó su tiempo para comprender que se trataba de una lluvia incipiente golpeando los cristales sobre él. Entonces fue capaz de recuperar los últimos momentos antes de cerrar los ojos: aquel perfume característico llenando el aire y el confortable peso sobre su pecho.

La luz de los candiles debió de consumirse por sí misma y el dibujo

reflejado a través de las ventanas le permitió reconocer el cuerpo de Vekania, tendido a su lado. Provisto con la clase de intimidad que la oscuridad favorece, se esforzó en sentirla todo lo posible sin arriesgar un solo movimiento. Notó el cosquilleo de su cabello en la barbilla, el ritmo apacible de su respiración derramándosele sobre el uniforme y el contorno de su cuerpo.

Como no podía ser de otra manera, otras partes de él terminaron también por despertarse, las que traían consigo las nociones del deber y lo inevitable, y dieron cierta rigidez a su cuerpo, pues Vekania emitió un murmullo desorientado. Alzó el rostro, lo miró y, con un bufido frustrado, volvió a arrebujarse contra su pecho.

—Tienes que irte, claro —dijo ella anticipándose.

—Va a amanecer. No quiero causarte problemas.

Vekania reunió voluntad suficiente para incorporarse y asintió con un nuevo murmullo. Gabriel la siguió cuando le ofreció la mano. Comprendió que prefiriese no encender ninguna luz y aceptó dejarse guiar en la oscuridad.

—No hagamos ruido —le pidió Vekania al abrir la puerta.

No necesitó resaltar el gesto apurado de la envenenadora para darse cuenta de que aquella era una directriz importante y, aunque sus botas no lo hacían sencillo, Gabriel puso todo su empeño en ello. El gorgojo del peligro motivó la complicidad entre ellos cada vez que crujió una tabla. Se mordían los labios, los dedos enredados ganaban fuerza, y ambos se quedaban rígidos esperando que nada más se moviera. Para Gabriel, resultaba desconcertante cómo un espacio podía llegar a transmutarse de forma asombrosa siendo el mismo. El teatro, en aquel silencio, había dejado de ser el escenario del asombro para convertirse en la casa de multitud de personas, y él se sentía como un pecador violando su intimidad sin ser invitado. Aunque, contradictoriamente, eso otorgaba más valor al salvoconducto que le brindaba la mano que sostenía la suya.

El riesgo se atenuó bajando el último tramo de escaleras y llegaron a un espacio no muy distinto de una portería común. Debía de tratarse de algún tipo de salida trasera. Vekania le condujo hasta una puerta, recorrió los cerrojos.

—¿Llueve mucho? —preguntó asomándose.

—Casi nada. Parece buena hora para un paseo.

Era una lluvia cerrada pero muy suave, apenas un murmullo sobre los adoquines adornando el final de la noche. Gabriel la sopesó extendiendo una mano y, sobre el umbral, a caballo entre mundos, notó que albergaba una

sensación como de algo deshilachado. Se volvió a Vekania. También ella, que estaba educada para entender el silencio, lo estaba mirando, haciéndole notar el riesgo de una oportunidad a punto de perderse.

Se inclinó hacia ella y la besó.

Ella le devolvió el beso tomándole suavemente de las mejillas. El momento duró un rato, devolviéndoles a la ingenuidad de la infancia y a cosas suaves como tomarse de las manos o respirarse entre sí. Al apartarse, Gabriel se sintió torpe, quiso decir algo pero el cosquilleo en el pecho no supo convertirse en palabras, terminó por sonreír a modo de despedida y comenzó a alejarse.

Vekania se asomó a la lluvia y lo observó marcharse por la calle. Aún coincidieron sus miradas en los momentos en que él volvió la vista sobre el hombro. La envenenadora sintió que aquel uniforme le cuajaba menos que nunca. Caminaba suelto, como si hubiera pactado una tregua con un peso antiguo y sus pasos redescubiertos fueran algo tan fascinante como para escoger todos los charcos de la calle. Lo miró hasta que ya no pudo verlo y regresó al interior. Su espalda quedó contra la puerta, y con los ojos cerrados y una sonrisa a punto de estallar, comprimió aquella emoción rubricando el momento en que había existido.

Al abrir los ojos, todo se resquebrajó.

Al principio no supe qué estaba viendo. Una forma blanca, una cicatriz lechosa en la penumbra. Luego, sin saber en qué momento, sí. Descalza, con un vestido que lamía el suelo en andrajos, los rizos castaños humedecidos hasta el negro, y los ojos grises mirándola fijamente.

Vekania no reunió aire suficiente para un grito. Aplastó la espalda contra la puerta y su pecho se vació en un jadeo. Al pie de las escaleras, Vanessa tan solo siguió mirándola, de un modo en que toda ella podría haber sido entendida como un cuchillo.

—Él... él me gusta —el sobresalto hizo oscilar la voz de Vekania—. Y tú... tú estás muerta.

Vanessa se volvió rígida y en sus labios apareció un resquemor herido que los hizo temblar. Solo las gotas que caían de su vestido y la respiración de Vekania midieron el tiempo durante un rato, hasta que en la parte alta de las escaleras la envenenadora advirtió la aparición de otra figura: una mujer, esbelta y de pelo negro.

—Vanessa... —llamó con voz sosegada—. Debemos retirarnos ya.

Apartando los ojos con reticencia, Vanessa comprobó cómo había

cambiado la densidad de la luz. Entonces, la tensión se relajó en sus músculos. Hizo el gesto de volverse a Mara pero siguió con la mirada fija en Vekania.

—Patricia está molesta contigo —dijo Mara apresurándola.

Aquellos ojos grises se ablandaron y miraron a Vekania intentando entender algo. Arrastraron algo de nostalgia al voltearse. Luego Vanessa se reunió con Mara y ambas se marcharon escaleras arriba.

Vekania sintió como si todo su cuerpo tuviese la consistencia de la arena. No estuvo segura de poder sostenerlo y se mantuvo con la espalda apoyada en la puerta. Al mirarse las manos, las vio temblar como nunca antes.

# Vanessa, rojo sangre

## I

No era su cuerpo lo que acusaba el hambre.

Para Vanessa, el hambre era ver crecer a su alrededor un vacío enorme pero claustrofóbico como un ataúd cerrado. Era el miedo a estar y seguir sola por siempre, era morir a la inversa: ver el mundo entero desvanecerse en la oscuridad mientras ella permanecía.

Mara se lo enseñó. Le enseñó que esa oscuridad podía tragársela más y más hasta que fuese imposible salir de ella. Que podía convertirse en un fantasma sin consciencia y, al tiempo, incapaz de olvidar que una vez fue algo. Le enseñó que la única manera de burlarla, de anclarse al mundo, era llenarse con la vida de otros.

En aquel momento los edificios a su alrededor parecían hechos de arcilla hueca y cenicienta y el suelo se quebraba en niebla a cada paso. El mundo entero vivía menos que un álbum de fotografías. Tuvo que aplastar la cara contra un cristal para que los personajes del interior volvieran a dibujarse y aquel pedazo de vida se activara como un diorama de autómatas.

Apenas distinguió el interior de lo que parecía una taberna, o aquellas siluetas de bruma que debían ser los parroquianos, pero destacó al músico, un joven violinista que cerraba la jornada. Hizo unos gestos de despedida y cruzó la puerta pasando a su lado, totalmente ignorante de que la más atroz de las arañas se acababa de fijar en él.

Vanessa lo siguió. No era difícil. Físicamente ya nada era difícil y, aunque en el estado en que se encontraba era prácticamente ciega, sorda y muda, el músico tenía menos posibilidades de burlarla a ella que a un mastín. Tras un rato caminando, el violinista se detuvo a contar las monedas de su bolsillo y comprobar con conformismo cómo todo un día de trabajo cabía en la palma de su mano.

Loción, tabaco, un agradecido sorbo de vino, y algo más tenue y dulce, un aroma característico. Todo lo percibió Vanessa al detenerse tras él, tan cerca que habría podido lamerle la nuca.

El violinista retomó su camino y Vanessa lo siguió, pasos desnudos tras pasos cansados. Todo lo que era no tener hambre, no tener miedo, no sentirse



en el olvido, estaba a un paso de ella y extendió las manos para tomarlo.

Mara se lo había enseñado: casi nunca era necesario forzarles. El frío, algo en ellos reconocía ese frío como innatural y contrario a la vida. Al sentirlo, un nódulo atávico les hacía vislumbrar la muerte y, cobrando conciencia de que les estaba ocurriendo algo horrible, se iban quedando paralizados y sin aliento. Vanessa solo tuvo que tomarle las mejillas entre las manos y el frío hizo el resto. Lo sujetó para que no cayera. No era necesario herirlo; el miedo ya se sentía peor que cualquier dolor. Le hizo volverse y lo besó.

Cada vez se le hacía más difícil recordar el pasado, tanto que era casi ridículo cómo recordaba un detalle tan ínfimo. Lo vio en uno de los libros de Gabriel, cuando este era joven y se parecía a aquel violinista. La lengua envuelve una arteria y, a través de ella, podía desangrarse un cuerpo entero de modo que la herida no llamaba tanto la atención. Que el momento se hiciese sentir tan dulce, que lo agradeciera como una bocanada de aire tras la asfixia, le repugnaba, como al principio lo hizo el sexo. Pero, de igual manera, era imposible no regresar a él una y otra vez, no tenerlo como lo único que todavía daba cuerpo a su existencia.

En ese momento lo tenía todo de él: la devoción por la música, la frustración por el hambre, pesimismo y esperanza ante el futuro, el nombre de una prima a la que creyó amar... Todo comprendido, todo sentido, y una imagen aparentemente caprichosa: su madre tendiendo la colada.

Cuando Vanessa separó su boca de la de él todo estaba ahí de nuevo. Ya no era la oscuridad. Era la noche, cosida con un vestido de luces; los edificios ya no eran osamentas huecas: contenían una y cien vidas como la que acababa de irse. Envolviéndola. Se escuchaba, se respiraba y podía tocarse.

Estaban a una manzana de la calle Aragón. Aunque todavía tardaría en llegar, podía escuchar el tren acercarse. Tomó el cuerpo del violinista, cargándolo como si fuera el de un niño, y se dirigió hacia allí. Al llegar, descendió al foso de las vías y dejó el cadáver sobre los raíles. Odiaba hacer aquello, dejar que fuera destrozado, pero así nadie inventaba historias de monstruos.

El ojo de cíclope llegaba ya, donde las vías terminaban en la oscuridad. Vanessa miró al violinista. No debería ser capaz de sentir nada, aunque ella estaba muerta y seguía sintiendo cosas: las peores. Temió que aún hubiese una voz encerrada en aquella carne, gritando muda mientras el tren se acercaba, y se quedó a su lado por respeto.

Llegaba ya la voz del hierro y Vanessa retrocedió unos pasos. Al hacerlo, su espalda topó con algo, suave primero, rígido como tendones de lobo después. La envolvió, más rápido de lo que ella era, la hizo caer arrastrándola sobre la grava, y solo notó algo más definido, como una mano en su nuca, cuando le aplastó la cara contra las traviesas de las vías. Luego, una voz pellizcada de rabia le habló al oído.

—Me hiciste daño. Y no te perdono.

—¡Patricia! —gritó Vanessa.

Pero Patricia no se quedó a oír su nombre. Su peso se deshizo como niebla aspirada y, cuando Vanessa se incorporó, no pudo ver la locomotora de lo cerca que ya estaba. Hizo de ella arcilla en un puño. Cacofonía y metal, cacofonía y metal. Retorció su cuerpo hasta hacerlo caber en el ojo de una aguja.

Patricia cayó sobre un puente cercano a través del vapor. Aferrándose exultante a la baranda, observó pasar todos los vagones y, al alejarse el último, examinó el silencio ansiosamente.

—¡Llama a tu príncipe ahora! —gritó—. ¡Que vea lo horrible que eres!

Sobre las vías, Vanessa intentó levantarse. No lo logró, pero tampoco se dio cuenta. En su lugar, se arrastró dejando un trazo rojizo sobre la grava. Su entramado nervioso parecía hecho de alambres candentes. Con el dolor y la angustia de notar el cuerpo roto, le llevó una eternidad llegar a la pared del foso y deshacerse de su propio peso. Allí, con el ojo con el que todavía podía ver, miró a su alrededor. Le sorprendió que alguien que ni existía pudiera dejar una mancha roja tan grande.

Se había quedado vacía.

Aunque ella la hubiese derramado, esa sangre no le pertenecía. Sin ella, la oscuridad recordaba que estaba muerta y comenzaba a crecer de nuevo.

El miedo era aún más grande que el dolor y forzó su cuerpo a erguirse. Notando cómo se le desarmaban los huesos en decenas de lugares, escupió hilos de sangre y se esforzó en encontrar su brazo izquierdo antes de quedarse ciega. Sus pasos temblorosos terminaron haciéndola tropezar con él. Lo recogió del suelo e intentó volver a encajarlo en el muñón, pero solo consiguió sentirse ridícula: la mano estaba abierta con un gesto muerto e inexpresivo. Vio que el botón dorado que siempre protegía en ella había desaparecido.

Vanessa miró a su alrededor buscando aquella pequeña pieza, aquel minúsculo pedazo tangible de memoria, pero solo encontró color carbón

brillando por la sangre, y su necesidad se volvió urgente. Pronto la oscuridad sería gelatina negra contra su cuerpo y buscó con movimientos borrachos algo que no fuese a desaparecer, algo que pudiera repetir a modo de oración para no deshacerse, pero se estaba convirtiendo en una gota de tinta en el agua y nunca nada había dolido tanto. Tuvo que regresar, atrás, atrás en el tiempo, buscando el momento en ese dolor no existía y algo, tan pequeño como aquel botón, destacó sobre todas las cosas.

—¿Gabriel? —sollozó mientras sus ojos se apagaban—. ¡¿Gabriel?!

Se alejó renqueando, con un gorgoteo húmedo en la voz mientras repetía aquel nombre cada vez más alto.

Sobre el puente, Patricia se acuclilló para no verla. Se tapó los oídos y se echó a llorar.

## II

Llamaron a la puerta.

Parecía el puño de alguien que no conseguía despertarse.

Gabriel se tensó hasta sentirse atenazado por sus propias costillas. Se puso en pie, situando involuntariamente con la vista el perchero en el que colgaba el cinto con el revólver.

La llamada en la puerta se repitió, débil y desprovista de alma.

Tuvo que controlar aquella súbita inquietud y salió el pasillo tal como estaba, en mangas de camisa y recolocándose los tirantes del calzón. La proximidad hizo que los golpes se escuchasen más claramente, pero su debilidad era la misma. Por lo que tardó en recorrerlo, el corredor de casa de sus padres parecía haber recuperado las dimensiones que tenía en su infancia. En el recibidor, al otro lado de la puerta, una voz reaccionó como si pudiera sentirlo.

—Gabriel, déjame entrar.

Gabriel se quedó definitivamente quieto y su mano guardó las distancias con el pomo de la puerta.

—Me duele mucho —dijo la voz, rompiéndose como la de una anciana—. Déjame entrar.

Gabriel no hizo nada, ni retrocedió ni avanzó. Tal vez ese trozo de madera entre él y la voz fuese una bendición; tal vez, si no decía nada, si no se movía.

—Gabriel —repitió la voz—. Me duele, déjame entrar.

Veintitantos años debían pesar más que un instante de la noche anterior. Gabriel abrió la puerta y la imagen de Vanessa en el suelo le crujió en las entrañas. La penumbra del vestíbulo no le permitió distinguirla con claridad. Solo retazos, tan rotos que no podían juntarse en un todo: el rostro gacho tras la melena, el vestido hecho jirones, y rojo, rojo en todas partes. Alarmado, se inclinó sobre ella, pero, como si no quisiera terminar de ser vista, Vanessa se echó sobre él abrazándolo con fuerza.

—Tienes que dejarme entrar —dijo—. Tienes que dejarme entrar.

Tan cerca como para notar su temblor contra el pecho, Gabriel sintió contagiarse de aquella desesperación. La notó entrando en él como una mezcla de miedo y desconcierto y solo pudo devolverle el abrazo, incapaz de imaginar de dónde había llegado aquella criatura.

—Está bien, puedes entrar —le tranquilizó.

El calor era como el frío: se hacía sentir muy diferente del mundo del que ella venía; incluso dolía. Pero Vanessa lo ignoró, se arriesgó a que la corroyera y lo abrazó fuertemente. Entendía lo que significaba. Era el dolor de cuanto se abre paso a la vida, e incluso el brazo cercenado que sostenía recobró el movimiento, acariciando con la mano la nuca de Gabriel.

—¿Qué te ha ocurrido? —preguntó él.

Vanessa no dejó que le viera la cara cuando se apartó de ella, pero Gabriel confirmó lo lastimoso de su aspecto al ayudarla a incorporarse y la hizo entrar, llevándola a la luz para verla mejor. Lo había visto demasiadas veces como para equivocarse: aquello era sangre. Sangre coagulándose en color hígado y cubriéndole el cuerpo por entero, pero no veía en ella ninguna herida aparente. Vio la manga izquierda de su vestido partida en dos, con la sangre ensañándose hasta el negro en la rotura pero, al tomarle la mano y retirar la tela, la piel estaba pálida e intacta.

—No me preguntes nada —le pidió Vanessa cuando sus ojos se encontraron finalmente.

Gabriel no pasó por alto el deje asustado en la voz de Vanessa. Aquella maldita niña de ojos grises... Ni con todos los años, ni con toda la ausencia, se debilitaba el deseo de demostrarle que él siempre terminaba estando de su lado. Guardó silencio y la condujo al dormitorio.

—Estoy bien.

—Puedes echarte, o lo que necesites —dijo, acercándola a la cama—. Querrás limpiarte. Prepararé la bañera.

Vanessa se sentó en la cama como si su uso le fuera extraño, terminó

quedándose muy quieta, desorientada como un ser acabado de crear. Gabriel la dejó a solas. Abandonó el dormitorio sin mediar más palabras, esperando que con algo de distancia dejara de pincharle ese chirrido, tenso y sin sonido, que anquilosaba el aire.

Puso agua a calentar, se frotó el pelo intentando alcanzarse las ideas y sus botas trazaron algunos círculos infructuosos sobre las baldosas hasta que, cruzando los brazos, se apoyó contra el quicio de la puerta y esperó mirando los fogones.

No dejaba de ser frustrante. Tras las últimas semanas buscando el modo de forzar el encuentro, ahora se veía agradeciendo que un quehacer banal como preparar el baño lo alejara de afrontarlo. Aunque se había ganado el derecho a que le temblara el pulso, hasta hacía unas semanas no habría dicho que el mundo pudiera volverse tan extraño.

Terminó de preparar la bañera y se puso en pie, sujetándose los músculos de la espalda en una mano engarfiada. Al volverse, de nuevo las palabras murieron en su boca. Vanessa estaba justo detrás de él, cargando en los ojos una mirada difícil de definir. Parecía indiferente, con cierta costumbre de mirar el mundo desde lejos, y al tiempo avergonzada por haber regresado a él como extranjera. Lo observaba como si llevara rato haciéndolo.

A Gabriel se le hizo difícil mostrarse sencillamente cortés y la voz le tembló ligeramente.

—Está listo. Te buscaré algo de ropa.

Vanessa observó el cabello de Gabriel, algo revuelto, los puños de su camisa, empapados pese a haberlos remangado hasta los codos, y sus manos, limpias y húmedas aunque el agua no borrara el cardenal de su antebrazo, y con una emoción aprensiva comprendió por qué era mejor que siguiesen unidas a sus muñecas.

Comenzó a desvestirse. Su vestido estaba tan maltrecho que se le caía del cuerpo a jirones y tardó poco en quedar desnuda.

Gabriel la miró, con perplejidad y aliento entrecortado, tomó aquellos andrajos sanguinolentos de las manos de Vanessa y salió del baño para dejarla de nuevo sola. Una vez en el pasillo, se llevó una mano al pecho y se lo presionó, intentando acallar un malestar ácido resuelto a seguir creciendo. Contempló los restos de aquel vestido. Sabía que nadie sangraba tanto y seguía con vida y, aunque, de tan increíble se hacía ridículo, Vanessa no se había reflejado en el espejo.

No se escuchaba nada.

Se volvió hacia la forma de hacha que adoptaba la luz del baño. No se escuchaba nada, ni el ruido del agua, y se extrañó tanto como para regresar sobre sus pasos.

Vanessa sí estaba ahí. Tan quieta que el agua no ondulaba en torno a su cuerpo, mirándose las manos como si no supiera su uso o esperase que le sirviesen tanto como un espejo. Gabriel hizo amago de retirarse, esperando no haber sido oído. Vanessa volvió el rostro hacia él. Tenía esa belleza de gesto ausente de los niños y los animales, pero también la misma distancia, como si el espacio entre dos mundos se diera en apenas cuatro pasos.

Gabriel vaciló al sentirse expuesto frente a aquellos ojos grises, se acercó a ella y se arrodilló junto a la bañera.

—Yo lo haré.

Humedeció la pastilla de jabón y la esponja, se obligó a vencer algo más fuerte que el simple rubor y, cuidadosamente, comenzó a frotar la piel de Vanessa. Ella se dejó hacer. Gabriel mantuvo los labios entre dientes, pero, viendo las escamas coaguladas desprendiéndose de aquella piel pálida y cómo el agua jabonosa adquiría un tono rosáceo, su voz desembocó en palabras inevitables.

—Vanessa, ¿eres lo que dicen que eres?

El agua sobre el cuero cabelludo cuando comenzó a lavarle el pelo tenía un efecto arrullador, del que adormece la voluntad, y Vanessa no llegó a tiempo de elegir la respuesta.

—Creo que sí —contestó.

Entre sus rizos, las manos de Gabriel se detuvieron. Al poco, volvieron a moverse.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó—. ¿Quiénes son esas dos mujeres?

—Mara y Patricia —la voz de Vanessa no supo decidir entre la resignación y la lástima—. La oscuridad les hizo lo mismo que a mí, pero hace más tiempo.

Ahora Gabriel le preguntaría qué era la oscuridad, a qué se había querido referir, pero era gentil y de momento callaba. Dosificaría sus palabras para que no la estrujaran hasta desvanecerla como el fantasma que había sido los últimos días. Lo que Vanessa no quería decirle era que quien se estaba desvaneciendo era él. Que su tacto, su caricia en la piel tenían tan poco tiempo para existir que quizá ya habían desaparecido y era ella quien intentaba recrearlas con torpe memoria, acurrucada en un desván o caminando otra noche a través de una ciudad repleta de rostros desconocidos.

—Hay algo, en algún lugar, tan profundo que deja de ser el mundo — murmuró cerrando los ojos cuando Gabriel comenzó a desenredarle el cabello —. No sé cómo le provoqué. Se mete dentro de ti porque hay cosas que puede reconocer. Siempre esperé algo que le diese sentido a todo, que diese lógica al hecho de estar en el mundo. En su lugar ocurrió esto.

Vanessa se miró las manos. Parecían unas manos tan normales que no daba crédito a lo que ocurría dentro de ellas.

—Es la sensación de que el futuro será algo construido entre otros, de que no hay renglones escritos para ti. Es ver que todo lo que esperaba se convierte en realidad en otras personas, en personas que no son yo. Es resignarte a comprender que es mejor ser un monstruo para todos que un fantasma para nadie.

Gabriel la ayudó a ponerse en pie, le envolvió el cuerpo con una toalla y comenzó a secarla.

—Es cuando esta sensación cambia el mundo entero hasta hacerlo desaparecer —concluyó Vanessa—. Recuerdo el teatro. ¡Era tan hermoso! Me escondí tras una puerta para no tener que irme. Debió de ser entonces, porque sentí lo que se siente al estar muerto. Pasó mucho tiempo hasta que vi acercarse a Mara y Patricia. Me dijeron que algo había cambiado.

La toalla se cerró sobre sus hombros y unas manos se aseguraron de que aquel fuera un tacto reconfortante. Vanessa abrió los ojos. Gabriel la miraba como el día en que murió su madre y la abrazó como lo hizo entonces.

No había llegado a preguntarle nada sobre la oscuridad.

—Cierra todas las ventanas y cortinas antes de que amanezca.

El cuerpo de Gabriel era tan cálido que adormecía. Vanessa masculló aquellas palabras contra su pecho, aceptando sentirse pequeña en sus brazos.

### III

Por supuesto que no era ningún cándido. Espinosa sabía que el mal era un órgano más en la condición humana. Él mismo no precisaría variar más de un par de grados para acabar haciendo algo terrible o, dependiendo de quién fuera el muerto, podría incluso sonreír al encontrárselo en la mesa del forense. Y eso no le hacía un hombre malo. Comprendía el crimen, el robo, la violación, el asesinato, y la mayoría de perversiones estaban tipificadas. Alguien perdía el control por un momento, crecía con menos escrúpulos o

deseaba algo con la suficiente fuerza para no importarle el precio y ya estaba. Y, si servía para ganarse la vida, lo repetía y ya estaba. No valía ni una anotación en el diario. El mal estaba ahí. A veces crecía como el cauce de un río pero no era algo que apareciese de improviso. Su misión ni siquiera era erradicarlo, solo mantenerlo en niveles tolerables. Estaba ahí, como una vértebra más. Lo que le resultaba inquietante era encontrarse con algo que no sabía encajar.

Continuó mirando el colgante en su mano, ya por vicio, sin esperar nada, como quien escucha latir la aguja de un gramófono sin percatarse que el disco ha terminado. Cadáveres por dinero, cadáveres por sexo, cadáveres por rabia... eso lo entendía. Pero cadáveres resacos sin poderse imaginar lo que alguien había deseado de ellos, eso le dejaba notando en sus ideas un vacío tan evidente como el del interior del medallón.

—¿Inspector?

Espinosa reaccionó con lentitud a la voz a su espalda. Al volverse, la aceitosa luz que entraba a través de la puerta le hirió en los ojos, impidiéndole reconocer al agente.

—¿Está usted a oscuras? —se extrañó el agente.

Como si el despacho entero le hubiese pasado inadvertido, Espinosa miró a su alrededor con gesto indiferente.

—Parece que... la noche ha ido llegando.

—Sí, supongo —el agente frenó su desconcierto con un carraspeo—. Ha venido alguien. Creo que debería usted hablar con ella.

Frunciendo el ceño, Espinosa le azuzó a explicarse mejor.

—Se parece a lo que ocurrió en casa de los Nomdedeu... —respondió el agente.

Aquella conjetura le pareció demasiado rebuscada como para que el agente la citara por capricho. Regresó el colgante al bolsillo del chaleco y salió del despacho hasta la recepción de la jefatura. Allí, sentada en uno de los bancos, encontró a una muchacha de aspecto demudado y empequeñecida por los negros capotes de los policías a su alrededor. Espinosa se adelantó entre ellos y se plantó ante la joven. Para alguien de su edad era poco más que una niña. Las lágrimas le habían provocado arañazos de suciedad en las mejillas, se encogía sobre sí misma y sus pupilas temblaban aturdiditas sobre todo lo que le rodeaba.

—¿De qué se le acusa? —preguntó Espinosa, enrarecido de lo que podría haber hecho alguien tan pequeño.



—De nada. Ha venido pidiendo ayuda —aclaró el agente que le había acompañado—. Se llama Nuria Ballart.

La muchacha reaccionó, parpadeó como si le hubiera entrado polvo en los ojos y por un momento pareció lo suficientemente contrariada como para apretar los dientes, pero se calmó pinzándose la frente varias veces.

—Maite, me llamo Maite Ballart —corrigió—. ¿Ustedes son la policía?

—En efecto, señorita —asintió Espinosa—. Solo díganos en qué podemos ayudarla.

—Ayudar. Ustedes son la policía, ustedes son los que deben ayudar cuando pasa algo malo.

—Así es, díganos que ha pasado.

La muchacha se frotó las mejillas y su expresión se desequilibró al controlar un acceso de llanto. Luego miró hacia la salida, comprobando el camino por el que había llegado a la comisaría.

—Ha pasado algo malo —dijo sin buscar los ojos de nadie—. Alguien ha entrado en mi casa. Sé que alguien ha muerto, pero no sé quién. Yo... vine aquí.

Con gestos a los que sus hombres se habían acostumbrado a reconocer, Espinosa hizo que le trajesen su abrigo y sombrero y señaló a quienes deberían acompañarle.

—¿Cuál es su dirección, señorita?

—¿Mi dirección?

—Su casa —aclaró Espinosa—. La calle.

Los ojos de la muchacha duraron poco sobre el rostro de Espinosa. Miró a su alrededor mientras enredaba uno con otro los meñiques de ambas manos

—No... no lo sé —contestó como si se lamentara—. Pero sé llegar, les acompañaré.

Espinosa asintió tras dudar un instante. En aquel momento era mejor decidir rápido y mal que todo lo contrario. Uno de los agentes regresó con sus ropas y, mientras se calaba su sombrero hongo, la joven se puso de pie, de modo que este reparó en las motas rojizas que le recorrían el bajo de las faldas.

—Vamos deprisa, por favor —dijo la joven a media voz—. Creo que alguien ha muerto.

Vanessa abrió los ojos como si estuviera viva. La oscuridad a su alrededor era tan solo ausencia de luz y no sintió que la amordazara. Su memoria recuperó la noche anterior y saberse en un lugar inusual le inoculó en el pecho una sensación trémula pero reconfortante. Se arrastró suavemente, saliendo de debajo de la cama y se puso en pie. No recordaba haberse refugiado bajo esta al amanecer. Algún instinto debía de haberla llevado allí de día aunque no fuese necesario, pues Gabriel se había asegurado de cerrar las contraventanas y echar todas las cortinas, aislando el dormitorio de la luz.

Reconocía el sonido de la noche pero, prefirió permanecer tras las ventanas cerradas disfrutando el cobijo que aquella habitación le brindaba. Ahora era una criatura pequeña escondida en un insospechado agujero. No existiría para nadie mientras ella no lo decidiese. Eso le hacía sentirse segura, le hacía sentirse ligera por dentro, incluso a salvo del futuro. Ser un monstruo, trepar para escapar de la oscuridad, quedaba a un lado. Porque nadie sabía dónde estaba.

Era una fantasía, pero si iba a terminar deshecha, lo lógico parecía disfrutarla mientras pudiera, como en su momento hizo con los besos, como en su momento hizo con el amor.

Olía a Gabriel. Un aroma sereno, de carácter amable y sin pretensiones pero al tiempo penetrante, como el de la madera recién cortada. La única ropa que pudo dejarle fue una de sus camisas. A ella le servía casi como un pequeño camisón; producía la misma sensación de cobijo que estar en ese cuarto, pero mucho más cerca, contra la piel. Se llevó los puños de la prenda a los labios y aspiró. Multitud de momentos del pasado se definieron en su mente hasta el extremo de creer que podía tocarlos, pero luego su forma se hizo vaga.

Esperándola en una silla, había un vestido blanco y una muda. Todo era recién comprado y no olía a nada en especial. Habría preferido seguir con aquella camisa pero sin duda a Gabriel le resultaría extraño, así que decidió cambiarse. Se vistió, salió al pasillo y se dirigió al salón sabiendo que allí estaría él.

Ya lo había visto antes. Estaba como cuando se creía a solas. Sintiéndose ligero de miradas y relajando las formas. Se había rodeado de libros pero su mirada perdida había dejado de verlos hacía mucho. Se sentaba ante la mesa y, usando una plumilla a modo de lanceta, la dejaba caer contra un cuaderno, clavándola y recuperándola una y otra vez, desquitándose de la derrota

impuesta por aquellas páginas en blanco. Vanessa caminó por el salón observándolo, recorriendo todas las perspectivas que convergían sobre la figura abstraída en la mesa. Se detuvo cuando lo vio moverse. Gabriel se frotó la frente y extendió las manos. Las mantuvo tensas un instante, hasta que el asco ante el temblor de sus dedos pudo más que él. Entonces se cruzó de brazos y golpeó rítmicamente la mesa con los nudillos hasta detenerse con un golpe seco.

—Recuerdo esta casa —dijo Vanessa.

Había hablado con suavidad pero Gabriel se sobresaltó al oírla.

—Vanessa...

Las manos de Gabriel se habían quedado sin saber qué hacer y terminó dejándolas sobre los muslos. Se había pasado el día mentalizándose para ser capaz de controlar su reacción cuando volviera a verla, pero al tenerla en frente tan solo podía constatar por qué la presencia de Vanessa le sobrecogía. Parecía la misma persona pero realizada en un material diferente.

Caminando de nuevo, de ese modo que la hacía totalmente inaudible, Vanessa cedió a una corriente de recuerdos mientras contemplaba la decoración y el mobiliario. Se volvió a Gabriel y le sonrió, calmándole de la desazón que podía olisquearle.

—No creo que haya cambiado apenas nada —comentó.

—No, prácticamente creo que no —Gabriel volvió a relajarse en la silla al admitirlo con un encogimiento de hombros—. Estoy aquí muy poco. Lo dejé como estaba antes...

«Como lo dejaron quienes estuvieron aquí antes». Para Vanessa fue imposible evitar aquel matiz, pero se lo reservó para sí misma. Probablemente el respeto de Gabriel por ese espacio era inconsciente y lo justificaba como desinterés o descuido, y en aquel momento ella no quería arriesgarse a provocar en él ningún cambio que alterase como lo estaba viendo. Él no era un recuerdo desdibujado, algo huidizo e imposible de aprehender en una mano. Estaba allí. Viéndolo, se hacía tentador creer que algo podía recuperarse, y la idea de «retorno» como la mejor expresión de final feliz se volvía lógica.

Se acercó a él y le complació no percibirle ningún otro palpito incómodo. Al detenerse a su lado, Vanessa se acarició los pliegues de la falda haciéndolos ondular en vaivén.

—Gracias por el vestido —las palabras se le hicieron extrañas pero le gustó pronunciarlas.

—Claro... no hay de qué. Era lo mínimo.

Gabriel devolvió las manos al regazo cuando Vanessa se acercó más a la mesa. En aquel momento le resultó difícil decidir si esa forma de mirar era algo nuevo en ella o le pertenecía desde siempre, desde la primera vez que la vio en la trastienda de la farmacia. Era una mirada que se confundía con indiferencia pero se resolvía más como un filo cortante, una actitud que obligaba a cualquiera a sentirse bajo examen. Esa mirada se deslizó sobre los libros de la mesa: todos aquellos volúmenes desempolvados, dedicados en su mayoría a las enfermedades infecciosas o autoinmunes. Los miró con atención, pero fue sobre su cuaderno de notas y alguno de los garabatos impotentes, donde deslizó una caricia antes de volverse a él con una sonrisa débil pero conmovida.

—No es tan sencillo.

Vanessa pareció lamentarse, más por él que por ella, causándole en el vientre una sensación de caída seguida de una tensión ácida que Gabriel solo pudo calmar con algo de sinceridad descarnada.

—Sí —reconoció—. Me estoy dando cuenta.

Gabriel miró a Vanessa. Sonreía consolándose al comprobar que algún pasado fue real ante un presente que no tenía cómo cambiar.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó Gabriel.

El conformismo le ganó terreno y la sonrisa de Vanessa se volvió aguada y sin fuerza.

—No sé.

—¿Qué quieres hacer? —reorientó la pregunta.

Vanessa miró a su alrededor, sumando todo el pasado que reconocía en aquel lugar.

—Me gustaría quedarme un poco más aquí —respondió—, contigo.

Gabriel asintió dando naturalidad a un breve murmullo, cerrando así la cuestión como algo muy sencillo. Acto seguido se puso en pie y Vanessa notó que él era como todas las cosas en aquel cuarto y en aquella casa: seguía ahí, pero con más tiempo encima. La incapacidad de sentir el tiempo sobre sí misma, como algo real era uno de los rasgos que la distanciaba de todo. A su alrededor todo aceptaba el compromiso de cambiar, de darle al tiempo una medida en diferencia y deterioro mientras que ella quedaba al margen con una mal definida sensación de culpa. Lo notó en Gabriel, como una acusación inconsciente, cuando se puso en pie tensando una nota de dolor en su espalda que aceptó de forma calmada.

Vanessa le tomó las manos. No fue algo que pudiera entenderse como un

movimiento. Ocurrió de un modo en que Gabriel no tuvo tiempo para sobresaltarse.

—Llevas tiempo sin dormir —le dijo.

Esa forma de mirar sí que debía de ser suya desde siempre, Gabriel casi pudo asegurarlo cuando Vanessa clavó sus ojos en los suyos, porque esa sensación, esa especie de pequeño miedo excitado, era algo que ya había sentido antes. Logró domesticarlo en poco tiempo, y ella le hizo sentarse en el sofá. Allí, Vanessa le pasó la mano por la frente, marcando un trazo a través de las escamas de sudor frío y se paró un momento a verlas brillar en sus dedos.

Vanessa se apartó un momento, tomó algo del escritorio y, cuando estuvo de nuevo a su lado, reconoció lo que traía consigo.

—Eso es delicado... —le advirtió Gabriel haciendo un débil ademán de tomarlo.

Con cuidado, pero también mostrando confianza, Vanessa abrió el estuche de madera, exponiendo la hipodérmica y las probetas de morfina, a tiempo de demostrar que el gusano de vergüenza que había percibido en él llegaba tarde y no tenía razón de ser.

—Sé hacerlo —le cortó Vanessa—. Te he visto.

Aquella aguja, aquellos frascos de cristal, eran cosas que Gabriel nunca querría ver en otras manos más que las suyas y se sorprendió devolviendo la espalda al sofá y callando cuando Vanessa comenzó a manipularlos, tanto como al admitir la destreza con que lo hizo. Preparó la inyección como si lo tuviera por algo habitual, cuidando la medida de morfina y asegurándose de purgar el aire antes de volverse a él, remangarle la camisa y acercar la jeringa a su brazo. Se detuvo entonces, mirándolo a los ojos y cediéndole la decisión de confiar o no en ella. Para él era extraño verse expuesto de aquella manera. No podía decir si bueno o malo, podía decir que era extraño. Le recordaba la primera desnudez ante la primera amante, y asintió.

Vanessa hirió la carne con cuidado y la morfina penetró suavemente en el cuerpo de Gabriel. Al retirar la aguja, volvió a cubrir el brazo al momento, asegurándose de evitar que alguna gota roja le tentara los ojos. Lo que sí llegó a ellos fue el efecto que tuvo la droga sobre él. Su cuerpo quedó sobre el sofá como si nunca hubiera necesitado moverse, y todo lo que hubiera vibrado incómodamente hacía un momento se aquietó.

Vanessa escuchó la respiración de Gabriel, notó cómo variaba, arrojando su consciencia en retirada y entendió que se había quedado dormido. Ella no se movió. Se quedó a su lado, manteniendo las manos sobre los muslos para

calmar su necesidad de tocar algo.

Gabriel había cambiado. Perteneía al tiempo. Veía la insinuación de canas en sus sienas; la piel, quizá más áspera, pero sugiriendo cuales debían ser sus expresiones más habituales; alguna cicatriz que antes no estaba; cansancio y vida confundidos. Para alguien cualquiera Gabriel sería solo eso, pero ella podía apilar recuerdos y comprender los estratos invisibles que le conformaban, y le emocionó ser la única en conocer lo que aquella carne contenía.

Un sonido se entrometió con el talante de una hoja de cuchillo, contenido y sin estridencias pero obscenamente extranjero.

Uñas contra los cristales.

Vanessa se puso en pie, arrastrada por instintos que no habría creído suyos hacía un instante.

Uñas contra los cristales.

Le pareció que se le apergaminaron las entrañas al ver a Mara en la ventana. El rostro pálido confundido por los reflejos y aquella mirada fría que no le dejó más opción que acercarse.

Frente a frente, separadas tan solo por el vidrio de las celosías, el reflejo entremezcló los rostros de ambas y Vanessa sintió un escalofrío al verse tan parecida a ella. Mara se limitó a mirarla fijamente antes de apartarse a un lado caminando sobre la cornisa. Vanessa le dirigió una mirada a Gabriel. Dormía, y se obligó a recordarse que en aquel lugar debía estar seguro. Abrió la ventana y siguió a Mara.

Perfectamente disfrazados de mujeres, dos insectos reptaron por la fachada. Mara la estaba esperando al llegar a la azotea. Vanessa no terminaba de percibir aquellas ropas claras como algo natural en ella. Dentro de su cabeza seguía notándola como una mancha negra, a pesar de que la brisa de la noche agitaba su falda color perla.

—¿Qué haces aquí? —le espetó Vanessa.

Mara volvió el rostro sobre el hombro pero no llegó a mirarla. Su perfil, solemne y distante, parecía perdido entre las tímidas luces de la ciudad.

—¿Qué haces aquí? —repitió Mara a modo de disección, insegura de cuántas maneras podían entenderse aquellas palabras. Luego, sin apenas cambiar la modulación de la voz, ganó en autoridad—. ¿Qué haces tú aquí?

Con una variación casi imperceptible pero cortante sobre aquel perfil, las pupilas de Mara se clavaron en Vanessa.

—¿Qué has venido a buscar?

—¿Que qué he venido a buscar? —Vanessa apretó la voz contra los dientes—. ¿Que qué he venido a buscar? ¿Sabes lo que me hizo Patricia?

—Ella me ha pedido que te encontrase —repuso Mara—. Está avergonzada.

—¿¿Sabes lo que me hizo Patricia?!

Vanessa avanzó unos pasos hacia Mara. La aparente fragilidad de su cuerpo se trocó en tensión rampante. Logró al menos que Mara se volviera a ella y concediera a aquella rabia un asentimiento sereno.

—No podía volver —concluyó Vanessa.

Mara la observaba. No había contexto humano en que aquella mirada no fuese incómoda, cosquilleaba directamente bajo la piel como la sarna. Cuando frunció el ceño, Vanessa sintió la rabia acercarse en torno a su vientre.

—Estás creyendo que puedes volver a ser lo que eras —Mara habló con un suave matiz de asombro.

Vanessa mostró los dientes y escupió aire.

—¡No hagas eso! —protestó—. ¡Sabes que no me gusta!

Se dio media vuelta y Mara contempló su deambular errático, pasos que querían huir, ademanes que querían rasgar. Duró poco. Se calmó con talante derrotado y lo que más permaneció fue vergüenza. Se quedó con el rostro gacho y medio oculto tras los rizos.

—Gabriel estaba en mi vida mucho antes que vosotras.

—Gabriel estuvo en tu vida —acotó Mara—. Tu vida acabó.

Vanessa tragó aquella matización como aire podrido. Se revolvió contra aquella sensación, forzando una sonrisa cortante.

—¡Mira! —dijo excitada, mostrándole las manos a Mara—. Patricia me dejó vacía pero no me he desvanecido. Estoy aquí, soy normal.

De su rostro, de variaciones sosegadas y casi imperceptibles, Mara dejó ver algo parecido a compasión.

—¿Seguro? —preguntó—. Mira a tu alrededor.

Las manos extendidas de Vanessa se volvieron puños débiles. Las luces de la ciudad, las lejanas, las cercanas, los sonidos distantes y espontáneos, las vidas que se sumaban en un único lienzo... nada de eso estaba. El mundo era negro, negro color guiñol, y los edificios menos que brochazos infantiles, repletos de cuencas fantasmagóricas.

Notando que el miedo comenzaba a darle una rigidez de muñeca, Mara se acercó a ella y la tomó de la mano. La condujo al borde de la azotea, donde se sentó y observó la calle. Mucho vacío, huellas anaranjadas en torno a las

farolas y algún noctámbulo inconsciente de los ojos terribles que le observaban.

—En su espacio habitual el espíritu de una persona es poderoso, lo suficiente como para negarnos. Si nos aceptan quizá ocurre lo contrario. Quizá parece que existimos, como cuando tomamos de ellos —Mara se volvió a Vanessa y sonrió con conformismo—. Quizá ha sido eso.

El vacío no era estable, los rasgos del mundo iban y venían como reflejos en agua inquieta. No era la primera vez que lo veía. Vanessa intentó calmarse y se sentó al lado de Mara.

—¿Qué es lo que recuerdas de tu infancia? —le preguntó Mara—. ¿Un momento de cada diez, de cada cien? A partir de ahora no es distinto: el alcance de nuestra memoria no es mayor. Vivirás noche tras noche y, al final, la mayoría de cosas estarán demasiado lejos como para que puedas recordarlas. Solo quedará la fría sensación de una pregunta que no sabrás cómo formular. En algún momento te cruzarás con alguien de cabello castaño, ojos honestos, voz cálida y manos amables, y te preguntarás: ¿Por qué este es especial? ¿Qué lo hace diferente?

Vanessa la observaba hablar pero no se atrevía a hacerlo directamente. Cuando Mara se volvió a ella, sus ojos traían una intención acariciante ante algo inevitable.

—Gabriel también desaparecerá —lamentó decirle—. Quedará, eso sí, la sensación de su ausencia, pero llegará el momento en que no sepas quién ni cuándo.

Bajo sus brazos cruzados, Vanessa apretó las manos.

—No —aseguró—. Eso no pasará. No dejaré que pase.

—El principio es lo que queda más lejos, al final, se pierde —Mara no puso énfasis en las palabras—. Para ti es más difícil. El mundo al que perteneciste aún está aquí. No puedo culparte por querer coger algo, salvarlo y no quedarte sola. Eso acaba siendo lo más doloroso: preguntarte cuál fue tu verdadero tiempo, a qué mundo perteneciste y quiénes formaron parte de él.

Vanessa observó el gesto sereno en los labios de Mara al hablar. Por un momento, le recordó a Gabriel y a los trozos de hierro que llevaba en la espalda.

—Mara... ¿Cómo... cuánto? —Vanessa se dio cuenta de que la pregunta no tenía una forma sencilla de formularse—. ¿Cuánto has vivido?

—No lo sé. No lo sé —Mara respondió con naturalidad primero, con derrotismo después—. A veces tengo palpitos, siento cosas y creo que puedo



llegar a hacerlas más grandes. Vi un fresco griego, hombres trenzados, mujeres con togas. Me sentí capaz de darle un contexto pero... no sé.

Mara guardó silencio. Su mirada estaba perdida sobre aquel mundo que había visto cambiar demasiadas veces como para recordarlo. Vanessa sintió miedo y se preguntó si sus manos estaban ya vacías.

—La verdad es que somos criaturas patéticas —dijo Mara sin acritud, suponiendo algo gracioso en admitirlo—. No podemos estar, ni compartir. Sin embargo podemos robar. No hay nada que no podamos robar. Podemos tomar de los que aman y sentir el amor, tomar de los que sueñan y sentir la esperanza, sentir lo que hace de cada uno de ellos una gota irrepetible y, por un instante, creer que es nuestro. Lo has notado, ¿verdad?

La mirada de Mara casi supuso una emboscada para Vanessa. Esta apartó la suya rápidamente y se notó terriblemente incómoda.

—Sí —reconoció en voz baja—. Sí, lo he notado.

—Pero te avergüenza disfrutarlo.

—No soy como Patricia —le replicó Vanessa.

—Oh, claro —concedió Mara irónicamente—, pero es que ni siquiera Patricia es como Patricia. Ella siente por su naturaleza tanto asco como tú. Más, de hecho.

—Ella lo disfruta —tuvo que incidir Vanessa.

—Sí. Porque sabe que para nosotros no hay más. Cuando la encontré, se había rendido a la oscuridad. Puesto que no podía estar en un lado, se entregó al otro, se dejó enterrar más y más por ella. Lo que allí vio le aterró tanto que, desde entonces, solo quiere alejarse de ella lo máximo posible —Mara se puso en pie al crecer ligeramente la voz del viento. Alargó su mano para sentirlo. Por un instante, aquel espíritu que podía estar en todas partes, también tocó su piel. Le resultó agradable—. Has visto sus fotografías, ¿verdad?

—Sí. Tiene muchas.

—¡Pobre Patricia! Le gustaría tanto ser otra persona... —comprobando que el viento no se la llevaría, Mara bajó la mano—. Ella toma todo de ellos, todo cuanto puede, con rabia. Toma de ellos hasta que ella es ellos, y ella, por un rato, se apaga.

Mara se volvió a Vanessa atajando con una mirada firme.

—Existe un peligro —advirtió—. Tanto si lo haces rápido, intentando llenarte para mantenerte en el mundo, como si intentas sentir lo máximo posible drogándote de recuerdos y emociones, existe un peligro.

Vanessa se sintió demasiado vulnerable y se puso en pie lentamente.

—¿Un peligro? —preguntó.

—Al tomar de ellos, lo que sea nuestro espíritu y el de ellos se miran de tú a tú. Es un juego de iguales y toda nuestra fuerza no significa nada. Eso hace posible sentir de la manera en que solo nosotras podemos hacerlo. Pero no es sin riesgo.

Mara hablaba con tensión en las palabras, haciendo sentir a Vanessa que aquello no podía tomarlo a la ligera.

—Puede aparecer alguien distinto, alguien capaz de hacerte sentir algo tan especial y con tanta intensidad que te envenena —continuó Mara—, y entonces ya nada basta para llenarte. Noche tras noche buscarás esa sensación y precisamente esa, aún después de haber olvidado quién la originó y que tú fuiste quien lo mató.

Vanessa calló, aguantó la mirada de Mara y su propio silencio a pesar de saber que ella esperaba oírle decir algo.

—Tomar de alguien que a su vez te siente de una manera especial, que a su vez te lleva dentro, puede ser peligroso —concluyó Mara—. Tomar de alguien que te quiere puede ser peligroso.

—¡Yo nunca tomaría de él! —prorrumpió Vanessa.

—¿Por qué mataste al soldado?

—¡Nunca lo haría!

—Porque se parecía a él.

La rabia gastó todas las palabras de Vanessa y se quedó con los labios como lo único que podía morder.

—Por supuesto que no lo has pensado. No te atreverías a hacerlo —dijo Mara, dando palabras al silencio de Vanessa—. ¿Pero acaso no es esa la dirección en la que te mueves? ¿Acaso no consumes distancia esperando sentir lo que deseas antes de que la distancia se acabe?

También era inútil apretar los puños hasta herirse, tensar el cuerpo como esperando ser golpeada. Mara percibió aquella ira mal tragada y sonrió sin desdén, como si supiera darle un valor a ese resquicio humano.

—Él desaparecerá, no puede evitarse. Y tú te quedarás pensando qué es eso tan importante que debes recordar. No puede evitarse —Mara mostró algo de ternura al reconocer una resignación cuya vejez tampoco recordaba—. Él desaparecerá, pero la sensación permanecerá. Tú debes decidir cómo será cada vez que aparezca. Si la música será triste o si será extrañamente cálida.

Mara le devolvió a Vanessa su silencio y el momento en que dejó de estar

no quedó marcado de ninguna manera en especial. Vanessa, en la oscuridad, no notó su propia presencia consumirse como la cabeza de una cerilla.

## V

Bajo la sombra de la ermita de Santa María del Pi, los hombres encapotados parecían aún más oscuros y, entre ellos, la joven muchacha se volvía aún más pequeña. Los soslayos del inspector Espinosa llevaban escogiéndola recurrentemente desde que salieron de jefatura, y le sorprendía haber tardado en darse cuenta de que era prácticamente una niña. Había centrado más su atención el modo en que los había guiado a través de las calles, obnubilada, reconociendo partes de un sueño al sumar esquinas y recodos hasta llevarlos a aquel portal y quedarse ante él con aquellos ojos de recién nacida. Solo pudo atribuirlo a lo que estuviera esperándolos arriba. Este pensamiento terminó de darle un cariz irritante a la espera y golpeó con fuerza la puerta, desistiendo del timbre.

—¿No vuelven Aguarta y Serral? —preguntó.

—No se les ve —respondió uno de los agentes—. El sereno se habrá metido en alguna taberna. Por eso no lo encuentran.

Espinosa creyó la suposición lo suficientemente acertada como para cargar más asco y rotundidad en el modo en que volvió a golpear la puerta. Finalmente, la sombra enrejada de la mirilla se retorció sobre ellos cuando una luz vacilante apareció al otro lado.

—¡Es la policía! ¡Abra! —ordenó Espinosa, azuzando a quien estuviera al otro lado.

Se notó una reacción nerviosa en los dedos que manipularon los cerrojos, y la pequeña mujer que apareció portando un candil tuvo que usar de toda la agilidad que le quedase a sus años para hacerse a un lado cuando el inspector empujó la puerta y entró sin esperar.

—¿Pero qué está pasando?

La portera se alteró al ver a aquellos uniformes y sus ojos parpadearon sin saber cuál era el lugar más seguro para posarse.

—¿El domicilio de los Ballart? —preguntó Espinosa

—En el principal... pero...

Deslizándose con inesperada rapidez, la muchacha reapareció en la mente

de todos los presentes, pasó entre la portera y Espinosa, y al momento estaba subiendo por las escaleras.

—¡Sí, sí, lo recuerdo! —gritó—. ¡Es aquí!

—¡Señorita, espere!

Espinosa se vio corriendo detrás de aquella joven. Siguiéndola, llegó al principal notando los escalones en la garganta y agradeció poder detenerse al ver a la chica parada ante una de las puertas, rígida y con los ojos tan abiertos que parecían no tener párpados.

—Espere —dijo Espinosa apurando los últimos escalones—. Detrás de mí, nunca se sabe.

Un gesto, y con insultante sencillez, aquellas palabras no valieron nada. La muchacha empujó la puerta y, crujiendo dócilmente sobre los goznes, se abrió casi por sí misma. Ella lo miró. Tenía un gesto de asco o mal presagio, y una mueca dolorida le hacía mostrar los dientes.

—Detrás de mí —repitió Espinosa, colocándose a su lado.

En ese momento llegaron los agentes que lo acompañaban. Espinosa volvió la mirada a ellos tan solo un momento, pero bastó para que advirtiera cómo la joven se adentraba en el domicilio. Solo pudo chasquear los dientes y desenfundar el revólver, dejó a uno de los agentes apostado e hizo que el otro le acompañara.

La muchacha no había avanzado demasiado. Estaba quieta entre las sombras del corredor, con esa actitud de percibir el mundo entre brumas. Cuando la alcanzaron, les devolvió una mirada totalmente mate y siguió avanzando. Espinosa se conformó con no volver a perderla y caminó tras ella.

Si algo así era posible, habría asegurado que el ambiente del interior de la casa sangraba silencio. Apareció un siseo. Espinosa bajó la mirada y advirtió que la joven había comenzado a arrastrar una mano sobre la pared, arrancando un suave rumor del empapelado. Avanzó así, hasta que el sonido se cortó sobre el marco de una puerta y, mirando el interior de una habitación, entre luz y sombra, la joven quedó dibujada a pedazos.

Por fin, Espinosa consiguió adelantarla y entró primero en aquella estancia. Se trataba de un despacho, decorado más para la ostentación que para el uso. La naturaleza extraña de la luz era debida a que una de las lámparas estaba caída en el suelo, salvada solo por la tupida alfombra. En esa posición, llenaba el techo y las paredes de sombras, haciendo que aquel hombre de gesto dormido, sentado tras la opulenta mesa, tuviera un aspecto macabro.

No necesitó mucho más que aquella sensación de alambre en las entrañas para reconocerlo como un cadáver. Asegurándose de que la muchacha no terminara esta vez de cruzar la puerta, Espinosa avanzó hasta la mesa y terminó de confirmarlo. Salvo por la piel exangüe y los brazos caídos, aseguraría que aquel hombre habría podido ser encontrado allí, de la misma manera, en cualquier otro momento de su vida. Y aquello lo hacía aún más inquietante. La misma sensación de cercenamiento que congestionaba el aire al entrar en la casa.

—¿Su padre? —preguntó Espinosa, con el máximo tacto posible.

—Mi marido.

—¿Su...?

La muchacha retrocedió unos pasos y se fue. La media palabra en boca de Espinosa tuvo que conformarse con ser un mordisco contra los labios. Hizo gesto de seguirla, pero un objeto desvió su atención hacia la mesa: un pequeño marco ovalado que recogió para calmar la quemazón que le provocó en los ojos. Estaba caído en la escribanía y, al voltearlo en su mano, la misma clase de vacío estridente que se repetía en toda la casa se cebó en aquel marco dorado.

—¡Dita sea! —masculló Espinosa.

Dejó descuidadamente el marco en la mesa y salió del despacho con un par de trancos.

—Vaya usted a la puerta —le ordenó al agente que le acompañaba—. Que Mouzós encuentre a Aguarta y Serral y que vengan aquí ya. ¡Pero ya!

En un atisbo, el agente vio el cadáver del hombre en el despacho. Asintió, urgido por la visión, y se alejó por el pasillo a toda prisa. Espinosa se quedó solo. No había rastro de la muchacha e, intentando suponer cuáles habían sido sus pasos, avanzó hasta llegar al salón.

—¿Señorita? —preguntó.

La misma clase de vacío. La casa entera parecía un vestido sin cuerpo.

Gran parte de las luces de la sala estaban encendidas. El vacío permitía a los ojos moverse libremente, pero el silencio lo uniformaba todo de tal manera que Espinosa estuvo a punto de pasar por alto la forma sentada en el sofá.

Una mujer de mediana edad, con los ojos entreabiertos destilando una desagradable ausencia y una morbidez como de conejo muerto. La puntilla en el cuello del vestido estaba desgarrada, como si alguien hubiera mordido hasta llegar a la carne, que se mostraba roja y negra a través de la herida.

—¡Dita sea! —se vio susurrando Espinosa.

Cualquier sonido habría destacado. Uno débil, como faldas removidas al andar, se escuchó con la claridad necesaria para que Espinosa se volviera de pronto.

—¿Señorita?

Vio una figura que pasó de uno a otro lado tras el vano de una puerta. Duró ante sus ojos lo que un aleteo de polilla, pero fue tras ella apresurando el paso, venciendo las formas de una casa desconocida hasta llegar a un dormitorio, seguramente la habitación de un niño. La muchacha estaba allí, acucillada ante un armario que tenía ambas puertas abiertas.

Espinosa se acercó a ella. Por la expresión de su rostro, contemplativa y lánguida, no habría podido prever lo que sus ojos contemplaban. Había una pequeña cosa en el interior del armario, hecha de dedos pequeños, pies descalzos, gesto dormido y rizos dorados. La ropa caída sobre la que se encontraba hacía destacar su camión blanco, que alguien debió de abotonar para ella. Sobre su cuerpo, las puertas abiertas de par en par recordaban a unas manos violentas haciendo fracasar aquel escondite, y, juzgando por la escarcha de lágrimas en sus mejillas, se adivinaba el terror con que ella había temido su final. Ahora su expresión estaba en calma, como si hubiera aceptado algo. Después del terrible momento en que una boca ensañada le royera las muñecas hasta dejarlas en aquel estado, esa calma podía comprenderse. Debía tener tan solo siete años, una medida pequeña ante los que Espinosa fuese a pasar recordándola como la niña que encontró muerta en el interior de un armario.

—¿Pero qué está haciendo? —preguntó asqueado.

Aquella joven había cogido una de las manos de la niña y la dejaba caer una y otra vez, como decepcionada por el estado de aquella carne.

—¿Has visto lo que me ha pasado?

—¿Qué dice? Vamos, deje ya de hacer eso.

—¿Has visto lo que me ha pasado? —insistió la muchacha—. A veces siento que, si hubiera un narrador siguiendo mi historia, sería más fácil. No cambiaría nada, pero diría: «Pobre niña, mira lo que le ha pasado». No cambiaría nada, pero diría: «Pobre niña, mira lo que le ha pasado». Y eso haría que fuese distinto.

—Vamos, deje eso ya —repitió Espinosa—. ¿Quién es, su hermana... su hija?

Aceptando el escrupuloso modo en que Espinosa le apartó de la niña, la muchacha se puso en pie.

—Maite, es Maite... —contestó entre suspiros—. Yo soy... yo no soy...

Se dio media vuelta, y caminando con lentitud, salió de la habitación. Espinosa una última mirada sobre el cadáver de la niña y la siguió. Regresó al salón. Un nerviosismo que no había querido reconocer le hizo rebuscar a la joven cuando la tenía a solo unos metros. Estaba hurgando entre los objetos de un bufete con la misma actitud medio ida que arrastraba desde la comisaría.

Con demasiada claridad, Espinosa notó encogerse de nuevo el estómago al verla escoger uno de los marcos, abrirlo, y extraer la fotografía como si arrancara un cabello.

—Mi hija —le oyó decir.

Los tendones se le resintieron de la brusquedad con que Espinosa levantó el brazo y amartilló el arma, apuntando a aquella chica. El sonido del percutor dejó muy claras sus intenciones en el aire pero ella solo le miró de reojo un momento, con la misma distancia lánguida con la que parecía contemplarlo todo.

—¿Quién demonios eres tú?! —le increpó Espinosa.

La muchacha miraba la foto extrañando la mirada, desistió en algún propósito y contempló la nada. Sus labios se movieron sin producir sonido, intentado ver sus pensamientos con claridad hasta que llegó a un punto en que la resignación pareció darle cierta calma.

—Yo soy... Patricia.

Las neblinas se cayeron de los ojos de la muchacha, brillaron de negros que eran y se volvieron a él, haciendo que Espinosa retrocediera.

—Tú has visto todo lo que yo he hecho —dijo Patricia—. Sabes que yo he sido, que yo soy, tú has visto todo lo que yo he hecho.

La voz de aquello que parecía casi una niña era ajena a cualquier edad. Patricia dejó de mirarlo y, acunando el retrato contra su pecho, se movió. Aquello hizo al inspector retroceder casi con dentera, esforzando su mano temblorosa en mantenerla siempre encañonada. La vio llegar de nuevo a la puerta que llevaba a los dormitorios. Entonces se volvió otra vez a él con aquellos ojos que parecían dos botones clavados al rostro.

—Yo podría contártelo todo.

Dijo esto y se fue, caminando como si fuera una vieja. La oscuridad se alquitranó a su alrededor y Espinosa dejó de oír sus pasos. El revólver siguió en alto un tiempo indefinido, hasta que tuvo que reconocerlo como un objeto inútil, dado el temblor que le debilitaba los dedos. Notó las piernas débiles y necesitó acercarse una silla y sentarse.

Estuvo mirando las sombras por las que desapareció la muchacha, notándolas como una puñalada, Espinosa solo pudo quedarse quieto, como una niña escondida en un armario. Hasta que el ambiente a su alrededor recobró vida cuando se acercaron unos pasos y dos agentes entraron en el salón.

—Inspector —el primero de los agentes en entrar se detuvo al verlo—. ¿Qué ha pasado?

El aspecto de Espinosa estaba tan demudado que la pregunta se volvió inevitable y, al no haber respuesta, ambos agentes se miraron entre sí.

—¿Y la chica?

El agente siguió la mirada de Espinosa hacia la puerta en sombras. Se asomó y también desapareció a través de ella. Sus pasos decrecieron pero siguieron escuchándose, cuando se alejó y cuando regresó, asomando una expresión perpleja.

—No hay nadie —anunció tragando saliva—. La portera dice que nunca ha visto a esa chica. Inspector, ¿qué ha pasado?

Espinosa no dijo nada, no habría podido hacerlo.

## VI

La figura del niño insistía a través de los cristales y Noviembre insistía en observarlo a través de ellos. Aunque todo en él indicaba que terminaría entrando, se sorprendió cuando finalmente le vio cruzar la puerta tras todo el tiempo que había estado dudando en el exterior. Le observó subir los escalones mientras alternaba miradas entre el entorno y la tarjeta que llevaba en las manos. Arrastraba un gesto huraño, propenso a la desconfianza. Aun así, escalón a escalón, subió hasta donde ella estaba.

—¿Esto es aquí?

Noviembre no necesitó mirar demasiado la tarjeta que el niño le mostraba para reconocerla como una de las habituales del teatro. En lugar de eso, le contempló a él tras una nariz arrugada, dándose cuenta de que, sin duda, era una de las sorpresas de la noche. Un muchacho de su edad, vestido con menos ropa de la que convenía al frío del que había llegado, como si le hubieran mandado a hacer un recado, pero asumiendo en los ojos enrojecidos una rabia que le disponía a irse mucho más lejos.

—Es aquí —confirmó Noviembre—. ¿De dónde la has sacado?

Allí, aún con el ceño fruncido, los ojos del niño tenían mucho que ver y, en



una de las veces en que volvió la cabeza, Noviembre destacó el cardenal en torno a su oreja izquierda y las escamas rojizas que se escapaban del interior de su oído.

—Me lo dio la señora de pelo negro. Una que es alta y siempre viste de negro. ¿Está aquí? —explicó el niño con voz atrincherada—. ¡Ah, mírala!

Una polilla debía saber buscar, percibir detalles, reconocerlos y reaccionar a ellos pero, cuando siguió la mirada del niño y volvió la cabeza, Noviembre tan solo tuvo ocasión de sentir una cuchilla a lo largo de sus vértebras al descubrir a aquella mujer justo a su espalda.

—Guillem —dijo Mara—. Finalmente lo has hecho.

La blanca serenidad del perfil de aquella mujer no se volvió a Noviembre, pero ella sí la miró, y le pareció que el corazón se le había hecho la mitad de pequeño.

—Sí, hoy... me he hartado —respondió Guillem—. Me dijiste que, si lo hacía, viniera.

—Así es —dijo Mara.

Cuando vio aquella mano sobre el hombro del niño, aquellos dedos que parecían poder pasar limpiamente por una cerradura, Noviembre sintió frío en forma de telaraña resquebrajándosele en el pecho y deseó que aquella escena siguiera ignorándola. No obstante, cuando esa mujer se llevó al niño a la sala Solsticio, no pudo evitar seguirlos, dejándoles un trecho de pasos. Aun siendo una polilla, tenía una sensación difícil de definir, parecida a la misma que le hacía asegurarse de haber cerrado cada noche la puerta del armario. La vio escoger una mesa, hacer que el niño se sentara y luego sentarse ella ante él.

Tras un rato sentada, Mara continuaba mirando a Guillem, notando lo desencajado que el niño se sentía en aquel ambiente, y cómo intentaba solventarlo suponiendo que su compañía era suficiente salvaguarda en aquel lugar.

—¿Tienes frío? —preguntó Mara, viendo al niño frotarse las manos en el pantalón.

Guillem negó con la cabeza, luego asintió.

—Lo siento, en eso no puedo ayudarte.

—Da igual —Guillem se encogió de hombros—. Se me pasa.

Un dedo, uno de esos dedos afilados, llegó al rostro de Guillem con suavidad, pero de un modo al que hubiera sido imposible oponerse, y le hizo volver el rostro. Al ver el cardenal en torno al oído del niño, la expresión de

Mara se volvió rígida, y se quedó así hasta que Guillem tuvo que apartarse de aquella mano que le regresaba al frío de la noche.

—Oigo un pitido —dijo Guillem.

—¿Por qué dejaste que te lo hiciera?

—¡Yo no dejé que me lo hiciera, pero es un *cagadimonis*!!! ¡No lo vi y ya lo tenía encima! —aseguró Guillem indignado—. ¡Desde lo del billete, y que mi hermana me encontró la locomotora, ahora se le ha metido en la cabeza al desgraciado que me he puesto a robar y no sé qué más! ¡Y cuando estaba diciendo que no, pues fue y me atizó!

Con los codos clavados en la mesa, Guillem se estrujó el rostro entre las manos. Clavándose las uñas con clara rabia, forzaba su orgullo a permanecer, pero le vencieron algunas lágrimas que escaparon al rencor de sus ojos.

—Y me ha roto la locomotora —protestó entre dientes.

Cuando el niño se sorbió, limpiándose las lágrimas con los puños de la camisa, Mara inclinó el rostro a un lado, abarcando más perspectivas desde las que contemplarlo. Si ella hubiera tenido algo como esas lágrimas, como esa rabia de mandíbulas prietas, como esa piel enrojecida, lo habría usado para expresar la admiración que le suponía haber sido escogida por todas esas emociones del niño, porque él le hubiera entendido como una dirección a seguir, en ese momento, allí, en ese salón y en esa noche. Mara sabía que ella existía porque todas las noches le tenían a ella como elemento común, pero no comprendía cómo había podido existir sin saberlo en la mente del niño. ¿Se había hecho más pequeña para caber en aquella cabeza? ¿La memoria de otros podía reflejarla cuando en ocasiones ni los espejos la aceptaban? No podía entenderlo, pero la idea le fascinaba, acercándose al miedo. En ese mismo momento, el niño estaba ante ella. Sabía que estaba en esa sala y que ella era lo que estaba más cerca pero, al tiempo, se concebía a sí mismo en la cabeza de aquellos a los que había abandonado, esperando hacerles daño con su ausencia.

—Y entonces te fuiste.

—Sí —afirmó Guillem.

—¿Qué harás ahora?

—No sé. Cogeré una locomotora de verdad y me iré bien lejos. Si hubiese podido coger mi cajón de limpiabotas... No sé, da igual. Ya veré.

El niño se masticó la lengua reaccionando al extraño sabor de esas palabras. Había notado una quemazón de miedo al pronunciarlas y, recordando que no había modo de estar seguro de lo que esa mujer podía saber y qué no,

despistó los ojos a su alrededor fingiendo que había algo que mirar.

—Me dijiste que viniera a verte —logró decir—. Si de verdad me escapaba...

Lo hizo. Podía recordarlo, aunque a menudo Mara hacía cosas solo para ver qué sentía, provocándose con estímulos que le devolviesen algún eco. Lo que logró entonces le hizo mirar al niño con una ternura lánguida y sonreír, de ese modo que sirve para lamentar algo.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó—. ¿Quieres que te dé lo que quieres?

—Sí... —respondió el niño tras arrastrar su voz con una duda—. Sí, supongo.

Mara se acercó hasta acariciar aquel cabello negro tan parecido al suyo. Le reordenó el flequillo con suavidad hasta retirar el talante emboscado que los mechones daban a la mirada de Guillem. Los ojos del niño tenían esa tensión natural de la vida, de la que los suyos carecían. Reflejada en ellos, podía llegar a creer que estaba viva.

—Puedo ayudarte.

Le tendió la mano al ponerse en pie y Guillem aceptó el gesto. Se parecía al dolor lo que la calidez de la mano del niño provocaba en la de Mara, un calor que para ella resultaba tan personal como la voz o la mirada. Cuidando su fuerza, apretó los dedos del niño y lo condujo fuera de la sala.

En la antecámara se cruzaron de nuevo con la niña vestida de negro, la que olía a metal junto con la carne y hacía tic-tac. Mara apenas la miró un momento. La polilla se había quedado rígida a su paso y los contempló con ojos vidriosos mientras bajaron las escaleras, quedándose sola ante un reflejo impotente cuando las puertas se cerraron a sus espaldas y los cristales se llenaron de un negro montón de noche.

En el exterior, Guillem tardó poco en acusar el frío. El calor del teatro no había bastado para malacostumbrarle, pero su piel, resguardada por poca ropa, notó pronto el contraste.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Ven conmigo —dijo Mara—. Te daré lo que quieres.

Al poco de alejarse del teatro la oscuridad se ensañaba. No caminaron demasiado hasta que la gente también escaseó. Mara condujo a Guillem al interior de un callejón. Allí, aunque ella no podía dar calor, colocó las manos en sus hombros para que hubiese algo más entre él y el frío y se arrodilló, poniendo sus miradas a la misma altura.

—¿Qué quieres? —preguntó.

Guillem retorció los labios contra los dientes y, con una voz reacia, contestó.

—Que me dejen en paz, irme y que me dejen en paz.

Mara definió con un dedo el contorno del rostro de Guillem, un trazo muy suave, y sonrió.

—No —rebatíó con dulzura—. Tú quieres que te echen de menos.

Atrayendo al niño hacia sí, Mara lo rodeó con los brazos. Aquella calidez se le contagió por dentro, le cruzó el pecho hasta la garganta, alzándole el rostro con expresión de dolor y, como cera fundiéndose, sus colmillos crecieron, afilándose y los ojos le desaparecieron en negro.

Al sentir el mordisco, Guillem notó el confuso desorden en que se malformaron sus ideas. Dejó de entender, todo quedó deformado por un dolor que dibujó en rojo la raigambre de sus nervios. Solo el miedo le hizo entender lo que estaba ocurriendo. Y, al entenderlo, el niño intentó luchar. Golpeó la espalda de Mara con los puños y la tiró del pelo arrancando mechones negros. Buscó fuerzas para un grito pero, entre aquellos brazos, el espacio era tan pequeño que solo pudo gemir dolorosamente entre dientes.

No fue el dolor, ni siquiera el miedo lo que trajo las lágrimas. Fue comprender que todo lo que él era podía robarse, que todo lo que había esperado del futuro era pequeño ante ese momento atroz, y que él acababa, en esa noche, en ese callejón, en brazos de algo terrible, sin que nadie viniera a ayudarlo.

Mara se apartó del niño casi ahogada. Su boca enrojecida en sangre hirió las sombras. Jadeaba, y se asombró al notarlo. El aire entraba y salía de su pecho como algo necesario para atemperar el calor que había comenzado a recorrerle el cuerpo, convirtiéndola en algo que volvía a estar en el mundo. Se acercó el cuerpo del niño, esa pequeña cosa blanda, y lo acunó contra el pecho. Esa nueva respiración desconocida se calmó contra las mejillas muertas al tiempo que sus labios las mancharon de sangre.

Como le había prometido, ahora debía llevarlo a casa.

Cargando el agradable peso del cadáver, Mara emprendió el regreso, un camino familiar que recorrió con pasos sosegados sabiendo que era la última vez. Caminando, con caricias inconscientes en el cabello negro del niño, intentó entender las emociones de este más allá de lo que él mismo logró. Sabía que no le estaba traicionando. Guillem había llegado a ella sin querer admitir lo que ya sabía: que acabaría regresando a casa. Los pasos que ahora

lo llevaban allí eran la consecuencia esperada.

El niño tampoco había querido marcharse. No tenía sentido alejarse tanto como para no presenciar los efectos de su ausencia, pero debía lograr que esa huida tuviese el máximo de verdad posible durante todo el tiempo que pudiera, a fin de que, en ese espacio, se diese el miedo necesario para que se planteasen si habían sido injustos con él.

Mara sabía eso y, como le había prometido, no dejaría que volviese derrotado.

Mara giró la habitual esquina de la despedida lamentando que a aquella historia le quedase tan poco tiempo. Vio luz al llegar al taller. En el piso superior, una llama trémula medía el tiempo inquieto de una espera. Estaba bien así: el niño ganaba.

Con cuidado, Mara depositó el cadáver sobre el umbral, recostándole la espalda contra el quicio. Podría haberse ido tras cruzarle las manos, apaciguando su actitud. No quedaba nada más por hacer salvo, claro, intentar sentir al máximo esos últimos momentos. Le dolió saber que esa era la última noche, que a partir de entonces el rostro del niño comenzaría a disolverse hasta volverse irreconocible. Se sentó en la puerta junto a él, abrazándose a las piernas recogidas, manteniendo la separación necesaria para poder contemplarlo de cuerpo entero.

Ya no habría esa pequeña emoción en sus noches, los encuentros en la rambla, las manos de ambos aferradas a la verja de *El ingenio*, conversaciones con magia navegando la oscuridad y las calles de piedra. Ya no habría quien la reconociera al verla llegar. Dolería, y dolería por mucho, hasta que ese dolor se acostumbrara entre tantas otras cosas que no podía recordar.

Se despidió del niño besándole la frente.

Al amanecer, al abrir las puertas, descubrirían que era hermoso.

## VII

La necesidad de despertar le hizo abrir los ojos. Su espíritu regresó de muy lejos, recorriendo esa distancia en poco tiempo, y sus sentidos necesitaron un momento para traducir el espacio. Llamaron de nuevo a la puerta y comprendió que eso era lo que le había despertado.

—¿Vanessa?

Desorientado, Gabriel miró a su alrededor. La pregunta y el nombre valieron menos que el humo entre el silencioso vacío. Se dirigió hacia el recibidor, y, ya allí, lanzó un último vistazo sobre su espalda, seguro de que nadie iba a responderle. Disculpándose por la demora, descorrió los pestillos.

La oscuridad del rellano le confundió al intentar reconocer aquella figura. Fue el perfume lo que le permitió hacerlo.

Ella sonrió ante su desconcierto.

—Existo fuera del teatro, aunque parezca increíble.

—¡Vekania...! —dijo Gabriel, sorprendido.

Confirmándose ante el nombre, Vekania se descubrió quitándose el sombrero. Traía algo de belleza nerviosa consigo, un titubeo que balbuceó en sus labios, tratando de invocar palabras ensayadas que, con él delante, parecieron convertirse en las primeras que le llegaron a la boca.

—¿Está mal que haya venido? —preguntó con tacto.

—¡No! Por supuesto que no —aseguró Gabriel, anticipándose a lo que podría haber sido una disculpa por parte de ella—. ¿Pero cómo...?

—Yo la he hecho venir.

Gabriel logró reducir el sobresalto a quemazón y rigidez muscular cuando aquella voz se enhebró, helada, entre ambos. Vanessa estaba en el recibidor tras él, tan cerca que, al volverse, sus faldas le cosquillearon en los muslos y el gris de sus ojos le empapó la mirada. Le fue inevitable retroceder un paso, quedando más cercano a Vekania, viendo en su expresión que la aparición había tenido el mismo efecto sobre ella.

—Me dijo que me necesitabas... —explicó Vekania—. Me dejó preocupada...

En el recibidor, la mirada de Vanessa seguía llenándolo todo. El mundo entero parecía reducirse a lo que ella contemplara, y en aquel momento miraba a Gabriel fijamente.

—Sé que piensas en ella —dijo, tachando la explicación de Vekania—. Y ella piensa en ti.

—Vanessa...

Gabriel intentó forzar la pausa que le permitiera entender algo, o al menos aliviar la incomodidad que había hecho a Vekania desviar un momento el rostro, pero los ojos de Vanessa siguieron sin parpadear.

—Quiero veros a los dos... juntos.

Los pies descalzos de Vanessa retrocedieron al decir aquello. Luego los miró, esperándolos en el espacio que les había cedido.

—Ahora —subrayó.

La naturalidad en la voz de Vanessa daba un cariz cortante a sus palabras sin pretenderlo. Ella misma pareció dudar de cómo lograr la reacción deseada y torció levemente el rostro, haciendo un mohín extrañado.

—Por favor...

Vanessa retrocedió otro par de pasos. Sus pies quedaron tobillo contra tobillo, esperándolos. El espacio ofrecido quedó ante ellos. Ya antes de volverse, escuchando el modo de respirar de Vekania, Gabriel se dio cuenta de lo inabordable que le resultaba la situación y, al mirarse, el sentimiento quedó confirmado como mutuo.

—Entonces... —murmuró Vekania—. Veo que tú tampoco lo entiendes.

Abortando palabras en la boca, Gabriel hizo un gesto desarmado. Vekania asintió pensativa y sopesó ideas con un titubeo en los ojos, hasta que avanzó al interior de la casa tomándole del brazo, asegurándose de que era él quien quedaba más cerca de ella. Vanessa les dejó ganar unos pasos y cerró la puerta tras ellos, luego se adelantó y ambos la siguieron esperando que aquella situación terminara de definirse.

—No —dijo Vanessa al percibir el amago con que Gabriel indicó a Vekania que pasara al salón—. En el dormitorio.

Vanessa retrocedió y, tomando a Vekania de las manos, se hizo con sus pasos, con el mismo talante suave pero irrevocable con que pronunciaba sus palabras. En el interior del dormitorio le devolvió su albedrío, dejándola lo suficientemente cerca de la cama como para que el movimiento natural fuese sentarse en ella. Luego se volvió. Ojos grises contra Gabriel, que esperaba en la puerta, y se apartó, cediéndole su espacio vacío junto a la envenenadora.

—Huele a ti —dijo Vekania cuando se acercó.

La voz de Vekania crepitó con un timbre nervioso, no incómodo pero (quizá) excitado. Miraba el cuarto a su alrededor, escogiendo detalles y contrastándolos con algún tipo de imagen en su mente. Bajó las manos y pareció acariciar las sábanas aunque apenas llegó a rozarlas.

—Tu cama.

La mirada de Vekania aguantó bien la de Vanessa. La vio retroceder hasta hallar la pared con los talones. Para la envenenadora fue una sencilla cuestión de olfato entender que el dormitorio había quedado dividido entre un escenario y su platea, separados por una línea imaginaria.

—Parece que has encontrado lo que buscabas —le dijo a Gabriel, sin romper la mirada con Vanessa—. Es el credo del teatro, hay una historia a tu

alrededor. Yo... esperaba formar parte de ella, pero esto ha sido inesperado.

Como si de algún modo se lo hubiera indicado, Gabriel se sentó junto a ella. Al hacerlo, vio a Vanessa dejarse caer lentamente sobre la pared, arrastrando el rumor de su vestido hasta quedar de rodillas, clavando los ojos en ellos y esperando.

—Sé algunas cosas... —dijo Vekania con un titubeo—. Por lo que mi padre me cuenta... y por lo que no.

A pesar de cederles la habitación haciéndose lo más pequeña posible, Vanessa continuaba ganándose miradas inseguras. Seguramente porque no disimulaba la expectación con que los observaba, como piezas en un tablero. Ansiaba el principio de algo, tanto que en el instante en que cruzó los ojos con Gabriel reaccionó con aspereza.

—No. Yo quiero verlo, quiero verlo todo —replicó tajante.

Gabriel apartó el rostro y se vio recogido en la ambarina mirada de Vekania, con quien compartió refugio y algo más.

—Puede hacer eso, ¿verdad? —dijo ella—. Es alguna clase de talento.

Aunque Vekania sabía mantener la compostura, Gabriel confirmó, en el temblor de la mano que se llevó a la frente, que la situación le desconcertaba tanto como a él y, al menos compartiendo la sensación, se arriesgó a encaminar cierta calma.

—Al menos tú has encontrado un modo de entenderlo. Yo no sabría explicar nada de lo que ha pasado estos días —dijo Gabriel, dejando escapar algo del aliento que llevaba rato reteniendo—. No sabría decirte por qué te ha hecho venir.

Vekania sonrió con suavidad.

—Entonces debes preguntarte si lamentas que haya ocurrido —le dijo volviéndose a él—. ¿Lamentas que me haya traído?

—No. No, por supuesto que no. Tan solo... —casi inevitablemente, Gabriel miró a Vanessa y el modo en que les clavaba los ojos, y prefirió la proximidad de Vekania que intentar resolver la naturaleza de aquella mirada—. No, claro que no.

Mordiéndose los labios, Vekania mantuvo ciertas emociones dentro de los límites de su pecho y disfrutó el haberlo puesto en un compromiso. Llevaba consigo un pequeño bolso de mano, que se colocó en el regazo.

—Ella dijo que pensabas en mí. Si lo dijo ella, entonces es cierto, ¿no?

El silencio que siguió tuvo su propio tacto. En el tiempo que se tomó Gabriel para responder, Vanessa se recogió las piernas entre los brazos, y,



clavándose las uñas en las rodillas, hizo rechinar los pliegues del vestido hasta que lo vio asentir. Sus ojos buscaron entonces a la envenenadora, la sintió atajar una decisión postergada cuando, acercándose más a él, abrió por fin el bolso, mostrándole el pequeño frasco que extrajo de su interior.

El silencio se volvió cómplice cuando Gabriel reconoció el contenido color ámbar. Un juego de miradas entre ambos les llevó a pactar algo y Vekania abrió el frasco.

—Abra la boca, Gabriel.

Vekania le tomó del mentón, asegurando la abertura en los labios con una caricia de los dedos y dejó que un perfecto hilo de miel bordara su lengua hasta cubrirla. Le impidió tragar con un tierno reproche y, consumiendo los últimos restos de distancia, se acercó y el sabor se mezcló en sus bocas. Aún después de la miel, el beso siguió siendo dulce. Cuando solo quedó el tacto, huidizo y deslizante, de las lenguas entre sí.

—Te dije que la música tendría su momento —le susurró Vekania.

De una boca a otra, aquellas palabras estuvieron abrigadas en todo momento y, tragándolas, Gabriel la besó de nuevo. La respiración confundióse, la piel llamando a la piel. Eran impresiones que se sentían mejor en negro, tras los párpados. Meciéndose en esa oscuridad cálida y un nuevo universo vaporoso, Gabriel vio, sin reconocer, la criatura blanca que gateó sobre la alfombra hacia ellos. Sin acertar a llamarla por su nombre, hasta que unas manos pálidas crecieron tras la envenenadora acariciando su cuello y hombros.

Vekania se dejó hacer por aquellos dedos afilados que crepitaron en su cabello, soltándolo y guiándolo cuidadosamente en su suave caída en torno al cuerpo. El aire se llenó entonces de un perfume que habría sido inútil buscar en ninguna otra parte, como un terciopelo que llevara años respirando incienso, e hizo que algo en el pecho de Gabriel se volviera cortante. Suelta, la melena de Vekania era larguísima. Pudo seguirla hasta las caderas, repasando los contornos del cuerpo, regresando después con la mirada hasta el rostro de ella, donde sus ojos brillaban excitados sobre el rubor de las mejillas, presintiendo lo que la desnudez podía llegar a ser.

Las manos de Vanessa llegaron al pecho de Gabriel y, con suave habilidad, fueron desabrochando los botones de la camisa hasta dejar su piel ofrecida a la envenenadora, quien se inclinó sobre ella, comenzando el desvanecimiento de los cuerpos.

Si lo que suponía estar vivo crecía como comenzaba a hacerlo, lo que

significaba estar muerto debía hacerse más pequeño, y Vanessa dejó de ser sentida por los amantes. Sin embargo, se mantuvo cerca, sin que su peso hiciera crujir el colchón. Se hacía eco de latidos ajenos al tiempo que los alentaba, ayudando en el desprendimiento de las ropas, dejando pinceladas en aquellos cuerpos, hasta que el movimiento que había iniciado dejó de necesitarla y se retiró, suave e inadvertida como una sombra. Quería verlo todo, y se apostó como una gárgola blanca y blanda, con los ojos abiertos y el pecho tenso y callado.

La imagen ante ella hacía empalidecer todos sus esfuerzos previos por concebirla. Verla como algo real quitaba fuerza a todos los esbozos de su imaginación y solo podía concluir que era emocionante y amedrentador sentirse superada. Estando quieta, sentía vértigo; estando muerta, sentía miedo. Se habría rajado el estómago con las uñas para ver con sus ojos lo que sentía, para llegar al tacto con aquella confusión de excitación y temor. Pero debía seguir mirando, debía seguir siendo el testimonio de que aquello estaba pasando.

Conocía a Gabriel, conocía el rostro del niño pero no aquel, no aquella expresión de celebración y fatiga. Ni su desnudez o su respiración jadeante. Lo notaba bulléndole por dentro: la mujer que se amoldaba a él con la naturalidad de la arcilla, el olor dulzón creciendo, los nombres derramados sobre la piel, la carne contra la carne, la carne en la carne. No supo a quién de los dos perteneció el quejido cuando entraron el uno en el otro, pero lo notó dentro, como una estocada desde el vientre a la garganta.

El símbolo que estaban representando con su unión marcaría el momento en que dejaron de temer al tiempo. Sabían que algún día, inevitablemente, se irían, y con ellos todo su tiempo y su época. Y, aun así, parecía que estar ahí en ese momento, alimentándose el uno del otro como la ferocidad de sus bocas sugería, tuviese más sentido que cualquier otra cosa.

Hubiese querido preservar ese momento: cada imagen de aquellos cuerpos, moldearlas en cera y guardarlas donde la memoria no les traicionara. Construir un altar, como Mara y Patricia, tras una vitrina, y volver a ellos una y otra vez a ahogar la sensación de su eternidad maldita. Ser ella quien recordase que eso fueron Gabriel y Vekania en el instante de alcanzar la emoción, el estado que permite a hombres y mujeres soportar tanta miseria. Aunque para entonces sus nombres ya no fuesen nada entre tanta ceniza.

Los veía y podía engañarse, creer que era ella quien respiraba con jadeos heridos o que el olor a sudor era el suyo. De esa manera, se hizo algo natural

acercarse. Vanessa no supo reconocer cuándo se movió ni ellos la notaron sentarse al pie de la cama. Si quedaba algo por sentir, si quedaban maneras de hacerlo, ella debía tenerlas todas. Acarició la espalda de Gabriel, dejando un trazo sobre la piel húmeda, bajó hasta las cicatrices en la cadera. Luego el glúteo, encontrando la rodilla de ella y, siguiendo entonces por su pierna, dejó un trazo de ondas líquidas sobre la media hasta el tobillo.

No parecían capaces de notar su presencia, se movieron y Vekania se colocó sobre Gabriel. Vanessa reconoció estar convirtiéndose en un fantasma de nuevo. Todo lo que le estaban haciendo sentir, a pesar de su intensidad, era tan solo un eco reverberando en su interior vacío y cavernoso. Era tan solo un fantasma justo al lado de todo lo que significaba no serlo, y, la distancia que le separaba de ello se había hecho tan pequeña, que el impulso más natural fue cruzarla.

—¡Vanessa!

Gabriel mordió su propio grito cuando la sangre le salpicó el rostro. El de Vekania fue aún más breve. Amordazada violentamente por aquella garra blanca, le tendió las manos y él intentó retenerla consigo, pero la fuerza de ambos valió de poco y los brazos de Gabriel se cubrieron de arañazos cuando Vanessa tiró de la envenenadora y ambas cayeron al suelo. La voz de Vekania se escuchó de nuevo, gritando sin apenas aire. Gabriel siguió el gesto suplicante de las manos que alargaba hacia él, cubiertas de rojo. Intentó, de nuevo, sujetarla pero Vanessa retrocedió hasta topar contra la pared con un ruido seco. Allí, ahogó el cuerpo desnudo que tenía entre los brazos con repugnante avidez, como si quisiera fundirlo y absorberlo por cada uno de sus poros.

La garganta de Vekania se llenó de un gorgoteo líquido en el que su voz comenzó a perderse y el gesto en sus manos se hizo cada vez más débil, hasta que el único movimiento que le quedó fue el que le impuso la espasmódica ferocidad con que Vanessa tomaba de ella.

—¡Vanessa!

La voz de Gabriel sonó furiosa, pero lo que fracturó el aire fueron los crujidos metálicos que sonaron después. Por fin, Vanessa fue capaz de detenerse y levantó la mirada, mostrando una expresión perdida, más propia de un animal, al tiempo que sus pupilas se derramaban en negro. Parecía alguien que acabara de entrar en la habitación, intentando entender por qué Gabriel le apuntaba con un revólver.

—¡Suéltala! —le advirtió Gabriel—. ¡O te aseguro que...!

La rabia quemó las siguientes palabras, mantuvo el arma en alto, enfrentado al gesto inhumano e infantil de los ojos de Vanessa, hasta que la presión de lo inútil le debilitó por entero.

—¿Qué has hecho? —dijo con un hilo de voz.

Al tiempo que el peso del arma hizo caer el brazo con que la sostenía, el cuerpo de Vekania se ablandó, deslizándose por su propio peso sobre las faldas de Vanessa, separándose finalmente de la boca que lo había desgarrado. La envenenadora quedó quieta y con los ojos cerrados. Gabriel observó con incredulidad, notando cómo esa quietud le petrificaba las entrañas con una dolorosa certeza. Vanessa aún parecía necesitar que alguien le explicara lo que había ocurrido.

—¡¿Qué has hecho?!

Gabriel alzó el arma gritando. Un trazo rojo apareció en el suelo y en sus retinas una impresión de estela blanca, como una luz moviéndose rápida en la oscuridad. Vanessa desapareció, llevándose consigo el cuerpo de Vekania y, aunque apenas pudo distinguir su movimiento, Gabriel fue tras ella siguiendo la sangre. Corrió por el pasillo hasta el recibidor. La puerta estaba cerrada, pero el rastro se escurría bajo esta.

—¡Vanessa! —gritó abriendo la puerta bruscamente.

La sangre desaparecía al otro lado, y con ella todo lo demás.



# El velatorio

## I

Noviembre sentía el corazón extraño.

Veía el mundo casi igual que siempre y se le hacía difícil creer que fuese tan distinto.

El vacío del vestíbulo se sentía de forma dolorosa cada vez que el soldado golpeaba las puertas en el exterior, hacía que las emociones de la niña no encontraran donde quedarse. Había empezado con incredulidad; luego, un dolor muy grande por el que acabaría llorando, aunque aún no lo había hecho; después, el odio por el que buscaría o inventaría culpables, algo que romper o matar aunque solo fuera apretando los dientes... Ahora se sentía extraña. Estaba quieta en el vestíbulo. Lo que había elegido odiar llamaba a la puerta al otro lado, y ya no sabía cómo sentirse.

Estaba convencida de que el soldado era aquello que debía romperse pero, ahora que le escuchaba llamando a la puerta, que veía su silueta al otro lado de los cristales, solo esperaba que la penumbra no le dejara ver que ella estaba allí.

—¡Por favor! ¿Hay alguien?

Noviembre se sobresaltó, temiendo que la hubiera visto. Se sacudió como en un espasmo y, al hacerlo, percibió por el rabillo del ojo la aparición de una figura a su espalda.

Camille, la escritora, se había acercado a ella y se encontraba al final de las escaleras. Al verla, Noviembre pensó que su expresión debía parecerse a la suya. Miraba hacia la puerta también, a la silueta del soldado, que en aquel momento parecía frustrarse y descender un par de escalones.

—Ha vuelto... —dijo la niña.

Camille mantuvo el ceño fruncido, sin dejar de mirar al soldado, como si se lamentara. Luego, como si también ella temiera hacer ruido, le indicó a Noviembre que se retirara.

—Más tarde habrá que ocuparse de eso —le dijo a media voz—. De momento vamos dentro.

Se hizo extraño para Noviembre que Camille le pasara la mano por los hombros. Todo en ese día era extraño. Subieron las escaleras hacia el primer

piso, mientras ignoraban al soldado que llamaba de nuevo a la puerta. Caminaron juntas un rato, antes de que la niña dejara ganar trecho a la escritora. Aunque no estaba segura de ello, empezaba a notar que era mejor ser pequeña y no ser vista y, dejando que Camille ganara todas las esquinas, la siguió hasta el aula.

Confirmó que era la única polilla allí, así que la idea de hacer poco ruido parecía la acertada. La pierna de metal le hacía difícil disimular el paso, pero cada cual estaba más centrado en su propio modo de sentir aquel día que en ella y pudo sentarse en uno de los últimos pupitres sin llamar apenas la atención. Había silencio, un silencio inusual, y muchos vestían ya de negro. Se le hacía incómodo ver todos los rostros familiares cambiados por el peso del momento, y eso le hacía sentir miedo, miedo a que llegara el momento en que no quedara más por sentir aparte de una tristeza que no sabía cuándo terminaría.

Prefería no pensar en eso. Por eso había decidido infiltrarse en la reunión. Era preferible a verse a solas en su cuarto. Siguió a Camille con la mirada y la vio acercarse a Domedel. Intercambiaron algunas palabras y Noviembre pudo suponer que la conversación era similar a la que había tenido con ella hacía unos instantes. Domedel asintió y Camille se retiró, ocupando un sitio en las primeras filas.

Casi todo el mundo estaba allí, o los suficientes al menos para que cada gremio quedara representado. En el primer pupitre Noviembre distinguió a su padre, el jefe de tramoyistas. Tenía la misma expectación umbrosa en la que todos los rostros coincidían al mirar al Guardián de eventos.

Recortado contra la puerta de *Otranza*, Domedel parecía estar solo a pesar de todos los asistentes. Ese hombre era siempre como la puerta a sus espaldas: un límite que no se podía cruzar. Pero luego comenzó a notar que la aparente serenidad de sus rasgos era una quietud tensa, que evitaba todo movimiento para no abrir la brecha por la que acabaría estallando, y pensó que todo él era un puño sujetando una piedra candente. Erguido y con los brazos cruzados, seguía callado y royéndose por dentro, hasta que levantó los ojos y descargó una intensa mirada sobre la sala.

—Estamos aquí para la organización de un evento especial —dijo con firmeza—, un evento al que llamaremos Guerra.

El silencio del aula valió tanto como una aceptación inmediata.

—Se basa en un principio muy simple: nadie toca a nuestra gente —sentenció el Guardián de eventos—. Ni caciques ni maleantes, ni burgueses ni

aristócratas, nadie... ni nada.

Domedel bajó los brazos y los cruzó a la espalda. Al hacerlo, su mirada se volvió un momento a la puerta tras él.

—Cada uno de vosotros tendrá su propia historia, cada uno habrá visto algo extraño, habrá sentido algo extraño —continuó—. Yo puedo confirmar que todas esas presunciones son ciertas. Puedo deciros que, desde hace tiempo, hay algo en nuestra casa.

Noviembre creyó que su corazón latía cubierto de espinas. Prefería el miedo a la tristeza, pero lo había notado tan palpablemente que el aire encontró menos espacio en su pecho. Contó en los rostros que muchos debían de haber sentido lo mismo y se concentró en los que, como su padre o Camille, secundaban a Domedel con una templanza adusta.

—Más tarde asumiré mis culpas respecto a esto —dijo el Guardián de eventos—. Primero, debemos encontrar el modo de devolver los golpes.

Hubo acritud en esas últimas palabras. Al callar, Domedel observó a la sala como cediendo el turno. De entre todos, Madame Ginetzza fue quien antes cedió a la responsabilidad de recoger el testigo. Estaba sentada en una silla cerca de la tarima, acompañada de Unhombre. Había contenido el aire, y habló atajando a través de las ideas que se mezclaban en su cabeza.

—Están muertas —dijo—. Están muertas pero siguen... ¿cómo nos enfrentamos a algo que no sabemos cómo herir?

—Son capaces de mucho —admitió Domedel—, pero debe de haber algo. Si no, no se quedarían tantas veces a medias. A menudo llegan solo como una voz o un reflejo. Donde ellas están y donde estamos nosotros no es lo mismo, como un cuerpo y su sombra.

—Eso no les impide matar —apuntó Camille, dejando que la plumilla se clavara en su cuaderno.

Domedel asintió extraviando la mirada.

—No, no se lo impide —reconoció, quemando rabia—. Creo que matan para poder estar, para volver a estar vivas.

—Y nunca salen de día, solo de noche —recordó Camille.

Domedel asintió de nuevo pero vagamente. Observaba a Madame Ginetzza, notando en su expresión que ya consideraba aquella conversación como un callejón sin salida.

—Están muertas —concluyó Domedel—. ¿Se le ocurre algo?

Las ideas incompletas fruncían el ceño de Madame Ginetzza.

—Cuando trato con muertos, lo que hago es preguntar.



Domedel no dijo nada. Esperó que se explicara.

—Me contaste que pueden meterse en nuestra cabeza. Por lo que yo sé, un camino suele poder recorrerse en ambas direcciones, desandarse, y estar nosotros en ellas.

—¿Lo crees posible? —preguntó Domedel—. ¿Cómo lo haríamos?

Un mohín marcó las facciones de Madame Ginetzza, señalando la entrada a la parte más delicada.

—No se trata de cómo —respondió lamentándose—. Se trataría de quién. Se trataría de alguien que compartiera cierta similitud con esos seres, alguien que hubiese estado cerca de la muerte.

—Y ese alguien podría...

—Desandar el camino —Madame Ginetzza asintió—, descubrir lo que necesitamos saber. Todo pasa por encontrar a la persona apropiada.

Domedel se irguió y las manos a su espalda crujieron cerrándose en puños.

—Lo haremos —aseguró—. Esto no es algo que podamos dejar a medias.

## II

Se detuvieron los relojes, se cubrieron los espejos, el negro llegó a todos y el silencio se volvió lento como el humo de las velas. La noche había sido el momento escogido para el velatorio. Quizá era inusual pero a Noviembre le parecía adecuado. El día se mueve indiferente e insultante, dejando atrás todo lo que no le siga el ritmo; la noche era más consciente de lo que se había perdido, y siempre había sido el escenario de Vekania, era lógico que estuviese allí, como todos los demás. De hecho, al entrar en la sala, la niña tuvo la impresión de que lo que había allí dentro era la propia noche. La luz de las velas le daba a la escena un entelado ocre, pero el luto de los asistentes formaba una masa oscura, salpicada por la palidez de los rostros y el brillo de alguna llama o candil, igual que la noche vista a través de una ventana.

El ataúd estaba en el centro, ornado con cirios y rosas blancas. Los pies de Noviembre, el de carne y el metálico, vacilaron haciendo gesto de acercarse, pero prefirió no hacerlo. No hasta que recordase la última imagen que tenía de Vekania y poder oponerla a la que encontrase en el féretro.

Creció dentro de la niña como un chirrido y estuvo a punto de ganarla por entero, esa tristeza que no tiene más razón de ser que derramarse, y solo pudo contenerla moviéndose. Noviembre se abrió paso con cuidado y abandonó la

sala hacia el despacho del Guardián de eventos. Caminó a través del corredor, bajo la mirada de muchos que ya se habían ido. Sus máscaras guarneciendo las paredes le provocaron una sensación extraña que dio convicción a sus pasos.

Al final, la puerta estaba entreabierta. Al detenerse ante ella, una voz desde el interior le dejó sin tiempo para titubear de nuevo.

—¡Adelante!

Era la voz del Guardián de eventos, y Noviembre se vio dudando, pero sin más opción que abrir la puerta. Lo hizo lentamente, creyendo empequeñecer más aún ante todas las miradas que la escogieron. El señor Domedel estaba de pie frente a su mesa, apoyado y observándola con los brazos cruzados. Frente a él, sentadas en dos butacas, Madame Ginetzza y Camille lo triangulaban. Se le hizo extraño que, mientras ellas dos guardaban cierta severidad, el Guardián de eventos fuese quien le sonrió afablemente.

—Pasa pequeña —dijo, haciendo un gesto para que se acercara—. Te estábamos esperando.

Noviembre avanzó con pasos cortos mientras un murmullo desordenaba en su boca todo cuanto traía pensado decir y, al hablar, lo hizo sin confiar del todo en la forma que tendrían sus palabras.

—Cuando me pasó lo de la pierna, no solo me pasó lo de la pierna —dijo—. También estuve a punto de morir, por dos semanas casi.

Viendo que la niña no lograba empujar sus pies más cerca, Domedel se acercó a ella. Noviembre notó, en su forma de sonreír, ese algo de los que saben pero callan y esperan. No podía asegurarlo, pero creyó poder interpretarlo como satisfacción.

—Lo sé. Siempre estoy al tanto de mi gente —dijo Domedel—. Entonces llegaste al teatro.

Noviembre tan solo asintió. El ruido de la puerta cerrándose a sus espaldas le cortó las palabras y, al poco, casi sin ruido de pasos, vio pasar a Unhombre a cierta distancia, dejando para ella el centro de la sala. Compartieron una mirada, pero con él no podía asegurarse.

—Cuando me pasó lo de la pierna, mi padre dijo que lo que no es justo no se acepta... no se acepta, y no hay más —Noviembre intentó parecer resuelta pero su voz arrastró un temblor inseguro.

El Guardián de eventos asintió con reconocimiento y, apoyando una rodilla en el suelo, se inclinó hasta quedar a la altura de la niña.

—Tu padre dijo la verdad, aunque él no te permitiría hacer esto. Ni a ti ni a mí —señaló el Guardián de eventos al tiempo que llevaba una mano al

hombro de Noviembre—. Pero es verdad que eres la única que podría lograrlo. ¿Estás segura de querer hacerlo?

Al notar la mano del Guardián de eventos, Noviembre sintió que un gran ruido se alejaba de ella. Se atemperó y su interior se volvió sencillo y manejable de nuevo.

—Cara Metzina era mi amiga —contestó.

De nuevo asintió el Guardián de eventos, esta vez apartando la mirada, frotó el hombro de la niña con aprobación y se puso en pie. En ese momento, Madame Ginetzza se irguió. Sonreía con cierta resignación. Acercó la butaca en que había estado sentada y tendió la mano a Noviembre.

—Hay que prepararse —le dijo.

Aun dichas con amabilidad, las tres palabras entraron a plomo en el estómago de la niña. No obstante, aceptó la mano de la pitonisa y se sentó en la butaca.

—¿Seguro que podré? —preguntó.

Madame Ginetzza había comenzado a hacer algunos preparativos. Arrimó una jofaina que esperaba en la mesa y colocó unos frascos, uno junto al otro. Al escuchar a la niña, se volvió a ella, frunciendo el ceño su expresión se volvió astuta, repentinamente más poderosa, y sonrió.

—Los niños podéis ver cosas —Madame Ginetzza hizo un gesto con una mano, abarcando un abanico de invisibles—. Además, eres una polilla, y es cierto que rozaste el otro lado. No conozco a nadie mejor.

—Y no irás sola.

Noviembre miró al Guardián de eventos cuando este se volvió sobre sus talones y, con un gesto, le indicó que se girara. La polilla vio a Unhombre situado a su espalda, con una mano en el respaldo de la butaca, como si llevara tiempo allí. Compartieron una mirada, y esta vez no le cupo duda.

—Unhombre cuidará de ti —le aseguró el Guardián de eventos.

Si quedaban dudas, no eran del tipo que pudieran resolverse con palabras. Noviembre asintió y se dejó hacer por Madame Ginetzza. No se quejó cuando le pinchó en el pulgar, logrando una gota de sangre, que hizo caer en un pequeño frasco lleno de aceite. Aquello hizo sonreír complacida a la pitonisa, quien se volvió al Guardián de eventos y asintió.

Domedel se acercó entonces a Noviembre, le dio una serie de instrucciones, así como advertencias de lo que podía encontrarse, hasta que todo quedó dicho y la niña se puso en pie. Tomó a Unhombre de la mano y

ambos dejaron el despacho a través de una puerta adyacente por la que evitarían cruzarse con el velatorio. La expresión del Guardián de eventos acabó en una culpa desagradada al verlos marchar.

—Le haré saber qué hacer —dijo Madame Ginetzza al reparar en su expresión.

Domedel se volvió a ella y la vio ultimar los preparativos. La pitonisa llenó la jofaina con el aceite de uno de los frascos, tomó asiento frente a ella y se mojó los dedos corazón de ambas manos con el que estaba tintado por la sangre de Noviembre. En las yemas se formaron dos gotas rosadas que se mantuvieron en vilo sobre el aceite de la palangana mientras Madame Ginetzza contemplaba su reflejo aquietarse en él.

—Terminará usted por clavarme esos ojos —dijo el Guardián de eventos.

Camille no apartó la mirada cuando Domedel se volvió a ella.

—Me consta la muerte de dos personas a manos de esas mujeres —replicó Camille, con el mismo tono calmo con que él se le había dirigido—. ¿Y usted envía a una niña?

—Como dije, más tarde asumiré mis culpas.

Concediéndole crédito por el tiempo que se conocían, Camille asintió.

—No habré de esperar hasta entonces para saber por qué me ha hecho venir...

—No —aseguró Domedel—. Tengo un favor que pedirle, el asunto que sigue pendiente.

Ambos reaccionaron de inmediato al ser interrumpidos por el sonido de un goteo. Se volvieron a Madame Ginetzza a tiempo de ver las gotas rosadas agitando el aceite. Usándolas en el líquido como plumillas, la pitonisa comenzó a trazar símbolos con los dedos.

### III

Para estar allí tenía la impresión de haberse alejado mucho, pero solo había sido subir escaleras y tragar polvo. Noviembre volvió la vista sobre el hombro para confirmar que seguía en el teatro y que toda la gente que la conocía no había quedado atrás en el tiempo.

El Viejo Teatro no debía su nombre al capricho. Las buhardillas debían de haber dormido durante al menos cien años. Si se superaban las telarañas, podía percibirse las trazas de otra época, aunque ella solo notaba lo innatural

que resultaba el vacío, y no se le ocurría nada que diese más miedo. Tal vez por eso no había querido ver a Vekania, tal vez por eso estaba allí... Tal vez, si se presentaba ante ella con alguna retribución, no la dejaría en el ataúd llena de un vacío como aquel.

Tal vez ese sonido en su cabeza, dos gotas cayendo limpiamente, era lo que le permitía entender esas cosas.

Noviembre afianzó la mano de Unhombre entre sus dedos y lo miró. Aquel rostro era todo arcilla grisácea, pero entendió, como no lo había hecho nunca antes, que le animaba a reemprender el paso. Debía de ser obra de Madame Ginetzza. Le había dicho que sería ella misma todo el tiempo, pero que le llegarían pálpitos e instintos ajenos que sabría usar como propios. Obedeciendo a aquella verdad, se enfrentó al corredor ante ellos. Ladrillo, madera y cristal, todo tintado en sombras. Pero, de algún modo, la polilla lo sintió como un barro en el que escarbar y comenzó a andar, sin soltar la mano que la acompañaba.

El desorden dificultaba ser cuidadosos. Había mucho mobiliario abandonado, demasiadas puertas aletargadas en sus goznes y baldosas desencajadas. En el aire, esa sensación insalubre. El polvo parecía capaz de rechinar en los dientes como arena y el olor a viejo calaba con una sensación de tristeza y miedo. Mientras avanzaba más se constreñía en su piel esa sensación de agujones clavándosele, le parecía estar buscando con las manos desnudas a una araña en su propia tela

Se detuvo con una sensación de anticipación en el vientre, igual a la impresión de caer cuando se adormecía en la cama. Un instante después escuchó un crujido mecánico, seguido de una melodía, perdiéndose entre aquellas habitaciones sombrías. Unhombre también se tensó junto a ella. Sus no-ojos buscaron algo y, al no encontrarlo, la hizo retroceder hasta una habitación contigua y entornó la puerta con cuidado mientras la música persistía.

La música había logrado emboscarles pero al poco se reveló como una nana indiferente. Retrocediendo ante sus acordes, Unhombre se colocó en el centro de la habitación junto a Noviembre y ambos se quedaron inmóviles hasta confirmar que la melodía era ajena a ellos.

La niña se volvió hasta reparar en un armario que había en la estancia. Sus puertas no chirriaron al abrirlas, como lo hacían todas las demás en ese lugar. Dentro, el color intentó hacerse ver a través de la penumbra: verdes, violetas, púrpuras, cubriendo encajes y terciopelo. Acumulándose con fiebre, había

multitud de vestidos hasta cebar el interior, tejidos que al tacto confirmaban su contraste frente al decaimiento carcomido que les rodeaba.

La música no se había detenido, continuaba como un cosquilleo sordo tras las paredes. Con el menor ruido posible, Noviembre se acercó, movida por la sensación de que algo debía ser entendido, hasta hacerla inclinarse y tomar algo del fondo del armario.

Se volvió cargando una vieja caja de zapatos, exponiéndola a la polvorienta luz que entraba por el ventanuco, sin terminar de comprender por qué la tenía en sus manos. Unhombre se acercó a ella e, inclinándose, la destapó. La caja estaba llena de fotografías: hombres, mujeres, niños... en tal cantidad que no podía creerse que todas aquellas personas tuvieran relación entre sí. Multitud de rostros en papel y ningún nombre. Contemplándolas, una certeza caló con aprensión en el estómago de la niña.

—¿Tantos? —dijo Noviembre en un susurro.

Unhombre devolvió al interior de la caja uno de los retratos y volvió a taparla con cuidado. De la misma manera, ella la devolvió al interior del armario, dejándola allí con una mezcla de compasión y asco que le hizo frotarse las manos en la falda al apartarse.

La música seguía, una melodía mecánica que habría continuado sobre los cadáveres de un mundo vacío. Noviembre y Unhombre se miraron, compartiendo en silencio la resolución de moverse rápido y fueron tras aquellas notas. Las siguieron hasta un amplio espacio de techo abuhardillado. Allí, la nana dejó de sortear paredes y creció en sus oídos.

Había desorden de objetos olvidados y penumbra cortada por haces de luz pálida. La música era totalmente nítida pero seguía sin cuerpo. Entonces, sujetándola suavemente del hombro, Unhombre detuvo los pasos de Noviembre y le indicó con un dedo el lugar donde debía mirar.

No había nada. Había algo. Brillos inusuales, un pedazo de oscuridad que se movía. Los ojos de la niña tuvieron que luchar para poder verlo. Sin parpadear para no perderlo, Noviembre siguió avanzando. Fue aquella piel tan blanca lo que le permitió situar la silueta de una mujer. Primero vio un trazo de la espalda desaparecer al abotonarse el vestido, luego siguió a aquellas manos que flotaron en el aire hasta que, enlazándolas con el perfil del rostro, la vio aparecer totalmente vestida de negro.

Se miraba a sí misma, se atusaba el vestido terminando de adaptarlo al cuerpo, y volvía a mirarse reconociéndose en el interior de aquellas ropas. Luego bajó las manos y se quedó quieta largo rato.

—¡Cuánto odio! —dijo de repente.

Noviembre se detuvo, creyendo que se resquebrajaba, pero aquella mujer ya la estaba mirando.

—Me reducirías a cenizas... —dijo Mara observando a la niña.

Tras mirarla largamente, los ojos de Mara se alzaron, situando a Unhombre tras la niña. Estaba firme como la mujer de negro, encarándola fijamente con su rostro sin rasgos. No tenía sentido seguir aspirando al cobijo de las sombras, y Noviembre se irguió, dejándose ver. Mara ladeó el rostro. Su forma de observarla parecía olfatearla, y viese lo que viese en la polilla, retrocedió unos pasos, invitándola a acercarse.

Noviembre terminó aproximándose, seguida de cerca por Unhombre. Cuando solo unos pasos le separaron de aquella mujer, se detuvo y comprobó que el espacio a su alrededor se definía de un modo inesperado. Era más complejo de entender que el interior del armario que habían dejado atrás, y la música que revoloteaba desde una de aquellas cajas solo lo hacía más inquietante. Abundaban, sobre todo, las cajas de música y los relojes, pero también había otros objetos difíciles de contextualizar, como una locomotora de juguete, reconstruida tras un gran destrozo, o aquellos botines rodeados de pétalos secos. Podía entenderse como un museo íntimo, tanto como un taller o estudio. La mirada de Noviembre se movió lentamente, experimentando algo parecido a lo que la caja llena de retratos le había hecho sentir. Al regresar a la figura sombría que presidía el santuario, el asco le hizo entenderlo todo como un nido de urraca.

A medias, Mara pareció sonreír, como tolerando un insulto. Cerró la caja de música de la que nacía la melodía con un gesto cuidadoso y su expresión se enfrió junto al silencio.

—Es por esa muchacha, la envenenadora... —dijo.

Noviembre mordió tras los labios. Era como le habían dicho: podían metérsele dentro y no había notado nada cuando lo habían hecho. Para la mujer de negro parecía algo natural, pero a ella le costaba imaginar el modo de recorrer ese camino a la inversa. Se sentía como si tuviera que pasar un hilo a través del ojo de dos agujas.

Era miedo, y de una clase que ya había sentido antes. La noche anterior, aunque vestida de manera diferente, había visto a esa mujer pasando sus dedos de araña sobre los hombros de un niño. No solo la reconocía a ella, también a la muchacha que estaba apareciendo de las sombras en ese momento. Surgió de la nada igual que cuando se encontró con ella en las bambalinas del

escenario.

—¿Tanto duele que ella ya no esté? —preguntó Patricia avanzando hacia ellos—. ¿Qué erais vosotros de ella?

Unhombre dio un paso al frente, asegurándose de interponerse entre Noviembre y ella, pero Patricia no avanzó más. Guardó la distancia, contemplándolo con un brillo de feroz admiración en los ojos.

Noviembre las miró a ambas. Sin apartar los ojos, Mara arrugó la frente y su expresión pareció casi viva, reaccionando a un presentimiento.

—¿Qué pretende vuestro Guardián de eventos? —preguntó.

Ocurrió en ese instante. Cuando la imaginación intenta anticipar la respuesta a una pregunta, incluso en una mente tan vieja como la de Mara, y en menos de nada, siguiendo aquella especie de corriente, Noviembre se sintió como un hilo rojo atravesando los ojos de aguja.

Mara y Noviembre enfrentaron miradas un instante y, al siguiente, la polilla se revolvió. Golpeando con el brazo, derribó cuanto estaba a su alcance, haciendo que relojes y cajas de música se hicieran pedazos con un brusco estruendo.

—¡Ya está! —gritó Noviembre como si llevara rato conteniéndose—. ¡Ya está!

Unhombre reaccionó al momento, cargó a la polilla y echó a correr con ella en brazos. Patricia les observó alejarse sin moverse y, cuando abandonaron la estancia, se volvió a Mara. Estaba totalmente quieta, descarnándose la mirada sobre los añicos que cubrían el suelo y mostrando los dientes a través de la inexpresiva abertura de los labios. Siguió rígida cuando Patricia desapareció con un sonido de aire azotado.

En el corredor, sobre el hombro de Unhombre, Noviembre vio el entorno sacudirse de forma atropellada. Seguía sintiendo su mente de un modo extraño, como si regresara a ella con pasos pesados. Aun así, supo que no había imaginado la forma de la mujer que se arrastró por el techo. Fue solo un momento, un arañazo en los ojos, sin tiempo para avisar de nada antes de que un fortísimo golpe los derribara a ambos.

Era la más joven de ellas, aunque Noviembre solo la reconoció a retazos. El vértigo deshizo su imagen como un reflejo en el agua cuando se arrojó sobre ellos. Se sintió lanzada contra la pared, descascarillando violentamente el yeso con el golpe. Y, cuando aún creía sentir su fría garra en la nuca, la vio lanzarse sobre Unhombre como una furia revuelta de uñas y raso.

—¡Enséñame a hacerlo! —gruñó Patricia entre dientes—. ¡Enséñame a



hacerlo!

Colocándose a horcajadas sobre él, Patricia redujo a Unhombre con facilidad. Le inmovilizó los brazos bajo sus rodillas y le clavó los dedos en el rostro, retorciendo obscenamente la arcilla grisácea que tenía por carne. Viendo aquellos dedos blancos y pequeños hundirse hasta los nudillos y a Unhombre retorciéndose, como si agonizara a través de su silencio, Noviembre gritó. Y, sin llegar a ponerse en pie, golpeó el rostro de Patricia con toda la fuerza de su pierna metálica.

Noviembre había visto esa cara como la de una mujer-niña, ahora la veía como ojos negros y dientes afilados, y el miedo le dejó sin aire para gritar de nuevo. Retrocedió sobre los codos viéndola arrancar las manos del rostro de Unhombre y gatear en su dirección, entonces, con una nueva patada cerró una puerta entre ambas.

Jadeando por el propio miedo, Noviembre buscó algo que le ayudara a ponerse en pie, tras reconocer, con angustia, que había acabado encerrada en un cuarto encajonado. Se arrastró a la pared y, a fuerza de brazos, intentó apuntalarse en ella para volver a levantarse, pero la pierna mecánica lo hacía difícil. El sonido de algo rasgando se comió su respiración antes de que pudiera lograrlo.

Se quedó quieta y el sonido se repitió al otro lado de la puerta, suave pero insidioso. Eran uñas, uñas sobre la madera, y los ojos de la niña siguieron nerviosos el movimiento que no veían hasta detenerse en la cerradura. Allí, el sonido se volvió metálico. Creyó ver, a través del cierre, esas uñas hurgando ansiosas. Lo siguiente que vio no supo en qué modo debía creerse.

Provocando un sonido doloroso, aquel ser empujó su cuerpo a través de la cerradura, rasgándose carne y ropas, haciéndose caer en el suelo de la habitación como un fardo de tela jadeante que rodó en su dirección, para luego volver a ser Patricia cuando se echó sobre ella.

El grito de Noviembre quedó cercenado cuando Patricia la derribó contra el suelo. Aún sin aire, más por instinto que por valor, la niña intentó defenderse golpeando a ciegas, pero una mano helada le sujetó inmovilizándola. Notaba aquel cuerpo duro y ligero retorcerse sobre ella y, al sentir que le levantaban las faldas, el asco le hizo recuperar aliento suficiente para gritar de nuevo.

—¿Es esto lo que hacéis al romperos? —preguntó Patricia tras descubrir la pierna mecánica.

Controlando los intentos de Noviembre por revolverse, Patricia rasgó la

media, exponiendo el metal cobrizo, y dejó escapar una risa excitada.

—¿Puede reconstruirse todo con metal? —preguntó volviéndose a Noviembre—. ¿Podría usar metal y reconstruirme? ¿Reconstruir en metal todo lo que no recuerdo?

Patricia alcanzó la rabia con su voz y presionó la pierna hasta aplastar su rodilla, haciendo a Noviembre gritar como si de verdad doliese. La niña sollozó, incapaz de soportar más aquellos ojos negros, e imaginando que así debió sentirse Vekania, rompió en un grito que habría crecido hasta arrancarle la vida pero que se deshizo al topar con una voz mucho más tenue que se hizo con todo el aire de la estancia.

—Mi vestido...

Había sido una voz suave, pero hizo que el silencio calara deteniéndolo todo. El cuerpo de Patricia se volvió rígido y volvió el rostro a la puerta mostrando los dientes.

—Mi vestido... —repitió aquella voz—. Mi hermoso vestido blanco... mi vestido de novia...

La presa de Patricia se debilitó y Noviembre pudo alzar el rostro buscando aquella voz. Vio la puerta abrirse con lentitud, hasta que una silueta se definió al otro lado.

—¡Está todo... cubierto... de sangre!

La voz se volvió áspera y Unhombre entró en la habitación. Ahora, contrastando morbosamente en aquel cuerpo masculino, la arcilla de su rostro modelaba la cara de una mujer, cuyos ojos blancos vagaron por el espacio hasta detenerse en Patricia, adoptando entonces un terrible rictus de odio.

Con aquella voz de mujer Unhombre gritó, y también lo hizo Patricia, sin tiempo para ponerse en guardia cuando se le echó encima. La sujetó del pelo y, echándola a un lado, comenzó a golpearle la cara contra el suelo.

—¡Mi vestido! —gritaba Unhombre—. ¡Mi vestido!

El suelo comenzó a temblar. Noviembre se arrastró a un lado apartándose todo lo posible de la lucha entre aquellas dos criaturas. Por un momento tuvo miedo de ambas. Ignoraba que Unhombre pudiera llegar a ser tan fuerte hasta que, viendo aquel rostro en él, comprendió que lo que le hacía fuerte era lo que se le había metido dentro.

Noviembre luchó hasta ponerse en pie. Tuvo que afianzarse a la pared con las uñas cuando el impulso de correr estuvo a punto de derribarla de nuevo. Con la articulación de la rodilla aplastada, la pierna era poco más que un palo, pero se obligó a usarla hasta salir al corredor. Allí, avanzó a

trompicones, mirando en el interior de cada habitación hasta que reconoció el armario en una de ellas.

Sus impresiones terminaron de definirse al ver la caja abierta y en el suelo. Unhombre había usado uno de aquellos retratos para traer una voz del otro lado. Pero, escuchando el sonido del combate, Noviembre desconfió de cuánto podría aguantar algo que en vida solo fue humano contra una de aquellas mujeres. A pesar de su pierna, se apresuró en recoger aquella caja y regresar.

Unhombre, la dueña de aquel rostro, seguían golpeando a Patricia contra el suelo, agitando un cuerpo tan quieto y blando como el de una muñeca. Noviembre llegó a creer que la había matado, pero entonces se agitó de un modo imposible. Con el seco crujido de los hombros dislocándose, alzó los brazos sobre la espalda, usándolos como una tijera que aplastó la cara de Unhombre.

La voz que gritaba palabras de odio se perdió, y Patricia volvió a erguirse al momento, moviéndose como una araña hasta encarar a Unhombre, quien se llevó las manos a su rostro deshecho. Noviembre, apoyada en la puerta, apenas tuvo tiempo. Cuando aquellos ojos oscuros la escogieron, mirándola tras la melena desgñada, el espanto le hizo moverse temiendo que fuese tarde.

Patricia gritó horrorizada al ver a Noviembre arrojar el contenido de la caja. Su voz lastimera acuchilló el aire cuando se llenó del aleteo de todas aquellas fotografías sin que pudiera sostener ni una sola. Intentó detener la lluvia con gesto de mendiga en las manos, pero siguieron vacías cuando todo el suelo estuvo cubierto y su grito se convirtió en sollozos.

Las manos de Patricia se cerraron en garras y miró a Noviembre con el cuerpo recorrido por espasmos, en los que latió el impulso de echarse sobre la niña y despedazarla hasta que el metal no pudiera arreglarlo. Pero se quedó quieta, mostrando los dientes y un gesto triste en la mirada. Cuando se echó al suelo y comenzó a recoger las fotografías, Noviembre no la vio muy diferente de la niña que aparentaba ser.

—¡Vamos! —gritó Noviembre haciendo aspavientos mientras Unhombre terminaba de alzarse—. ¡Vamos, ahora!

La mirada que Unhombre tuviera en su rostro desfigurado se volvió a Patricia al verla a sus pies. Estaba hecha un nudo en el suelo mientras recogía aquellos retratos como si fueran pedazos de su propio cuerpo. Esporádicamente los miraba bufando al uno y al otro, pero no hizo nada

cuando Unhombre tomó en brazos a Noviembre y dejaron la habitación. Ella siguió acunando las fotografías contra su pecho, sin siquiera oírlos alejarse.

Mara sí escuchó sus pasos perderse atropelladamente, pero siguió totalmente quieta, solo permaneció, como una cicatriz, mostrando los dientes mientras sus ojos, de apariencia adormilada, no se apartaban de los añicos que había en el suelo; las manos, pegadas a ambos lados del cuerpo, parecían peligrosamente afiladas hasta que su figura se inclinó sobre el destrozo.

—No —masculló Mara deteniéndose—. No, lo haré luego.

Uno a uno, volvió a dejar cada pedazo de cristal y metal donde los había recogido y se puso en pie lentamente, mostrando una tendencia temblorosa en el cuerpo. Se volvió, dio unos pasos en una dirección errática, se corrigió y regresó sobre ellos.

—No —repitió deteniendo nuevamente el gesto de inclinarse—. No, lo haré luego.

Mantuvo estas palabras en los labios como un susurro recalcitrante, repitió el camino por el que había intentado alejarse y esta vez ganó más pasos, los suficientes como para llegar hasta un resquebrajado espejo de luna negra en el que se apoyó hasta tocarlo con la frente, aunque ella no se reflejara.

## IV

Noviembre tardó en sentir alivio cuando la sentaron en la butaca. Su cuerpo estaba tenso y el corazón le dolía en el pecho, tanto que llegó a pensar que le ocurría algo. Poco a poco, volvió a gobernar su respiración y miró a su alrededor, confirmando que de verdad había regresado.

La luz de gas le daba un tacto reconfortante al despacho. Bajo ella, las paredes arrullaban. Intentó tranquilizarse y creer que de verdad venía de otro mundo, un mundo que estaba dos pisos sobre ella.

La idea le sobresaltó y sus latidos se negaron a calmarse. Se irguió en la silla y buscó entre los rostros que la rodeaban. Madame Ginetzza atendía a Unhombre, devolviéndole su semblante con la ayuda de una gasa empapada en aceite. Al verla erguirse, la pitonisa se volvió a ella y la tranquilizó.

—Se pondrá bien.

—Tu pierna también tendrá arreglo —la voz del Guardián de eventos hizo a Noviembre volverse, como si hubiera olvidado que lo tenía a su lado—. Siento que hayas tenido que pasar por esto.

Que el Guardián de eventos le pidiera disculpas hizo que Noviembre se sintiera muy extraña. Le pareció que la butaca se le hacía incómoda y bajó la mirada, aunque sus ojos aún tenían el remanente de volverse una y otra vez por encima del hombro.

—Tenéis algo, ¿verdad? —dijo Madame Ginetzza acercándose.

—¡Sí! —respondió Noviembre, irguiéndose súbitamente—. Sí, pero...

Tenía algo, pero se dio cuenta de que primero debía entender qué era. Ver dentro de alguien no era como leer en un libro; era como arrancar un puñado de páginas y llevárselas para ver qué había escrito. Pero creía notar como algo se incorporaba a sus propios recuerdos, como en su día la pierna metálica lo hizo en su carne.

—¿Puedo ver a Cara Metzina antes?

Domedel valoró el tono de voz de la niña y su mirada cuando levantó los ojos hacia él. Mantenía una clara pesadumbre pero parecía más calmada.

—Por supuesto.

El Guardián de eventos dejó que Madame Ginetzza se hiciera cargo de Noviembre y Unhombre las acompañó de regreso al velatorio, dejándolo a solas en el despacho para confirmar que era el único que se había percatado de aquel golpeteo sordo que insistía en el ambiente, como el pico de una paloma contra la ventana. Volviéndose, fue capaz de concretarlo en un espejo situado en la pared, junto a su mesa.

Lo escuchó más claramente al acercarse. El asco se aposentó en su expresión al apartar la tela que cubría el espejo.

Compartiendo un mismo reflejo, el rostro de Mara se confundió con el suyo. Solo la diferencia entre un gesto inexpresivo y uno severo impidió que se mezclaran como para no reconocerse.

—¿A dónde pretende llevar esto? —preguntó Mara—. Ha puesto en peligro a su gente.

Domedel no dijo nada. La mano con que sostenía la tela crujió al hacerse un puño.

—Lo ocurrido con su hija... Nadie lo pretendió —dijo Mara—. Alcanzamos un entendimiento en el pasado. Podemos hacerlo de nuevo.

Llevaba unos instantes sin respirar y Domedel soltó el aire lentamente.

—Lo que te convierte en un monstruo no es que estés muerta —replicó sobriamente—. Ni siquiera que hayáis matado a mi hija. Lo que te convierte en un monstruo es que, después de hacerlo, no comprendas que no puedes presentarte ante mí a hablar de un entendimiento.

Domedel golpeó el espejo con el puño, haciendo desaparecer el rostro de Mara tras una telaraña resquebrajada.

## V

Mara se apartó del espejo y se volvió. Las heridas en su cara le hacían parecer porcelana agrietada, de no ser por el tinte sanguinolento que las marcaba.

—Nadie lo pretendió... ¿nadie lo pretendió...? —se giró suavemente sobre sus tacones—. ¿...Vanessa?

La figura que se acurrucaba en un rincón, cruzando los brazos sobre las rodillas y con el rostro en sombras tras la melena castaña, no dijo nada.

—Pero todos los elementos se dispusieron hasta hacerlo inevitable... —continuó Mara—. ¿Verdad, Vanessa?

—Sé lo que he hecho —respondió Vanessa con un hilo de voz—. Pero no quise hacerlo...

Involuntariamente, Vanessa bajó el tono de su voz cuando Patricia entró en la estancia. Pasó entre ellas sin mirarlas. Abrazada a su caja, se sentó sobre un viejo arcón y la dejó en su regazo, palpando suavemente sus contornos.

—Pero tomar de ella cuando la sentía de esa manera, debió de ser como sentirlo a él —añadió Patricia, inyectando donde pudo la rabia que sentía—. ¿Fue como hacerle el amor?

Vanessa se puso rígida y apretó los brazos en torno a las piernas encogiéndose, procurando que su rostro siguiera sin verse. Mara se la quedó mirando esperando oírle decir algo. Transcurrió un largo rato.

—Si yo voy a estar por siempre y Gabriel va a irse, quería que el dibujo de su vida fuese perfecto —dijo con la vergüenza comprimiendo sus palabras—. Él y ella se habrían querido... pero al verlos juntos...

Como si el vacío le sirviera de escenario, la mirada de Vanessa se perdió y alzó una mano acariciando la nada con las uñas.

—Lo que vi...

Su voz y sus palabras perdieron fuerza, el lenguaje no había crecido como para abarcar la imagen que tenía en su mente.

—No me di cuenta cuando pasó —prosiguió—. Para poder sentirlo, tuve que destruirlo.

Viendo en su mano algo que le asqueaba, Vanessa la cerró en un puño y la

bajó.

—Nosotras no tenemos sentido.

Dijo esto con calma, como si llevara tiempo queriendo aceptar esa derrota. Se llevó las manos al cuello y se clavó los dedos hasta los nudillos. La sangre brotó con inesperada facilidad, como si no saliera de un cuerpo sino de un pellejo de vino agujereado. Se derramó sobre su regazo, envolviéndola. En la penumbra, la sangre era negra y, sobre ella, la figura de Vanessa pareció flotar en el vacío. Cuando su piel terminó de perder el color, se puso en pie y caminó de puntillas sobre el charco, intentando mostrar respeto por la envenenadora perturbando aquella sangre lo menos posible.

Patricia la miró con perplejidad y temor al verla pasar. Intentó balbucear algunas palabras pero no las encontró a tiempo y se volvió a Mara, quien solo observó a Vanessa alejarse. Patricia, dejando su caja a un lado y evitando también pisar la sangre, fue tras Vanessa, pero sus pasos perdieron fuerza al verla difuminarse en la oscuridad y no logró más que detenerse y verla desaparecer.

Se volvió a Mara de nuevo, instándola a hacer algo, pero esta, tras confirmar que Vanessa ya no estaba, se inclinó sobre sus cajas de música y relojes rotos, y comenzó a recoger los pedazos.

# Última noche en el teatro

## I

Sus emociones le traicionaron al cruzar las puertas, provocándole un sentimiento parecido al cosquilleo en un miembro perdido. Pudo reconocerlo y admitir que, en parte, era lo que le había llevado allí en tantas ocasiones: la comezón de saber que iba a verla. Ahora, esa sensación tenía el mismo sentido que mirarse un muñón, y era igual de inevitable. Se notaba incluso en el silencio, el teatro entero era tan solo el lugar en el que ella ya no estaba.

A sus espaldas, Camille cerró la puerta cuidadosamente, como si entrara en la habitación de alguien que duerme. Se acercó a él y su respiración cargó una nota de tristeza y cansancio al compartir la impresión sombría que dominaba el vestíbulo.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó.

Gabriel tardó un momento en reaccionar. Se notaba trémulo por dentro y a punto de romperse, había sido regresar al teatro y comenzar a perder pedazos de sí mismo. Ese lugar se había detenido para hacerle ver su ausencia.

—¿Está listo? —preguntó Camille, acompañando su mirada a lo largo de las escaleras—. Creo que no van a ponérselo fácil.

Gabriel se dejó el labio inferior mordido y asintió. No resultó convincente, pero bastó para volver a andar y ascendieron hacia los pisos superiores. Al girar el último tramo de escaleras, experimentó uno de esos instantes en que creyó que no podría seguir. Fue al encontrarse de frente con la mirada de Noviembre, reconociéndolo como la imagen que su rencor llevaba tiempo manejando.

La niña arrastraba en su expresión una rabia llorosa, demasiado cansada para expresarse con fuerza. Su aspecto deshecho no difería en mucho del que Gabriel traía consigo, pero Noviembre lo ignoró, esperando que pasase de largo.

Tragando culpa, Gabriel salvó los últimos escalones y dejó de sentir que Camille le acompañaba. Entró en la sala como caminando solo, mordisqueado por las imágenes de la última vez que estuvo allí y de la compañía que lo guió entonces, hasta que las figuras de negro fueron corroyendo aquellos recuerdos dejando solo el presente. Había apenas leves murmullos pero decrecieron hasta el silencio. Poco a poco, todas las miradas fueron volviéndose en su



dirección y le dejaron huérfano en medio de trajes negros, obligado a converger sobre el punto más irremediable de la sala.

El ataúd.

Gabriel sintió vértigo. El espacio pareció distorsionarse en torno a la caja negra y los brillos de los cirios crecieron hasta entremezclarse en una red. Precisó de un momento; luego, los restos de su voluntad le hicieron acercarse. Reservó un par de pasos y se detuvo, notando como el pecho se le hacía espinoso al encontrarse con el cuerpo. Madera lacada en negro, raso blanco y luego ella, vestida en color crudo y quieta. Recorrió la figura con la mirada y tuvo un momento de espanto al no encontrarle el rostro.

Junto al féretro había un hombre. Vestía lo mejor posible, como el resto de asistentes, pero no llevaba levita y trabajaba con la camisa arremangada. Usando una sustancia arcillosa blancuzca, parecida al yeso pero más limpia, estaba terminando de tomar un molde del rostro del cadáver cuando Gabriel llegó. Tal vez por proximidad, su mirada fue la única que no pareció juzgarle al verlo. Se disculpó con una inclinación del rostro, consciente de que hacía una tarea delicada, y comenzó a retirar el molde.

—Mi hija, Vekania. La conoció usted, ¿verdad?

Sin que Gabriel fuera apenas consciente, una figura había pasado a su derecha colocándose al otro lado del ataúd, y solo reconoció al Guardián de eventos al oír su voz y el tono de cuchillo con que se le dirigió.

Desorientado, Gabriel levantó la mirada, dejando que se le clavara la de Domedel y confirmando que aquel hombre no iba a dudar en su elección de culpables. El Guardián de eventos apenas intentó parecer menos tenso cuando el hombre que había estado trabajando junto a ellos se puso en pie al terminar. Le dispensó asintiendo al comprobar el molde y se volvió de nuevo a Gabriel.

—¿Cuántas veces le dijimos que se mantuviera alejado? —le recordó con palabras tensas—. Pero veo que ha traído usted sus armas. Tal vez ya ha comprendido lo que voy a pedirle.

Gabriel reparó en su aspecto: tenía la guerrera desabrochada y el uniforme arrugado. Llevaba el revólver con los correajes de la cartuchera enmadrados en torno al sable, y solo entonces se dio cuenta de lo grosero que resultaba llevar aquello en las manos. Notando que parecían quemarle, Camille se acercó y tomó las armas.

Gabriel miró a Vekania ahora que la habían descubierto, pero no sintió que su rostro hubiera regresado. No la recordaba como la que callaba y dormía, ella había sido el pedazo de vida más evidente que nunca había tenido en sus

brazos, pero ahora estaba quieta y todo lo que habían tocado sus manos se había quedado vacío.

La mano de Gabriel tembló indecisa, pero terminó acercándola al rostro de Vekania. Cerca del ojo, había quedado una pequeña muesca de masilla, tan pequeña que se resistió a sus dedos, hasta que pudo quitársela y terminó de limpiarle la mejilla con una caricia.

—Mi hija sabía juzgar el corazón de las personas. Por eso aún quiero darle algo de crédito y esperar que haga lo correcto —dijo Domedel cuando se dio cuenta de que Gabriel tardaría en apartar los ojos del cadáver—. Será enterrada al amanecer. La pregunta para usted es... ¿Será enterrada en paz?

Gabriel levantó el rostro, el Guardián de eventos y él se miraron en silencio, esperando quién definiría con palabras la drástica idea que compartían. Finalmente Gabriel suspiró.

—¿Va a pedirme que mate a Vanessa?

—Voy a pedirle que entienda que dejaron a mi hija desnuda en el vestíbulo, que tenía el cuello desgarrado, que le cruzaron los brazos sobre el pecho como creyendo que así compensarían algo —respondió Domedel con lenta aspereza—. Voy a pedirle que entienda por fin lo que son esas criaturas, que no empezó con mi hija ni se detendrá con ella.

Tras clavarle todas aquellas palabras, Domedel calló en seco.

—Luego le pediré que mate a Vanessa.

Escuchar el nombre de Vanessa en voz del Guardián de eventos era sentirlo totalmente deslocalizado. La respiración de Gabriel se volvió pesada por todo lo que no podía decir. Él conoció a Vanessa, la niña huraña y a veces triste, la chica desafiante y a veces triste. Pero todo era pequeño frente al hecho de que Vanessa había matado a Vekania, y a Vekania ya no podría conocerla nadie.

—Por supuesto, le dejo que tome usted la decisión —dijo Domedel—. Ha llegado pronto. Quedan preparativos que hacer. Cuando todo esté listo, espero de usted que haya decidido lo correcto. Es decir, si cree que le debe algo a mi hija, Vekania.

Vekania. Se diría que alguien en la sala iba a contestar al pronunciarse ese nombre, pero el eco humano que acompañaba la palabra era la muchacha metida en la caja, y Gabriel se quedó mirándola como si no pretendiera volver a hacer ninguna otra cosa durante el tiempo que le quedara en el mundo. Camille pareció ser la única dispuesta a reaccionar al ver que se había convertido en una criatura detenida. Se acercó y, tomándolo del brazo, le

despertó un mínimo de voluntad como para sacarle de la sala.

Camille decidió que lo más alejado del velatorio era lo apropiado y condujo a Gabriel hasta la sala Solsticio. Allí, dejó pesadamente las armas sobre el mármol de la barra, encendió el gas de una de las luces y se tomó la libertad de servir un par de ginebras.

—No me gusta el aspecto que toma todo esto —dijo Camille con desagrado, dejando una de las copas ante él—. No me gusta nada. Debería usted irse.

Camille atemperó su humor tomando un largo trago de ginebra. Al hacerlo, el silencio le hizo sentir totalmente sola en la sala, y al volverse a él, ella misma se quedó sin palabras.

Gabriel seguía quieto donde lo había dejado. El aspecto perdido de sus rasgos le mantenía inexpresivo, pero sus mejillas estaban cubiertas de lágrimas, largas y pesadas de tanto como llevaba reteniéndolas.

—Lo siento... —murmuró—. Lo siento...

Pese a ver a aquel hombre uniformado en ese estado, de pie pero resquebrajado, Camille siguió callada. Sabía que esas palabras no se estaban pronunciando allí, se estaban pronunciando dos pisos más arriba, sobre el féretro de Vekania, pero llegaban a los labios del teniente cuando la presión acusatoria se había aflojado. Gabriel tardó un momento pero, finalmente, tomó asiento.

Camille se sentó junto a él y miró a su alrededor. En la oscuridad, la sala Solsticio se hacía enorme.

—¿Cómo creer que hay algo así aquí?

La voz de Camille se enfrió hasta un susurro. Apartando los ojos de la oscuridad, se volvió a Gabriel, quien seguía intentando apaciguar aquellas lágrimas.

—¡Es peligroso! —le dijo.

Gabriel notó cómo el tono de Camille se afiló, esperando hacerle reaccionar, y volvió la mirada a ella un momento. La escritora tuvo que conformarse con aquello, pero solo pudo reafirmarse en lo que acababa de decir. Sabía lo que era lamentar la muerte de alguien y era peligroso: podía poner a cualquiera en disposición de matar o morir, sin importar la diferencia; hacía prestar oídos a las propuestas más descabelladas con tal de purgar el dolor. Lo que no sabía era lo que se sentía al sentirse culpable de esa muerte. A su lado, Gabriel callaba porque no creía merecerse su propia voz. Estaba quieto porque había perdido el derecho a tocar con sus manos o a ver con sus

ojos. Habría aceptado poner un brazo en la picota si tras toda la sangre volvieran a considerarle un ser humano.

—Estando con ella volví a creer que el futuro aún existía —dijo Gabriel—. Ya no, ya no queda nada, y no quiero volver a esperarlo. Tal vez lo único que pueda hacer por ella sea esto...

Gabriel inspiró con lentitud, deshaciéndose de todas las emociones que no tenía tiempo para entender y, clavando la mirada en el vacío, intentó ver qué quedaba en él cuando se habían ido.

—La muerte me ofende, siempre lo ha hecho, y matar me asquea —concluyó—. Ahora he visto lo que hacen. Quizá solo quiera volver a ver a Vanessa y preguntarle por qué hizo algo así.

Intentando rehacerse, Gabriel se volvió a Camille.

—¿Cuánto cobra por sus cuentos? —le preguntó.

Camille se extrañó, de un modo que en su expresión se volvió similar al miedo.

—¿Por qué me pregunta esto ahora?

—Como le he dicho, la muerte me ofende, pero nunca ha bastado con ser médico —negando vagamente con el rostro, Gabriel admitió la inutilidad de muchos años—. Ahora tengo que creer que existe un lugar donde lo perdido sigue existiendo, o donde existe lo que debió llegar a hacerlo... Quisiera hacerle un encargo.

Camille tragó el sabor de la ginebra aunque su vaso llevara rato vacío, pareció lamentarse de algo pero no dijo nada, se reajustó los anteojos sobre la nariz y miró a su alrededor, buscando un pedazo de sí misma que no siempre sabía situar, hasta que sus manos encontraron la pequeña cartera de cuero que llevaba al hombro.

—Necesitare hablar largo con usted —advirtió, dejando sobre la barra un cuaderno y un lápiz.

—Nos han dado algo de tiempo —respondió Gabriel.

## II

El silencio hacía que el teatro pareciese mucho más grande. Le impedía latir, respirar, convertía su piel en mármol, hacía creer que lo que había en las buhardillas se extendía hasta coparlo todo. Para Noviembre era angustioso ser lo único que se movía en aquel silencio. Sus pasos resonaban con peculiaridad, pero con la pierna en aquel estado era inevitable, y quería ser

ella quien viese al soldado de cerca. Quería usar su mirada adiestrada, su mirada de polilla, y ver si de verdad el suyo era el rostro de un culpable.

Reconoció que la luz y las voces que se arrojaban en la sala Solsticio le reconfortaron. Había más náufragos en la oscuridad, y se acercó hacia allí, resignándose a que su cojera la anunciase. Tuvo que apoyarse en el quicio de la entrada para sostenerse. Desde allí, el rostro del soldado fue lo primero sobre lo que recabó, vuelto hacia ella como esperándola. El encuentro de miradas fue tan obvio que los pensamientos de cada uno casi se tocaron, dejando a Noviembre sin fuerzas para buscarle nada en el rostro.

—Es la hora —la voz de la niña surgió a través de una vergüenza impropia de ella.

El soldado mantenía su gesto amable, pero estaba herido en todos sus rasgos. Asintió con una sonrisa amarga, aceptando a la polilla como algo irremediable, y se puso en pie.

Templándose por dentro, Gabriel se abrochó los botones de la guerrera y se ciñó las armas a la cintura para recuperar una imagen pasada de sí mismo. Con una inclinación del rostro, le agradeció a Camille aquel tiempo y, tras buscar en uno de sus bolsillos, le dejó unas monedas a su alcance sobre la barra.

—Un momento —dijo Camille, deteniéndole—. Es casi el doble.

—Le doy lo que llevo.

Gabriel intentó sonreír, pero le salió una mueca mal dibujada. Siguió a la niña, procurando no adelantarla. La vio esforzarse sobre los escalones, asegurándose con ambas manos en la barandilla, pero el modo de ella de evitar mirarlo y su silencio resultaban tan tensos que Gabriel se reprimió en ofrecerle su ayuda.

Fuera, la noche tenía luz suficiente como para que la alegoría de Orfeo les cubriera con sus reflejos a través de la cúpula. Llegaron al piso siguiente y Noviembre se detuvo ante el salón de actos. Cuando solo los pesados cortinajes de terciopelo les mantuvieron a solas.

—Yo también la quería —dijo Gabriel.

Vio agitarse nerviosos los párpados de la niña, volviendo la mirada a él de reojo y bajándola perdida luego.

—¿Cara Metzina y tú ibais a ser novios? —preguntó cuando por fin se atrevió a mirarle.

En su mente, Gabriel se dejó engañar por las imágenes de un mundo que no iba a existir y logró concederle a su guía lo más parecido a una sonrisa.

—Me habría gustado que fuese así —respondió.

Noviembre asintió ensimismada, dándole también ella unos instantes a ese mundo. De regresó, abrió las cortinas y le concedió a Gabriel acceso a la sala.

El olor a viejo le recibió como lo hizo la primera vez, dispuesto a incluir los momentos de esa noche en su aroma especiado. Esta sensación recordó a Gabriel que al final todo pasa, y le dio con qué afrontar sus pasos a través de aquella sala.

Le esperaban en el escenario, a través del patio de butacas, donde toda la gente del teatro miró en su dirección al primer murmullo de pasos. Fueron poniéndose en pie, recibéndole como a una personalidad, pero callando y creciendo a su paso como sombras negras y rostros pálidos, reunidos para presenciar la penitencia que permitiría el regreso de la vida al edificio. El decorado era escaso: solo la tramoya desnuda y, sobre las tablas, una mesa cubierta por un mantel verde, junto a la cual esperaban madame Ginetzza y el Guardián de eventos.

Siempre en el mismo silencio, Gabriel subió al escenario acompañado por Noviembre y caminó hasta el centro, endureciendo sus emociones hasta detenerse frente a Domedel con una mirada firme.

—Buenas noches —usando aquellas dos palabras y el tono, Domedel marcó el inicio de un ritual y su voz se alzó—. ¡Guerra! Ya ha sido dicho, y para la guerra: armas.

A un lado de la mesa, la pequeña figura de Noviembre marcaba un eje entre ambos hombres. Domedel se volvió a ella y le cedió la palabra con un gesto. La voz de la niña vibró insegura, pero reaccionó al momento llegando a todos los presentes.

—Exponerles ante lo sagrado les recuerda que no deberían existir.

Acompañando las palabras de la niña, Madame Ginetzza dejó sobre la mesa una cruz plateada y un pequeño frasco de cristal lleno de lo que parecía agua.

—Una cruz —explicó Domedel volviendo a clavar la mirada en Gabriel —, y un frasco de agua bendecida en la catedral.

—Herirles el corazón con algo que haya estado vivo les recuerda que están muertos —dijo Noviembre volviendo a alzar la voz.

Cuando Madame Ginetzza dejó sobre la mesa una afilada estaca de madera, el gesto de Gabriel se incomodó. Al notarlo, Domedel incidió aún más sobre él con el tono de su voz.

—Una estaca de madera —dijo—. Realizada con la rama recién cortada

de un árbol.

Gabriel no dijo nada, tan solo dejó que su expresión muriese.

—Permanecer cuando no quedan sombras en las que ocultarse les recuerda que no deberían estar aquí.

Diciendo esto último, Noviembre retrocedió un paso, apartándose de la mesa. Miró a Gabriel un momento pero este no se percató, solo miraba los objetos de la mesa con gesto pesado.

—La luz del sol, pero eso no podemos proporcionárselo —dijo Domedel—. Estas son las formas de herirlas, de hacerlas regresar a una muerte cierta.

Domedel observó a Gabriel esperando algún tipo de reacción.

—Porque están muertas —sentenció—. Eso no debe dudarlo.

Gabriel no se sentía con derecho a detestar al Guardián de eventos, por Vekania, pero levantó la mirada hacia él, mostrando esa inclinación. Después volvió a mirar aquellos objetos, se vio tomándolos, sin reconocer el momento en que decidió hacerlo. Se ciñó la cruz y la estaca en el cinto como si fueran un par de dagas y guardó el frasco en la cartuchera de la munición. Gestos mecánicos, sin alma, pero rápidos, que terminaron con una nueva mirada sobre el Guardián de eventos, quien asintió forzando una satisfacción sarcástica.

—Sírvase seguirme —le dijo.

El resto de personajes quedó atrás. Manteniendo las formas, Domedel indicó a Gabriel que le acompañara y desaparecieron a través de las bambalinas. Ninguno de ellos medió palabra y, a medida que avanzaban sobre el tenso sonido de sus pasos, Gabriel revivió la sensación que había tenido al llegar al teatro. Ya había recorrido esos pasillos y todo seguía allí: los viejos forillos, los restos de escenografía, las mismas paredes uniendo los mismos techos y suelos... En comparación, se diría que lo que faltaba era algo muy pequeño y, sin embargo, el teatro ya no tenía sangre en sus venas. Los últimos pasos en las escaleras sonaron como un corazón viejo y se detuvieron. Gabriel confirmó que se habían terminado los peldaños y, con inesperada aprensión, notó como la vejez había crecido a su alrededor.

—¿Lo siente? —Domedel no fue más allá de un susurro—. Aquí acaba el teatro, y allí es donde están.

Extendiendo el brazo, el Guardián de eventos señaló una puerta a través del rellano. Estaba cerca, pero la oscuridad lo ensotanaba todo y solo se dejaba ver como un viejo dibujo.

—Este último piso y las buhardillas son de ellas —dijo Domedel aún a media voz—. Creo que necesitan un lugar así, un lugar viejo, manchado de

historia y años, como ellas, para sostenerse y abrirse paso hasta nuestro mundo.

Con el ceño fruncido, Gabriel dio unos pasos y dejó atrás al Guardián de eventos. En el estómago notó la presión de la oscuridad, esa clase de oscuridad que deja a todos huérfanos.

—Espero que tenga éxito —dijo Domedel a su espalda.

Gabriel no se volvió. Continuó intentando desenmarañar formas de entre la negrura.

—Yo no sabía lo que era Vanessa, pero usted sí.

Gabriel dejó esas palabras para que Domedel las recogiese si quería, avanzó a través del crujido de la puerta al abrirse y el sonido de sus pasos fue haciéndose cada vez más pequeño. A su espalda, el Guardián de eventos se quedó escuchándolo hasta admitir que lo que oía era el sordo latido de su corazón, redoblando para enfrentarse a las sombras por las que había desaparecido el soldado, un pulso que creció con una emoción ácida hasta rasgarle entre dientes con una palabra.

—Abracadabra...

### III

El suelo devolvía un murmullo terroso al pisarlo, el ambiente parecía saturado de escamas desprendidas de los cadáveres del mobiliario y respirar se hacía incómodo, aunque solo fuese por la impresión de estar masticando los años que ese lugar llevaba muerto. Rodeado de aquel escenario, Gabriel comenzó a sentirse sin propósito. Había subido allí porque no podía resignarse a la muerte de Vekania, y el juego de justicia y venganza de su padre era lo único que le daba alguna continuidad a la envenenadora. Pero si él odiaba a Vanessa lo hacía como para culparla una y cien veces, no como para atravesarle el pecho con una estaca.

Notando que volvía a maldecirla para sus adentros, se detuvo y suspiró a ojos cerrados. Tenía una imagen de ella sosteniendo el cuerpo de Vekania, confirmando en qué se había convertido, y multitud de imágenes anteriores recordándole todo lo que fue antes. Quizá ese Guardián de eventos era quien tendría que estar en ese ático: él solo podía matar a una Vanessa; Gabriel, en cambio, debía matarlas a todas. Pero, de esa manera, se dejaba fuera a un culpable, y el Guardián de eventos ya lo había previsto. Si lo aceptaba, solo



podía seguir buscando a Vanessa y ver qué emoción le ganaba al tenerla delante.

No era solo la oscuridad. El despellejamiento en las paredes y la vejez hacían difícil orientarse. El espacio se adaptaba a un trazado más antiguo en el que las habitaciones iban comunicándose entre sí. La única manera segura de moverse era recordar las cicatrices particulares de cada estancia y, cuando reconoció la gran librería derribada en el suelo, supo que ya había estado en esa sala.

Todo lo que pesaba por dentro le venció y tuvo que sentarse. La librería crujió bajo él. Todo allí recordaba un naufragio, si era posible naufragar en el tiempo. La sala en la que se encontraba quizá fue un vestíbulo, un espacio de tránsito. Quizá todo el lugar, en ausencia de los personajes que consideró propios, había decidido suicidarse, pero, sin manos con que cortarse el cuello, lo hacía así, envejeciendo.

Gabriel despreció aquellos pensamientos. La oscuridad no estaba hecha para deambular y buscar, estaba hecha para susurrar lo que se echa de menos y lo que se teme. Apoyado en las rodillas, sepultó la cara entre las manos y se quedó quieto.

—¿Estás triste?

Se puso en pie, sobresaltado, evitando apenas desequilibrarse y caer. Patricia siguió su movimiento con la mirada, volviendo el rostro en su dirección pero quieta y en cuclillas, prácticamente donde él había estado, como si hubiera empleado largo rato en observarlo.

Gabriel necesitó que su aliento regresara y se encajó un violento recuerdo en la cabeza para reconocerla. Patricia tan solo siguió mirándolo, arrastrando algo abstraído.

—Los tristes nos ven antes —dijo Patricia—. Pero este es mal lugar para estar triste. Podrías convertirte en nosotras.

Cuando Patricia se puso en pie, Gabriel echó mano al revólver y lo amartilló, encañonándola. Ella no interpretó el gesto de ninguna manera. Con movimientos calmados, empleó unos instantes en atusarse las faldas y, al terminar, le sonrió gentilmente.

—¿Has venido a buscar a Vanessa? —preguntó con un deje emocionado.

Patricia hizo gesto de acercarse pero se detuvo al provocar que Gabriel retrocediera. Se quedó quieta y cruzó las manos a la espalda, balanceándose ligeramente, como si de repente el silencio entre ambos fuese solo circunstancial, del que se tiene ante una visita desacostumbrada.

—Ella no está aquí —dijo tristemente—. No pude advertirla. Yo también lo intenté una vez. Irme. Pensé que sería como morir. Pero no, lo que vi lo hizo peor todo.

Emocionándose, Patricia llegó a dar un par de pasos hacia Gabriel, pero volvió a detenerse, comprimiendo los labios y encogiéndose de hombros: el gesto mismo de una niña disculpándose en silencio.

—Yo también quiero que vuelva —aseguró.

Gabriel veía el cañón del revólver temblar sobre la imagen de lo que se le antojaba casi menos que una muchacha, horrorizado al notar en su estómago lo poco que en ese momento necesitaba para apretar el gatillo. Ella volvió a sonreír, haciendo que el contraste volviera casi irreal aquel momento.

—¿Recuerdas? —preguntó Patricia, dulcificando la palabra con nostalgia—. Logré hacerla salir una vez.

Patricia bajó el rostro. Su caída de ojos la dejó a medio camino entre la timidez y la malicia.

—Pero tuve que hacerte daño.

Los disparos resonaron terriblemente. Gabriel se sintió como contemplándose a sí mismo a través del ojo de una cerradura. Había sido cuestión de un instante. Sus emociones se cargaron más en una dirección que en otra y el dedo sobre el gatillo cedió a la presión del instinto. El corazón le latió exigiendo movimiento y avanzó, deshaciendo la humareda con el mismo brazo con que sostenía el arma. La librería parecía haberse quebrado bajo el peso de algo pero no había nada. Volvía a estar solo en la habitación.

Algo crujió.

Bruscamente, el suelo se agitó bajo un violento sonido de pasos cortando hacia él. No vio nada, salvo polvo y escoria agitándose, pero algo lo sujetó, retorciendo el cuello de la guerrera y tiró arrastrándolo, derribándolo contra la pared en la habitación contigua.

Se puso en pie, por él mismo o por lo que tiraba de él. Había perdido el revólver e intentó desenvainar el sable, pero la fuerza de su brazo dejó de pertenecerle. Notó unos dedos en torno a la muñeca, que tiraron de su mano liberando la hoja y le hicieron apuñalarse en la cadera.

Gabriel gritó, el sable cayó de su mano resonando en el suelo, y la vio de nuevo. Estaba de rodillas ante él, sujetándolo con garras por la cintura, mientras apretaba la boca contra la herida en su cadera. Notó su lengua a través del tejido, el modo en que se retorció sobre su piel mientras los labios hacían crecer la angustiada sensación de succión. No pudo hacer nada el

tiempo que ella quiso prolongarlo, hasta que, sin dejar de sujetarlo, Patricia se apartó lo suficiente como para mirarlo a los ojos. Sus colmillos destacaron en su boca ensangrentada.

—De verdad la querías —dijo, destilando la sangre en palabras.

Aprovechando la morbosa ensoñación en la mirada de Patricia, Gabriel la golpeó, uniendo ambos puños en uno. Lo hizo cuan fuerte pudo, pero solo logró que las manos que le retenían debilitaran su presa lo suficiente como para arrastrarse fuera de ella. La herida en la cadera rechinó, amenazando con desmoronar los músculos, pero logró seguir en pie y alejarse, con la pared como asidero. La siguió casi a tientas, hasta que sus manos encontraron una abertura y se deslizó a través de ella.

Su cuerpo dio dolorosamente sobre unos escalones de madera vieja. Algo de luz plomiza al final le permitió situarlos en una garganta de paredes estrechas que ascendía sobre él. Confiando poco en su cuerpo, y sintiéndose sin tiempo para terminar de ponerse en pie, gateó más que anduvo sobre los peldaños, intentando alejarse, hasta que la herida protestó, derribándolo, y quedó entre aquellos muros, enredado en sus propios miembros.

Entonces volvió a acordarse de respirar.

Los ojos de Patricia destacaban en la oscuridad de un modo extraño. Estaba a solo un par de peldaños de él, como si eso fuera todo lo que había conseguido alejarse de ella, y observaba sus esfuerzos con aparente lástima.

—No puedo hacerlo sin que duela —se lamentó cuando Gabriel aceptó quedarse quieto entre sus propios jadeos—. No tendría sentido.

Gabriel pudo imaginarse empleando ese mismo tono antes de empezar a serrar un miembro. Intentó retroceder, notando la falda de Patricia lamerle las rodillas, pero el movimiento contra los escalones le resintió de inmediato. Los dedos de una mano se le enredaron en el cinto buscando el arma que había perdido, se retorcieron en la cartuchera derramando sobre los peldaños el tintineo de balas inútiles y arrojaron contra aquella criatura lo primero que cobró forma en ellos.

El frasco de agua bendita pasó, inofensivo, junto al rostro de Patricia y reventó a su espalda contra la pared.

Patricia se quedó quieta, como una muñeca, con la misma mirada. Con un temblor nervioso, sus pupilas terminaron descendiendo entre los párpados inmóviles, buscando en la mejilla aquello que apenas se veía brillar sobre la piel blanca. Llevó una mano temerosa a la cara y arrastró en sus dedos las gotas de agua que habían llegado a salpicarle.

Sus ojos las observaron con asombro pero, al volverse a Gabriel, el temor le había ganado toda su expresión.

—¿Qué has hecho?

El cuerpo de Patricia tembló, sus piernas se volvieron débiles y cayó sobre las escaleras. Lo angosto del espacio no permitió que la caída fuese muy lejos. Cuando se detuvo, Gabriel se incorporó, y entre la madeja de faldas vio un cuerpo luchando por hacer lo mismo.

Patricia quedó con la espalda contra la pared recogió las piernas y se hizo un ovillo. Sus ojos se volvieron a Gabriel y luego huyeron de verle, como una niña enfadada, pero con más tristeza que rabia en la mirada. Finalmente, parecieron decidir que querían ver a alguien y se quedaron sobre él.

—Espero que me acepten en alguna parte...

Tras quebrársele la voz con estas palabras, Patricia se limpió las lágrimas que le cayeron por las mejillas, volvió a abrazarse a sus piernas y sus ojos pesaron hasta cerrarse. La barbilla le descendió sobre el pecho y se quedó quieta. Gabriel se arriesgó a levantarse y observó cómo a aquella carne le llegaba el vacío. Vio el mismo humo que desprendería la ceniza, escapando de sus labios, enredándose sobre sus rasgos de niña y desapareciendo como lo había hecho ella.

Tuvo que contemplarlo sin saber cómo sentirse.

#### IV

Incapaz de dar sentido a instantes posteriores, Gabriel volvió a moverse. Aquel cadáver era demasiado parecido al de una adolescente como para seguir mirándolo y aceptó la tenue luz al final de la escalera como su única opción. Movié un cuerpo torpe y ganó pasos a ciegas con tal de alejarse. Cuando de nuevo probó a reconocer el entorno, vio que las sombras comenzaban a aguarse. La luz de un amanecer incipiente que encontraba su manera de filtrarse en el lugar. Bastaba al menos para definir un camino a seguir: un corredor flanqueado por puertas que se abría al final en un espacio mucho más amplio. A pesar de eso, a poco de adentrarse, Gabriel comprobó que no era más practicable que todo lo demás, y el techo abuhardillado le obligó a caminar inclinado en más de una ocasión.

Habría sido un lugar incómodo en cualquier otra circunstancia, pero en su estado se volvía más que eso. Recobró consciencia de la herida en su cadera.

Haciendo presión sobre ella, admitió que debía detenerse hasta normalizar el ritmo de su aliento.

Sus ojos vagaron alrededor y se vio mirando a través de una vieja jaula para pájaros en cuyo interior pendía un reloj de cadena. Se la encontró tan cerca que tuvo que contener una eléctrica reacción de asco, similar a la de atravesar una telaraña con el rostro, aunque no supo comprender esta aprensión. Tan solo era una absurda suma de objetos inertes, pero el reloj, sustituyendo algo vivo entre aquellos barrotes de alambre..., tal vez eso la justificaba y prefirió apartarse.

Los pasos que Gabriel retrocedió ampliaron su campo de visión, y, entonces, la vejez cerrada del lugar terminó de metérsele dentro, recubriendo toda su raigambre nerviosa. Con miedo y tristeza en el pecho, y sensación de gangrena en la carne, confirmó la forma de los dos ataúdes frente a él. Por eso era por lo que el olor a viejo decía «no te acerques», por eso era por lo que la oscuridad decía «no entres».

Necesitó recuperar una sensación de fuerza y, con gestos que en cualquier otro momento no le habrían parecido suyos, tomó la estaca del cinto con dedos inseguros. Debía de llevar tiempo confundiendo aquellos dos féretros. Entre tanto mobiliario varado era fácil hacerlo pero, una vez los hubo reconocido, sus ojos no podrían volver a difuminarlos en el entorno. Tuvo que obligarse a acercarse y se detuvo cuando estuvo entre ambos. Algún tipo de uso había evitado que se asentara sobre ellos la misma película de polvo que cubría lo demás y usó de este rasgo para justificarse cuando se inclinó sobre uno de ellos.

Formasen o no parte del lugar, eran igual de viejos. El lacado estaba comido, despellejando la madera, y Gabriel aguantó un tacto desagradable en las manos al aferrar la tapa. Tiró de ella lentamente, amordazando en lo posible cualquier crujido, hasta que aquel rostro quedó al descubierto.

Dudó antes de reconocerla viéndola tan oscura: cara y manos cenicientas flotando sobre tinta. Esa era la impresión que le causó verla en el interior del ataúd. Aunque, contra el vestido y el cabello negros, su rostro aparecía perfectamente definido, y terminó de verla como la mujer de «la ronda de presentes». Había visto muchos cadáveres, y en aquel momento no se diferenciaba de ellos. Notando como su mano tardaba en obedecerle, Gabriel la acercó a aquel rostro inerte, manteniendo el dorso de los dedos ante la boca sin notar aliento alguno. Se aseguró de ello empleando el tiempo necesario, hasta que no le quedó más que recordar la estaca que llevaba en la mano.

Colocó la punta sobre el seno izquierdo, en el punto donde las manos que ella cruzaba sobre el pecho dejaban un espacio, sujetó la estaca en perpendicular y se irguió sobre las rodillas esperando usar el peso del cuerpo para que todo se redujera a un único gesto.

Estuvo contando latidos sin moverse.

Veía sus manos en torno a la estaca..., y seguía viéndolas, sin que en ellas se cargase la voluntad necesaria para el golpe. Buscaba el ímpetu pero, poco a poco, todo fue quedando en un gesto de rabia en los dientes y un temblor en los labios, debilitándole hasta que la propia estaca pareció perder fuerza y el espíritu de Gabriel regresó a su lugar.

—Por un momento, me he preguntado qué iba a ocurrir.

Los ojos de Mara estaban abiertos. Desde que había alzado la estaca, Gabriel había evitado mirarla al rostro, y ahora esa voz serena le hizo volverse a él. Se diría que llevaba tiempo contemplando el filo de madera sobre su pecho con aquella expresión de curiosidad, confirmando ahora que no iba a moverse. Entonces, sus ojos oscuros se volvieron a él con un tenue interrogante.

Golpeado por la propia sensación de espanto, Gabriel se echó atrás, cayendo sobre su espalda y tuvo que retroceder a fuerza de codos para ganar espacio. Vio la mano de Mara, blanca y filosa, recorrer el borde del féretro antes de que el resto de ella la siguiera, poniéndose en pie a la manera artificial de una marioneta, creciendo del interior del ataúd y dibujándose en el espacio como un tallo negro.

Atrapado entre viejos muebles y aquella mujer de negro, sin decidir si era o no un gesto ridículo, Gabriel tomó la cruz y la alzó ante ella. En cuanto apareció aquella forma plateada, los ojos de Mara parecieron ofenderse, y al momento se resguardó bajando el rostro tras una mano. Sus labios parecieron sonreír buscando un gesto afable, pero el intento se perdía tras el temblor de sus dedos, impidiendo que su expresión ganara humanidad suficiente.

—Por favor, créame... —dijo con un palpito de zozobra en la voz—. Resulta muy incómodo.

Gabriel no la escuchó. Tan solo la vio hacer pie en el suelo y terminar de erguirse ante él. Al momento, resintiéndose de la herida en la cadera, se obligó a levantarse y extender hacia Mara el brazo con que aferraba la cruz.

Hubo un grito. La voz de un monstruo despellejándose a través de la humana. Un grito al que no le bastó la garganta de una mujer para expresarse y que creció a través de la madera vieja, de los muebles muertos, de la

oscuridad y el polvo. Estaba en todas partes y dolió, haciendo que Mara cruzara los brazos ante el rostro y todo su cuerpo pareciera desaparecer entre los pliegues de su ropa cuando retrocedió violentamente, ovillándose contra el suelo.

Aquella voz llegó a sustituir al aire, y Gabriel necesitó un momento antes de que el pulso volviera a gotearle en la sangre. Cruzando el espacio que los separaba, el brillo en aquellos ojos negros lo observó dolorido. Mara tenía las manos engarfiadas y, en la penumbra, la palidez de la piel dejó ver el modo en que se apergaminó contra los huesos, descarnando las uñas, cediendo al peso de incontables años.

—¿Pero qué sois? —murmuró Gabriel.

De nuevo Gabriel se vio sin fuerzas y, notando que hacía descender la cruz, Mara bajó también los brazos para poder mirarlo.

—¿Le inspiramos lástima, Gabriel? —preguntó—. ¿Es eso? ¿Más que rencor o miedo?

Gabriel bajó la cruz pero la sujetó con firmeza mientras Mara volvía a ponerse en pie. Le vio de nuevo esa sonrisa torpe y mal hecha, y ante él, su carne recuperó lo que la había abandonado, mostrándose de nuevo como la de la mujer joven que aparentaba ser. Su rostro se volvió a él sin que ningún sentimiento extraño aparentara haberlo cruzado.

—Ojalá no llegue a olvidar que alguien nos vio de esa manera.

La mirada de Mara quedó perdida con un fruncimiento.

—¡Vaya! Patricia ha muerto —dijo, llenando aquellas palabras con muy poco de sí misma—. ¡Vaya!

Gabriel se esforzó en sentir la cruz entre sus dedos y mantuvo cargados en sus músculos los pasos con que retroceder en cualquier momento. Mara, por su parte, aún necesitaba recordar que él seguía allí. Mantenía ese gesto meditabundo en la expresión, fracasando en encontrar la imagen que buscaba su mente.

—¡Vaya! ¡Hace tanto tiempo...! Creo que conservo imágenes de cuando ella aún no estaba, ¡pero hace tanto tiempo!

Mara se inclinó hasta tocar el ataúd que permanecía cerrado, acarició la superficie carcomida con una ternura ambigua, como si se tratase de una cicatriz a la que se debiese cariño por el tiempo.

—¡Oh! ¿Esto? —preguntó, percibiendo la aversión con que Gabriel miraba el ataúd—. Es una costumbre. No sé por qué. También hace mucho tiempo.

Mara había vuelto a erguirse y contemplaba los ataúdes buscando una nueva forma de verlos, pero desistió al poco.

—Vanessa no los usa —dijo, acompañando con una sonrisa el nombre que Gabriel quería oír—. Ella se acurruca en el suelo entre nosotras.

—Vanessa —masculló Gabriel, sin poder decir a qué le sabía la palabra—. ¿Dónde está?

—Ha ido donde se entiende que la soledad es para siempre.

Fue miedo mezclado con rabia. Se confundieron en Gabriel, haciéndole apretar los dedos en torno a la cruz. Creyó que gritaría, pero le salió una voz tensa y áspera.

—¿Dónde está? —repitió—. ¿Cómo le hicisteis esto?

—No se lo hicimos —respondió Mara con tono indulgente—. Nadie se lo hace a nadie nunca. Nos acercamos a Vanessa en la oscuridad para que ella pudiera decirnos cómo es el principio. Nosotras no lo recordábamos. Pero ella tampoco lo sabía.

Hablando, a veces Mara miraba a Gabriel, en otras divagaba con una mirada distante, como si para ella las palabras estuviesen tan desgastadas que apenas calaban en sus emociones. Volvió a acercarse al féretro del que había salido, se inclinó y recogió la estaca que había quedado caída sobre el raso blanco del interior.

—Usted es el que ha venido aquí —dijo, acariciando la áspera madera y observándose los dedos después—. ¿Quiere ser el que escuche una historia?

A cada movimiento de ella, Gabriel reaccionaba como a la proximidad de una cuchilla, asegurándose de que entre ambos hubiese buena distancia. Mara lo notó y pareció excusarle con lo que en ella podía interpretarse como una sonrisa. Se movió con familiaridad entre el viejo desorden, deteniéndose tras unos pocos pasos, haciéndole saber con una mirada que podía seguirla.

—Su mundo, Gabriel, va dejando tras de sí su propia muerte, la muerte de cada momento, de cada instante, de todo lo que ocurre y de todo lo que se siente...

Mostrando los dientes en un rictus extraño, los labios de Mara se detuvieron, prolongando en silencio la última sílaba, y dejó vagar la mirada sobre los objetos que les rodeaban. Siguiéndola, Gabriel percibió la transformación del espacio, la acumulación de cajas de música y relojes que fueron envolviéndoles hasta definir las paredes imaginarias de un santuario.

—Todo deja su cadáver y sus huesos —continuó Mara, reviviendo sus palabras desde un susurro—. Ahí es donde nosotras habitamos: un reflejo. A



medida que te alejas se hace más débil, más cargado de tiempo, de vejez, hasta que desaparece y quedamos nosotras en la oscuridad.

Mara se detuvo y Gabriel quedó involuntariamente unos pasos más cerca. Ella volvió a mirar a su alrededor hasta que sus ojos se pararon sobre un secreter, cubierto de la misma población de cajitas de música y relojes. Dejó la estaca en uno de los estantes para el papel, usando los dedos como pinzas quirúrgicas. Por un momento, ganó algo de niña contemplando al recién llegado a su casa de muñecas, pero duró apenas nada.

—No sé cómo pasa, pero no nos dejan irnos adonde se fueron todos —manteniéndose fija sobre su creación, la mirada de Mara terminó perdiéndose—. Yo creo que hay algo en la oscuridad, algo triste, que no pudo ser. Cuando el corazón de alguien se vuelve demasiado parecido a eso, eso le siente, y eso le cambia...

Ella misma, allí, tras tanto tiempo arrastrándose tras el mundo, era el modo en que terminaba la historia, y Mara se lo dio a entender depositando los ojos sobre él el tiempo que duró el silencio.

—Allí se ha ido Vanessa —apartándose unos pasos, Mara hizo sencillas estas palabras dejándole el creer o no su historia—. Cuando os vio, a esa muchacha y a usted, juntos, dijo que vio algo que no era la muerte. Dijo que lo contrario de la muerte no es la vida, lo contrario de la muerte es algo que ocurre en la vida.

Mara llevó una mano a una de las cajas de música, pareció tentada de abrirla, pero la dejó como estaba.

—Ninguna habríamos resistido.

Como si hubiera algo que no pudiera arreglarse, Mara apartó la mano de la caja de música y la bajó volviéndose a Gabriel. Muy ligeramente, su expresión ganó rigidez, leyéndolo por fuera y por dentro, comprobando si lo que veía terminaba de empujar en ella una decisión.

—Ha venido a buscarla —dijo—. ¿Quiere ir con ella?

—¿Dónde está?

Gabriel reafirmó su primera pregunta con irritación.

—Quiere ir con ella.

En todo momento, Gabriel se había asegurado de mantener la distancia, pero cuando Mara alzó los brazos, sus pálidas manos le alcanzaron los hombros como si hubiesen conversado frente a frente. Fue un gesto tan sencillo que no pudo reaccionar, ni siquiera escalofriarse ante el contacto que había temido. Solo vio aquella expresión inalterable al morderse la lengua ante él,

tan fuertemente que el contorno de los dientes se le dibujó en sangre.  
Dejó de ver cuando Mara le escupió a los ojos.  
—Si entiende lo que es la oscuridad, tal vez pueda perdonarla.

## V

Aún veía a Mara, similar a un reflejo acuoso tras los párpados, como una luz que hubiese herido sus ojos y lo manchase todo con un latido. Con cada intento por recuperar la vista, sus formas se volvieron más vagas hasta que no pudo decirse que siguiese ahí. Entonces sintió como si le cercenasen algo y se vio cayendo en negro.

Revolviéndose a uno y otro lado, Gabriel luchó contra el espanto, intentando que algo volviera a llenarle los ojos. Afianzó las manos sobre el suelo para convencerse de que seguía estando en algún lugar y buscó a su alrededor todo lo que se había ido.

La insinuación del amanecer a través de los ojos de buey, el entorno dibujado como un teatro de sombras..., todo se había ido. Solo quedaba una negrura densa en la que se vio reducido al tacto. Había perdido el crucifijo, y ahora su piel anticipaba la presencia de Mara, imaginándola rondar en esa oscuridad con la naturaleza de un lobo. La angustia le empujó a ponerse en pie. Le costó caer y derribar objetos varias veces, notando en cada una de ellas que incluso el sonido había adquirido una densidad lenta y desecada, como si lo recordara en lugar de escucharlo, pero al final alcanzó una de las paredes y sus manos la atesoraron buscando una salida.

No supo qué camino seguía, entre corredores y escalones. Cuando finalmente no le quedó más opción que detenerse, incluso su respiración fatigada le pareció llegar de algún lugar lejano. Preguntándose qué enfermedad le había destruido los ojos, Gabriel se buscó las manos ante el rostro. Temblaban y estaban débiles, pero logró verlas demudadas y manchadas de sangre, y tuvo que reprimir el deseo de usarlas para confirmarse el resto del cuerpo. Su espalda quedó contra una pared, pero no sirvió para calmarlo.

Tenía miedo.

No el miedo de la guerra, la enfermedad o los quirófanos. No un miedo que conociera, sino el de verse en el espacio que todas las cosas dejaron vacío.

Alguien.

Debía de haber alguien. Tenía que encontrar a alguien. Debía de haber algo que permitiera al mundo reconstruirse de nuevo. Miró a su alrededor. No sabía si podía ver o no. El espacio se había reducido a retazos entre sombras, pero se forzó a moverse. Daba igual avanzar entre zarzas o espinas, siempre y cuando encontrara a alguien; siempre y cuando alguien le dijera que la realidad seguía existiendo.

Se detuvo al borde de unas escaleras creyendo que caería. Pudo ver los tramos descendiendo sobre un abismo eterno. Todo estaba así, recortado contra una oscuridad guiñolesca, pero reconoció aquellas escaleras: las había recorrido junto al Guardián de eventos esa misma noche. Parecían haber perdido el color y flotaban sobre un vértigo color tinta, pero las reconoció. Y, peldaño a peldaño, intentó creer que seguía en el teatro.

No era una oscuridad normal, no era ausencia de luz, sino la materia en la que todas las cosas se deshacían. Y, en ella, su mente estaba empezando a escoger sus propias direcciones. Le llegaban imágenes: veía a su padre en la farmacia, veía a Ona (la madre de Vanessa) alejándose por Mayor de Gracia, veía rostros que creía haber olvidado, compañeros que murieron en la guerra, infelices diciendo sus últimas palabras en una mesa de operaciones, todas inyectándole la idea de que se existe solo un momento, y de que, al final de todas las historias, solo hay páginas en blanco extendiéndose por toda la oscuridad en la que ahora se hallaba.

Seguía moviéndose apresuradamente, usando las manos como muletas y manteniendo siempre un pedazo de mundo en ellas, pero la oscuridad se alargaba sin que hubiera lugares a los que llegar o rostros que encontrar, y se dio cuenta de cómo el ímpetu le dejaba vacío cuando sus pasos perdieron fuerza.

No sabía si reconocía aquel pasillo. En cualquier dirección solo podía ver un par de metros y aquella negrura llena de pasos que no iban a llegar. No había sabido entender a Vanessa cuando le habló de esa oscuridad, de un lugar que ya no era el mundo y de todo lo que termina sintiéndose en su interior. Él había existido, con todas las posibilidades de ser y sentir contenidas solo en ese instante, y ahora quedaba la eternidad en negro para alejarse de sí mismo, en esa oscuridad que no le hablaría nunca, no le tocaría nunca, no le buscaría nunca, no le respondería a ninguna pregunta, no escucharía sus recuerdos ni reconocería los nombres que pronunciase.

Lo que allí moría era la idea de regreso. Quizá inconscientemente, Gabriel había aprendido a sentir que había un lugar mejor, un momento mejor en el

pasado al que volver cuando todas las cosas hubiesen acabado, y que así debía ser la eternidad, si la eternidad tenía el propósito de ser justa en contra de lo que fue la vida. Tal vez esa era la manera de entender el empeño que había tenido en reencontrar a Vanessa.

Se llevó las manos a la cabeza y se presionó con saña intentando devolver a sus pensamientos una forma reconocible. Intentó forzar un mínimo de calma y reemprendió el paso. Fue inercia inconsciente. Se hizo a la que había sido la última manifestación clara de su voluntad y caminó sobre una línea débil y errática hasta verse atravesando una puerta que se le hizo familiar pese a la penumbra.

No era el mismo lugar que la última vez, pero reconoció el interior de aquella habitación. Se había convertido en un escenario de grises y sombras. Incluso las llamas de los cirios en torno al ataúd carecían de color. Gabriel se vio en aquella estancia espantosamente solo frente a la caja de muertos. Se acercó, caminando sobre un pesado latido de pasos. La proximidad con el féretro se le clavó dentro y se llevó una mano a la boca sintiendo que algo le desbordaba.

Estaba llorando.

Tenía rostros y momentos en su mente meciéndose como un cuerpo ahorcado, reuniéndose en la imagen de Vekania. Una imagen, que en aquella oscuridad tenía un sabor terrible a pasado, a tacto de maniquí. Al detenerse junto al féretro, vio que estaba vacío, y entonces comprendió qué era la oscuridad.

Sus piernas fueron cediendo bajo su peso y quedó en el suelo igual que un niño. Aquel era el espacio de la ausencia eterna. Si no había sentido lo suficiente, si no había amado lo suficiente, si su nombre no había pasado por suficientes bocas, daba igual, porque se había acabado, y esos eran los recuerdos que tenía para pasar la eternidad.

Ya nunca más volvería a haber nada.

No podía soportarse con simple estoicismo, no era como la metralla en su espalda, ni algo para lo que tuviese morfina. Ahora, en ese universo naufragado, contemplaba formas indiferentes que habían perdido su contexto en el tiempo, y se daba cuenta de que llevaba rato preguntándose si de verdad algún precio a pagar por el regreso era demasiado alto.

Allí todo se volvía horrible: lo que podía verse y lo que no, los objetos, los espacios, la nada. Y ese silencio atroz, que no se atrevía a preguntar adónde se fueron su tiempo y sus personajes, por qué habían dejado allí una

única alma. Lo que al final se volvía especialmente horrible era saber que aquello era lo que había estado contemplando Vanessa durante todo el tiempo en que él se preguntaba dónde estaba.

Quizá por culpa, Gabriel consiguió ganar un momento de vacío con el que intentó serenarse. A él le habían obligado a ir allí, pero debía ser mucho peor caer en ese lugar por el propio peso, ir entrando lentamente conforme el espíritu pierde sus esperanzas y las sombras se vuelven tan grandes que dejan de ser una metáfora. Solo podía imaginar cómo fue para Vanessa pero, intentando rehacerse, buscó en sus entrañas la emoción contraria a la que permanecía suspendida en las sombras.

Al cabo de un tiempo, se dio cuenta de que estaba pensando en Vekania, admitiendo (con una sencillez que en otro momento no habría creído posible) cómo su imaginación había ido preparando multitud de momentos para ella en el futuro.

—Me gustaba su olor —dijo, sonriendo con nostalgia—. Supongo que algún día se lo habría dicho.

Ante aquella oscuridad, aquello podía ser algo muy pequeño, pero Gabriel consiguió recordarlo como algo bueno. Tal vez todo lo que había compuesto el dibujo de su vida fuese muy pequeño, y la oscuridad iba a crecer y crecer, pero esa emoción, ese preciso recuerdo no era pequeño, sino que tenía el tamaño justo para caber en sus manos y confirmar que tuvo su lugar.

Gabriel contrajo la expresión y miró a la oscuridad con desprecio.

—No voy a darte nada —le dijo—. No voy a darte nada.

Negándole la mirada a las sombras, se puso en pie, lleno de sensaciones reales, como el dolor de la herida en su cadera y el acostumbrado en la espalda. En esas tinieblas, todas sus emociones se habían llenado de úlceras, y ahora que tenía al menos algo de resolución para aplacarlas, quedó limpio el sonido de un sollozo que llevaba rato escuchando.

Era el llanto de una voz pequeña, extraviada en la oscuridad, Gabriel se dispuso a seguirlo. Dejó aquella habitación y, a través de la versión negra del teatro, caminó hacia donde esa voz crecía, cruzó unas grandes puertas hechas con la ceniza de muchos días pasados y distinguió una lágrima blanca en la negrura.

Se acercó a ella con precaución, mientras los perdidos sollozos se iban concretando en aquel cuerpo y se detuvo a cierta distancia, moldeando el nombre con los labios pero sin llegar a pronunciarlo.

Vanessa estaba caída tras su melena castaña, el suelo de madera a su

alrededor estaba cubierto de profundos arañazos. Cuando Gabriel se detuvo, algún instinto la hizo reaccionar y lanzó en su busca unos ojos tan negros como la oscuridad que les envolvía.

—¡Creí que yo era el monstruo de esta oscuridad! —gritó Vanessa—. ¡Pero hay algo peor!

Arrastrando esa última palabra, Vanessa rasgó el suelo lentamente, dejando una profunda marca astillada en dirección a su cuerpo, las manos se debilitaron entre sus piernas y se dejó caer. Gabriel se quedó quieto mirándola, sintiendo que cualquier fibra de su carne haría demasiado ruido si se movía, y escuchó cómo la voz amordazada de ella seguía encadenando una especie de plegaria casi inaudible.

—Yo tenía un nombre, yo tenía un nombre... —decía—. ¿De verdad todos me han dejado sola?

La voz decreció y las palabras se entremezclaron en un zumbido que llegó a desaparecer en algún momento, cuando la voluntad se desangró fuera de Vanessa y se quedó quieta, ajena a la presencia de Gabriel.

Vanessa, la pecadora de una vez, la compañera de muchas, la nostalgia de siempre. Habría asegurado odiarla, pero su odio no tendría sentido si no la amase, porque con odio no se hiere a alguien indiferente. Quedaba claro tras caminar por ella en la oscuridad y, si era sincero, esa era la única arma con que se había presentado ante ella. Aunque no era algo que él mismo pudiera entender sin dificultad, y tuvo que pronunciar el nombre para decidir cómo le cuajaba por dentro.

—Vanessa.

El nombre crujió en ecos hacia el pasado. La criatura se puso rígida al oírlo.

—¿Gabriel?

La voz de Vanessa fue un rasguño dolorido, temerosa de confirmar su presencia. Le hurtó la mirada durante rato, incapaz de enfrentarle, si es que verdaderamente estaba ahí. Cuando finalmente alzó el rostro, una mezcla de piedad y asco se removió en él al ver el gesto herido de sus ojos negros. Se arrodilló frente a ella y, sintiendo que debía cumplir con su rabia, la tomó de las mejillas clavándole las uñas y obligándola a tragarse su mirada rencorosa, hasta que notó entre las manos que, si hubiera querido partirla el cuello, ella no se lo habría impedido.

La abrazó. En esa oscuridad, cuando el mundo se había acabado, no tenía sentido hacer otra cosa.

Al final, en las sombras, solo había un rasgo que reconocer, la voz que decía «nunca» a cualquier nostalgia o esperanza cerrando puertas en todas direcciones. Se quedó en brazos de Gabriel artrítica como una muñeca, y con gesto de cristal en su mirada negra. Allí, ella se mezclaba con las cosas viejas, se sentía a sí misma como una zarza reseca que se enreda sobre superficies muertas, no supo dar lugar al calor que la estaba rodeando, e intentar vivir de nuevo se hizo lento y doloroso.

En la oscuridad, sus castrados sentidos lucharon por anudarse de todas las maneras posibles, y la melena viva de sus nervios se envolvió sobre aquella forma hasta reconocer a Gabriel entre sus brazos.

Ahora, escuchando su propia voz, Vanessa siguió llorando y pidió perdón con las mismas palabras que su mente no había dejado de rezar desde que entró en la oscuridad. Gabriel le correspondió con un cargado silencio viéndose incapaz de rechazar a aquella criatura y acarició su pelo, lamentando lo que aquel no-lugar había hecho con ella.

Ambos podían regresar al pasado compartiendo imágenes muy similares, Vanessa veía a Gabriel siendo un niño, se veía a sí misma en las mismas escenas, y dejaba de saber en qué mente se encontraba. Sentía a Gabriel en todos sus momentos y lo abrazaba en aquel, reconociendo el último pedazo de su universo a salvo de aquello en lo que se había convertido, notando crecer en ella de forma inevitable todo lo que no se había atrevido a sentir.

Estaba muerta pero, si pudiera regresar, siempre había sabido a quién desearía ver primero.

Los labios de Vanessa ascendieron, rozando la abotonadura en el pecho de Gabriel. Sus dedos y su lengua retiraron el cuello de la guerrera, descubriendo la piel y, a modo de beso, lo mordió a través de ella.

Sintió el cuerpo de Gabriel tensarse, el gemido ahogado en su garganta le vibró en los labios con un cosquilleo y comenzó a llenarse de él. Fue como regresar, como no podría haberlo hecho a través de nadie más. Fue como si le devolvieran todos los días perdidos y alcanzara los que no llegaron a ser, fue entrar en el lugar donde estaba escrito que ella había existido. Fue más que hacer el amor con él, fue como haberle hecho el amor todos los días de su vida.

Aunque no duraría más que cualquier otra muerte.

—Vanessa... me estás matando.

Pero Vanessa siguió tragándose lo sin oírlo y Gabriel fue el único que comprendió aquellas palabras. Sus ojos se llenaron de aquella certeza y supo

que todos sus momentos acababan en aquel, de la misma manera que toda su sangre se estaba reuniendo en la herida del cuello. Se notó débil y rígido al tiempo y, con espasmos de consciencia, intentó ubicar aquel instante en el trazado imaginario de lo que debió ser su vida. No tuvo tiempo para reunir sentido suficiente y se abrazó a su asesina para no sentir que moría solo en aquella oscuridad.

El cuerpo entre sus brazos fue ablandándose y Vanessa acompañó su peso hasta el suelo sin soltarlo, quedando a horcajadas sobre él mientras Gabriel terminaba en sus labios. Su voz rompió el aire un momento. Luego, Vanessa dejó que el silencio se pareciera a la plenitud que le llenaba por dentro. El mundo volvía a estar ahí para ella: todos los lugares, todas las promesas y años de futuro. Solo debía descansar un momento y podría cogerlo entre sus manos a puñados.

El momento se prolongó sin que lo midiera. Se quedó quieta, manchada en rojo, mostrando los colmillos mientras recuperaba el gris de sus ojos tras un gesto adormilado. Sus pensamientos eran lentos y descomprometidos como los de un recién nacido.

Bajó el rostro y vio lo que había hecho.

Esta vez no había sido diferente. Para que el mundo se dibujase de nuevo, una parte de él debía desaparecer. Para sentir que tenía vida, debía robarla antes. La ausencia en aquellos ojos castaños ya era irremediable, y el mundo ya se había dibujado de un modo distinto.

Había llegado a creer que estaba viva por llenarse de alguien que la conoció en vida. Volver a tener sangre hizo que el horror se extendiera a través de ella en un instante. Se llevó las manos al rostro con intención de aplastarse y desaparecer, pero solo pudo simular asfixiarse tras los dedos sin dejar de contemplar el más horrible de sus actos. Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas y vio a Mara ante ella como una figura borrosa.

—¡Yo no he hecho esto! —le gritó Vanessa.

Mara no dijo nada. Solo los observó a ambos con el gesto pesado de alguien que llevaba siglos viéndolo todo acabar del peor modo posible.

—¡Yo no he hecho esto! —repitió Vanessa, rajándose la garganta con la voz.

—¿Y qué esperabas? —dijo Mara—. Matar es la única forma de amar que conoces.

Mara volvió el rostro a un lado. Su mirada dejó una dirección marcada en el aire y con su cuerpo ocurrió lo mismo que con el vaho sobre los cristales.



La imagen del Guardián de eventos cobró forma donde ella había mirado y, tomándole como punto de partida, la vieja realidad germinó de nuevo.

Ahora que tenía a Gabriel en las venas, Vanessa vio la oscuridad retirarse como agua sucia, dejándola enfrentada contra un coro de miradas asombradas. Los lienzos de terciopelo la enmarcaban, las tablas de madera la sostenían, y el escenario la exponía frente a todos los rostros del patio de butacas, que la miraban espantados tras verla cobrar cuerpo de la nada.

Como con cada muerte, el otro lugar se había ido. Vanessa estaba ahora en el escenario del teatro y, a varios pasos de distancia, Domedel era el único que compartía las tablas con ella. El Guardián de eventos miraba el cuerpo de Gabriel, aceptando su imagen ensangrentada con estoica pesadumbre. Se obligó a contemplar el resultado hasta envenenarse. Entonces la miró a ella, desafiándola a entrar a través de sus ojos si quería.

Entre el silencio de todos, ambos se aguantaron la mirada esperando ver quién tragaba a quién, hasta que fue Vanessa la que pareció entender algo y bajó el rostro, sin fuerzas para odiar a nadie.

Regresó a él, a Gabriel. Viéndolo, no podía decir qué era lo que se había ido. Todo lo que conoció de él seguía ahí: sus manos amables, su piel un tanto pálida, los labios enrojecidos por el invierno... Pero el lugar que sus ojos miraban estaba aún más lejos que cualquiera en el que ella hubiese estado, y cualquier cosa que quisiera decirle tendría que quedársela clavada en las entrañas por siempre. Quiso al menos cerrarle los párpados, pero las manos le temblaron a centímetros del rostro, incapaces de tocarlo.

Habría podido quedarse así, dejarse cubrir de vejez y polvo mientras él iba desapareciendo. Pero no sin silencio. Nadie hablaba en todo el teatro, pero todas sus voces la empujaban fuera de allí y Vanessa ya no quería defenderse de nada. Se puso en pie, y rodeándose con sus manos de un falso abrazo, caminó hacia la escalinata.

Cuando sus pies descalzos dejaron atrás el último escalón, todos los presentes, en negro por los muertos, fueron poniéndose en pie a su paso. Viendo el cadáver que quedaba sobre el escenario y la expresión rota con que se alejaba ella, nadie supo cómo mirarla. Si acaso la contemplaron como se hace con los enfermos, y se aseguraron de guardar un respetuoso silencio. Vanessa avanzó entre ellos, eludiendo miradas y tragando sollozos, una eternidad de pasos hasta que alcanzó las puertas sin ver a la niña que, cojeando, sostenía el lienzo de terciopelo para ella y la miró al pasar como si quisiera recordar su rostro.

Se quedó sola, caminando a través del lugar que hacía diez años la sedujo como para definitivamente odiar su vida, aunque su mirada perdida ya no podía verlo, y caminó hacia la salida sin haber logrado sentirse parte de aquel escenario.

—¿Eres Vanessa?

Al llegar al vestíbulo, aquella voz le alcanzó como algo inesperado. Si no pensaba en Mara, ya no debería haber nadie que conociera su nombre. Se volvió con el gesto extraviado.

La sangre que le manchaba el rostro y el vestido debió de ser lo que motivó los instintos de aquella mujer a retroceder ligeramente tras habersele acercado. No la había visto antes. Era una mujer de la misma edad aproximada que la que llegó a alcanzar Gabriel, los nervios que no había terminado de controlar hicieron temblar su mano cuando se ajustó los anteojos sobre la nariz.

—Sí... debes de serlo —murmuró Camille, viendo su aspecto—. Entonces... ¿ya ha muerto?

Camille se atragantó con su aliento cuando esas palabras ya estuvieron dichas.

—Es curioso, no pareces un monstruo.

Quiso mirar a Vanessa pero sus ojos no se sostenían bien sobre los de ella. Terminó forzando el gesto con que le extendió la mano en la que llevaba un sobre.

—Creo que es para ti —le dijo.

Vanessa tomó aquel sobre entre unos dedos muy débiles. Camille recuperó el paso de distancia que había sacrificado para entregárselo.

—Aún está en sucio... —se excusó—. Apenas he tenido tiempo...

Camille se dio cuenta de que Vanessa no parecía estar escuchándola. No podía asegurar que lo hubiese hecho en ningún momento. La vio descender el último tramo de escaleras, sosteniendo el sobre con el mismo gesto con que lo había tomado y cruzar las puertas abandonando el teatro.

Al verla marchar, el sentimiento de temor que se había mantenido en Camille dejó algo de espacio para otro de piedad mucho más tenue. A través del cristal, Vanessa se alejaba sin que el mundo tuviera ninguna dirección que darle.

Domedel observó el rostro de Vekania intentando aislarlo del raso blanco y de los contornos del ataúd entre los que estaba enmarcado.

Domedel se inclinó y besó a su hija en la frente.

—Sé que no lo habrías aprobado —dijo el Guardián de eventos—. Espero que puedas perdonarme.

La luz ya empezaba a entrar por las ventanas, de modo que apagó uno por uno los cirios, pinzando las mechas entre los dedos, y se apartó del féretro. Hasta que no alcanzó la puerta sus pasos no fueron lo suficientemente firmes. Allí, reprimió el impulso de volver el rostro y abandonó la habitación.

Procurando no cruzarse con nadie, recorrió los pasillos de tantos años hasta llegar al aula. Respetó la penumbra de la sala y sus pasos no se detuvieron hasta que no estuvo ante aquella puerta en torno a lo cual se construyó todo el teatro.

Si la puerta de *Otranza* reconocía al hombre ante él, o si la imagen de ambos enfrentados destacaba para ella de alguna manera sobre el tiempo, no dijo nada. Domedel estaba rígido, con las manos en puño a ambos lados del cuerpo y la cabeza gacha, como resignado a la vergüenza o la derrota.

—Le dije que asumiría mis culpas.

En el hemicycleo vacío, la voz del Guardián de eventos se extendió limpiamente llenando la sala. Camille sabía que no había hecho apenas ruido al entrar, pero no le sorprendió que se hubiera percatado de su presencia sin necesidad de volverse. Se detuvo en las escaleras y reemprendió el paso hacia un lado, siguiendo el arco de uno de los pupitres.

—El soldado era un buen hombre —comentó Camille, caminando sobre el pulso de sus pasos—. ¿Me envió a buscarle para poder matarle? Si lo hubiera sabido, no lo habría hecho.

Camille se detuvo cuando la inflexión en sus palabras se hizo más severa. Su mirada quedó fija sobre el perfil del Guardián de eventos. Este tenía la suya perdida, mirando hacia algún lugar donde al final solo podían estar él y sus actos.

—Mataron a mi hija —dijo con las palabras que le encontró al silencio—. No podía aceptarlo sin más.

—No fue su culpa —señaló Camille—. Él era uno más en esta historia.

Domedel miró a Camille de soslayo, forzando una sonrisa cruel que tardó poco en volverse amarga.

—Sí. Uno más, pero una pieza clave —replicó—. Ya ha visto cómo son

esas criaturas. Solo podía hierirla a través de él. Ahora ella tiene en sus manos la sangre de lo que más quería y esa culpa para pasar la eternidad.

Escuchando esos argumentos, Domedel tuvo que reconocer que sangraban mucho menos sentido que cuando les dio forma. Su mirada volvió a buscar algo en la indiferente puerta ante él.

—Él no era culpable —dijo, asegurándose de que su voz se pronunciase con claridad—. Yo lo soy más, así me lo hizo ver. Sé que he traicionado el espíritu del teatro y no puedo seguir al frente de él. He dejado un sobre con instrucciones en mi despacho.

Como si le costase hacerlo, Domedel se volvió a Camille y, con más de lo que acostumbraba a traslucir su rostro, le sonrió con una inclinación agradecida.

—Me alegro de que esté usted aquí.

Camille inclinó el rostro a su vez, correspondiendo al Guardián de eventos, y le devolvió la sonrisa con tristeza.

—Hay que dar un buen final a toda historia —dijo Camille—. He venido a despedir a un viejo amigo.

Domedel asintió y se giró para saludar con una inclinación al auditorio vacío. Le dedicó una más personal a la escritora y se enfrentó a la puerta de nuevo. Ya no volvió a apartar la mirada, comprobó sus gemelos en las bocamangas de la levita, se ajustó el chaleco tragando saliva y retuvo el aire en el pecho. Al soltarlo, cruzó al otro lado de la puerta y la cerró a su espalda.

## VII

Más que ninguna otra, aquella sangre le hacía creer que seguía viva. No eran sentimientos ajenos usados a modo de opio, eran las emociones de su propia vida recuperadas a través de un nuevo prisma.

Sin ningún camino para engañarse, Vanessa cedió a la necesidad de hacerse lo más pequeña posible. Dejó de seguir aquella calle que descendía en una pendiente y se acurrucó contra el muro y los adoquines. Se quedó así, hasta que sus lágrimas fueron quedándose sin sonido. Entonces, la necesidad de hacerse daño le hizo alzar de nuevo el rostro y mirar a su alrededor.

Aquel era el mundo de después. Siempre supo que el tiempo terminaría dibujando aquel momento y temió llegar a verlo. Era el mundo después de Gabriel, de aquello a lo que ella había pertenecido, de todo lo que podía

reconocerla. Lo que empezaba ahora era un futuro mutilado y la eternidad como monstruo. Ya lo sentía como un recuerdo doloroso, y el crujido entre sus dedos al apretarlos le devolvió la noción del sobre que llevaba en la mano. El papel sonó como algo vivo y Vanessa lo miró como no lo había hecho al recibirlo. Se sintió tentada de dejarlo como estaba, de conservarlo durante años preguntándose qué volvería a vivir por un instante al abrirlo, pero pronto la idea se le insinuó horrible al verse aceptando su propia existencia a lo largo de esos mismos años. Abrió el sobre con cuidado de no rasgarlo.

Muchas veces había llegado a creer que ella no era Vanessa, sino la criatura que creía serlo después de habérsela tragado, como ocurría al tomar de alguien. Pero podía llevar esa impresión atrás en el tiempo, antes incluso de convertirse en lo que era ahora, la idea que el mundo no era el correcto, de que había una Vanessa con más derecho a existir que la que finalmente se vio obligada a ser. Buscándola dio muchos pasos en falso, había llegado al Viejo Teatro de la noche, pero fue en aquellos papeles donde por primera vez encontró noticias de ella.

La conoció a modo de cuento, recorriendo sobre palabras y tinta la línea de tiempo que hasta entonces solo había existido en su mente. De regreso a Mayor de Gracia, a una Vanessa con más fuerza que rabia y a un Gabriel sin uniforme, algún que otro cambio de agujas en momentos concretos y todo alcanzaba a ser lo que pudo haber sido. En ese cuento, Ona, su madre, no se iba antes de tiempo, Gabriel se atrevía a decirle que la quería y la vida llegaba a ser muy diferente.

Al final quedaba sobre el papel tan solo (o al menos). Tenía ambas formas para entenderlo, aunque la realidad no cambiara. Quedaba como denuncia. La oscuridad le había enseñado que el modo en que las cosas existen es al ser percibidas por alguien, así que podía decidir que la Vanessa que no fue llegaba a existir en algún lugar pequeño.

En cuanto a ella, la Vanessa que quedaba, plegó cuidadosamente las cuartillas en las que ella era distinta y volvió a mirar a su alrededor. No quiso ver aquel «mundo después» a través de la noche. Esperó a que se lo mostrara la luz del día.



# Telón

## I

—Parece un cuento...

El inspector Espinosa dejó de leer y hojeó las pocas cuartillas restantes que parecían corroborar esta impresión. Luego estudió el papel, asegurándose de clavar adecuadamente los ojos a través de sus gafas, pero no vio nada inusual. Aquello terminó de fruncirle el ceño y se volvió al forense.

—¿Por qué no están quemadas? —preguntó.

Tras hacer crujir la silla al girarse, pasaron varios segundos en los que el forense tan solo siguió sentado, con el plumín en la mano y el brazo en el respaldo, mirando a Espinosa como si, tras la pregunta, hubiera un espacio vacío que no supiese llenar. No hizo un claro esfuerzo por reaccionar hasta que el inspector le azuzó, agitando suavemente las cuartillas que tenía en su mano.

—Disculpe... —dijo el forense—. ¿No ha visto usted el cadáver?

—No, no lo he visto —respondió Espinosa—. Apareció otro cadáver esta mañana, un oficial del ejército. Lo dejaron a las puertas de la catedral... casi como una ofrenda.

Siguiendo las marcas de pliegue que había en el papel, Espinosa volvió a doblar las cuartillas metódicamente, imitando el mismo cuidado que le intuía a quien hubiera dejado aquel cadáver ante la catedral. La comparación se le volvió absurda y dejó el pliego de hojas sobre la mesa del forense con descuido.

—Me han tenido todo el día de aquí para allá liado con competencias, tira y afloja entre el comisario y tipos con charreteras. —El inspector se masticó la lengua hasta despistar el sabor a burocracia que traía consigo—. Al final se hará cargo el ejército... Pero me han tenido hasta esta hora.

Espinosa miró hacia una de las ventanas. La vio convertida en un espejo negro de todo el depósito y terminó de confirmar la llegada de la noche. Con tan solo unos cuantos puntos de luz aceitosa, aquella sala de baldosines y cerámica perdía su indiferencia blanca y aséptica para volverse todo lo lóbrega que se esperaba de ella. Se extrañó al notar que el forense parecía no

haberle escuchado y miraba a lo largo del desfiladero de camillas con gesto enrarecido. Carraspeando, Espinosa le indicó la vía de regreso.

—Disculpe —repitió el forense—. Llevo todo el día...

Como intentando recobrar tiempo, el forense se puso en pie mientras devolvía el plumín a la escribanía.

—Llevo todo el día intranquilo...

Algo al fondo de la sala se enredó en la mirada del forense de nuevo y tuvo que parpadear para desprenderse.

—El cadáver —dijo, marcando un punto claro en sus ideas—. Se lo mostraré.

Espinosa asintió cuando por fin el forense le indicó que lo siguiera hasta una de las mesas. Retiró cuidadosamente la sábana que cubría el bulto sobre ella. Tras un rato aguantando la mirada sobre el cadáver, dejó de endurecer el pecho. Se había preparado para una vaharada de fuerte olor a carne quemada, pero el aire seguía igual de frío y dejó que entrase poco a poco en sus pulmones, notando más bien un carácter como a flores secas que, aunque no era desagradable, sobre la lengua se volvía una sensación incómoda.

—¿Y esta postura? —preguntó Espinosa.

—Tal como la encontraron —respondió el forense—. Sentada en la calle... Está carbonizada.

Sobre la mesa, aquella mujer parecía estar echada en posición fetal. Lo que la hubiese quemado había ardido sobre ella hasta que su cuerpo parecía más madera que carne.

—¿Sabe la temperatura que es necesaria para hacer esto? —le dijo el forense—. Sin un horno, el fuego solo no puede. Y sin embargo, fíjese, parece dormida.

Espinosa se inclinó hasta que su tolerancia le impidió acercarse más al cuerpo. A su juicio, el rostro estaba demasiado desfigurado para ver nada en él. Se le escapó un soslayo extrañado hacia el forense, quien solo observaba el cadáver con inquietud. Tal vez sí podía llegarse a aquella impresión tras horas observando la cara de esa mujer. Sus rasgos prácticamente habían desaparecido, fusionándose en una superficie encostrada, y esa ausencia de expresión podía tenerse por tranquilidad.

A pesar de la aprensión y el respeto, Espinosa se vio tocando con escrúpulo alguno de los mechones de la cabellera de la mujer que, sobre la mesa, parecía una aureola castaña en torno a su cabeza, limpia y cobriza en contraste con la carne negra en que enraizaba. No pudo evitar una mirada



perpleja hacia el forense.

—Eso es lo más extraño —subrayó el forense—. Yo diría que ardió de dentro a fuera, aunque no sé la forma. Pero el pelo, el vestido que llevaba y esos papeles en sus manos están intactos.

Al decir esto, el forense pareció urgirse en volver a tomar la sábana. Manteniéndola en vilo, pinchó a Espinosa lo suficiente con sus intenciones para que retrocediera y tapó de nuevo el cadáver, con prisa por volver a ahogar aquel aroma a flores secas.

Espinosa siguió al forense de regreso a su mesa. Mientras este se sentaba y recuperaba su plumilla, algún rescoldo de curiosidad le hizo tomar aquellas cuartillas de papel y comenzó a leer el texto por encima, esperando que fuese menos críptico que la carne quemada.

—Aquí habla de un tal Gabriel —observó—. Es curioso. Así se llamaba el oficial que apareció en la catedral...

La boca de Espinosa se quedó vacía esperando más palabras y creyó que algo se le estaba apropiando de la propia piel, una sensación como de mercurio derramándosele sobre los hombros creció sobre él hasta dejarle completamente rígido. No pudo entender por qué de repente ya no quería moverse, por qué ya no quería estar ahí, pero cuando arriesgó a volver ligeramente los ojos vio al forense igual de quieto, de la plumilla que sostenía en la mano ya habían caído tres gotas de tinta sobre el papel.

—¿Gabriel...?

Aquella voz a su espalda, extraviada y somnolienta... Una voz femenina se arrastró sobre su espalda como una uña mellada, y las hojas de papel que sostenía comenzaron a arrugarse entre sus dedos.

—No está —fue la respuesta de alguien. Otra voz de mujer, más serena y fría.

—¿Gabriel...?

—No está —repitió la segunda voz—. Ellos van a otro sitio, ya lo sabes.

Nada en Espinosa le hizo intentar volverse, ni responsabilidad, ni coraje, ni cordura. Siguió quieto, con las cuartillas temblando en sus manos.

—¿Por qué no estoy muerta?

—No lo sé. Quizá fue su sangre. Quizá no podemos morir por nuestra propia mano. A partir de ahora será más difícil. Vamos, debemos marcharnos.

—¿Adónde iremos?

—No lo sé. No podemos volver al teatro. Encontraremos algún lugar.

Aquellas últimas palabras dejaron de ser claras en los oídos de Espinosa,

se volvieron lejanas y su forma se perdió como volutas de niebla. Cuando el aire pareció estar vacío de nuevo, la piel bajo la levita dejó de dolerle y recuperó su temperatura normal. Se notó desorientado, e, intentando resituar algún rasgo de la realidad, se volvió al forense. Aquel hombre, con tantas canas como él, mordiéndose la voz para que no se le oyese, estaba llorando.

—Estoy pensando en mi madre —masculló—. Y es raro, porque murió hace más de veinte años.

No le hablaba a él y Espinosa no intentó entenderlo. Sin saber qué hacer, bajó la mirada y se vio las manos vacías. Las hojas que había estado sosteniendo no estaban en ellas, ni en la mesa, ni en el suelo, ni en ninguna parte.

## II

Como alguien que siempre se preguntaba con qué se puede llenar una página, Camille destacó a aquel hombre de entre la gente en cuanto dobló la esquina. Su aspecto no le hacía alguien especial: un hombre mayor de corta estatura, levita oscura y sombrero hongo, pero estaba quieto y enfrascado en mirar a través de sus anteojos, sin percatarse del modo en que su quietud cortaba en dos la lengua de gente que se dirigía al teatro. Por cómo asentía, parecía llevar rato barruntando impresiones y haciéndolas rebotar contra el edificio.

Cuando estuvo más cerca, Camille volvió a centrar la atención en su bolsa, terminando de pasar revista a sus lápices y cuadernos, pero, por el rabillo del ojo, aún destacó la figura de aquel hombre al pasar a su lado.

—¿Sabe? Creía conocer cada esquina de este distrito.

Fue como si la voz la sujetara del brazo, haciéndola detenerse. Al volverse, aquel hombre seguía frunciendo el ceño contra la entrada del teatro.

—Pero este lugar... No lo había visto antes. Lo admito.

Como volviendo a confirmar el camino que le había llevado hasta allí, aquel hombre miró por encima del hombro al hablar, luego retrocedió unos pasos, abarcando en sus gafas toda la fachada del teatro.

—El viejo... teatro... de la noche —leyó en el cartel—. Entonces es aquí.

Al mirarla finalmente, se hizo más fácil para Camille entender que hablaba con ella. La naturalidad con que aquel hombre se le dirigía contrastaba con el desconcierto de la escritora.

—Aquí es. Queda escondido —asintió Camille—. La primera vez es más fácil venir acompañado.

—¡Oh! Gracias, muy amable.

Camille se quedó alargando una sílaba sobre la lengua cuando aquel hombre se inclinó y, con un gesto de la mano, abrió camino para seguirla. Ella se conformó con su recién adquirido cargo de lazarillo.

—¿Es usted policía? —preguntó, retomando el paso hacia la entrada del teatro.

—¡Vaya! ¿En qué lo ha notado?

—La mayoría de la gente habría dicho «barrio», no «distrito».

—Inspector Darío Espinosa, a su servicio.

—Camille —correspondió ella cuando el inspector se tocó el ala del sombrero—. ¿Viene por algo oficial?

Cruzando la entrada del teatro, el escenario enganchó la mirada de Espinosa haciéndole torcer el cuello y entorpeciendo un tanto sus pasos cuando la presión de la comitiva pasó rozándole.

—¿Hay alguna función programada? —preguntó.

—Esta noche es especial —respondió Camille, comenzando a subir las escaleras tras el vestíbulo—. El teatro ha cerrado varios días, incluso podría no volver a haber abierto. Es una noche de reafirmación, para decir «seguimos aquí».

El espacio cambió de dorado y mármol a madera y rojo. El sonido de pasos adquirió la calidez de un latido y entraron en la sala de representaciones. Sin más que algunos murmullos, los asistentes fueron distribuyéndose por el patio de butacas ante el rostro impenetrable del telón, que asistía la llegada de todos aquellos personajes humanos severo y solemne, como el olor a vejez que le envolvía.

—Entonces, ¿me va a contestar? —preguntó Camille, separándose de la comitiva de invitados y tomando asiento en las filas centrales—. ¿Viene por algo oficial?

Espinosa la acompañó y, al tomar él también asiento, arrastró un murmullo tras las barbas, buscando tiempo para responderse aquella pregunta a sí mismo.

—Supongo que no. Las carpetas ya están cerradas —respondió Espinosa con un deje de hastiado sarcasmo—. Pero estos últimos días el mundo ha sido un lugar extraño, como cuando cae una piedra en un charco y lo que se refleja se vuelve... no sé. Quería ver si algunas cosas se podrían comprender algo

mejor. ¿Conoció al teniente Gabriel Escudero?

Camille dejó de buscar en su cartera, sacó las manos lentamente y se volvió al inspector, observándolo en silencio el tiempo suficiente como para hacerle entender que su respuesta no iría más allá de esa mirada. Espinosa asintió

—Murió hace unos días. Tuve ocasión de conocerlo una vez, así que me interesé —prosiguió Espinosa—. No tenía familia. El ejército se habría encargado pero, a última hora, la dirección de este teatro se hizo cargo del cuerpo y de los costes. Fue enterrado en «Les corts» junto a alguien llamada Vekania, en ceremonia conjunta. Venía buscando alguien que me explicase la razón.

—Porque debían estar juntos —afirmó Camille.

—¿Entonces...?

Llevándose un dedo a los labios, Camille le indicó que debía guardar silencio. Al mirar a su alrededor, Espinosa se dio cuenta de que la luz se había ido apagando y que la suya era la última voz en apagarse. Recordándose que, aún sin proponérselo, había terminado en una sala de teatro, bajó la voz y volvió los ojos al escenario cuando el telón se estaba abriendo.

Rodeada de tantas cosas grandes, la niña que apareció sobre las tablas parecía tan pequeña como era. El animal fantástico a su alrededor, que la amparaba en sus fauces y la guardaba con alas rojas, hecho de madera, tela, llamas de fuego y oscuridad imaginativa, la había escogido para ser su lengua. Pero la niña alargó el tiempo, continuando callada e igual de pequeña, haciendo que el público fuera enrareciéndose.

Pasados unos momentos, el primer gesto de Noviembre fue alzar la mirada hacia la audiencia y su primera emoción fue la falta de familiaridad hacia ellos. Aunque esa sala se extendiese hasta abarcar el mundo entero, había rostros que ya no volverían a repetirse y eso le tentó a mantener el silencio que llenaba el pecho. Pero, si lo hacía y callaba, no lograba un vacío completo, en su lugar escuchaba un pulso en su sangre que aún quería trepar hacia algún futuro. No cesaba, así que, usando sus instintos de polilla, la niña miró a su alrededor y buscó la manera de empezar a darle peldaños.

Reconoció aquel lugar que llevaba dándole días desde que tenía memoria e hizo recuento de sus rasgos. Sabía cómo sonaban los pasos en la madera al pisarla, adivinar quién llegaba con solo oírlos. Sabía el tacto que tenían los lienzos de terciopelo al sujetarlos para los invitados, cómo crujía la llave en la cerradura al abrir la puerta cada noche y el olor...

Recordaba siempre ese mismo olor que ahora notaba, especiado y con carácter, el olor a viejo que barnizaba cada rincón del teatro y entendió que no era el olor de las cosas muertas, si no donde quedaba escrito que habían sido.

Se inclinó. Su pierna aún no había sido reparada, pero hizo la mejor reverencia que un cojo lograría. Sonrió como ella sabía, con picardía y enigmas y, al erguirse, se llenó la voz con todo lo que llevaba dentro.

—¡Damas y caballeros, buenas noches! Sepan primero que somos conscientes de que habrán llegado aquí faltos de esperanza, con la mirada apagada y el corazón cansado, heridos más de una vez, sin duda, por todo aquello que entorpece el espíritu del hombre. Pero sepan ahora que la línea está trazada, se ha arrojado el guante y el enemigo no quedará sin respuesta, pues somos gente de talento y con intención de utilizarlo en la lucha contra todo lo triste y desesperanzado. Considérense por fin a salvo, hónrennos con su confianza y dispónganse a presenciar el principio de la noche.

## **Agradecimientos**

Gracias a Eba por trabajar estando herida hasta dejar esta novela vestida de gala, por todos los momentos de risa, complicidad y bronca. Porque jamás dejas que tus lágrimas cuajen en una derrota. Por ser siempre una extraña forma de magia.

Gracias a Francisco Duque por leer esta novela cuando estaba en un estado mucho más asilvestrado.

Gracias a mi editor por querer llevar el teatro a todos los ojos posibles.

---

[1] Ros o leopoldina, el nombre que recibía la gorra del uniforme militar durante la regencia de María Cristina, a finales del siglo XIX, principios del XX.

[2] Restaurante barcelonés situado en el barrio de la Barceloneta, es uno de los restaurantes más antiguos y emblemáticos de la ciudad.

[3] La policía tenía “derecho” a retener en la cárcel a una persona, sin especificar motivo, durante quince días. A ese periodo se le llamaba “la quincena”.

[4] La maquinista terrestre y marítima, conocida como “la maquinista”, nombre de la fábrica de material pesado situada entre el barrio de San Andrés y Buen pastor. En la actualidad, su nombre ha sido heredado por un centro comercial situado en la misma zona.

[5] Revistas catalanas artístico-culturales de la época. Especialmente la segunda, «Pell y ploma» se traduce como «piel y pluma» en referencia a la piel (lienzo) de los pintores y a la pluma de los escritores.

[6] Nombre dado a un club social para caballeros de la época.

[7] Pintoresca tienda situada en la calle Raurich, dedicada a los artículos de carnaval: cabezudos y marionetas entre otros objetos. Abierta en el año 1838, hoy en día ha conseguido reabrir tras un periodo de crisis en el que tuvo que cerrar sus puertas.

[8] Del catalán: Plaza del aceite.

[9] Taberna regentada por Pere Romeu donde se reunía la bohemia barcelonesa. Sigue abierta hoy en día.

[10] Del catalán: calle de Las tres camas. Originariamente llamada «carrer de les tres lleis» o calle de las tres leyes pero, debido al número de prostíbulos que allí se encontraban, la malicia popular no tardó en cambiarle el nombre.

[11] Caga demonios, persona con muy mal genio.